



Lemir 24 (2020) - Textos: 679-808

ISSN: 1579-735X

JUAN DE PIÑA

SEGUNDA PARTE DE LOS CASOS PRODIGIOSOS  
(MADRID: VIUDA DE ALONSO MARTÍN, 1629)

Ed. de Daniela Santonocito  
Università degli Studi di Catania



## Introducción

La necesidad de publicar la *Segunda parte de los casos prodigiosos* se debe principalmente a la ausencia de una edición moderna de la obra, ya que solo contamos con la *editio princeps* de 1629 y, como nos informa Carolina Fernández, con una tesis de tercer ciclo del año 1980 por Liou Law, en la que se editó en dos volúmenes la primera y la segunda parte de los *Casos prodigiosos* y algunos poemas del autor<sup>1</sup>. Desafortunadamente dicha edición debió de pasar desapercibida, quedándose relegada en la biblioteca universitaria de Toulouse. A todo ello, evidentemente hay que sumar el escaso interés —probablemente consecuencia de esa carencia— que ha suscitado el texto en la crítica, a diferencia de la primera parte, que se ha convertido en la obra más conocida del autor, y también de su colección *Novelas ejemplares y prodigiosas historias* (1624).

Juan Izquierdo de Piña o, comúnmente, Juan de Piña, como leemos respectivamente en la dedicatoria de dicha colección de relatos y, entre otras, en la portada de la misma o en la obra que aquí presentamos, nació en Buendía, en la provincia de Cuenca, aproximadamente en torno al año 1566<sup>2</sup>. Del lugar de nacimiento nos informa también Lope de Vega en la primera silva de su *Laurel de Apolo*, donde alude a nuestro autor: «Alábese Buendía / de los muchos que ha dado a la poesía, / Juan Izquierdo de Piña, a quien coronan / las Musas, que su ingenio perficionan, / que en llegando a las Musas, / todas parece que las tiene infusas; / pero alabarle es vano pensamiento, / que sus libros dirán su entendimiento»<sup>3</sup>. A pesar del trabajo de Yves-René Fonquerne<sup>4</sup>, que ha analizado algunos documentos inéditos relacionados con la figura del autor, poco sabemos de su familia. Como señala Emilio Cotarelo y Mori, probablemente fue familiar de un coetáneo suyo, un padre jesuita, quizás su tío, un tal Juan de Piña, cuyo nombre aparece en las aprobaciones de algunos libros<sup>5</sup>.

Sabemos con seguridad que fue íntimo amigo de Lope de Vega, como demuestra el hecho de que este le dirigiese una epístola incluida en la *Filomena*, dos sonetos y una canción en las *Rimas*, la comedia *El domine Lucas* (Parte XVII) y también le legase cincuenta libros de su estudio en su testamento<sup>6</sup>. Además, muchas composiciones poéticas de Juan de Piña se hallan como ornamento entre los preliminares de las obras del Fénix, entre otras, en *La*

1.- C. Fernández, «Piña, Juan Izquierdo de», en P. Jauralde Pou (dir.), D. Gavela García, P. C. Rojo Alique (coords.), *Diccionario filológico de literatura española (siglo xvii)*, Madrid, Editorial Castalia, 2010, 2 vols., II, pp. 106-109, p. 109.

2.- En cuanto al año de nacimiento, si bien la mayoría de los estudiosos coinciden en afirmar que nació alrededor del año 1566, Yves-René Fonquerne nos ofrece más detalles: «dans une enquête de 1622, notre «héros» déclare avoir 44 ans, ce qui signifierait qu'il est né en 1577 ou 1578. La différence est appréciable. Or, le premier document officiel que nous possédions, son acte de mariage, daté de 1594, le mentionne comme «escribano de S. M.», office que l'on ne pouvait exercer avant 25 ans. Par conséquent, en tout état de cause, sa date de naissance ne peut être postérieure à 1569», Y.-R. Fonquerne, «Quelques documents inédits sur Juan de Piña et sa famille», *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien*, 27 (1976), pp. 127-134, p. 128.

3.- L. de Vega, *Laurel de Apolo*, ed. de C. Giaffreda, intr. de M. G. Profeti, Firenze, Alinea Editrice, 2002, p. 123.

4.- Y.-R. Fonquerne, «Quelques documents inédits sur Juan de Piña et sa famille», art. cit.

5.- E. Cotarelo y Mori, «Introducción», en J. de Piña, *Casos prodigiosos y la cueva encantada*, Madrid, Librería de la viuda de Rico, 1907, (Colección selecta de antiguas novelas españolas, VI), pp. VIII-IX.

6.- Como advierte Emilio Cotarelo y Mori, «las relaciones de Juan de Piña y Lope de Vega, habían sido muy estrechas en todo tiempo. Piña le acompañaba siempre en sus expediciones y giras a las afueras de Madrid y aún a Toledo. Ante él, como escribano, otorgó Lope los documentos de carácter más privado, como sus escrituras de arras a su mujer doña Juana Guardo; el testamento de esta señora, en 1613, es autorizado por él, lo mismo que todas las obligaciones y contratos relativos a la constitución de dote y profesión de Marcela, hija de Lope, y el primer testamento de éste en 4 de Febrero de 1627,

hermosura de Angélica (1602), en *El peregrino en su patria* (1604), en *Jerusalén conquistada* (1609), etc., así como en textos de otros autores, como, por ejemplo, el *Viaje entretenido* (1603) de Agustín de Rojas.

Después de trasladarse a Madrid, residió en la corte en calidad de Escribano de Provincia y Notario del Santo Oficio. Ya en 1594 ejercía tales oficios, puesto que se nombró como Escribano cuando contrajo matrimonio con Estefanía Ordaz, una mujer de la que no poseemos ningún tipo de información. Con ella tuvo cuatro hijos: Clementa Cecilia, Ana, Luisa y Jacinto. En cuanto a su fecha de muerte, una partida del Archivo de la Parroquia de Santa Cruz nos informa que el autor falleció el día 9 de julio de 1643<sup>7</sup>.

No conocemos con exactitud cuando empezó a dedicarse a la escritura literaria; se supone en tiempos no muy tempranos, consideradas las fechas tardías de publicación de sus obras. Juan de Piña empezó con las *Novelas ejemplares y prodigiosas historias* (Madrid: Juan González, 1624), una colección de siete novelas cortas, una comedia, *Amar y disimular*, contenida en la sexta, y al final una especie de justificación filosófica sobre el género de la prosa. Tras la publicación de esta obra, siguieron *Varias fortunas* (Madrid: Juan González, 1627), *Casos prodigiosos y cueva encantada* (Madrid: Imprenta del Reino, 1628), la *Segunda parte de los casos prodigiosos* (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1629) y el *Epítome de la primera parte de las fábulas de la antigüedad* (Madrid: Imprenta del Reino, 1636). Los primeros cuatro textos figuran en la obra de Juan Pérez de Montalbán, *Para todos* (1632), mientras que los cinco en la *Bibliotheca hispana nova* de Nicolás Antonio, donde este último, copiando de la anterior, deja intacto e incorrecto el título de la primera colección, llamándola *Novelas morales*, probablemente por la intención didáctico-moralizante de los relatos: «*Novelas morales*, Matriti, 1624, 4; *Primera parte de varias fortunas*; *Primera y segunda parte de Casos prodigiosos*; *Epítome de la explicación de las fábulas, primera parte*. Matriti, 1635, in 4»<sup>8</sup>.

Asimismo, el autor se dedicó a escribir algunos poemas que se insertaron principalmente, como ya hemos aseverado anteriormente, en las obras de Lope de Vega, pero también en *El viaje entretenido* (1603) de Agustín de Rojas o en el *El Monte Vesuvio* de Juan de Quiñones (1632). Sin embargo, cabe destacar que al principio del prólogo y al final de la *Segunda parte de los casos prodigiosos*, el autor cita respectivamente un «*Discurso de la pura y limpia Concepción de nuestra Señora, Madre de Dios, sin culpa de pecado original — que ya se imprime—*»<sup>9</sup> y una *Historia de algún rey glorioso de España*<sup>10</sup> que no sabemos si llegó

á raíz de una grave enfermedad, en que lega á su amigo «cincuenta cuerpos de libros» de su biblioteca á elección del legatario. Hasta unos cincuenta documentos de esta clase se conocen otorgados todos ante Juan de Piña», *ibid.*, pp. xv-xvi.

7.– Para más detalles sobre su biografía, remito a E. Cotarelo y Mori, «Introducción», ed. cit., pp. iv-xlii; G. Formichi, «Le *Novelas ejemplares y prodigiosas historias* di Juan de Piña», en *Lavori della sezione Fiorentina del grupo ispanistico CNR*, Serie I, Florencia, D'Anna, 1967, pp. 99-163 y «Saggio sulla bibliografia critica della novella spagnola seicentesca», en *Lavori ispanistici*, Serie III, Mesina-Florencia, D'Anna, 1973, pp. 83-84; L. Leal, «Las *Novelas morales* de Juan Piña Izquierdo», *Anuario de Letras. Lingüística y Filología*, 12 (1974), pp. 222-225; Y.-R. Fonquerne, «Quelques documents inédits sur Juan de Piña et sa famille», art. cit.; E. García de Dini, «Juan de Piña, escribano de oficio y poeta por afición», *Miscellanea Filologica-Letteraria*, I (1980), pp. 99-116; B. Ripoll, *La novela barroca. Catálogo bio-bibliográfico (1620-1700)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1991, pp. 90-93; R. Bonilla Cerezo (ed.), *Novelas cortas del siglo xvii*, Madrid, Cátedra, 2010, pp. 76-78.

8.– N. Antonio, *Bibliotheca hispana nova*, Madrid, Joaquín de Ibarra, 1783, p. 713.

9.– J. de Piña, *Segunda parte de los casos prodigiosos*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1629, h. g3r.

10.– «Pues a este exemplo, si de menos bien cortada pluma, impressa esta segunda parte, proseguirá *Historia de algún Rey glorioso de España*, o Santo, o batallador que de batalladores y Santos enriquece, iluminando muchos esta Monarquía,

a publicar. De hecho, lo único que comprueba por lo menos la redacción de ambas obras, además de las mismas palabras del autor, es el elogio a Juan de Piña que hace un contemporáneo suyo, Juan Pérez de Montalbán, en *Para todos* (1632), donde, tras mencionar sus obras, afirma lo siguiente: «y tiene para imprimir vida y muerte de Santa Juana de la Cruz en octavas; epítome a las Fábulas de la Antigüedad, moralizando cada una; epítome a la *Historia del Rey Don Juan el segundo* [la cursiva es mía]; segunda parte de varias Fortunas, y un *tratado de la Concepción de Nuestra Señora*, fuera de muchos versos, y Comedias que ha hecho»<sup>11</sup>. La mención a tales textos, inéditos, comprobaría su autoría, aunque, al no tener más datos, se trata solo de una mera hipótesis.

Ahora bien, los primeros críticos que expresaron algún juicio, indudablemente poco generoso, sobre el autor fueron sus contemporáneos, como por ejemplo Francisco de Quevedo, quien atacó algunas de sus obras en *La Perinola* (1633)<sup>12</sup>, o, llegando ya a la primera mitad del siglo pasado, Agustín González de Amezúa y Ludwig Pfandl<sup>13</sup>. Sin embargo, Emilio Cotarelo y Mori, y ya en las últimas cinco décadas, algunos estudiosos, como Giovanna Formichi, Rafael Bonilla o Angela Fabris, han recuperado la figura de Juan de Piña a través de un análisis pormenorizado de su producción novelística, especialmente de su primera colección de relatos y de los *Casos prodigiosos*. Hasta la publicación de sus brillantes trabajos, la figura del autor no había sido abordada suficientemente. Giovanna Formichi, al examinar las *Novelas ejemplares y prodigiosas historias*, insiste en la actividad del autor como puro deleite literario tanto en las formas como en los temas:

Juan de Piña si distacca dalla grande maggioranza degli autori del tempo perché il principio etico e il suo *iter* pedagogico non hanno per lui nessuna importanza. Egli pare superare la dottrina letteraria rinascimentale nel culteranesimo, ma solo in teoria: in realtà gli interessa unicamente la creazione di forme nuove, alte, meravigliose. Non insegna, non esamina gli aspetti profondi della società, non analizza i motivi interiori che muovono i personaggi: si limita – su trame frivole e inconsistenti – a ricamare, a cesellare con il bulino dello stile.

Piña è un *dilettante* nel vero senso della parola: per lui l'arte è un giuoco di abilità, in cui si propone di emulare, forse inconsciamente, il grande amico Lope che doveva schiacciarlo con la sua personalità. Perciò ricorre indifferentemente ai temi più disparati: nelle sue novelle appaiono elementi cortigiani, picareschi, di costume, trattati con identico tono di distacco e di disinteresse<sup>14</sup>.

Rafael Bonilla, a principios de nuestro siglo, con el objetivo de perfilar la afirmación de Giovanna Formichi sobre la cercanía de Juan de Piña a la corriente culterana de Luis de Góngora, ha individualizado muy detenidamente todo elemento que refleje cierto Gongorismo en la primera colección de relatos, llegando a la conclusión de que evidentemente

que no degeneran pintando retratos sutiles pinceles, no desmerecen los valientes golpes (como en las batallas) de las Estrellas o de las sombras que se imitan la Historia del Rey don Juan el Segundo y otras de sus predecesores y que sucedieron en el Reino, con palabras sí eficaces y hermosas de aquellos tiempos están escritas», *ibid.*, f. 88v.

11.– Citado por L. Leal, «Las *Novelas morales* de Juan Piña Izquierdo», art. cit., p. 228.

12.– C. Fernández, «Piña, Juan Izquierdo de», art. cit., p. 109.

13.– Véanse A. González de Amezúa, *Formación y elementos de la novela cortesana*, Madrid, Real Academia Española, 1929, p. 100, p. 132 (nota 176); L. Pfandl, «La novela corta», en *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, Sucesores de Juan Gili, 1933, pp. 330-405, p. 404.

14.– G. Formichi, «Le *Novelas ejemplares y prodigiosas historias* de Juan de Piña», art. cit., p. 104.

el autor conquense «estudió a Góngora con tino, y así lo prueba el zurcido de las redes isotópicas, su menudeo porcentual, la dificultad del ornato —correlaciones, metáforas, zeugmas— y las autoridades, que no siempre son verdaderas»<sup>15</sup>. Así pues, es evidente la huella gongorina en las citas y en la prosa, pero también hallamos referencias a otras autoridades, como veremos más adelante. Emilio Cotarelo y Mori se dedicó principalmente a la obra más popular y, en el estudio biográfico y crítico que introduce su edición de los *Casos prodigiosos y cueva encantada* (1907), define al autor «de orden secundario» a pesar de que en él puedan verse «cualidades de invención y originalidad»<sup>16</sup>. También Angela Fabris se ha dedicado en estos últimos años a la misma novela, analizando algunos aspectos que atañen al diálogo del narrador con un destinatario indefinido y a la descripción de los espacios, tanto reales como imaginarios<sup>17</sup>.

Ahora bien, todos los trabajos mencionados pasan por alto algunas obras del autor, evidentemente por el hecho de no disponer de ediciones modernas. Por lo que concierne a la obra que aquí editamos, no contamos con ningún estudio; solo se hace una brevísima referencia a su contenido en la introducción a la edición al cuidado de Emilio Cotarelo y Mori, sin, ni siquiera, indicar el género al que pertenece, a excepción de Carolina Fernández, quien, en la ficha descriptiva dedicada al autor, define ambas partes como novelas, entrando supuestamente en la macroetiqueta de «novela cortesana», que, a mi juicio, sigue siendo muy amplia y genérica<sup>18</sup>.

La *Segunda parte de los casos prodigiosos* fue publicada en Madrid, por la viuda de Alonso Martín, en 1629, solo un año después de la primera, y con esta presenta muchas afinidades. En la primera aprobación, firmada el 5 de mayo de 1629, Fray Julián Abarca afirmaba que la obra tenía «no menos parte de doctrina, que de recreación ingeniosamente honesta», mientras que, en la segunda aprobación, firmada el 2 de junio del mismo año por Juan Jáuregui, quien aprobó también la publicación de los *Casos prodigiosos y cueva encantada*,

15.– R. Bonilla Cerezo, «El Gongorismo en las *Novelas ejemplares y prodigiosas historias* de Juan de Piña (II)», *Il Confronto Letterario*, 45 (2006), pp. 25-54, p. 54. Del mismo autor, véase también «Cítara argentando plumas: el Gongorismo en las *Novelas ejemplares y prodigiosas historias* de Juan de Piña», en M. Arriaga Flórez et alii (coords.), «Italia-España-Europa»: relaciones culturales, literaturas comparadas, tradiciones y traducciones, XI Congreso de la Sociedad Española de Italianistas (Sevilla, 11-13 de mayo de 2005), Sevilla, Arcibel, 2005, pp. 69-85.

16.– E. Cotarelo y Mori, «Introducción», ed. cit., p. vi.

17.– Véase A. Fabris, «El diálogo con el público y los espacios reales y de maravilla en *Casos prodigiosos y cueva encantada* de Juan de Piña», *Edad de Oro*, XXXIII (2014), pp. 267-280.

18.– Para más detalles sobre la novela cortesana y las distintas tipologías dentro de esa macroetiqueta, remito, entre los trabajos más destacados, a E. B. Place, *Manual elemental de novelística española. Bosquejo histórico de la novela corta y el cuento durante el Siglo de Oro*, Madrid, Victoriano Suárez, 1926 (Biblioteca española de divulgación científica, 7); M. P. Palomo, *La novela cortesana: forma y estructura*, Madrid, Planeta, 1976; E. Rodríguez Cuadros, *Novela corta marginada del siglo XVII español. Formulación y sociología en José Camerino y Andrés de Prado*, Valencia, Universitat de València, 1979, «La novela corta del Barroco español: una tradición compleja y una incierta preceptiva», *Monteaúdo*, 1 (1996), pp. 27-46, «Novela cortesana, novela barroca, novela corta: de la incertidumbre al canon», *Edad de Oro*, XXXIII (2014), pp. 9-20; B. Ripoll, *La novela barroca. Catálogo bio-bibliográfico (1620-1700)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1991; I. Colón, *La novela corta en el siglo XVII*, Madrid, Ediciones del Laberinto, 2001; P. Fernández Melgarejo, R. Bonilla Cerezo, «La novela corta del Barroco: estado de la cuestión (2010-2015) y tareas pendientes», en M. Albert, U. Becker, R. Bonilla Cerezo y A. Fabris (eds.), *Nuevos enfoques sobre la novela corta barroca*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2016, pp. 19-76; AA. VV., «Novelar en lengua castellana»: estudios sobre la novela corta del Siglo de Oro, A. J. Sáez y L. Scholz. (eds.) = «Lejana. Revista Crítica de Narrativa Breve», 7 (2014), monográfico disponible en la página web <<http://ojs.elte.hu/index.php/lejana/issue/view/8>> [consultado el 07/05/2020]; D. Santonocito, «Catálogo de la novela corta barroca: textos, paratextos y redes (un enfoque interdisciplinar)», *Crítica del texto*, en prensa.

leemos que en esta «hallarán sus aficionados nuevas causas de diversión y letura». Todo ello confirma el principio del deleite al que se refería Giovanna Formichi y también la idea de Angela Fabris sobre la preferencia de Juan de Piña por esa esfera, si bien, a diferencia de la primera parte, en la segunda hallamos algunas señales de intención didáctica; piénsese, por ejemplo, en las palabras del autor que afirma «Algo se dirá con brevedad, procurando que deleite y enseñe a los que no nacieron de ciencia infusa, ni admiraron generales de las insignes Universidades y Escuelas»<sup>19</sup>, o en el caso prodigioso sobre Ludovico, experto en la caza de fieras, que quiere retar el león de Filiberto, príncipe de Italia. Tal historia acaba con una evidente enseñanza moralizante: «Este fue el caso bien prodigioso, que no debe lo humano pelear, ni con lo bruto, ni con lo divino»<sup>20</sup>.

La obra presenta todas las características de lo que Agustín González de Amezúa, en su discurso de entrada a la Real Academia Española, reconocía en el género de la novela cortesana, así definida por el estudioso<sup>21</sup>. Habiendo pasado muchos años en la corte, Juan de Piña muestra un gran conocimiento de la misma en las descripciones minuciosas de los palacios y de los jardines: si estos últimos se caracterizan por prados, pensiles, árboles floridos, fuentes, etc., en los espacios interiores hallamos retretes, corredores, salas con escritorios y bufetes de plata, galerías de cuadros, riquezas y curiosidades, etc. Si pensamos en la descripción del palacio de Guillermo, hermano de Isabela, y especialmente en aquella del alcázar real de Ricardo (ff. 14v-15r), encontramos una abundancia de elementos decorativos que reflejan la tendencia de la prosa de la época que María Soledad Arredondo denomina como «detallismo interior»<sup>22</sup>. Sin embargo, algunos lugares solo se mencionan o se detallan brevemente, puesto que se trata de espacios conocidos que desencadenan una serie de asociaciones en las imaginaciones del público lector<sup>23</sup>. Uno de los personajes de la historia principal, Ricardo, se encuentra en una galería de retratos donde el autor hace el típico ejercicio de *ekphrasis*, describiendo lo pintado con una variación: se aducen versos en latín para dar cuenta de lo que se observa.

Claramente, todo ello refleja las características de la novela cortesana, pero, entre las distintas tipologías textuales que pueden adscribirse a esa macroetiqueta, la *Segunda parte de los casos prodigiosos* no puede considerarse una novela larga por la falta de un desarrollo lineal a lo largo de toda la obra y tampoco una colección de novelas cortas con o sin marco. De hecho, si nos atenemos a lo que fue entregado al público lector del siglo XVII,

19.- J. de Piña, *Segunda parte de los casos prodigiosos*, ed. cit., f. 77r.

20.- *Ibid.*, f. 72r.

21.- Véase A. González de Amezúa, *Formación y elementos de la novela cortesana*, ed. cit.

22.- M. S. Arredondo, «Paisajes narrativos en los siglos XVI y XVII: del lugar ameno a la selva urbana», en D. Villanueva (ed.), *Paisaje, juego y multilingüismo. Actas del X Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (Santiago de Compostela, 18-21 de octubre de 1994)*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1996, 2 vols., I, pp. 143-158, p. 149.

23.- Angela Fabris, que ha analizado los espacios reales y maravillosos en los *Casos prodigiosos y cueva encantada*, ha individualizado en este ámbito «las alusiones a la ciudad de Salamanca, ciudad letrada por excelencia, que se dirigen hacia el horizonte de espera de los lectores de la época, hábiles para colocarlas dentro de un mapa específico, es decir, el del campo letrado, que permite atribuir una cualidad más al perfil del joven protagonista», A. Fabris, «El diálogo con el público y los espacios reales y de maravilla en *Casos prodigiosos y cueva encantada* de Juan de Piña», art. cit., p. 272.

esto es, si evitamos basarnos en una idea de género establecida ya *a priori*<sup>24</sup>, podemos considerar la obra como un conjunto de «casos» o historias que se suceden y que aparecen yuxtapuestos, en la mayoría de las ocasiones sin ningún marco narrativo y solamente algunas veces separados por la voz extradiegética del narrador/autor que podría constituir, quizás, el umbral narrativo entre una y otra, lejos de constituir un verdadero marco. Los casos no son numerosos y presentan una diversa extensión: sin detenernos en las distintas historias, ya que van reproducidas a continuación, podemos afirmar que el caso principal, que ocupa hasta el f. 50r de 88 folios, esto es, más de la mitad del volumen, trata de la reina Porcia de Inglaterra y su hijo Ricardo, cuya madre matará a la bella Isabela; otra historia relevante es la de Laura y Carlos, mientras que, hacia el final, la obra contiene algunos breves casos, como el de Teodora y don Francisco, el del soldado Ludovico y el príncipe Filiberto, el de doña Ana Manrique y don Joseph.

Además de las historias principales, hay unos episodios intercalados, unas digresiones y/o unos comentarios e incisos de la voz narradora como si estuviese dialogando con el público lector; para citar algún ejemplo de digresión que constituye realmente un micro-relato, piénsese en el caso infeliz de doña Francisca que, de acuerdo con un pronóstico, falleció al parir el sexto hijo, o cuando, al interrumpir el relato principal, el narrador cuenta la historia de Isabela, sobrina del conde don Pedro Enrique, o el contenido de los sueños premonitorios de Ricardo, Isabela y otros personajes.

De hecho, a veces el mismo autor interviene en primera persona para exclamar directamente algún pensamiento relacionado con la historia («¡Qué roca del mar pudo igualar su fiereza!»<sup>25</sup>), para comentar el contenido o la dificultad para escribirlo («¿Qué pluma tan atrevida no escribirá con lágrimas sangrientas del dueño en vez de la negra tinta?»<sup>26</sup>), para llamar la atención del público lector («no parezca se escribe la historia, sino solo el prodigio»<sup>27</sup>) o simplemente para explicar las perplejidades encontradas a la hora de redactar una segunda parte («También dudava esta segunda parte, no presumiendo igualar a la primera [...] Perplexo estava yo en esto de bolver atrás»<sup>28</sup>), mientras que, en otras ocasiones el narrador en tercera persona interrumpe la diégesis de la historia para presentar el pensamiento más íntimo del autor («No tenía el Autor ánimo de proseguir esta segunda parte de los casos prodigiosos»<sup>29</sup>).

24.– Aplico la observación que Hans Robert Jauss hizo sobre la teoría de los géneros literarios de la Edad Media que no se desarrollaron a partir de un canon preexistente: «dove non esiste una norma di genere precedentemente stabilita ed esplicitata, la determinazione di una struttura di genere deve essere ricavata dall'idea fornita da singoli testi nell'anticipazione sempre richiamata di una presumibile totalità o di un sistema regolatore della serie dei testi. [...] Il graduale manifestarsi di un genere nel tempo – come ha già messo in evidenza Karl Viëtor – non ha «assolutamente nessun fine; esso non aspira a concludersi nel raggiungimento di una perfezione, bensì a realizzarsi in forme sempre nuove», H. R. Jauss, *Alterità e modernità della letteratura medievale*, Torino, Bollati Boringhieri, 1989, pp. 238-239.

25.– J. de Piña, *Segunda parte de los casos prodigiosos*, ed. cit., f. 37v.

26.– *Ibid.*, f. 31r.

27.– *Ibid.*, f. 51v.

28.– *Ibid.*, ff. 87v-88r.

29.– *Ibid.*, f. 29v.

También en esta obra hallamos una prosa «retorcida»<sup>30</sup>, como la define Rafael Bonilla, basada en una sintaxis prolija que refleja un estilo artificioso, prueba de que el culteranismo que ya caracterizaba el ámbito poético, empezaba a notarse en la prosa en general y no solo en algunos sermones y discursos. A este respecto, según Emilio Cotarelo y Mori,

[...] el deseo, pues, de innovar fue, á lo que presumo, el que, movió á Juan de Piña á cambiar el modo de escribir la prosa novelística. [...] Sin embargo, el culteranismo de Piña es *incompleto*. No emplea las frases y vocablos latinizados ni abusa de la transposición y retorsión del período, pero conserva las alegorías, extrañas metáforas, empleo excesivo de la mitología y de las imágenes tomadas de la naturaleza y sus fenómenos<sup>31</sup>.

En cuanto a estos últimos aspectos, Juan de Piña hace un uso abundante y muestra un profundo conocimiento de la mitología griega y romana; todas las historias están cargadas de referencias directas o indirectas, a través de perífrasis elusivas, a dioses, mitos y personajes históricos: «dios forjador» (Vulcano); «el que mirava de Tarpeya a Roma cómo se ardía» (Nerón); «diosa ciega» (Fortuna); «ciego dios» (Cupido); etc. Asimismo, la alusión a personajes históricos de distintas épocas (Sila, Mario, Aníbal, Aquiles, Julio César, Belisario, Marco Antonio, Pompeyo, etc.) confiere cierto valor histórico a la obra. Todo ello representa una costumbre que, generalmente, el autor conquense pone de relieve en todas sus obras —para citar algunas, en *Varias fortunas* y en *Epítome de la primera parte de las fábulas de la antigüedad*, basadas respectivamente en sucesos históricos y en un compendio de varios mitos—.

De igual manera, a lo largo de toda la narración, Juan de Piña incluye una cantidad importante de referencias intertextuales, en la mayoría de los casos fácilmente identificables, a través de citas directas (principalmente versos de autores) o indirectas (por ejemplo, «Quería baxar en el silencio de la noche oscura, como dixo un poeta, no como Eneas al infierno»<sup>32</sup> aludiendo a la *Eneida* de Virgilio) de obras. Entre los autores más citados, hallamos autoridades clásicas (Homero, Virgilio, Ovidio, Séneca, Plinio), italianas (especialmente Dante Alighieri, Giambattista Marino y Ludovico Ariosto), españolas (principalmente Miguel de Cervantes, Luis de Góngora, Lope de Vega o romances populares) y portuguesas (para citar uno, Luís Vaz de Camões). El aprecio por el amigo madrileño queda patente en el elogio que hace al poeta y dramaturgo, además de las continuas citas extraídas de sus comedias:

Era el Ganímedes perdido por novedades, que lo común y sabido no le agrada-  
va, excelencia y virtud propia del Doctor Don Frey Lope Félix de Vega Carpio,  
Cavallero del Hábito de San Juan, que en el número sin número de Comedias y  
Autos Sacramentales que ha escrito, sin las obras sueltas que no le tienen, apenas

30.— Rafael Bonilla lo atribuye principalmente a tres motivos: a la polémica sobre las *Soledades* en auge en aquellos años, al hecho de que la narrativa se hacía eco de las opiniones sobre los poemas de Góngora a través de comentarios o pareceres y, por último, a la publicación de otras obras que tuvo lugar cuando apenas se conocían aquellas de Eslava, Salas Barbadillo, Cervantes o Lope, R. Bonilla Cerezo, «Cítara argentando plumas: el Gongorismo en las *Novelas ejemplares* y *prodigiosas historias* de Juan de Piña», art. cit., pp. 71-72.

31.— E. Cotarelo y Mori, «Introducción», ed. cit., pp. XXIV-XXV.

32.— J. de Piña, *Segunda parte de los casos prodigiosos*, ed. cit., f. 36v.

se conocerá parentesco en las traças varias, nuevas y peregrinas, aunque en la sutileza y felicidad de Versos y Conceptos sean todas de su pluma de oro<sup>33</sup>.

También encontramos un uso repetitivo de algunos *topoi* de la tradición poética, como aquellos del amor cortés. Los ojos de la mujer son soles que causan el enamoramiento, su boca de perlas y coral, su pelo rubio como el oro, su piel blanca como la nieve, sus pies que producen flores: expresiones como «el mirar para dar o quitar la vida», «lo dulce y grave del mirar», «la risa de los labios de coral», «la belleza de la cara, nieve y grana», «vi al umbral al Alva con su risa, a la Aurora con las perlas, a la mañana y al Sol más bello y hermoso que de los cielos», «los cabellos de oro», «la nieve en la bellísima cara», «las manos de nieve», «Y aviendo visto que en las huellas por el pavimento de ladrillos y aguas de olores, que sus pequeños pies, assí lo dezían las pisadas, fueron enriqueciendo, avían nacido flores» son solo unas cuantas entre una multitud que refleja el petrarquismo del siglo XVI. De acuerdo con la opinión de Cotarelo y Mori, también en esta segunda parte abundan las comparaciones en la que aparecen continuamente, como hemos podido apreciar, elementos como el sol, la luna, el alba, la aurora, las perlas, etc. En definitiva, estos son solo unos de los aspectos más llamativos de esta obra, que se podrán comprobar a lo largo de estas páginas y serán objeto de aclaración en las notas explicativas que acompañan el texto.

### Criterios de edición

La presente edición se ha realizado a partir de la *editio princeps* de Madrid, impresa por la viuda de Alonso Martín en 1629. Concretamente se toma como base el ejemplar conservado en la Österreichische Nationalbibliothek de Viena, signatura 77.D.57. El impreso, en buen estado general, es un volumen en 4º que consta de 4 hojas de preliminares seguidas por 88 folios (g<sup>[1]+1+[2]</sup>, A-D<sup>5+[3]</sup>, E-L<sup>4+[4]</sup>), carece de colofón y presenta errores en la foliación: f. 6 en lugar de 7, 44 en lugar de 54. En cuanto a los criterios de edición a los que someto el texto, conservo las particularidades y las oscilaciones gráficas para destacar el sistema gráfico de la edición. Así pues, mantengo: el uso de *b* y *v*; la alternancia *s/ss*; la fricativa velar sorda *x* y sonora *g*; la fricativa interdental sorda *ç* y la sonora *z*; la alternancia *m/n* ante *b* o *p*; los grupos consonánticos o vocálicos cultos *ch* (*christiano*), *ph* (*Esphinx*), *th* (*ethérea*), *ee* (*fee*); los grupos consonánticos cultos simplificados (*dotrina*, *letura*, *coluna*, *vitoria*, etc.); toda oscilación vocálica (*recebir* / *recibido*); la metátesis de los grupos consonánticos formados por la dental sonora *d* más la líquida *l* (*dezilde*); los nombres propios, apellidos y topónimos como el original; el uso de minúsculas y mayúsculas, incluso aquellas en apariencia injustificadas del texto, salvo aquellas que aparecen tras una actualización de la puntuación o aquellas relacionadas con títulos de obras (*varias Fortunas* > *Varias Fortunas*).

Modernizo y regularizo según las convenciones modernas: la puntuación; la acentuación<sup>34</sup>; el uso de cursivas; la separación de palabras. Transcribo las grafías *j*, *y*, y *v* con valor vocálico respectivamente como *i*, *í*, *u*; la *u* con valor consonántico como *v*; la *i* con valor

33.– *Ibid.*, f. 27v.

34.– Por ejemplo, llevan el acento ortográfico los verbos con pronombre enclítico donde es necesario (*hízole*, *dióle*, etc.); se acentúa *nós* en función de sujeto y se hace lo propio con la diéresis de la *u* detrás de la consonante *g* (*antigüedad*, *güessos*).

consonántico como *j*; el grupo *qu-* ante *a* y *e* como *cu*. Resuelvo las abreviaturas sin ninguna indicación, así como los nombres propios abreviados en los distintos parlamentos; reduzco todas las duplicaciones consonánticas sin valor fonético; separo las contracciones con apóstrofes (*destos* > *d'estos*). Resuelvo el signo tironiano & de las citas latinas por *et*; convierto la conjunción *y* en *e* delante de la vocal *i*, y la *o* en *u* delante de la vocal *o* y reproduzco los números en cifras romanas o arábigas según el original, prefiriendo en los números romanos *iv* a *iiiij* y *ix* a *viiiij*. Pongo entre guiones largos todos los incisos de la voz narradora que en el texto aparecen entre paréntesis.

Asimismo, añado en el texto entre corchetes todas las intervenciones para colmar las omisiones evidentes e indico en notas a pie de página todas las erratas de imprenta, así como cualquier tipo de aclaración dirigida a explicar las alusiones mítico-poéticas, el léxico de la época, personajes, lugares, etc.

*SEGUNDA*  
*PARTE DE LOS*  
*CASOS PRODIGIOSOS*

A FRANCISCO DÍAZ MÉNDEZ DE BRITO,  
CAVALLERO DE LA CASA DE SU MageSTAD  
EN EL REINO DE PORTUGAL

POR JUAN DE PIÑA,  
ESCRIVANO DE PROVINCIA  
EN LA CASA Y CORTE DE SU MageSTAD,  
NOTARIO Y FAMILIAR DEL  
SANTO OFICIO

CON PRIVILEGIO

---

En Madrid, por la viuda de Alonso Martín.

Año de M.DC.XXIX.

[h. 9<sup>1v</sup>] Suma del privilegio

Este libro, intitulado *Segunda parte de los Casos Prodigiosos*, tiene privilegio por diez años para poderse imprimir en el oficio de Diego Gonçález de Villarroel. En Madrid a 30 de Octubre [de] 1629.

## Fee de Erratas

Este libro, intitulado *Segunda parte de los Casos Prodigiosos*, está bien y fielmente impresso y corresponde con su original. En Madrid a 12 de Noviembre de 1629.

*Licenciado Murcia de la Llana.*

## Suma de la Tassa

Está tassado por los señores del Consejo a cuatro maravedís cada pliego, despachado en el mismo oficio, en 14 de Noviembre [de] 1629.

[h. 9<sup>2r</sup>] APROVACIÓN DEL PADRE  
Maestro fray Julián Abarca, Predicador  
general de la Orden de la Santísima  
Trinidad

Por comisión del señor Licenciado don Juan de Velasco y Azebedo del Consejo de su Alteza el Cardenal Infante y su Vicario en esta villa de Madrid y su partido, he visto esta *Segunda parte de los Casos Prodigiosos*, compuesta por Juan de Piña, Escrivano de Provincia de la Casa y Corte de su Magestad, Notario y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición. No tiene cosa dissonante a nuestra Católica Fe, y buenas costumbres; el estilo es elegante y puro, la frasi<sup>35</sup> ingeniosa, la inventiva propia y gravemente dispuesta. Tiene esta obra, como otras que ha sacado a luz su Autor, no menos parte de doctrina, que de recreación ingeniosamente honesta, y dévese dar la licencia que pide. Assí lo juzgo. En Madrid, a cinco de Mayo de 1629 años.

*Fray<sup>36</sup> Julián Abarca,  
Procurador general.*

35.- «Modo de hablar, elegancia en el decir», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611, f. 15v.

36.- Fran] Fray.

## APROVACIÓN DE DON JUAN de Jáuregui

Juan de Piña, con el ingenio y estudio que suele en otros libros, ofrece en este, que V. Alteza me manda ver, *Segunda parte de Prodigios*, y aviéndome tocado aprobar la primera, apruebo la segunda, añadiendo aora que hallarán sus aficionados nuevas causas de diversión y letura. V. Alteza le mande hazer merced de darle la licencia que pide. En Madrid a 2 [de] Junio de 1629.

Don Juan de Jáuregui<sup>37</sup>.

### [h. g<sup>2</sup>v] A FRANCISCO DÍAZ MÉNDEZ de Brito, Cavallero de la Casa del Rey nuestro señor en el Reino de Portugal

A Nuño Díaz Méndez de Brito<sup>38</sup>, hermano de v. m. y bienhechor mío, llevó Dios. Teñiale dirigido este libro segundo de los *Casos Prodigiosos*, como el primero y otro de *Varias fortunas*. Hijo como v. m. del grande Héctor Méndez de Brito, grande por su valor y merecimientos en España y las más remotas naciones: tanto aprecio hizieron de su persona, entendimiento y prudencia, por el varón más insigne y más rico que floreció en el Orbe, con que tan dignamente adquirió el renombre de Grande, y por su mucha nobleza, pues es de la muy ilustre familia y Casa de los Britos del Reino de Portugal, tan antigua, noble y principal, como es notorio, assí en él, como en los estraños, y por aver en ella tantos y tan excelentes varones en armas, virtudes y letras, como se sabe y las Corónicas lo refieren, se escusa tratar de sus excelencias. V. m. es el mayorazgo de la Casa de su padre, en cuyas obligaciones generosas y poder con las de su hermano ha sucedido. Sabía esta dirección y no quise faltarle en la muerte, por no averme faltado en la vida. Este libro dize en su alabança algo de lo que mereció y de que le fui deudor: miro a v. m. en su mismo lugar; no puede agraviarse el libro del acierto, que a la sombra de su amparo y valor no teme censura. V. m. recibirá este leve servicio que, por no sin desvelo sutil, donde se halla ilustríssima la lengua Española, tuve atrevimiento de hazer dueño y amparo suyo a v. m. a quien guarde Dios muchos años.

37.– Juan de Jáuregui (1583-1641) se dedicó especialmente a la poesía y a la pintura. Como él mismo afirma, aprobó también la primera parte de la obra, titulada *Casos prodigiosos y cueva encantada* (Madrid: Imprenta del Reino, 1628). Para más detalles sobre el intelectual barroco remito, entre otros, a F. J. Álvarez Amo, «“Yo no presumo de poeta”: la trayectoria de Juan de Jáuregui», *Etiópicas: revista de letras renacentistas*, 7 (2011), pp. 120-138; J. Matas Caballero, «Juan de Jáuregui», en P. Jauralde Pou (dir.), D. Gavela García, P. C. Rojo Alique (coords.), *Diccionario filológico de literatura española (siglo XVII)*, ed. cit., I, pp. 660-672, «Juan de Jáuregui, perfil barroco de un poeta-pintor», *E-Spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, 35 (2020), en línea <<http://journals.openedition.org/e-spania/33732>> [consultado el 13/06/2020].

38.– Caballero portugués; hijo, junto a Francisco —a quien Juan de Piña dedica esta obra—, del rico asentista Héctor Méndez de Brito. Tanto en la dedicatoria como más adelante (f. 41v), el autor explicará la razón por la que le debe mucho a la familia Méndez de Brito, especialmente por los favores recibidos de su parte.

[h. 9<sup>3r</sup>] PRÓLOGO

NO pudiera aver dado principio al *Discurso de la pura y limpia Concepción de nuestra Señora la Virgen María*<sup>39</sup>, Madre de Dios, sin culpa de pecado original —que ya se imprime—, si no le hubiera estudiado en uno de los mayores devotos, que esta divina Señora tiene, acérrimo defensor de su pureza sin mancha, el Reverendísimo P. M. F. Hortensio Félix Paravicino<sup>40</sup>, Predicador de su Magestad y segunda vez Provincial de su Orden de la S. S. Trinidad, imitador único del Sutilísimo Scoto<sup>41</sup> y no menor amante: mi acreedor le confieso de la imitación que pudo mi desvelo averle penetrado por el FÉNIX d'este siglo bien conocido Scoto Sutil. El sugeto<sup>42</sup> es excelente, admíranle los ingenios por único y peregrino, como el Sol y el Fénix de Arabia - Félix, en quien parece aver anticipado el cielo la gracia y sutilísimo ingenio, si cuando avía de començar a leer, discípulo niño en la escuela, leía ciencias Maestro, presumidas por esto infusas en la Universidad insigne de Salamanca, ofrecidas por la felice memoria, más aparecidas que estudiadas. La Gramática, Retórica, Artes, Física y Metafísica más pareció averlas enseñado que aprendido. Con tal buelo passó por las Aulas y Generales, que imitó a Mercurio en lo bolante, si al Planeta Saturno en lo profundo. En la sagrada Theología fue assombro de únicas inteligencias, almas y luces de sus pensamientos. Los Tomases, los Agustinos, los venerados, los demás clásicos, la sciencia y sabiduría de Aristóteles y Platón, los Poetas y Autores de las letras humanas se hallaron entendidos y lisonjeados en lo que escurecieron y quisieron desaparecer, cuyos conceptos y sentencias en lo más útil y verdadero Escolástico y práctico se admira a las luces d'este Sol resplandeciente sin estorvo, nubes, ni eclipses. Gloriosa y triunfante se hallava la Universidad que si de pocos años el FÉNIX le dava cuidado de los pocos que le avía de lograr, por aver dado sin intempestivo y prodigioso a los estudios, y averle graduado en todas las ciencias que professó, en mucho menos de la mitad [h. 9<sup>3v</sup>] del tiempo preciso a los estatutos y decretos de los cursos y exámenes para los grados.

Inútil parecía, sino a ser Maestro, su asistencia ya en la Universidad, de donde le robó su Religión por riquísimo tesoro, honor y amparo suyo, pero no a vista de sus Colegios, Maestros, discípulos y Claustro, a quien devía tal amor y respeto, que le dieron los intempestivos grados, devidos a ser octava maravilla, sin derechos, ni propinas, India Oriental le reconocieron de celestiales dones.

A su Convento en la Corte del mayor Monarca fue traído, conocido a la primera luz, y como en aquella Ciudad los grados, assí en su Religión los oficios de Ministro y Pro-

39.— Se trata del mismo *Tratado de la Concepción de Nuestra Señora* que Juan Pérez de Montalbán cita en su obra *Para todos* (1632) refiriéndose a los textos que el autor tiene por imprimir, si bien hasta el día de hoy no tenemos noticia de su impresión.

40.— Hortensio Félix Paravicino y Arteaga (1580-1633) fue una figura muy relevante por sus cualidades en ámbito religioso y poético. Juan de Piña nos ofrece un perfil completo en el «Prólogo».

41.— Juan Dons Scoto fue un filósofo y teólogo escocés que vivió en la segunda mitad del siglo XIII hasta principios del XIV; se le conoce con el epíteto de *Doctor Subtilis* para señalar la agudez y perspicacia de su pensamiento.

42.— [jugeto] sugeto.

vincial primera y segunda vez, admirava predicando tan en su infancia a cuantos le oyeron. Lo sutil, las elegancias y novedades no imaginadas logravan el más eminente lugar cuando el Rey don Felipe Tercero nuestro Señor, que Dios tiene en el primero sermón en día de cortina, le hizo su Predicador, que lo mismo hiziera el Pontífice si le oyera, por no defraudar a Italia de su ingenio a no ser el Mayorazgo de la insigne, más que Nápoles, bella Madrid, por Sol de su Oriente, no lo permitieran hermano, ni deudos, sino en su casa Itálica Ilustríssima.

Predicador era el señor Rey don Felipe Tercero con más sermones en la Capilla de los precisos, en las mayores festividades, donde ha enseñado cómo se deve tratar lo elegante y más superior de la lengua Española, y a quién deve las Indianas riquezas de sus voces, ilustres frasis, locuciones y exornación.

Sucedió en el mismo oficio por nueva elección del señor Rey Felipo IV, Monarca de los dos mundos, por la intempestiva muerte del que los admiró en santidad y gobierno, de cuyas alabanzas gloriosas, y de la Serenísima Reina señora nuestra Doña Margarita de Austria, le tocaron por elección Real Oraciones Fúnebres, que hizo peregrinas y portentosas declaraciones y desvelos de lo sagra- [h. ¶<sup>4</sup>r] do, a muchos fugitivo hasta la sutileza de sus pensamientos: las dulçuras Bernardas, las almas lucientes de los Misterios, las ideas en el coral de su mira se admiran y aman.

Traía orden el Ilustrísimo señor Cardenal Legado don Francisco Barbarino y Nepote de su Santidad Urbano VIII, con su ingenio, como el oficio divino de oír en la Corte del Monarca Español un Predicador, y fue el que le predicó los sermones que oyó, admiración suya y assombro de sus Romanos, que a poder, como su Religión de la Universidad, le robaran de su casa para la joya más preciosa de la ilustríssima del Conde de Sangra su hermano, también honor de Italia, y a sucesor del gran Cardenal Paravicino su tío: reconociole el Ilustrísimo señor Legado, mayor que su fama con los favores y mercedes que le hizo, si menores que su voluntad.

Los grandes Príncipes, Señores y Cavalleros, lo sutil y de mayor inteligencia para calificar sus créditos y abonos, oyéndole se gradúan, si viene a ser, no próspera fortuna, no le aver faltado a un sermón en veinte y dos años en Madrid los que le oyeron el primero, por no se poder valer de lo que otros con oyentes nuevos. Admira el Predicador que le oye. Un lúcido ingenio, oyéndole una de las Oraciones Fúnebres, quedó tan covarde, que propuso no le oír más por no desauciar las Oraciones Fúnebres. Filomena eleva a las otras aves por toda pluma y voz de armonía dulcísima. No prosigo que de la menor excelencia suya pudiera en libro de más hojas que tienen los árboles de las selvas y bosques y que han visto Marte y Belona en las guerras<sup>43</sup>.

La razón, no el amor, dio principio a lo que proseguiré de intento: ésta breve demostración es en crédito de averle hurtado, sino el ingenio imposible, como al Firmamento sus Estrellas, los amagos, que como el Sol enriquece lo que mira; lo sutil, cespado y airoso de su ademán gallardo y único, solo puede imitarlo el dueño también para acreditar el *Discurso de la pura y limpia Concepción*, que aviendo procurado [h. ¶<sup>4</sup>v] seguir en parte sus huellas,

43.- No es casual aquí la referencia a la mitología romana, según la que Belona era la diosa de la guerra (su nombre deriva del latín *bellum*, 'guerra'), hija de Júpiter y Juno, y estrechamente asociada, a veces como su compañera o esposa y otras como su hermana gemela, a Marte, dios romano de la guerra y de los combates, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, Torino, Edizioni Librarie Italiane, 1989, p. 96.

lenguage de la más valiente pluma de oro con voz de Cisne y harpa de Sirena, viendo en el principio el nombre del FÉNIX, honor de los dos mundos y d'este su por el dichoso siglo también de oro, no se deve temer ceño, ni censura de la embidia, ni de la ignorancia quedando triunfante la sabiduría, como la paz en el Reino de Salomón, de que no dexó copia el divino pincel, como el suyo no he hallado, aunque atento el oído a los ingenios de España, muchos. En las Saluciones de los sermones, nunca en el artificio, novedad, invención y modo peregrino han parecido tan Angélicas las no propias. D'esta *Segunda parte de Casos Prodigiosos* no desdize lo referido del Reverendíssimo P. M. F.

Hortensio Félix

Paravicino.

## [f. 1r] SEGUNDA PARTE DE LOS CASOS PRODIGIOSOS

LA REINA De la gran Bretaña, Madama Porcia<sup>44</sup>, y el Rey Astolfo<sup>45</sup>, amable y discreto Príncipe, nacieron en una hora y, por deuda suya, la criaron los padres de Astolfo, como si imitaran a Rómulo y Remo de un parto: aquí los astros predominaban al parecer debaxo de una constelación y avían de correr una fortuna. Esto no viene a ser cierto, assí lo siente san Gregorio en una homilía, diciendo aver nacido en cierta ciudad y en una misma hora un hijo de un Rey y otro de un labrador. El hijo del Rey sucedió en el Reino, el otro labrava la tierra, pobre y mercenario, que esto sucede por la diversidad del Orizonte y del Meridiano, y lo principal, porque, según la sujeta materia y su disposición, recibe más o menos uno que otro del influxo celeste, con el exemplo de Homero Africano y Alexandro. Pues con esto se dize, que aviendo nacido el Rey Astolfo y Madama Porcia en una hora y en una casa, no fueron iguales en las acciones, porque el cielo, según la Astrología, no es causa de nuestras precisas fortunas prósperas, ni adversas, porque todo está pendiente de la mano poderosa de Dios.

[f. 1v] Criáronse juntos tan hermanos, que imitaron a los del me[s] florido de Mayo: crecían con el amor y sus<sup>46</sup> Anteros amantes, como amados de aquel Reino de la gran Bretaña; solo de hermanos era el nombre, una voluntad, una alma, dos cuerpos que más se anima en lo que se ama. No se perdían de vista, creyeron sin aver sabido lo contrario, algún tiempo serlo llegó el desengaño de que hizieron fiesta al día de su nacimiento siendo ya recíproco el amor, sin darse por entendidos, difriendo los padres de verdad en quanto possible por algún fin.

Ya de doze años trataron de casarlos, deseávanlo padres e hijos, y en tanto se encendió el amor en las almas de Astolfo y Porcia tan ardiente, que tal vez en la mesa olvidava Porcia la vianda, herida de la forqueta de oro. Y preguntando a Astolfo alguna curiosidad u otra cosa, respondía Porcia. La palabra elada moría al nacer, al pronunciarla. Mucho imitavan a Cupido<sup>47</sup> en lo ciego, bien los podía vender esclavos en el carro del triunfo: honor fueron de su deidad, algo que aprender tenía Cupido, nuevos amantes admirava.

44.– Hija de Marco Porcio Catón Uticensis y de su primera esposa Atilia, fue mujer de Bruto, el asesino de Julio César. Se le conoce por haberse suicidado ingiriendo ascuas incandescentes, al enterarse de la noticia de la derrota y muerte de su esposo en la batalla de Filipos (siglo I a. C.).

45.– Personaje de la materia de Francia, paladín de Carlomagno e hijo del Rey de Inglaterra. El nombre aparece en los poemas épicos del Renacimiento italiano, como el *Orlando enamorado* (1483) de Matteo Maria Boiardo y también en su continuación, el *Orlando furioso* (1516) de Ludovico Ariosto. Se trata de dos obras muy conocidas por Juan de Piña, ya que, como veremos más adelante, el autor cita puntualmente la figura de Orlando y también unos versos de la obra de Ariosto (por ejemplo, en el f. 22r).

46.– su] sus.

47.– Cupido o Amor en la mitología romana, Eros en la griega, representa el dios del amor y del irresistible deseo amoroso entre los seres humanos. Se denomina «dios ciego» porque se le suele representar como un niño alado, con los ojos vendados y armado de arco, flechas y aljaba, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., pp. 34-35.

Preciávase mucho Astolfo, con gusto de sus padres, servir el vidrio de agua a Porcia con tal curiosidad que se corría la dama a quien tocava, trinchando las aves con la destreza de Maestresala: hacía la salva<sup>48</sup> al agua de canela o de limones, preciosa por de essencias en aquella región de que Porcia se hallava tan bien servida que días, horas y momentos de no en el tálamo<sup>49</sup> del Himeneo<sup>50</sup> eran siglos, el Bracero Astolfo. No parece que alentava Porcia, ni podía vivir sin el alma que adorava, escrivíale papeles discretos, amorosos, si más amorosos que discretos, que no pueden ser discretos los verdaderos amantes. Desatinos y desacuerdos, glorias del amor respondía Astolfo no en papel, sino en el corazón, cuyas letras de fuego leía en sus ojos Porcia. En los Reales Palacios demasía la hermosura. ¿Qué mayor hermosura que una gran señora? ¿Qué más oro que Amarilis?, dixo un verso<sup>51</sup>. Era Por- [f. 2r] cia ya de catorze años, en esto desgraciadas las personas Reales, dixo un Poeta, que como a sus felizes años se visten las Primaveras, que así en adorno lo parecen, con tabíes<sup>52</sup>, brocados, lamas, telas de oros, y matizes y las demás galas, criados y vassallos, haziendo fiestas a sus nacimientos, no los pueden encubrir. ¡Terrible caso no mentir una dama! La mayor injuria del tiempo, siquiera por no desmayar, que la vida haze tal vez lisonja, sino marchita el verdor. Era Porcia por quien se podía dezir:

«que quien tiene pocos años,  
no tiene hermosura poca»<sup>53</sup>.

Amanecía como el Alva, la rosa bañava el jazmín en su bellísima cara, al reír como la del cielo, hacía mayor el clavel. Reíase Porcia de averla presumido imitar el Aurora al pestañear sus estrellas injurias del Sol, por no menesterosas de sus luzes, resplandores, ni rayos, que los de Porcia más parecían de Júpiter<sup>54</sup>, que del Sol, la belleza del cuerpo y talle

48.- «La prueba que se hace de la comida o bebida, cuando se administra a los Reyes, para assegurar que no hay peligro alguno en ellas. En España la hace la persona de más distinción, que sirve a la mesa», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Imprenta de la Real Academia Española, 1726-1739, 6 vols., VI, p. 32.

49.- «El lugar eminente en el aposento adonde los novios celebran sus bodas y reciben las visitas y parabienes; significa algunas vezes la cama de los mismos novios y la cuadra donde está», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 182r.

50.- En la mitología griega, Himeneo era el dios de las ceremonias nupciales, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 282.

51.- Amarilis es un nombre de la tradición literaria, utilizado por muchos autores clásicos, como Teócrito, Virgilio en las *Bucólicas*, u Ovidio. Juan de Piña cita el verso 24, «¿qué más oro que Amarilis?», de un romance anterior a 1621 y atribuido a Luis de Góngora, publicado en *Primavera y flor de los mejores romances que han salido aora nuevamente en esta Corte, recogidos de varios poetas por el licenciado Pedro Arias Pérez*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1621, f. 4v. Este verso, junto con otros, concretamente los vv. 21-24 («Allá se partió su dueño / al mundo nuevo, que dizen / que nace el oro y la plata; / ¿qué más oro que Amarilis?») del mismo romance aparecen como versión cantada en la primera jornada de la comedia *La cosaria catalana* de don Juan de Matos Frago, un dramaturgo español de origen portugués del siglo XVII. Sin embargo, en la comedia los vv. 22-24 del romance aparecen ligeramente retocados sin ninguna gran alteración en el contenido: «Allá se parte su dueño / a las Indias, donde dicen, / que nace la plata y oro: / qué más oro que Amarilis!»), J. de Matos Frago, *La cosaria catalana. Comedia famosa de don Juan de Matos Frago*, Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1745, f. B1 [5r].

52.- «Cierta género de tela que se usaba antiguamente, como tafetán grueso prensado, cuyas labores sobresalían haciendo aguas y ondas», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., VI, p. 203.

53.- Se trata de los vv. 13-14 de una letrilla anónima, titulada *Morenica, no seas boba, / no se te acabe el pan de la boda*; véase *Romancero general en que se contienen todos los romances que andan impresos, aora nuevamente añadido y enmendado*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1614, f. 437r.

54.- Equivalente al dios griego Zeus, Júpiter, del latín *Iuppiter* ('padre de la luz'), fue el principal dios del cielo y de la luz de la mitología romana. Formó una tríada capitolina con su hermana y esposa Juno y su hija Minerva, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., pp. 262-264.

de milagro, el donaire con amagos de la Diosa Venus<sup>55</sup> en no perder solo un punto de vista a su Adonis<sup>56</sup> la imitó: baldole de ir a caça, temerosa de las fieras que habitan aquella Región. Astolfo no temía el peligro de las fieras, sino de las hermosas, que no le ay mayor entre los fieros leones de Albania y tigres, hurtándoles diestro caçador los del nido, no en los invencibles del mar Sirtes<sup>57</sup>, Caribdes y Scila<sup>58</sup>, que de una dama hermosa amante solo puede el que la sirve tener esperança en el último día, pues no ay trabajos, penas y cuidados que lo parezcan a un verdadero amor que más logra el que ama, más goza de lo que padece que de lo que goza. Hermoso peligro era Porcia por bien empleada, por muy dichosa perdiera la vida Astolfo sirviéndola, tributario quedara de la muerte. Era gallardo Cavallero, diestro en la caça, de amable condición y persona hermosa por nacido al Norte, donde [f. 2v] más Ángeles que hombres, no aprendió muchas ciencias, de solo un libro peregrino estudiante y era el *Arte Amandi*<sup>59</sup> del sutil Ovidio, aborreció el de *Tristibus* que no podía aver cosa triste viendo a Porcia, tal su rara belleza y hermosura. Porcia y Astolfo se casaron con tantas fiestas y artificios de fuego, arcos triunfales, hieroglíficos, letras, pinturas de historias y fábulas; el mancebo hermoso Himineo en peregrino retrato, al temple que de las pinturas al olio, raras maravillas no penetró la antigüedad excelencias, causa de no lograr las del famoso Apeles<sup>60</sup> y de los otros divinos pintores.

Los Reyes dieron a Astolfo la investidura de la gran Bretaña desde luego, por hazer Reina a Porcia, pesarosos de no de la mayor Monarquía: tal amor la tenían, tal era su belleza, y amor para los vassallos que enriquecía. Los Reyes no tuvieron primero movimiento de las dudas, que en otros Reinos se han visto, si desapoderados de los que tenían padecieron necessidades. Multiplicado el número de los que ignoran dexando caer de la cabeça la corona, y de la mano el cetro, que tan dueños se hallaron el primero día antes de la renunciación, como el último de las vidas, a que dieron fin a pocos años.

Porcia y Astolfo tuvieron por su primogénito y único al valiente Ricardo Durandarte<sup>61</sup> en galán, discreto estudiante, como si no fuera Príncipe, que en esto defraudan la grandeza

55.– Venus fue en un principio la diosa de la primavera, protectora de jardines y campos en la mitología romana, aunque posteriormente fue identificada con Afrodita, la diosa griega del amor y de la belleza. Su hermosura hizo que fuese deseada por muchos dioses que competían por su amor; así que Júpiter ordenó que se casara con Vulcano, más adelante denominado «dios forjador», *ibid.*, pp. 502-503.

56.– En la mitología griega fue un dios muy joven y tan hermoso que la diosa Afrodita o Venus se enamoró de él, *ibid.*, p. 12.

57.– «Los bagios de Berbería, adonde por la inconstancia y movimiento de las arenas van los navíos a peligro de encallar», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 177r. Metafóricamente indica un peligro, un riesgo para el ser humano.

58.– Escila y Caribdis son dos criaturas mitológicas que aparecen por primera vez en la *Odisea* de Homero. Situadas en las dos orillas opuestas de un estrecho de agua, identificado con el actual Estrecho de Mesina, que se encuentra entre las regiones italianas de Calabria y Sicilia, ambas representaban los peligros de la navegación para los marineros. De hecho, la maga Circe las menciona para advertir a Ulises del peligro que conllevaría cruzar el estrecho, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., pp. 116-117, pp. 446-448.

59.– Juan de Piña rinde homenaje a dos célebres obras del poeta latino Ovidio (1 a. C. – 1 d. C.), como *Ars amandi* y *De tristibus*.

60.– Famoso pintor griego del siglo IV a. C., fue elegido por Alejandro Magno para inmortalizar su imagen. Todo lo que conocemos de él lo debemos a descripciones literarias como la que hace Cayo Plinio Secundo en su obra enciclopédica, titulada *Historia Naturalis*.

61.– Además de ser el nombre de la espada que Roldán, paladín y sobrino de Carlomagno, recibió cuando fue nombrado caballero, es el héroe fabuloso de los libros de caballerías españoles, así como un personaje, junto a su amada Belerma, en el *Romancero Viejo*. Miguel de Cervantes lo cita como «flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su

los que lo son, aprendiendo ciencias a inquirir oficios. Que mejores oficios que nacer señores, deponer devieran pretensiones, dexando a los pobres con el trabajo, premios de los estudios; si bien ay muchos Príncipes dignos de eterna alabança que no los codician, imitando Reyes y Emperadores en que las ciencias, artes liberales y lenguas que aprenden no son para defraudar a los Cicerones, sino para esplendor de sus coronas y eternos laureles.

De Porcia admirava el Reino peregrino entendimiento, ingenio sutil, tan dulces palabras, que enamorava con el don [f. 3r] de persuadir, y assí era adorada de cuantos oían la armonía; tal era el veneno en la voz como en la vista. Hizo que Guidón, excelente Astrólogo de Bretaña, le açasse figura. Assí lo hizo entrándose un poco más de la otra parte de la judicaria. Era encantador de fortunas prósperas y adversas, Nigromante, pronosticador y supersticioso; estudió estas ciencias en Porfirio, Apuleyo, Suida, Plotino, Rogerio, Juan Bautista Porta, Julio Camilo y Bacchone. Halló que al nacimiento de Porcia, Mercurio<sup>62</sup>, entendido por la musa Euterpe<sup>63</sup>, estava de buen aspecto: influía sabiduría y suavidad en hablar, ingenio para lo científico y Artes Matemáticas. Aprendió buena parte d'ellas, era excelente música, hazía versos de estorvo al más peregrino ingenio que avía participado en su ascendente de Mercurio con Venus. Esta ciencia de Astrología y sutilezas ofende a los Santos por mentirosa, imposible de verdadero pronóstico, que solo un instante que desacierte quien da la hora para los nacimientos va perdido. De un Rey de Persia escribe el Filósofo Lirgandeo<sup>64</sup> que desterró de su Reino todos sus Astrólogos, porque seguro de la vitoria que le avían pronosticado yendo su ejército contra el Turco, fue vencido y destruido, y embiando una armada por aquel mar, aviendo adquirido grandes riquezas de oro y plata, perlas y muchos bienes que también le pronosticaron los Astrólogos, vendría en salvamento, se ahogó, sin quedar una tabla, ni una persona de cuantos en ella iban. Destruído quedó su Reino con tales daños; y el mayor sentimiento era, perdida vitoria y armada, teniendo por ciertos los pronósticos, y aun dize aver echado al más presumido en la ciencia a una isla sin agua y sin fuego, que tomó de los castigos del Senado Romano.

Ricardo, successor de aquel Reino, ya valiente y brioso, coronando apenas el no ofendido labio, dio con algunos criados y licencia de los Reyes, sino como el Sol al mundo, buelta a [f. 3v] Italia y Flandes, Alemania, España, Ingalaterra y Francia. De curioso culto y entendido en letras divinas y humanas no para hazer, como tan alto Príncipe, daño al que no nacido a disposición de los hados, poca fortuna en los mortales. Y aviendo penetrado las materias y razones de estado, poderío, leyes y nervios de las guerras, gobiernos y decoros en las pazes que Dignidades, Títulos, Príncipes, Reyes y Emperadores avía en el mundo

---

tiempo» en la aventura de don Quijote en la cueva de Montesinos (capítulo XXIII de la segunda parte), M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha. Edición conmemorativa IV centenario Cervantes*, ed. de F. Rico, Madrid, Real Academia Española, 2015, p. 725.

62.- En la mitología romana, era el protector del comercio que asumió todas las características del dios griego Hermes, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 336.

63.- En la mitología griega, Euterpe era una de las nueve Musas, la de la música, cuyo objetivo era especialmente deleitar con la flauta, *ibid.*, p. 234.

64.- Lirgandeo es el sabio narrador de las aventuras del Caballero del Febo, protagonista del libro de caballerías *Espejo de príncipes y caballeros* de Diego Ortúñez de Calahorra, publicado en Zaragoza en 1555. Don Quijote lo invoca cuando cree estar encantado en la primera parte (capítulo XLIII), mientras que en la segunda (capítulo XXXIV) lo encontramos con otros encantadores en el Palacio de los duques, cuando estos últimos se burlan del caballero y del escudero en relación con el desencantamiento de Dulcinea del Toboso.

que de Historias y Relaciones las comprendió, bolvió a Bretaña y llegando a la ciudad de Lincoya<sup>65</sup>, puerto donde se avía de embarcar, conocido secreto hasta allí en lo que avía peregrinado, cuantos avía en la ciudad le vinieron a servir, previniendo nave bastecida, bien proveída y artillada con soldados viejos y diestros en las tierras y los mares de que Ricardo quedó muy agradecido; la gente pagada y contenta que dineros y joyas llevó de Bretaña para bolver a ella sin necesidad, mucho le sirvieron y regalaron como a Príncipe de Bretaña, que el amor, si ciego, no parece que lo es en lo que desea agradar.

Con próspero viento en popa y mucho gusto fue navegando hasta llegar algunas millas de la Corte, desembarcando en la villa de Esterlín: muchas gracias y dineros dio a los Marineros y Soldados y a cuantos le avían servido y acompañado. Bolvieron ricos del viaje con mar, bonança y prósperos vientos que no tuvieron tormentas, ni mucho mar como dizen los que gobiernan el aguja y timón, más temido ignorado que las borrascas y mar en través, que en esta navegación pudo Ricardo dezir, como César a Amiclas<sup>66</sup>, que la ventura de Ricardo iba con ellos.

Dio aviso el Príncipe a los Reyes de su buena y próspera venida para el recibimiento que esperava y en tanto inquiriendo curiosidades, que si lugar suyo teniendo muchas, no las avía visto, tuvo noticia que le habitava un Cavallero de grande ingenio algún tiempo avía, haziéndole por cierta causa para bolver a su patria por él la más bien afortunada y famosa del Orbe.

Fue a casa del Cavallero, hizo avisar le quería ver; salió al [f. 4r] punto, en la cortesía Español: dobló la rodilla a Ricardo, más que por señor de aquella tierra, por lo que parecía serlo gallardo, galán, amoroso y casi de unos mismos años. Alçole del suelo el Príncipe, abraçole, vio peregrina viveza en ser con apazible gravedad, que al punto da el ingenio indicios y luzes de lo que logra Célico<sup>67</sup>. Entraron a sentarse en lo más a propósito en el estudio del Conde don Pedro Enrique, este nombre del Cavallero, Ricardo Príncipe discreto, que imitava al de mayores excelencias, a que el Conde no se escusasse de lo que desearía saber, le dio cuenta de los sucessos que en dos años pasó peregrinando el mundo, que en uno dezían le conquistó Alexandro, el aviso que dio al Rey de su venida y en tanto quería ser su huésped. Tal asseo y curiosidad admirava en aquel estudio, que si no tenía en él, dixo el Conde, todos los libros que en su tierra; vio Ricardo, que eran muy curiosos, con cintas de diversos colores, muchos dorados y de impresiones peregrinas. Tenía los Poetas a una parte y aun por el suelo. Los de grande curiosidad, de Santos y de Historias colocados con veneración; y dezía el Conde a Ricardo que solo avía podido traer tan po-

65.- «*Nomen proprium* Indi», J. Minsheu, *Vocabularium Hispanico-Latinum et Anglicum copiosissimum...*, Londres, Brownes, 1617, p. 120.

66.- El autor alude al encuentro entre Julio César y el pescador Amiclas descrito en la obra *Pharsalia* de Lucano, poeta latino del siglo I d. C.: César llegó al mar y, con su carácter intrépido, mandó a Amiclas que lo llevase en su barca, a pesar del viento contrario. Por su parte, el humilde Amiclas, siendo tan pobre y no teniendo nada que perder, no se turbó al ver a César que, en plena guerra civil contra Pompeyo, todo el mundo temía por sus atrocidades. Así pues, decidió llevarlo, pero el tiempo fue tan malo que tuvieron que volver atrás. El encuentro entre César y Amiclas ha sido citado en varias obras que aluden al mundo clásico grecorromano; entre otras, cabe recordar el canto XI del *Paraíso* de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri (vv. 67-69) o el *Romancero de 1587* de Gabriel Lobo Laso de la Vega, poeta renacentista español. Para más detalles sobre el *Romancero de 1587*, remito a J. Weiner, «La Antigüedad Clásica en el *Romancero de 1587* de Gabriel Lobo Laso de la Vega», en J. Weiner (ed.), *Cuatro ensayos sobre Gabriel Lobo Laso de la Vega*, València, Universitat de València, 2005, pp. 15-42.

67.- «Que tiene propiedades del cielo», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., II, p. 261.

cos cuerpos, aunque los tenía por almas. Tal sustancia divina, de que es el alma, adorava en ellos. Dio cuenta a su Alteza de estar en la parte que le hallava y averle arrojado allí el mar, dando a la vanda derrotado el navío en que venía, por averle sucedido un desafío en España con otro señor que avía tenido menos dicha, quedando muerto en el campo el riesgo y peligro temerario y locura no buscar otra Región. Sabía que era gran Príncipe el señor Rey Astolfo y venía a buscar el amparo de su Alteza, y por estar aguardando a un amigo, que le venía siguiendo, no avía proseguido, no podía tardar por tener carta, que en la primera nave se embarcaría, si bien ya que su Alteza era quien le podía amparar, y avía sido tan próspera su fortuna de averle conocido, ni tenía que esperar, ni que desear que le iría a servir, y en Bretaña aguardaría a su amigo don Juan, que lo era desde que le vio poco después de aver nacido, en pudiendo elegir amigo del [f. 4v] alma, que imita al alma con el cuerpo. Admiró el successo a Ricardo y ofreciósele por muy amigo suyo y dividir con él la Corona, que Corona de Rey tenía, y le prometió de no dexarle hasta la muerte, por ser mayor fortuna que su Estado averle conocido. La mano le besó el Conde y Ricardo le abraçó abraços del Estrecho de Magallanes<sup>68</sup> —que de aver dicho esto el Autor en otro de sus libros, no lo han tenido por muy a propósito los no Cisnes, Palustres aves, que no era maravilla, sabiendo que el Estrecho es de Magallanes, dezir que el abraço era suyo para encarecer que era muy estrecho; en estrecho le pudieran poner, si no tuviera tan no estrecha respuesta. Perdonarse deviera la voz que no la ay baxa en sus libros, y hazer el tiro por alto es maravilla del coral en que se pone la mira—.

Hágase el tiro al Norte, piérdase la munición y la vala del tiro de Dios<sup>69</sup>, la jara, o saeta, buelen, pues tienen plumas, aunque las abrase el Sol y derrita la cera como al Ícaro<sup>70</sup> intrépido, bien afortunado en aver merecido cercanías de los rayos del Sol y hazer aquel sagrado mar donde fue sepultado de su nombre, que no importa haber nacido si a la vida la fama no acompaña, ni abrasado el moçuelo Faetón<sup>71</sup> si mereció tocar las riendas en luzes de los cavallos del carro del Sol y las ondas del Eridano<sup>72</sup> de cristales corrientes.

A Ricardo admiravan tantas pinturas y de tan ricos pinzeles, que puestas con igualdad y correspondencias más parecían aparecidas que buscadas; y aunque sin marcos no desdezía la hermosura y excelencia, advirtió hieroglíficos y empresas no de poco ingenio. El Conde le dixo eran curiosidades suyas, y aunque los retratos de peregrinos pinzeles, algu-

68.- Abrazos tan apretados como el Estrecho entre la América Meridional y la isla Grande de Tierra del Fuego, que conecta el Pacífico con el Atlántico y conserva el nombre de un célebre navegante portugués, Fernando Magallanes, que lo descubrió en el siglo XVI.

69.- Dio] Dios.

70.- En la mitología griega, hijo de Dédalo y de Náucrate, Ícaro fue retenido junto al padre en la isla de Creta por Minos y escapó secretamente gracias a unas alas que el padre fabricó para los dos con plumas y cera. Dédalo le enseñó a volar y le recomendó que no lo hiciese ni muy alto ni muy bajo, pero Ícaro se olvidó de los consejos y empezó a volar muy alto hasta que el sol ablandó la cera que tenía unidas y pegadas las plumas y se cayó al mar, que desde entonces se llamó Icaro en su memoria, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., pp. 160-161.

71.- En la mitología griega, Faetón, hijo de Helios, dios del sol, y de Clímene. Cuenta Ovidio una fábula según la que Faetón pidió al padre que le permitiese conducir el carro de la luz y, a pesar de que Helios intentara disuadirle durante mucho tiempo, al final el hijo lo consiguió. Sin embargo, siendo muy joven y no teniendo muchas fuerzas para conducirlo, perdió el control de los caballos que tiraban el carro, así que al subir y bajar la tierra se incendió y secó. Finalmente, Zeus o Júpiter fulminó a Faetón que se ahogó en el río Eridano, donde fue enterrado por sus hermanas, *ibid.*, pp. 240-241.

72.- En la mitología griega, el Eridano era el río que en la antigüedad se solía identificar con el Po. En sus aguas cayó Faetón, *ibid.*, p. 218.

nos avía de primor y valentía de la gran manera que llaman los pintores: del Apeles divino los admirava Ricardo, y pidió al Conde tuviesse por bien dezirle si alguna cosa ignorasse de las almas de aquellos cuerpos, que celestes lo parecían. Respondió sería la mayor merced servirse d'ellos, presumiendo el mayor bien ser el Conde retrato de las imaginaciones de su Alteza; tanto le prometía servir. Previno Enrique cubrir para que Ricardo comiesse y a [f. 5r] la hora de la una, que despreció a las demás por no en compañía que aun las Coronas y Laureles no se codician a medias. No ha crecido Cupido, niño se quiere, porque<sup>73</sup> Anteros no le iguale y a no verle se pone la venda, siendo el mismo Dios de Amor.

Verano era, caluroso el tiempo, las mareas, templança; discreta la comida, poca bolatería, únicos los pescados, las invenciones y curiosidades, regalos y novedades, y la mayor parte de la vianda con oro como en las Reales fiestas de Francia, los dulces de rara invención, y curiosidad el nombre de Ricardo en diversos vidrios elados de penados y no imaginados, con letras de oro de que se agradó, quedando más elado que los vidrios y más confuso que atento de la brevedad, no sabía el milagro: avíale de peregrina idea. Valiose el Conde de los criados de Ricardo para que le sirviessen y de los suyos para que los que servían. Hazía su Alteza misterio y quexa de ver al Conde no provar la vianda, trinchando curioso, y entretenerle con dulces y sutiles conceptos a propósito; muy cerca de sí le hizo sentar en silla igual que no le valió reusar el asiento. Preguntó al Conde las curiosidades de vidrios y las demás que le servían, como siendo estrangero y de passo las tenía, siendo riqueza de un Príncipe tantos oros, aves y fieras pintadas en los vidrios y en los manteles que fue a tomar una de las aves tan fénix la vio, y a no ser Ricardo temiera la fiereza de un tigre y las uñas muy sangrientas de un león Albano. Al descoger una tohalla, que no lo estava, desplegó una sierpe tan al vivo que otro la temiera. El Conde respondió lo diría a su Alteza; y ya la comida al fin, que no lo presumía quien la avía visto, alçaron las mesas con tal brevedad que se desaparecieron, coligiendo era gusto de Ricardo. Y quedando a solas refirió este caso que no desdize del assumpto.

—Avrá un mes —dixo el Conde—, que estudiando muy de mañana al fresco, dieron a la puerta d'esta casa, la mejor d'esta villa de V. Alteza, muchos golpes. Fuila a abrir, que los criados estavam durmiendo, y presumí la del Oriente, porque vi al umbral al Alva con su risa, a la Aurora con las perlas, a la [f. 5v] mañana y al Sol más bello y hermoso que de los cielos en una dama de tal belleza, que si el amor la viera no viera más. No sé si era el mismo amor, sin quien la Diosa Venus fuera hermosa y fuera Diosa. Bañava de rosa el jazmín, su divino rostro honesto parecía aver puesto algunos granos de nácar sobre las hojas; pintava de amor desmayos, la risa tenía del Alva y avisava al Sol que saliesse bien su raro milagro la hora de la Aurora y la más alva mañana para las perlas del Sur, en quien madrugava diligente el día en sus yermos sagrados y olorosos páramos. Cuidado generoso de los cielos, porfía de los hados, que a la fortuna y al olvido mereció cuidados, y desvelos anocheciendo vanas confianças. Elevado quedé y más oyéndola hablar, díxome assí, desperdiciando gracias y donaires que no le hazían falta, esparciendo rayos y maravillas: «Señor Conde, toda la noche he caminado, no he dormido, temo el sol; V. Señoría nos admita en su posada, pues no ay otra». Venía en una carroça bien rica de cuatro frisiones blancos cisnes de un parto, y viendo que la guiava Faetón, no dudé ser la del Sol, al sacudir los son-

73.— Conjunción con valor final («para que»). En este caso, tendría un valor intermedio entre causal y final, debido a los usos variables de la preposición «por» en el Siglo de Oro.

nolientos despereços primeros a los umbrales del Oriente, imitando la fogosa cuadrilla ardiente, vestidas las preciosas coyundas de diamantes, uncida con obediencia, parecía el pórtico sembrado de topacios, desempedraaban con clavos de rubíes, tascando frenos de oro con roxa plata y colera sangrienta, arojando en las flores las pompas carmesíes, los castos y olorosos resplandores que visten los zafiros inmortales. Quitando de la carroça el estrivo aprisa y el estorvo, le supliqué se apeasse y entrasse donde sería muy bien recibida y servida con todos los criados que la acompañaban; y por ser tiempo no de gastarle, sino en la cama, la hize prevenir en las bóvedas más frescas que la más fresca rosa. Y crea V. Alteza que no era más alva la del Aurora y es la misma que le aguarda esta noche. Díxelo que las bóvedas de la posada se avían defendido del Sol, negando la entrada a sus luzes y rayos, y avía llegado a ver un caso imposible. «Estoy dormida, no para escuchar lisonjas», dixo, «V. S. me dé licencia, que voy a desnú- [f. 6r] darme en tanto que las criadas acaban de hazer la cama». Con esto guiándola una doncella de las que traía, aviéndola visto al hazer, ya hecha se acostó, y quedé ordenando a los criados previniessen la comida, que en esta fertilíssima tierra de V. A. es fácil. Reposaron también los criados, que cayeron en el sueño, piedras en su centro. A la hora de las doze despertó la señora, fuele servida la vianda con mucho amor, alto respeto y curiosidad, embiávame las gracias, pareciome que era quien dio las tres a la Diosa; los criados descansaron, despertaron, comieron y todos y su señora se bolvieron a dormir, informado que avía dos noches que no pudieron.

— Cierto, señor Conde — dixo Ricardo —, que pudiera dezir a V. S. que mirasse a quien alabava, tan rara hermosura más parece divina que humana; buen pintor es V. S. pues ya estoy enamorado de su belleza y deseo saber quién es.

— Imposible será — dixo el Conde —, por no averlo sabido yo. Lo que V. A. puede ver, y en lo que pagó la posada, es un retrato suyo que me dexó, la mayor merced y lisonja que pudo imaginar; un criado que vendrá a la noche tiene la llave de un cofre donde le puso por no aventurarlo en otra parte.

— Deséolo mucho — dixo Ricardo —, y en tanto, quiero ver estas empresas y maravillas de los cuadros y pinturas de V. S.; digo porque les faltan los cuadros de los lienços.

Y así les dio principio<sup>74</sup>. Uno d'ellos era un cerúleo mar, en que iba navegando la Fortuna y corriendo Fortuna, desnuda como el Amor; la valentía del pinzel era milagro, como la hermosura; un manto blanco por vela, con más que viento fresco, parecía el cabello tan llevado del viento que en la madeja de oro hermosa hazía las ondas que en el mar la tormenta. El pie derecho sobre una Esfera y el siniestro en el agua, haziendo sentimiento de estrivar en el agua y en la Esfera. Tal belleza tenía que dudava Ricardo ser bien tenerla sin cortina, que no pudieron verse más lascivas la primera madre, ni la del Dios Cupido; hazia la orilla sobre una peña y un pescador con su caña, sedal y ançuelo, que el cevo y los simples pezes se echavan de ver estar picando. Y la letra dezía:

[f. 6v] «*Magis industriæ, quam fortunæ fido*»<sup>75</sup>.

74.- Lo que se lee a continuación es un típico ejercicio de *ekphrasis*, descripción de lo pintado, pero con una variación: se aducen versos en latín para dar cuenta de lo que se ve en los retratos.

75.- Más confío en el trabajo que en la suerte. La frase habitual es *Magis industriæ, quam fortuna fido*, pero el autor probablemente la leyera a través del amigo Lope de Vega que la citó en la epístola XII a Balthasar Elisio de Medinilla: «*Magis industriæ, quam fortunæ fido*», L. de Vega, *Colección de las obras sueltas, así en prosa, como en verso, de D. Frey Lope Félix de Vega Carpio, del hábito de San Juan*, Madrid, Imprenta de don Antonio de Sancha, 1776-1779, 21 vols., I, p. 429.

Seguíase sobre los ombros de Hércules<sup>76</sup> dormido, con su piel de león y maça o clava, el niño Dios de Amor con su arco, aljava y saetas, en que parecía que al vencedor de los hombres y de las fieras, triunfos de sus trabajos, vencía y tenía rendido un niño. En otro lienço estaban muchos Pigmeos armados con armas diferentes para matar a Hércules dormido sobre la maça. Aquí, dixo Ricardo al Conde, entendía el pensamiento de que todos eran Pigmeos con su Señoría. Riose el Conde también de que le seguía a este otro cuadro prosiguiéndole de un ejército de los mismos Pigmeos con su Capitán, caxas, pífaros, vanderas, picas, coseletes, arcabuzes, lanças y otras armas. Y la letra:

«*Cum fortioribus non esse congregiendum*»<sup>77</sup>.

En otro lienço estaban muchos corderos y, entre ellos, un lobo fiero. Y dezía la letra:

«*Pelle lupus, sed corde pius iam mactor  
ut agnus, pelle vorat agni viscera dente lupi*»<sup>78</sup>.

Otro, en el cual avía muchos perrillos, gozques diferentes, que parecía ladravan a un generoso lebre de Irlanda muy grande y corpulento, el cual bolvía la cabeça mirando los gozques con gran desprecio y gravedad, no haciendo caso de ninguno. Y dezía la letra:

«*Es nihil aliud*»<sup>79</sup>.

Otro avía, donde estava retratado el Conde, siendo de hasta veinte años, escribiendo, y por las espaldas le estava mordiendo crinada de culebras la Embidia, un corazón sangriento y muchos perrillos, que también le mordían, un jumento y un papagayo; delante estaban una Culebra con una máscara de muger y un Abestruz tragando libros y una Monna leyendo un papel. También dixo Ricardo al Conde que este lienço proseguía el intento de los demás.

Otro retrato del Conde. Y la letra dezía:

«*Honores et iniuriæ vulgi in promiscuo habendæ  
sunt nec ijs dolendum, nec illis gaudendum.*  
Séneca *De tran.* 7»<sup>80</sup>.

[f. 7r] Otro lienço avía, en que estaban muchas aves que iban persiguiendo a una muy hermosa, la cual fue bolando hasta llegar al amparo de una águila Real, que abriendo las alas se bolvía contra las otras aves, poniéndolas temor y ellas desistiendo del intento, quedava libre del peligro.

76.– En la mitología romana, Hércules es el nombre de Heracles de la mitología griega; hijo de Júpiter y Alcmena, fue un héore que con su fuerza realizó unas hazañas extraordinarias. Se le conoce por haber llevado a cabo doce trabajos y por sus enfrentamientos, entre otros, contra los centauros o el temible gigante Anteo, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 210-217.

77.– No hay que enfrentarse con los más poderosos. La expresión correcta en latín sería: *Cum fortioribus non est congregiendum*.

78.– Yo, con piel de lobo, pero pío de corazón, ya soy matado como un cordero. (Él) devora de la piel las vísceras del cordero con el diente de lobo. Es evidente que el texto presenta una laguna.

79.– No es nada más que. La expresión correcta en latín sería *Est nihil aliud*.

80.– El pasaje correcto sería el siguiente: *Honores iniuriæque vulgi in promiscuo habendæ: nec his dolendum, nec illis gaudendum* (los honores y las injurias del vulgo siempre hay que tenerlas en cuenta en igual forma: ni de estas tenemos que dolernos, ni de aquellas regocijarnos). Juan de Piña señala equivocadamente que la cita procede de la obra *De tranquillate* (7) de Séneca, cuando realmente extrae el texto de *De Constantia Sapientis* (cap. XIX, 1-2).

Estaba pintado un blanco y hermoso Cisne debajo de un Rey Moro cautivo, preso con una cadena que parecía ser esclavo del señor por quien mirava averse pintado el águila Real. Y decía la letra:

«*Requies et umbra*»<sup>81</sup>.

Otro, en que estava el cavallo Pegaso<sup>82</sup>, y decía la letra. Devió de ser por la poca dicha:

«*Seianus mihi Pegasus*»<sup>83</sup>.

Otro, que hizo lástima a Ricardo, la muerte puesta la mira en un arcabuz para tirar al nido de un árbol a una paloma con un palomino bellissimo; el amor acierta los tiros que haze, aunque puesta la venda en la vista, y tal vez sin ella no los acierta, y la muerte sin los que cubre la venda no ha dexado de acertar uno. Disparó el arcabuz, mató el palomino, echole del nido al suelo, sangriento, y sin dexarle otro a su madre. El palomo acudió a la respuesta del arcabuz y, sin preguntar, fue la respuesta averle visto herido y muerto el alma. Esto dava a entender la pintura. Y decía la letra:

«*Suflulit et definit*»<sup>84</sup>.

Otro avía de unos países frescos y fondosos, un bellissimo jardín con una riquíssima fuente de jaspes de lucidos remiendos, peregrinos Indianos y vistosos; tenía Faunos y Sátiros<sup>85</sup> y en el fin de la altura a la bellissima diosa de la Abundancia<sup>86</sup>. A una parte el arco, aljava y saetas, y un cielo en el medio sobre un Fénix batiendo las alas a los más ardientes rayos del Sol en su nido de aromas ya encendidas, la dulce Lira que imitaba a la de Apolo<sup>87</sup> de la pirámide; a la otra parte, la espada colgada de la correa de los tiros. Y la letra decía:

«*Sacrarium et sylva*»<sup>88</sup>.

[f. 7v] Avía otro lienço, donde saliendo el Sol por el Oriente, le procuravan escurecer nublados espessos, porfiavan y no les era concedida la diligencia o embidia porque, a pesar de las nubes, iba subiendo a la exaltación claro, hermoso, resplandeciente y poderoso, esparciendo luzes y rayos dotando el cielo, enriqueziendo el mundo. Y la letra decía:

81.- Reposo y sombra.

82.- En la mitología griega, Pegaso era un caballo alado que nació de Poseidón y de la sangre derramada de la cabeza de Medusa, cuando Perseo le cortó la cabeza, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 389.

83.- Sejano es para mí Pegaso, esto es, como el caballo alado Pegaso.

84.- La expresión probablemente significa escurre y define.

85.- «Un género de monstruos, o verdaderos o fingidos, que es lo más cierto, aunque Plinio, lib. 7, cap.2, dize ser unos animales cuadrúpedes, que se crían en los montes subsolanos de las Indias, los cuales tienen rostros de hombres y corren en dos pies», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 171v. Se les solían representar la parte superior como un ser humano y la parte inferior como cabras, con las orejas puntiagudas de estas últimas, unos cuernos en la cabeza y una corta cola, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 445.

86.- En la mitología romana, también conocida como Copia, era la diosa alegórica de la abundancia, coronada por flores y frutos y en los brazos el cuerno de la abundancia, la cornucopia llena de productos de la tierra, *ibid.*, p. 1.

87.- En la mitología griega, Apolo es uno de los dioses más relevantes; hijo de Zeus y Leto y hermano de Artemisa. Dotado de mucha sabiduría, fue una figura con múltiples facetas: dios de las artes, de la música, de la belleza, de la armonía, etc. Es representado generalmente con una lira que, según el mito, le fue inventada con una tortuga y una serie de cuerdas y regalada por su hermano Hermes en cambio del ganado que le había robado a Apolo, *ibid.*, pp. 47-50.

88.- Santuario y selva.

«*Apperientur quando totas ex eo*»<sup>89</sup>.

Otro avía excelente, una alta pirámide de jaspe de la Primavera: en la coronación avía una corona de laurel, trepava ya hasta la mitad un bellissimo mancebo; tal devía de ser el ingenio que le era devida por los versos de la tarjeta, un embidioso porfiava derribarla con un pie y las manos. Viendo Júpiter la ingratitud, le arrojó un rayo de fuego que le abrasara. Esto merecen la embidia y la ignorancia.

En otro avía un páxaro Indiano, hermosísimo con extremo y de bellísimos y peregrinos colores; no cantava, ni contenía más de aquella hermosura. Assí lo dio a entender una letra. Y otra decía:

«*Exteriora principum*»<sup>90</sup>.

— Bien parece, V. Señoría, dueño d'estas imaginaciones. Ya estoy entendido de las embidias que opone la ignorancia a los raros ingenios, si bien satisfechas y no con medras de averlas emprendido Zoilos<sup>91</sup>.

Humilde respondió el Conde:

— Otra vez le beso la mano a pesar del dueño.

Ricardo le asseguró no imitar al ave Indiana, sino al Pródigo con el Conde.

A este tiempo entró el criado y, por mandado del dueño, bolvió al punto con el retrato; antes que le descogiesse dudava Ricardo lo que si huviera de entrar en desafío con poderoso enemigo; no el cuerpo, el alma le temblava. Huyó la sangre al corazón, grande amor o gran flaqueza, dixo un Poeta<sup>92</sup>. Temía Ricardo peligro mayor que el de las Sirtes, Estrechos y Canales, por navegar de furiosos, donde el mar sorbe los navíos a pesar del más diestro Palinuro de la aguja, que mira [f. 8r] al Norte más amada de la imán, se mirava. Tembló el Conde, si temía Ricardo burla o veneno que en Roma teme lo divino. Bolvió en sí, y dixo a don Pedro, que como el alma sabía lo que le avía de suceder, ya se mirava perdido.

— V. Alteza teme — dixo el Conde—.

Respondió: — Conozco ser el primero movimiento de amar y los noveles en la facultad pierden el alvedrío y la vista.

Abrió el lienço, presumió que el cielo, y como ya era de noche, estava tan luciente de las dos estrellas de la dama que se desconoció. Presumió que era el Sol, que por nuevo milagro avía hecho el Oriente de sus tinieblas. No temió la noche el día, que día se vio la noche. Admirado estava Ricardo, contento el Conde, muy preguntador de lo que a su Alteza le parecía; la respuesta, no saber cómo encarecer peregrina hermosura, y assegurava que, si el dueño era como el retrato, no aver visto en ninguno de los Reinos y Provincias de su viaje belleza tan sin igual, veneno hermoso. Admiró Ricardo y, a no desdezir de la

89.— Un día se revelarán todas las cosas desde aquel momento.

90.— Los bienes exteriores de los principios (en contraposición a los bienes interiores del alma).

91.— Zoilo fue un filósofo, famoso por una dura diatriba contra Homero; es el «nombre, que se aplica oy al crítico presumido, y maligno censorador o murmurador de las obras ajenas, tomado del que tuvo un retórico crítico antiguo, que por dexar nombre de sí, censuró impertinente las obras de Homero, Platón e Isócrates», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., VI, p. 569.

92.— El autor alude a un verso pronunciado por el Conde Otavio en el segundo acto de la comedia *Quién ama no haga fieros* de Lope de Vega: «Cuando un hombre se declara / adonde debe respeto / por obligaciones tantas / grande amor o gran flaqueza», L. de Vega, *Decimaoctava parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador fiscal de la Cámara apostólica y familiar del Santo Oficio de la Inquisición*, Madrid, Juan González, 1623, f. 247r.

alteza, no dio a entenderlo de improviso enamorado, las trenças de oro en abundancia, en laberintos los crespos, rizos y tufos de peregrina invención. Lo guedexoso, más que para adorno, era incendio de las almas. Abrasar pudiera el mundo sin fulminado el dueño como Faetón lo dulce y grave del mirar, la nieve en la bellísima cara entre las deshojadas y frescas rosas, labios de vergonçosos muy sangrientos, de quien pudiera lo que dixo dama ofendida de un mal Príncipe, deseando dezirle injurias y no siendo posible:

*«la sangre que tiene el labio,  
no ha de salir a manchar».*

El talle, el aseo, la riqueza del vestido curioso y fresco, con más sortijas de diamantes que los en que se ponen; y dezía Ricardo bolviesse el criado a guardar el retrato, si el Conde le quería con juicio. Lo que su Alteza mandó se hizo luego y, para dissimular lo que traçava el alma, dixo el Conde:

— Señor Ricardo, esta dama dio indicio de ser Inglesa, que no se admirasse, si más [f. 8v] Ángelas que Anglos nacían en Ingalaterra.

— Eso es cierto —dixo Ricardo con san Gregorio—, si bien la que he visto puede imitar al Narciso<sup>93</sup> feroz en la mayor belleza y soberbia y por mayor creyera que la devía adorar.

Con esto dixo el Conde, que cuanto avía visto su Alteza de vidrios con su nombre por el de un primo suyo y los que cubrieron las mesas le avía dexado la dama, agradecida de la voluntad.

— El día siguiente se fue, diciendo que su nombre era Isabela, su patria Ingalaterra; iba a Breña a casa de un gran señor deudo suyo, que no le preguntasse más, ni escudriñasse ni sus pensamientos, ni su camino. Muchos regalos le di; dexome admirado su belleza, besé muchas vezes la tierra que avía pisado, a cuyos passos presumía suceder claveles y açucenas. Esta sortija a fuerte importunación me dexó, y quiero por el dueño servir a V. Alteza con ella, el diamante es digno de tal Príncipe.

Tomole agradecido, por feriado con el amor. El Conde, ya la hora de la cena, prometió hazerle mayor lisonja, que dormiría en la misma cama de Isabela y cerca el retrato, y podía presumirla en ella.

— Parece V. Señoría mi casamentero.

— ¿Pues quién, sino yo, lo avía de ser?

Cubrieron y fueron a cenar; la cena como la comida; y por ya tarde Ricardo se fue a dormir a la de Isabela: dudó si era osadía y, a importunación del Conde, se acostó.

Mas a verla, que a dormir se desnudó Ricardo por imitar a Cupido<sup>94</sup> en lo desnudo: desvelos, peregrinas imaginaciones porfiavan contra el invencible. Isabela dezía; no se acordava de Porcia ni Astolfo, sus padres, no parecía saber otro nombre, al que se le olvidó el suyo imitava.

93.— En la mitología griega, hijo del dios del río Cefiso y de la ninfa acuática Liríope, era un joven muy hermoso de los que todos quedaban enamorados, entre ellos la ninfa Eco que fue rechazada por Narciso. Así pues, para castigarle Némesis, diosa de la justicia y de la venganza, hizo que el joven se enamorara de su propia imagen reflejada en una fuente y fuese incapaz de separarse de ella hasta su muerte cayendo en las aguas, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 349-350.

94.— Dios del amor. Véase la nota 47.

—¡O Isabela, milagro de naturaleza, o fortuna, o amor! ¿En qué te ofendieron mis arrogancias, despreciando maravillas del pincel soberano?

Las ideas enamoradas le dieron temor, los zelos defraudaban hasta el respirar; imaginando a Isabela de lugar en lugar quisiera caminar por los desiertos de Egipto a que nadie la viera, y que todos los días fueron pardos, para que aun no la [f. 9r] viera el Sol, comenzaba a dar voces, que no era mal principio de locura. Venciole el sueño, quedose dormido y dezía Ricardo al Conde a la mañana que avía soñado de la noche al Alva en el viaje de Isabela y en las pinturas y empresas de su estudio.

Pidiendo el Conde se lo contasse, le dixo assí: que la muerte avía puesto el arcabuz con la mira a un curioso nido de un florido Cinamomo inxerido en el árbol del Amor, donde estava la más hermosa Paloma blanca con dos Palomos de su misma nieve, y dexándolos vivos, si solos, avía muerto la triste bellísima Paloma; ausente el Palomo, cayó muerta con más de una herida derramando la sangre en que bañó la ya no verde yerva de aquel jardín. El avezilla hermosa, que huyendo de las demás ingratas y crueles que en el cuadro avía visto irse a favorecer del Águila Real, no pudo lograr su amparo por una punta que hizo a las nubes contra un blanco neblí<sup>95</sup> y un halcón pardo, que se atrevieron y calando con su fiereza y ruido sobre los enemigos, cortando con las alas el viento los hizo pedaços, y mirando con atención a la hermosa avezilla, como si fuera al Sol, y que las otras aves la avían muerto con muchas heridas, lançó el enojo contra ellas y las despedaçó sin perdonar ninguna. Llevo la difunta belleza muerta a su nido y, como si el instinto fuera ingenio, parecía aver llorado su muerte, procurando bolviessse a la vida.

A este tiempo llegaron a Ricardo muchos Cavalleros, que el Rey y la Reina le embiavan con Real grandeza para recibirle y darle el parabién de la venida, cartas de mucho regozijo y amor, grandes regalos y fiestas, que esto de no tener Polifemo<sup>96</sup> más de un Orbe, y muchos peligros de Ulises<sup>97</sup>, no más de una Estrella, no más de una luz, solo un heredero para el Cetro y Corona de un Reino obliga, porfía a que los pa- [f. 9v] dres mueran de amor pisando siempre espinas, abrojos abrasantes, encendidas brasas. Tales fueron los desvelos del Sol con Faetón, que viene a ser pena de infierno, sucesor preciso en un estado no siendo hijo, despreciar al poseedor el que por fuerça heredero, que aún en vida por inmediato impida alimento honorífico, y por lo menos de voluntad ligadas las manos por quien las desea cortadas, que se juzga acreedor del Estado que no merece por dicha presumir.

No acertava Ricardo a salir del aposento donde avía dormido y estava el retrato de Isabela, artificio del Conde avérsele puesto a buena, si a poca luz, que pudiera escusar so-

95.— «Especie de halcón de mucha estima. Algunos quieren por esto se haya dicho *quasi* noblí por su nobleza. Otros dicen haber tomado el nombre de la villa de Niebla, adonde se hallaron los primeros pájaros d'esta ralea en tiempo del Rey Vamba. Otros quieren se haya dicho *quasi* nubulí, porque parece volar sobre las nubes», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 120v.

96.— En la mitología griega, Polifemo es el más conocido de los Cíclopes, hijo de Poseidón y la ninfa Toosa, tenía una estatura gigantesca y poseía un solo ojo. Se encontró a Ulises y sus hombres cuando, al regresar a Ítaca desde Troya, desembarcaron en la isla de los Cíclopes y los capturó en su cueva. Tras la muerte de varios de sus hombres, Ulises ideó un plan: primero emborrachó a Polifemo y después lo cegó clavándole un palo afilado en el único ojo que tenía, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 405.

97.— Ulises u Odiseo fue un héroe de la mitología griega, que aparece como personaje en los poemas épicos griegos *Ilíada* y *Odisea* de Homero. Hijo de Laertes y Anticlea o de Sísifo y Anticlea que la violó, era esposo de Penélope y padre de Telémaco que lo esperaron por veinte largos años para que, siendo Rey de Ítaca, pudiese luchar en la guerra de Troya y, después de varios obstáculos, regresar a casa, *ibid.*, pp. 495-498.

brando luzes, que el Pintor le puso en las Estrellas, si bien no las avía menester. La noche más que el Meridiano favorece la hermosura, que a la mayor no dañan menos resplandores. Algunos días se detuvo Ricardo sin que le pudiesen penetrar el intento.

Partieron con la ostentación, fiestas y alegrías, devidas a Príncipe de tan excelentes partes, que no avía menester el Estado para ser el más amado del mundo, de gallardo, y muy airoso talle, hermosa la cara, y el semblante Real, amante de la virtud y de la ciencia, diestro en las dos sillas, en las cañas y en las escaramuças; Marte en la braveza y brío. Determinava con misericordia y era fuerte en la execución; sabía de las Artes liberales, diversas lenguas y excelente en la música, amable por extremo, y para serlo no preciso el Cetro y Corona, los años pocos y las belicosas fierezas valerosas muchas, algo lograva Ricardo de las excelencias del Monarca Español. El Rey y la Reina les salieron a buscar tres millas, demostración de su amor y parecía no aver quedado persona en su Corte. El Sol salió a verse en los Arneses y Lanças; mucha la guarda de los Reyes, que no todos son Españoles: escarmientos eran de peligros en que avía en aquel Reino tropeçado la leal-[f. 10r] tad, imitando a Francia en las pazes y en los abraços estrechos a los verdaderos amantes y a la lisonja desvelada en el efeto de las traiciones y cismas en las Monarquías.

Entró Ricardo en carroça de los Reyes y también el Conde don Enrique, a quien no perdía de vista el Príncipe; no sé si mirava su Alteza en su fisonomía luzes de Isabela, dando cuenta de lo que le estimava. Llegaron a Palacio con tal contento y alegría que no pudo igualar la imaginación gozos de conocer a don Pedro, que les besó las manos: lo que parece a caso en el Conde fue intento, peregrina prevención y aver emprendido la más altiva y portentosa hazaña devida a su ingenio peregrino.

Isabela era hija del Conde Alberto de Ingalaterra; murió muy pobre de aver tenido sucessos de la Fortuna: quedaron Isabela y Mauricia, su hermana, de poco menos rara belleza que el Serafín Inglés, sobrinas del Conde don Pedro Enrique. Aprehendió Isabela, a dicha por lo que tenía de Ángel, casar con Ricardo, sucessor único en aquel reino de la gran Bretaña, sobervia presumpción, pareciéndole que a su belleza era leve premio Corona de Reina, digna de Imperio se mirava; lo difícil era que la viesse Ricardo, vista no dudava el Himineo<sup>98</sup>. Consultó al Conde su tío no le desagradava, si bien reprehendió salir de Ingalaterra una dama aventurando bolver con manchas en la castidad y achaques en el precioso honor, que podía desagradar al Príncipe, no a lo que no fuera matrimonio, sí poner el ombro a un Reino, como al Cielo Atlante, quien no lo emprende a pena de la vida. La sed Imperiosa, piélagó profundo en vano la sonda, como el telar de Tiro a los labios de Isabela. Determinó la dama no retroceder, el Conde servirla. Y dexando a Mauricia en su casa con sus rentas y criados, partió el Conde primero. Quedáronle también criados a Isabela y lo demás que convenía para el viaje, avía de ir al lugar [f. 10v] donde estava el Conde, sabiendo que ausente Ricardo determinó de esperarle allí, fingiendo el desafío y muerte del contrario, llevando el adereço de casa que tenía y las pinturas que no podía passar a la Corte por otra parte el Príncipe. Isabela se hizo retratar del más valiente pinzel Inglés, no possible, copia verdadera que al divino era sueño poder igualar, tan bellíssima amaneció. Lo assombroso del retrato fue primero del Pintor de la Aurora y de la mañana. No dudaron que amanecía, ni alentar las Musas a los Poetas. A la Corte fue Isabela, passó lo que está referido.

98.- Lo mismo que Himeneo, dios de las ceremonias nupciales. Véase la nota 50.

Tenía el Conde un sobrino, Cavallero muy principal, don Guillermo su nombre, casado con señora digna de serlo de aquel Reino; y los dos de acuerdo en lo que avían de hazer, se fue Isabela a casa de Guillermo. Salía el Sol por el Oriente un día entre jaspes y nubes de oro y grana; con arco y flechas del Amor salía también Isabela más bella Diosa que la Caçadora. Era la Mañana, el Alva y el Aurora entre sus luzes y a verla el Sol abrasó jaspes, nubes, grana y oro.

Ricardo tenía en Palacio al Conde, en su carroça le traía; a los dos servían a la mesa como al uno, ya le querían el Rey, y Porcia como a Ricardo por lisonja de su voluntad. Assí passaron algunos días, sin dar lugar el Amor a poder visitar a Guillermo y a Isabela: Ricardo mostrava el que tenía al Conde en el verdadero Amor, dándole joyas, dineros y galas, que no era muy riquíssimo don Enrique. Uno de los criados del Conde, sabidor de los secretos, llevó un papel a Guillermo y otro a Isabela, con aviso de que la noche siguiente aguardarían al Príncipe, que le avía de llevar al que más Alcáçar que el suyo avía de codiciar al Templo, en que vería más hermosa imagen que la de Venus, solo no imitada en las desembolturas de la Diosa, que desagradaron a Isabela torpezas en los Dioses de la antigüedad, lascivias de Júpiter, desdoros de la blanca Luna y de otras Ninfas<sup>99</sup> y Diosas. El Conde aquella noche con el Príncipe tratava [f. 11r] de las damas hermosas de su Corte. Escudriñava el alma de Ricardo, y diziéndole avía visto algunas muy hermosas, le respondió triste y melancólico no avía hermosura igual a la de Isabela, cuyo retrato no perdía de vista. Entró en cuidadoso desvelo, diziendo al Conde avía de peregrinar el mundo buscando al dueño: triste el páxaro del Sol, que renace de aromas y del que amanece, si en la nube solitario, a la Aurora. Esto lamentava Ricardo, quexoso de que el ingenio del Conde no huviesse penetrado adónde iba, a qué lugar, qué Región haría Cielo y artífice, divina Primavera y prosiguió:

— Si no es en el Oriente al amanecer y en el Ocaso a la noche, no sé dónde se puede buscar el Sol.

Respondió el Conde: — Yo lo procuraré, alçaré figura y puede ser lo diga.

Con fingido temor le dixo: — Príncipe y señor mío, el caso ha llegado en que V. Alteza muestre su valor, sin que yo me aventure. Una dama hermosa me escribió un papel y quiere la vea en su casa, lisonjas y favores ilumina; no tengo de ir solo, es casada y si fuere engaño V. Alteza ha de prevenir la escusa y el remedio y perdonar tal osadía.

— Ya voy creyendo, Conde, el amor que me tenéis; mucho os amo, assí me avéis de hablar, pena de mi desgracia. Iré con vós, pésame en mi tierra, porque aventuro poco. Entre las armas enemigas lo sangriento de la batalla a pesar de los hados y de la fortuna, pienso aventurar la vida por el Conde don Pedro Enrique.

La mano le besó el Conde doblada la rodilla. Concertaron la hora para la siguiente noche, y como si Ricardo fuera el galán, quiso adornar la bellísima persona, alarde hizo de su gentileza con el más rico y airoso vestido que tenía y dio al Conde, que unos eran los años, otros de no menos riqueza, demostración del amor de Ricardo.

— Dichoso Conde —dixo—, el que espera ver la primera noche la belleza que ama, triste del que, siendo Príncipe, no tiene un amago de esperança.

— V. Alteza no deve [f. 11v] desesperar, teniendo al Conde Enrique a sus pies.

99.— «Y porque las desposadas son muchas donzellas y bien apuestas, vinieron a llamar a las deidades de las fuentes y los ríos ninfas», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 122r.

Divirtiole con aver entendido que Astolfo y Porcia tratavan de casarle con hija del Rey de Dinamarca.

— Mal me queréis, Conde, si no fuera el dueño del retrato. Reina es para mí, sea de donde fuere, de quien yo seré esclavo.

Por la melancolía de Ricardo hizo el Conde cantar los Músicos, que los instrumentos peregrinos y las voces suaves, dulce concierto y armonía celestial, solo no del cielo en que se oía podía hazer gloria la mayor tristeza. Las letras fueron a propósito, de que enamorado Orlando iba buscando a Angélica<sup>100</sup>, y Ricardo se agradó que por no dar pena a sus padres la padecía y dissimulava. Cubrieron a la hora que prevenida la cena avisaron al Príncipe, muchas fiestas y juegos les hizieron después hasta la del sueño.

Llegó la noche siguiente, no la temió Príncipe Ricardo, que las noches son días para los Príncipes: la antigüedad tuvo que la noche era más antigua que los Dioses. Noche era el Caos, hasta que el mundo vio el día. Esperava el Conde la viesse Ricardo, ya le deseava despenado. Salió aquella noche la Luna hermosa, resplandeciente; el Cielo sin menos una Estrella fixa, ni errante: las que fueron del carro del Amor más lucidas, dicha de Ricardo, pues avía de ver más bella Diosa y de más lucientes Estrellas. Prevínole el Conde fuessen con armas y cuidados, por si el marido de la dama zeloso, que ay Regiones donde no son conocidos los zelos y más por los habitantes del Norte, solo en España, donde triunfa el Amor, que donde ay amor no faltan zelos, imitan a los volcanes en los incendios incessables y en no tener peso como las piedras que vomitan. Las tormentas y borrascas, zelos vienen a ser, que tienen los unos de los otros mares las aguas cerúleas y saladas, con zelos de las dulces y cristalinas del Cielo, en que ondean, salen del abismo y rocían las Estrellas, y de los zelos que dellas tienen en las calmas, porque les sirven de espejo, [f. 12r] solicitan el movimiento a que no lo sean con los embates, y las Cabrillas, la fiereza de la muerte de zelos pone horror a la vida, y assí tal vez la quita intempestiva, porque no la tiene y muere zelosa del que no muere.

Ricardo dixo al Conde iba prevenido, armado más de valor que de azero, dixo un Poeta<sup>101</sup>, si bien para que lo viesse avían de ir solos, sin criados. A temeridad lo tuvo el Conde, y dudó aventurar la vida de Ricardo, sucessor de aquel Reino. Assí lo previno a deslumbrar el milagro. Fueron a casa de Guillermo, no muy al desvío de Palacio. Pareciósele a Ricardo en la fachada, frontispicio y pórtico, rejas y balcones, lo Dórico, las cornixas, que muy rico era el dueño. Hazía Luna clara, si más hermosa la devía adorar. Hallaron las puertas abiertas y a la primera estaban con hachas de cera muy blanca dos niñas muy hermosas, ricamente adereçadas, el cabello de oro ondeando por las no traidoras.

Aquí dixo Ricardo al Conde: — No deve de ser el marido tan feroz como entendí, no es tan bravo el león como le pintan.

Con nuevas luzes salieron doncellas curiosas y bien de la Corte en las reverencias.

Prosiguió el Príncipe: — No son muy menesterosas las armas.

100.— Al unir los nombres de Orlando y Angélica, obvia es la referencia al *Orlando enamorado* de Matteo Maria Boiardo y al *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, que se citará también en otras ocasiones.

101.— El autor alude al poeta Luis de Góngora y a los vv. 17-18 «el que dos veces, armado / más de valor que de acero» de su romance *Aquel rayo de la guerra*, P. C. Rojo Alique, *Catálogo bibliográfico de manuscritos e impresos del siglo XVII con poesía de Góngora*, Barcelona, Todo Góngora, 2015, <<http://www.upf.edu/todogongora/documentos/catalogo.html>> [consultado el 19/06/2020].

— No, señor —respondió—, que no avía de poner a V. Alteza en tal peligro, aunque viendo la dama presumo verle en otro mayor, de que yo no logre su belleza, no se dizen injurias a los Príncipes Enrique.

Fueron pasando de una en otra sala vestidas, no colgadas de tan frescas y lucidas artificiosas Primavera, imitadas en vano de los Chinos, que presumió los almendros floridos, tantos escritorios y bufetes de plata y de curiosidades que no dudó estar en su Palacio. El Conde agradecía lisonjas que hazía a la casa y al dueño.

Entró en una sala cuadrada de ricas telas y adorno y en un largo estrado rico y fresco de muchas almohadas de tela de oro, bordadas con cifras del caso, las márgenes de plata, estaba sentada una dama; cerca de las suyas dos luzes, [f. 12v] que de otras no tan a la mano avía muchas. Día pareció a Ricardo, no dudó la hora de la Aurora, el Oriente mirava en el Sol, cuyos rayos hazían la sala Cielo, y como parece que se abrasa entre bordaduras de oro y diversos matices a las luzes primeras al pestañear del Alva, así se lo pareció a Ricardo. La dama se levantó, que adoró Ricardo, ya el Sol en su exaltación.

Miró el Príncipe al Conde y dio una terrible voz diciendo: — Válgame Dios, ¿qué es esto, Conde? ¿Estoy vivo o ya en la gloria de la otra vida?

Respondió: — No señor, sino en esta. Aquí tiene V. Alteza a la señora Isabela, Inglesa.

— El vestido y el retrato lo dizen —dixo Ricardo—, ¿estas traiciones hazéis con quien os desea servir?

— Sí señor, que Isabela es mi sobrina y ella y yo criados de V. Alteza.

El Príncipe con grande cortesía y humildad como si no lo fuera, llegó al estrado de que iba saliendo Isabela o el Sol dando luz, no a la noche, sino al día, que no avía noche donde esparcía tantos rayos el Sol, turbado y sin aliento, con voz y reverencia baxa. La primera fue a besar la dama hermosa y como si hubiera de ser su esposo fue necedad la primera acción, que no dixo palabra ninguna, turbado y gozoso que a no templar la maravilla de avérsele aparecido el dueño del retrato con el temor de perderle, allí diera fin a la vida; cobrose y dixo:

— V. Alteza tiene aquí un criado muy obediente, que antes de aver visto su belleza lo era. El Conde es a quien devo este bien; si el mayor del mundo para mí conocer a V. Alteza.

Vergonçosa Isabela y novel en las primicias, en las infancias del Amor algo turbada, rosa fresca de la novedad, dobló la rodilla. Pidió a Ricardo la mano, corriose mucho de oírse llamar Alteza, si dixo hazía muy bien, que los Príncipes llamavan a los esclavos de sus nombres. Pidió a Isabela bolviessse a su estrado. Diferíalo, importunada tomó su almohada y una silla Ricardo, [f. 13r] otra el Conde, si discreto, la dexó y fue a ver a su sobrino Guillermo. No ha menester testigos el amante que no ha de negar la palabra, que huyen d'ellos los que las dizen de la otra parte de la vida, de que lo son tinieblas y escuridades, ciegos y mudos testigos, porque<sup>102</sup> imiten al Amor que no confiesa favores. Desdeñosa y zahareña llora la más Venus de Chipre, la Diana<sup>103</sup> del Cielo, que Lira de Apolo, y aliento de las Musas para desvíos de las Ninfas influyen en los divinos Cálamos de oro y sutiles ingenios de los Poetas de las Angélicas y Narcisas.

102.- Conjunción con valor final («para que»).

103.- En la mitología romana, era la diosa de la caza, protectora de los bosques y de las tierras salvajes, correspondiente a Artemisa en la mitología griega, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 171.

No creía Ricardo lo que admirava, que soñava presumía. Embaraçado le vio Isabela. No le pesava turbación, premissas del pronóstico, que no dudava el incendio en llegando a ver el Fénix de la hermosura, Monstruo hermoso, páxaro de oro y púrpura, vulgo, Ardores y de rayos, ardiente Acreedor, Dueño del día, Honor de fuego, ciñe el grave rostro resplandecen como llamas, sus Estrellas a las festivas luzes de la Aurora.

— ¿Qué haría un Templo a su Alteza —dixo Ricardo—, por no a propósito sin él la madre del Amor?

Tan rara belleza puso el cielo en Isabela, tan divina<sup>104</sup> la formó, que Luna y Estrellas, que vio lucidas y resplandecientes cuando venía, no se atrevieran a salir, si huvieran visto a su Alteza. Dezía ser sus acreedores el Hado y la Fortuna en averle colocado en la mayor alteza, viendo la imagen a quien prometía segundo Templo y Altar en el Olimpo<sup>105</sup>, a que no admitiese peregrinas impresiones. Disculpó el pinzel del Pintor, faltando a la verdad, que no pudo imitar ingenio humano, si preciso cegar al más valiente golpe con tantas luzes y esplendores.

— Repare, V. Alteza, que voy presumiendo lisonjas a engañar a una avezilla temerosa. Yo, señor Ricardo —dixo Isabela—, vi el espejo al prender las trenças; confieso este deshonor, que llegando [f. 13v] la fama a dárme la de tan gallardo y discreto Príncipe defraudó mi alma: novedad sentí, no codiciando otro en el Orbe, juzgué mi amor y no mi liviandad, si asseguro a V. Alteza que solo me conocen en mi casa y la de mi tío y no averme visto en el viaje más de solos mis criados y el Sol.

Dióle cuenta de la causa que tuvo para la osadía, y que mirasse su Alteza que ya su vida y honor corrían por su cuenta. Vergonçosa iba entristeciendo el bel semblante, como dize el italiano<sup>106</sup>. Corriose Ricardo de lo presumido, diziendo que su amor era mar inmenso del Océano de no rompidas olas, y le prometía dos cosas: una, amar su virtud y belleza en vida y en muerte, y poner en su cabeça y mano el cetro y corona de aquel Reino; otra, que no lo desmerecería por no averla ido a buscar Ricardo. Isabela era discreta y de ingenio sutil, dixo:

— Señor Ricardo, tratar de la muerte y luego del cetro y corona es caso terrible; el alma tiene pronósticos divinos porque sabe lo que ha de suceder.

Respondió que al punto cumpliría lo que dezía, que más amava lo presente que lo futuro y no tuviese su Alteza agüeros, que desde luego le dava palabra y mano de su esposo.

— No la admito —respondió Isabela—, no pretendo que en las alas del tiempo veloz llegue el aborrecer con el si amante quiero a V. Alteza, que tiempo avrá para el matrimonio. Es Príncipe y no Rey, y no quiero que se engañe, aunque sea a costa de mi honor, que los puñales y laureles de Lucrecia<sup>107</sup>, los venenos en vasos de oro se hizieron a los agravios desprecios y sinrazones de los Príncipes.

104.- diviva] divina.

105.- En la mitología griega, el monte Olimpo representa el hogar de los dioses, el lugar donde se encontraban precedidos por Zeus.

106.- Se refiere a Dante Alighieri quien, en sus obras, utiliza la expresión en varias ocasiones para indicar un evidente aspecto exterior agradable.

107.- Dama romana, desde la época clásica fue símbolo de castidad y honestidad. Esposa de Tarquino Colatino, según la leyenda, fue violada por Sesto, el hijo mayor de Tarquino el Soberbio, y, por esta razón, se suicidó a consecuencia del ultraje. La historia de Lucrecia encuentra su lugar tanto en la literatura clásica latina, en Tito Livio y Ovidio, por ejemplo, como en un romance anónimo, titulado *Tarquino y Lucrecia*, que difundió la figura de Lucrecia en España: «Aquel rey de

— No más, señora —dixo Ricardo—, que no alcança mi ignorancia lo sutil del ingenio de V. Alteza.

Entró el Conde; Ricardo mandó llamar a Guillermo y Rosela, su muger, abraçolos, holgó mucho del conocer tan bella dama que a Guillermo ya dixo le conocía por su amigo, dioles muchas gracias por el buen acogimiento de Isabela. Besáronle por fuerça la mano. Ricardo a Isabela deseava que fuera la que le avía de [f. 14r] responder y despidiose con dezir que avía embidiado mucho, aunque a pena de la vida, según dezían las fábulas, al Marqués don Enrique de Villena, Español insigne y peregrino, por amar hasta el último fin una dama que adorava, presumió hazerla y hazerle inmortal que lo imitara a serle possible.

Quedaron de acuerdo bolver el Conde a traerle a la mañana, aunque no se la podía traer, un papel de todo lo acordado, pues ya su Alteza corría por cuenta de Ricardo. Grande y humilde reverencia, si con mucho donaire y gracia, le hizo Isabela. Ricardo prometió a los dueños de casa grandes favores y servicios, pudiendo dezir mercedes, difriendo sino mucho en hazerlas tan liberal, como en dezirlas. Bolviéronse a Palacio acompañados de Guillermo, despidiéndose dulcemente los ya verdaderos amantes, que en esto de improviso en el amor disculpan las dos luzes encendidas una con otra y aun el humo de la muerta sin llegar mucho a la viva, entró el Príncipe en su cuarto, por no dar indicio de novedad fue al suyo el Conde; Guillermo a la casa del Sol, que ya la llamava assí el Príncipe.

No sabía Ricardo de sí, vio el retrato de Isabela, dobló la rodilla, adorada ya por su imagen; hablava con él y, como si le respondiera dulce y amorosa en su casa, le dava gracias. ¡O locuras de los amantes gloriosos a puros desatinos! Disculpas tienen en las fábulas de los Dioses y Diosas, que lo fueron en los Durandartes<sup>108</sup>, y furiosos Orlandos<sup>109</sup> en los Macías<sup>110</sup>

---

los romanos, / que Tarquino se llamaba, / namorose de Lucrecia, / la noble y casta romana, / y para dormir con ella / una gran traición pensaba», A. Durán (ed.), *Romancero general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán*, Madrid, Rivadeneyra, 1849-1851, 2 vols., I, p. 353. Para más detalles remito a S. G. Armistead, J. H. Silverman, «Una variación antigua de Tarquino y Lucrecia», *Thesaurus*, XXXIII (1978), pp. 122-126; L. Mirrer, «Reinterpreting an Ancient Legend: The Judeo Spanish Version of the Rape of Lucretia», *Prooftexts*, 6.2 (1986), pp. 117-130; F. Moya, «El romance de Tarquino y Lucrecia», *Miscelánea Medieval Murciana*, XIX-XX (1995-1996), pp. 233-244.

108.– Personaje heroico, citado aquí por su relación con Belerma, de la que se despide, marcha a la guerra y, tras unas heroicas hazañas, muere. Juan de Piña cita varios personajes masculinos de la tradición literaria, no solo hispánica, para aludir a unos amores trágicos. Para más detalles sobre Durandarte, véase la nota 61.

109.– El autor cita al protagonista del poema épico *Orlando furioso* (1516), obra de Ludovico Ariosto, por ser una historia de amor triste, no correspondido. El comportamiento irracional de Orlando es consecuencia de un desengaño amoroso, ya que enloquece al enterarse de que Angélica se ha enamorado de Medoro, un caballero musulmán. En el capítulo XXV de la primera parte del *Quijote*, Miguel de Cervantes hace referencia a la locura de Orlando: «—¿Ya no te he dicho —respondió don Quijote— que quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y, puesto que yo no pienso imitar a Roldán, o Orlando, o Rotolando (que todos estos tres nombres tenía), parte por parte, en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales», M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha. Edición conmemorativa IV centenario Cervantes*, ed. cit., p. 235.

110.– Macías fue un poeta gallego del siglo xv, al que se le atribuyen unas poesías compiladas en el *Cancionero de Baena*. En esta ocasión Juan de Piña lo cita entre otras personalidades, por haber pasado a la historia como un enamorado con un destino desventurado y un alma dolida. Según cuenta la leyenda, se enamoró de una dama de corte de la marquesa de Villena. Durante su ausencia, el marqués de Villena casó a la dama, doña Elvira, con un hidalgo. A pesar de ello, los dos enamorados siguieron la relación, hasta que el Marqués se enteró y encerró al poeta en la cárcel de Arjonilla (Jaén),

y Leandro<sup>111</sup>, honor en los triunfos del ciego Dios. A Cupido<sup>112</sup> fue error de los antiguos llamarle ciego; fingió venda en la vista a disculpar los yerros y tiranías que disculpas han buscado para sus homicidios el Amor y la Muerte.

Amaneció el Aurora<sup>113</sup>, ya no zelosa del Sol, amante del Céfalo<sup>114</sup> hermoso, y para verle bordó el Cielo con sus luces de plata y oro los jardines, campos y pensiles<sup>115</sup> de la más [f. 14v] hermosa Primavera, florecieron los almendros dando nueva y olorosa vida a las flores: los Jacintos<sup>116</sup>, Narcisos<sup>117</sup>, y las demás que fueron amantes, esparcieron fragancia en alientos viendo la hermosura de la Diosa, a cuya deidad luces y divinos rayos las Calandrias y Ruiseñores con dulce armonía<sup>118</sup> le hicieron alegre salva. El Aurora con sus pies de rosa descendió del cielo despreciando al Sol en el Oriente, adonde su Céfalo, que la adorava, la asistía invocando, como a las Musas divinas, los Poetas que muchos Soles tienen la culpa de que sus Auroras les den zelos con Céfalos. A esta hora el enamorado Ricardo, aviendo passado la noche de Estrellas vestida, dixo Liñán<sup>119</sup>, que presentes adorava las de Isabela, acordó de escribir el papel que le avía de llevar el Conde.

Tenía el Rey cincuenta millas de la Corte una casa rica, fuerte y curiosa, formava una Isla Pequeña de lucidísima sillería, bien labrada y de labor mosaica hasta la cornixa Dórica, muchas las columnas de Indianos y ricos jaspes, rematadas en globos grandes y vistosos, con leones feroces y coronados y en los nichos estatuas de bronce, los Césares, las Coronas de laureles. Del centro se levantava una torre muy alta, por remate cinco chapiteles de

---

donde siguió cantando sus amores. El celoso marido de Elvira entró en la prisión y mató al poeta que, desde entonces, se convirtió en símbolo del amor trágico.

111.– Una vez más Juan de Piña alude a unos amores con finales fatales, haciendo referencia al mito de Hero y Leandro y a su historia de amor triste. Hero era una sacerdotisa que vivía en Sesto y, por su condición, no podía casarse con Leandro que, viviendo en el otro lado del estrecho, lo cruzaba para verla secretamente, guiado por la luz de una lámpara que ella colocaba en su torre. Sin embargo, una tormenta de invierno apagó la lámpara y Leandro se ahogó. Al verlo al día siguiente muerto en Sesto, Hero decidió suicidarse tirándose desde la torre.

112.– Dios del amor. Véase la nota 47.

113.– En la mitología romana Aurora, Eos en la griega, era la diosa titánide de la aurora. Hermana del dios Helios, anuncia cada día la llegada del sol con un carro trainado por los caballos Lampo y Faetonte. Fue amante de Céfalo (véase la nota siguiente para más detalles), A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 206-207.

114.– En la mitología griega, Céfalo, hijo de Hermes y Herse, se casó con Procris y vivieron muy felices hasta que un día la diosa Eos lo secuestró y lo hizo su amante. Céfalo la rechazó y, para convencerle, hizo que creyera en la infidelidad de su esposa, convirtiéndolo en Pteleón. Una vez comprobado lo dicho de Eos, Céfalo dejó a Procris y volvió a estar con la diosa Eos. Procris empezó a peregrinar para huir de su esposo y olvidar los rumores que circulaban sobre ella, se fue con Minos y se le otorgó un perro y una jabalina. También decidió disfrazarse como un joven para seducir a Céfalo, le dio el perro y la jabalina a su marido y, finalmente, se reconciliaron, si bien al final Procris murió por un accidente de caza, ya que había seguido al marido porque sospechaba que tenía una amante. Tras la muerte, Céfalo huyó al exilio, *ibid.*, pp. 122-124.

115.– «Rigurosamente significa el jardín, que está como suspenso o colgado en el aire, como se dice estaban los que Semíramis formó en Babilonia. Oy se extiende a significar cualquier jardín delicioso. Díxose pénsil, porque está como pendiendo», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., V, p. 207.

116.– Flor en la que fue convertido Jacinto, hijo del Rey de Esparta Amiclas y de Diomedes en la mitología griega. Era tan hermoso que despertó el amor del dios Apolo y de Céfito, dios del viento que, celoso al ver Apolo y Jacinto jugando a lanzar el disco, desvió el disco que llegó a la cabeza de Jacinto. Apolo lo convirtió en la flor que lleva su nombre para que fuese inmortal, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 255.

117.– Flor en la que fue convertido el dios griego Narciso del que toma el nombre. Véase la nota 93.

118.– arnia] armonía.

119.– El autor alude a los dos primeros versos «O noche del tiempo madre / toda de estrellas vestida» de la lírica *Noche de Liñán* de Antonio Liñán y Verdugo, autor que vivió a caballo entre el siglo XVI y el XVII. Para más detalles, véase *Efemérides de España*, XXVI (1805), p. 337.

diversas labores y pinturas, y sobre ellas Tigres y Leones de bronce. En correspondencia avía una riquísima sala grande, capaz y proporcionada, las paredes y pavimento con muchas labores de oro, y a trechos láminas de plata con inscripciones de las hazañas y heroicas victorias y triunfos de los héroes y Barones, Príncipes y Reyes, dueños de aquel Reino. Otras muchas salas y cuadras de la misma labor, si con diferentes pinturas, molduras y relieves, mármoles, jaspes, historias de sus ascendientes; los jardines eran muy amenos y deleitosos, arboledas de muchas frutas, flores diversas, hermosas, sin faltar a ningún mes donde habitaban la Primavera y el Aurora, lo que no en el Cielo y en Chipre con Venus; algives de agua dulce, cristalina; [f. 15r] muchas fuentes con figuras de alabastros y jaspes, Ninfas, Diosas, Sátiros y Faunos, el Amor con arco y aljava tirando enervadas saetas a las Gracias, que de heridas, aojadas y empañadas pierden el nombre. Un río con barcos y galeras, hermosos pescados, sin las que defienden a la rosa que besa los muros y toda la casa o Palacio de grande recreación y entretenimiento. Muchas jaulas de Pájaros y Psitagos, que son Papagayos diversos Indianos, peregrinos y de grande maravilla, proveída de muchos y abundantes regalos. La fuerte leonera cerca de uno de los jardines, donde como el Reino se heredava, tenerla poblada de Leones y Tigres, de Ossos, Onças<sup>120</sup> y otras fieras, de dos en dos en sus estancias, que ponían horror a quien las llegava a ver, de su guarda y alimentos diferentes Leoneros; y para que no faltassen diestros Caçadores que les traían a sus jaulas vivos y muertos animales bien Pájaros en lo veloz, si precisa cláusula de la Corona y Cetro y de su Real grandeza digna y valerosa acción. Pues teniendo Ricardo este nuevo Alcázar Real y consultado con su amor el sucesso, escribió un papel que dezía assí: «Isabela mi señora estará hasta que su Alteza ordene lo que fuere de su gusto en casa de mi primo Guillermo con la señora Rosela, sin dar cuenta a ninguna persona, adonde yo iré de día y de noche, que en la gran Bretaña van los Reyes —devía de ser como en el Reino de Portugal en otros siglos— a las casas de sus vassallos, sin decaer de la Corona y Cetro. Allí será servida y regalada como se deve a su Alteza. Parece que no buelva el Conde don Enrique a Ingalaterra, porque<sup>121</sup> no me falte la mitad del alma, y porque a título de que yo publico ser mi primo, y él de Guillermo, vamos sin nota a su casa a todas horas. Si conviene despachar luego criados, que buelvan a Ingalaterra, y a Mauricia, mi hermana, al más Real Monasterio, en tanto que se ofrece un yo mismo con quien [f. 15v] se case, embiando con ellos joyas y dineros para que esté muy bien servida, que el Reino me tiene dado mucho más de lo que yo he menester. Si por ahora no saliere, de día frescas riberas, jardines y prados amenos ay, y carroças para la noche, ríos y mares, naves y galeras, montes y selvas en que verán su Diosa Diana. El Príncipe».

El Conde entró a saber de Ricardo cómo avía passado la noche. Dióle cuenta de cuánto avía imaginado, que no tuvo pensamiento que no le comunicasse. ¡O dulce amistad en que los verdaderos amigos deleitan y enriquezen el alma, alivio de los trabajos y descanso de la vida, solo buena entre sus peligros, desaciertos y ruinas para el tiempo que no se pierden de vista! Los amigos han de ser como el cuerpo y el alma, que han de vivir y morir a un tiempo, que Bárbaros han observado este modo de amistad sin tener más que nacer, vivir

120.– «Animal fiero conocido, cuya piel está manchada de varias colores. El macho vulgarmente se llama pardo [...] Díxose onça quasi leonça por estar en talle y fiereza semejante a la leona. Quitáronle la le, como si fuera artículo; engañados, pensando sería artículo, la onça», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 126r.

121.– Conjunción con valor final («para que»).

y morir en dulcemente gloriosos, pues los que la tienen la deven guardar en ser leales a sus amigos. Assí lo vio el Cielo en el Conde y Ricardo, en tanto que les duró la vida. Dio el papel al Conde, llevele a Isabela, besole y leyole, obedeció dando muchas gracias a Ricardo.

Lo que tienen de viles las desgracias es no venir solas. ¡O Fortuna, rayo cruel, assolación de los Reinos, Imperios y Monarquías! ¡Cómo permites, Diosa ciega<sup>122</sup>, infestando los mares y abrasando con incendios los aires, Provincias y Reinos, sangrientas guerras civiles, si más que civiles en las Romanas Legiones? Lamentava el Cordovés Lucano<sup>123</sup> a quien llevaste en flor, si a dicha vengança, Diosa cruel, de aver investigado tiranías de tu nombre. Mira, o Fortuna, a quien no diremos, salve, salve, que vas traçando en este caso prodigioso, a no impedirlo el hado, sino la fuerça lastimosa. Lo que podría ser alguna historia trágica, ¡qué furias<sup>124</sup>, qué parcas<sup>125</sup> y demás tormentos infernales te pueden [f. 16r] igualar? Quita la venda, mira lo que destruyes, que de no aver puesto la mira en los mares sangrientos, en los navíos pedaceados en las tormentas y borrascas no te dueles. No imites al tiempo que no para, ni a lo que desea, ni a lo que fulmina; clava la rueda a una próspera Fortuna sin la adversa; aya un exemplo en el mundo; espere un bien afortunado, que puede sin la adversa lograr la próspera. Y en tanto que en felicidad los dos amantes, llore la Fortuna este caso infelize.

Una señora muy principal, que siendo bellíssima niña, honor de la Corte, que ilustrava dos vezes de sus Estrellas, viendo tan rara hermosura y perfección un Astrólogo y Astrónomo estudioso en san Isidoro<sup>126</sup>, en el tercero libro de su *Etimología*, en Josefo Hebreo<sup>127</sup>, Plinio<sup>128</sup>, Luciano<sup>129</sup> y otros con Diodoro Sículo<sup>130</sup>, pidió el nacimiento de la que imitó a Zo-

122.- Se refiere a Fortuna que, en la mitología romana, era la diosa de la buena o mala suerte; se le denomina ciega porque la pintaban ciega. Para más detalles remito a F. Díaz Jiménez, *Hado y fortuna en la España del siglo XVI*, Madrid, FUE, 1987.

123.- Se alude aquí al poeta Marco Anneo Lucano (39-65 d. C.), sobrino del filósofo Séneca, que se dedicó a la literatura y a la política como su tío.

124.- Furias en la mitología romana, Erinias en la griega, son las diosas de la venganza, anteriores a la generación de los dioses olímpicos. También se las llamaba eufemísticamente Euménides por su actitud benévola hacia quienes respetaban las leyes. Eran tres hermanas vengadoras: Alecto, Tisífone y Mégera, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 218-219.

125.- «Fingían los antiguos aver sido tres deidades Clotho, Láchesis y Átropos, las cuales presidían a la vida del hombre, hilándole el copo d'ella. La primera tenía la rueca; la segunda hilava la maçorca; la tercera cortava el hilo de la vida», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 133v.

126.- Eclesiástico, erudito escritor que vivió en la segunda mitad del siglo VI hasta las primeras décadas del VII, compuso varios trabajos de distintas tipologías, desde tratados de astronomía y geografía hasta enciclopedias, textos teológicos, ensayos, diálogos. Su obra enciclopédica más conocida es *Etimologías*, veinte libros que recogen los varios ámbitos del saber de la época y de los que Juan de Piña cita el tercero.

127.- Historiador y diplomático judío fariseo del siglo I d. C.

128.- Podría referirse tanto a Gayo Plinio Secundo o el sobrino Cayo Plinio Cecilio Segundo. Al primero, escritor y militar romano del siglo I d. C., obsesionado estudioso con una vida muy activa llena de viajes, se le conoce especialmente como naturalista de la antigüedad. Su obra *Historia Naturalis*, basada en investigaciones en fenómenos de tipo natural, etnográfico o geográfico, se convirtió en un modelo enciclopédico hasta el siglo XVII. El segundo, fue escritor y orador de la antigua Roma. Es más probable que Juan de Piña aluda al primero, ya que más adelante cita el contenido de su obra (véanse las notas 60 y 131, respectivamente sobre Apeles y Zoroastres).

129.- Escritor sirio del siglo II d. C., conocido principalmente por sus obras retóricas y por ser uno de los primeros humoristas de la literatura universal.

130.- Escritor e historiador de origen siciliano del siglo I a. C. Trabajó en los tiempos de César y Augusto y compuso una monumental historia universal, titulada *Bibliothecae historicae*, que consta de cuarenta volúmenes y se basa en una multiplicidad de fuentes.

roastres<sup>131</sup> en nacer riendo, de quien tomó la risa el Alva. Diéronle sus padres ilustrísimos en la hora precisa Astro benévolo, el Sol en el signo de Venus, no difiriendo instante ni átomo: esto hazen los ilustres a diferencia de los magníficos, lo sabio y más entendido. Los santos repruevan tal curiosidad, que si el pronóstico es de cosa felice y buena Fortuna, como es futuro lo pronosticado, en tanto que se dilata martiriza el esperado bien; si infelice, ¿qué tormento ay en el infierno que le iguale teniéndole? Pronosticó a la señora doña Francisca este su nombre, lo que solo pudo ser consuelo en los errores de los Astrólogos: que el Ángel hermoso casaría con un Cavallero muy ilustre, de casas ilustrísimas de Príncipes. En letras de los más insignes del Orbe, cuyas heroicas hazañas de sus antecesores, vitorias, laureles y triunfos poblaron los Templos de vanderas y despojos de enemigos vencidos; y que uno de sus héroes valientes avía de prender un Infante de Aragón en Estremadura, sossegando con su prisión las guerras muy civiles y peligrosas batallas, que si no en la prisión era imposible [f. 16v] poderlas escusar. Pronosticó el que no deviera aver nacido a entristecer la Corte, donde sucedió al cubrirse de luto con pardas, negras y densas nubes el Cielo, por no mirar con sus Estrellas la fatal tragedia lastimosa de Elegías divinas y eternos Cipreses, no Laureles, sino para la muerte de tanta belleza intempestiva. Pronosticó, o hado y Fortuna cruel, que ya en el tálamo glorioso el Himeneo avía de ser madre seis vezes la que deviera tener por hijo a Cupido<sup>132</sup>, si bien que el sexto parto le sería homicida infelice, por la belleza y pocos años, consorte único insigne y para adorarla el mismo Amor.

Aprehendió esta señora con tal eficacia el successo triste, que siempre le tuvo por cierto, temía y llorava, esto haze la desdicha. En parte se olvidó a poder vivir por algunos años, hasta que, llegando en pocos al matrimonio, luego que oyó el dueño, para mayor desvelo dio crédito a la figura, si engañando el pensamiento del parto. Llegó el primero, prosiguiendo hasta el sexto, que aviendo olvidado lo funesto y permitirlo el Cielo, a no quitar más a priessa la vida, la riqueza suficiente, mandó hazer una cama de tela de oro, que no podía la imaginación hazerla más curiosa. En la estrena dixo una donzella que la tenía mucho amor, con grande contento y alegría, queriendo dezir que era de gloria por la belleza y hermosura:

— ¡Ay señora, qué linda cama de Réquiem<sup>133</sup>!

No se dio la señora por entendida, viendo que no fue yerro del alma, sino de aquella en cuyas manos está la vida y la muerte. Llegó la hora del parto y fue dichosa, breve y de pocos dolores, que los terribles no quedavan para el cuerpo, sino para el alma. En el primero hasta el cuarto día fue mucho el gusto y contento de la madre y del Cavallero, y un hermano suyo

131.– Fue un profeta persa. Muy poco se conoce de él: según algunas fuentes, nació a comienzos del primer milenio a. C., mientras que según otros vivió alrededor del siglo VI a. C. Plinio en su *Historia natural* afirma que Zaratustra había nacido con una sonrisa en los labios: «Rey de los Bactrianos, fue el primer inventor de la arte mágica, y por esto sospechan algunos aver sido Can, hijo de Noé. Díxose Zoroastres, *quasi vivens astrum*. Todos los que dél pues fueron insignes en la magia, los llamaron Zoroastres, del principal d'ellos escribe Plinio, lib. 7, cap. 16., que, en acabando de nacer se riyó, contra lo ordinario que todos nacemos llorando», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 213v.

132.– Dios del amor. Véase la nota 47.

133.– Lecho preparado para un cadáver por asociación con el pronóstico y con la palabra «réquiem»: «composición que se canta con el texto litúrgico de la misa de difuntos, o parte de él», Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, en línea. Antiguamente el término indicaba un terrible y cruel perro marino que provocaba la muerte de los que encontraba, P. Esteban de Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana*, Madrid, Imprenta de la viuda de Ibarra, hijos y compañía, 1786-1793, 4 vols., III, pp. 352-353.

tan de una misma excelencia y retrato que, a poder, dudara el alma el dueño. Llegó el día quinto y dio principio lo infelize y el pronóstico al caso desastrado, digno de lágrimas hasta el último; pues callándolo al Cavallero, le dixo a su hermano lo mismo en amor, que [f. 17r] aquella noche avía visto entrar por la puerta de la sala donde estava un hombre muy alto, conocida cosa averle dado mucho temor por desigual en la altura, y el horror que le avía puesto, sin dezirlo a su marido por no darle pena. Respondió su hermano era desvanecimiento de la mucha sangre y no maravilla presumir lo que dezía. Replicó:

— Mucho más desvanecida me he visto parida y no aquel hombre disforme.

Divirtiola, si no podía, acordándose de que el sexto parto le avía de costar la vida. La noche siguiente, sirviéndole la cena y cenando con su marido y hermano, aviéndole puesto un plato con un besugo empanado, descubriéndole hizo un ademán temeroso, retirándose atrás huyó el color de la cara al corazón, Profeta milagroso, como que huviesse visto algo que le avía admirado y causado horror: el ingenio era peregrino, como el amor. Disimuló a no dar pena a quien más que a su alma la amava por infinitas causas y razones, cuya vida era más deseada que la suya, no en que poner duda, que no desdize la sangre generosa, y si el matrimonio que le imitasse más sería gloria divina que vida humana. Alegáronle el plato, no presumiendo el assombro y a no escandalizar, que escándalo y dessangriento dolor fuera dezir la causa. Provó el manjar con solo un bocado, que disimulando no le comió, fingiéndolo a propósito. Esta noche sossegó mal y a la mañana, bolviendo a verla el hermano a quien consultava en salud, le dixo:

— ¡O cruel Fortuna, o hado riguroso, tremendo inexorable! ¿Quién podrá sin lastimoso decoro dezir tal desdicha?

Que en el plato que le avían servido, de que hizo aquel amago temeroso que la turbó, se avía visto y conocido muerta y amortajada. Esto dezía con lágrimas de hermosa Aurora y tan terrible sentimiento, que el Cavallero, si en el grave llanto, divirtiéndose<sup>134</sup> a la señora doña Francisca por no possible lo que dezía y averlo imagina- [f. 17v] do o soñado, no siendo, sino ficción, desvanecimiento y desvelo de la falta de la sangre. Respondió ser cierto lo que avía dicho, por averlo visto. Más le dixo:

— Hermano, yo me muero, que han estado aquí en mi compañía uno de los tres Reyes Magos y san Sebastián, de quien soy muy devota, y me han dicho que me muero; estava durmiendo, desperté a una voz que me dixo: «Francisca, despierta, no duermas, que no es tiempo de dormir». Desperté y vi a mi bendito san Sebastián.

Con esto refirió el pronóstico, que del portento no fue el menor daño la aprehensión. Este caso infelize pronosticó el Astrólogo, que pudo ser hablar atento, sin alcançarlo por la ciencia, ignorando, aunque la hora y el minuto se le diesse cierto. Desaució la señora de la vida, diose por muerta; dezía a todos que se moría. Trató del viaje tremendo, que no le deviera temer assí quien se hallava tan sin pecado a lo pronosticado, como al pronóstico en virtud y santidad tan para el cielo en este, como en aquel tiempo. Recibió los Sacramentos que pidió hasta el último aliento en que dio el alma a Dios, dexando a cuantos la conocieron lastimados, si con embidia de tan santa muerte la vida, bañados en lágrimas de dolor a su marido y hermano y los demás que la servían y adoravan en tristeza y duelo, sin esperança de poderse consolar y más aviendo sabido lo que se ha dicho. Murió la

134.— «Salirse uno del propósito en que va hablando, o dexar los negocios, y por descansar ocuparse en alguna cosa de contento», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 218v.

más fresca rosa de la Aurora con alma de oro en que la imitaba. Abrasó la inclemencia el más florido Almendro; vistiéronse de luto la Primavera, jardines y prados, cuyas plantas florecieron cuantos las merecieron lograr. Aquí dio fin la relación, no el dolor, que cortar la Parca<sup>135</sup> airada una vida en flor, caso lastimoso, sin tan intempestivo y apresurado que no se podía creer, y más que ya muerta no lo parecía, sino viva, y en quien se vio sola esta vez la muerte muy hermosa. Este caso prodigioso no desdize del as- [f. 18r] sumpto para los hijos que dexó infelize, si el consuelo quedar en poder de su padre y hermano, padre también amante como el suyo. De todos se despidió y el alma del cuerpo para el cielo.

Ya Ricardo y el Conde, por no dilatar el discurso, visitaban a Isabela y los dueños de la eclíptica por donde passeava el Sol, que Cielo era de la Diosa. Bien estava el Príncipe con el espacioso buelo de Saturno, el bolante Mercurio, la blanca Luna, los instantes de los Cometas, lo arrebatado y presuroso del carro del Sol, la brevedad acelerada de sus giros por sus Estrellas y Paralelos ofendían a Ricardo. El año codiciara de muchos y largos siglos, los días de infinitas horas; y acordose de lo que dixo el ingenio divino del Camões en el soneto del sagrado amante de la hermosíssima Raquel:

«para tan largo amor tan corta vida»<sup>136</sup>.

Jugavan de ordinario, y con el parentesco de Guillermo y el Conde, ni la Embidia, ni la Malicia, que se atreve a los amores de Júpiter, siendo el Dios de los rayos, no ensangrentaron la conversación. Ricardo les hacía muchas mercedes, que dando cuenta a sus padres del entretenimiento del día con el Sol y de noche con la Luna, hizo dar a Guillermo y sus criados oficios y honores. Bien hizo Isabela de aver diferido el matrimonio, que si bien no durava finezas del amante, prevenía escusar enojo de los Reyes y difería la propiedad; si tan enamorado estava Ricardo, que deviera no dudar, imitava al Sol, a no retroceder en adorar la Ninfa Esperança de Pigmaleón<sup>137</sup>, de amar con vida la estatua hermosa que adorava en alabastro esposa: servía y regalava a Isabela con tal atención y nuevo amor, que ya se ofendía Cupido<sup>138</sup> de superior essencia de la voluntad. No codiciava Isabela riquezas, ni regalos, que amava con extremo a Ricardo y como solo amar assumpto lográvale, así lo sentía el galán, que el te- [f. 18v] mor de perder lo que se goza es una peregrina tropelía del hijo de Venus, que si el horno del vidrio se enfría, la fábrica da en el suelo. Dexar tal vez el Sol a la Luna con poca luz menguante fue deshonor del hermano Delfico<sup>139</sup>, baxando oscura al monte Latmio enamorada de su Endimión<sup>140</sup>, sin que las Estrellas lo pudiesen

135.- Se alude a Átropos, la parca que cortaba el hilo de la vida.

136.- Se trata del último verso («para tão longo amor tão curta a vida») del soneto *Sete anos de pastor Jacob servia* del poeta portugués Luís Vaz de Camões, uno de los más representativos del siglo XVI y, en general, de la tradición literaria del país.

137.- Pigmaleón era un Rey de Chipre que, al no encontrar la mujer perfecta, construyó una escultura y se enamoró de Galatea, la estatua que Afrodita transformó en ser viviente, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 399.

138.- Dios del amor. Véase la nota 47.

139.- Epíteto atribuido a Apolo por el templo y oráculo de Apolo, situado en Delfos tras su muerte. Por su sabiduría y por las respuestas divinales que se oían en el templo, Apolo fue considerado también el dios de las adivinanzas, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 163.

140.- En la mitología griega era un hermoso pastor de Caria: «pastor que aviéndole Júpiter subido al cielo se enamoró de Junón y representándole en una nube la figura de la diosa la acometió. Airado de esto Júpiter, le desterró del cielo y le infundió un sueño perpetuo. Después, enamorada de él la luna, le recogió y encerró en una cueva de Latmo, monte de Caria, y allí se entretenía con el pobre», S. de Covarrubias Orozco, *Suplemento al Tesoro de la lengua castellana de don Sebastián*

ver a falta de sus luces. Muchos meses passaron Medoro<sup>141</sup> y Angélica la bella, que también era esclavo de Isabela. Ricardo pareció al amante, defraudava los triunfos del amor cuerdo. Locura le pareció no estar loco, indigna tabla o lámpara del Templo, sin bélicos instrumentos no celebra la Fama la vitoria —dezia— no ocupando esclavo el carro del triunfo. Tenía por injurias dulces glorias para eternas sutilezas no imaginadas, lograva de Isabela el Príncipe; y como las noches eran sus días, a diferencia del vulgar no hacía falta Ricardo en Palacio, adonde bolví de entre las luces de la mañana y de la Aurora, cuyas perlas no eran lágrimas, sino bordaduras y hermosos celajes del Sol, que en dos Soles dividía formada, por quien se dixo de imaginación hecha.

Ya temía Isabela el nombre que alguna vez la llamó Ricardo en madre del amor, que no aviendo permitido falta antes de Ricarda, que assí se llamava ya por el dueño, como si las huviera sembrado se hallava en una más cada mes, y deviendo un amante ofenderse y estar zeloso de las faltas de la dama, por ellas le dava gracias. Ricardo pensó una valentía estrondosa del amor fue publicar el no entendido, dezir a sus padres y a cuantos en Palacio avía y a cuantos Cavalleros señores le visitavan:

— No es muy hermosa Isabela, no es bellísima. Ay tal discreción en el mundo, no adoráis la Diosa de mayor belleza.

Admirados, sino el Conde, le respondía, teniendo lástima a Ricardo, sin saber qué Isabela dezía, levantábase y corría en cuerpo en la sala o jardín donde se hallava.

— ¡O podre Ricardo, loco está!

Oíalo y quedava muy glorioso de que Isabela viesse lo que aventurava que no puede más un amante que aventurar por lo que ama la opinión y la vida, [f. 19r] que de la hazienda no se duda, mas llegar a perder el juicio mucho es, sino disculpa ser lo primero que pierden los que se enamoran; no le tiene el verdadero amante. No fue tan famoso el Paladín por Orlando el enamorado como por el furioso, ni tan heroico, ni tan famoso el Ariosto padre de la invención por el primero como por el segundo<sup>142</sup>.

Cuidavan ya teniendo lástima a Ricardo el Rey y la Reina d'estos principios de locuras, temieron lúcidos, y perderle inquerían y escudriñavan la causa con desvelo, y pudiera como de Estrella influyendo no solo inclinar, sino forçar. Penetraron el secreto, y tratando d'ello sus padres, procuravan remedio, morían de pena; Isabela también de averse precipitado Ricardo, destrucción de todos. Fuela a ver la noche de aquel no sé si infausto día, que los Reyes ofendidos de Isabela no se agradaron de la venida de Ingalaterra a dexar sin juicio al sucesor en el reino de la gran Bretaña, tratando de casarle con la hermosa Clavela, hija del Rey de Dinamarca, y diferente al fin de Isabela, que lo era del Conde Arnaldo, pobre y no Rey. Ofendiéronse, y del Conde Enrique su tío, que todo les fue revelado, por ser lo más difícil de la vida guardar un secreto.

Isabela pidió a Ricardo la sacasse de la Corte y, por ser la primera cosa, al punto lo hizo, a su casa de plazer o Palacio, que no podía faltar plazer donde estuviesse Isabela, esto muy

*de Covarrubias compuesto por el mismo como lo refiere en la voz Covarrubias y lo repite en otras, f. 160r, consultado en línea en la página web del Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española (NTLLE).*

141.— El autor vuelve a aludir a la obra de Ludovico Ariosto, el *Orlando furioso*, y a la pareja de Medoro y Angélica. El caballero Medoro es el personaje del que se enamora Angélica y que provocará la ira de Orlando.

142.— Aquí el autor hace explícitamente referencia a la obra de Matteo Maria Boiardo y de Ludovico Ariosto, si bien equivocadamente atribuya el *Orlando enamorado* al segundo.

apriessa en carroças de Ricardo; muchos criados y criadas, meninas, dueñas y donzellas la fueron a servir. El Conde Enrique los acompañó; no lo osaron impedir sus padres; por no precipitarle, no se atrevieron a lo que en Roma fueran prodigios y en que los Augures pronosticaran. Hizo un Açor hermoso y de nieve, una punta al cielo, y cargando sobre una vanda de Palomas hirió la más hermosa, y en buelo veloz, a no perder la vida herida y sangrienta, se entró en la carroça y paró en las manos del Príncipe sí tan [f. 19v] herida que no la vio con vida. Lastimole, y viendo que el Açor la venía siguiendo, salió de la carroça y dando fuego a un arcabuz con que tirava, poniendo la mira en el atrevido Azor, tirando al buelo, le hirió, y cayendo muerto a sus pies le hizo pedaços, tal ira le infundió la piedad de la Palomilla. Pesole a Isabela y a cuantos caminavan. El Conde era de profunda imaginación, entristeciose, que avía professado escudriñar sutilezas de los Augures. Trataron de otras de gusto y curiosidad.

Llegaron el día siguiente a passar un espesso monte de muchas fieras y salieron al camino cuatro fieros Lobos tras una Corderilla blanca y mansa, de que se devieran correr y, sin poderla valer, la hizieron pedaços y la llevava uno. A este tiempo salieron por otra parte dos ferocísimos Leones, Leona y León, a quien no deviera de aver hecho adulterio o se avía lavado en algún río, remedio de no matarla el León, que iban juntos en paz, y viendo ya en la huida a los cuatro Lobos con la Corderilla, la presteza más que de Cometa, a dos saltos de instantes que dieron, los alcançaron y turbaron, quitaron la presa y a todos los mataron con las garras sangrientas en un punto que en la vengança que hizieron, parecieron Reales a Ricardo y a los demás, y en que les avían hecho lisonja. Otras fieras passavan por los cabeços de aquellos montes, que disparándoles muchos arcabuzes de que iban prevenidos conociendo las montañas y su ferocidad, no baxaron a darles cuidado.

El mismo día por la tarde, ya cerca de llegar a Palacio, vieron no cosa tremenda de tal horror, sino un Espino florido oloroso con mucha hermosura, y huyendo un Paxarillo de un Gavilán se entró en medio por entre espinas, temiendo no perder la vida. Llegó el Gavilán, y airado procurava matar al Paxarillo, y era tan fértil defensa la del Espino que imitando al cambrón le defendía tan puntoso, tan erizo, tan lleno de espinas, tan defendido, que dixo Ricardo le mirava divino en defender a la Ave- [f. 20r] zilla, sino en tener más puntas espinosas que hojas, si más parecía Espín que Espino. Ricardo tiró al Gavilán y le mató, y por su mano sacó al Avezilla de entre lo espinoso y la echó a bolar, dexando al Espino por imitador del Eriço y del Espín.

Culto era Ricardo, desvelos tenía d'estos casos prodigiosos. Los assombros dieron al coraçón fieros assaltos, defendía el alma en que estava Isabela, en que animava por no darle pena, y cuidando en los sobresaltos desamparó, puso la mano en el pecho a impedir la salida, sin darlo a entender a la dama, que los amantes incubren lo infelize de la vida a lo amado, y Apolo<sup>143</sup> observó ser amante de su Jacinto<sup>144</sup> eternizándole en sus versos, ya que no pudo escusar el llanto.

Llegaron a su Alcáçar, la prevención Real que esto del Sol que sale obliga a desdoros del que se pone. El Oriente con los incendios y bordaduras del Cielo, las nuevas luzes que tienen que ver con el Sol al Ocaso, a los desmayos, a la caída, al bañar los cavallos en el

143.- Véase la nota 87.

144.- Véase la nota 116.

Océano salobre, siendo los de la mañana albos y dulces rozíos. Isabela se admirava de ver casa tan rica, los adereços peregrinos, los aseos de los Reales Palacios, tantas salas, retretes, corredores, patios, cuartos baxos y altos del Rey y de la Reina, jardines y lo demás del principio; los criados tan alegres y amorosos, la vianda y cubrir tan prevenido, que dudavan Isabela y Ricardo lo de improviso; los cuadros, las historias, las imágenes, curiosidades y riquezas no las imitavan Reinos o Imperios. Con mucho gusto, fiestas, músicas y contentos los dexaremos, bolviendo al Rey y a Porcia que morían de pena.

No dava lugar el Rey a despacho, ni provisión; ninguno de los señores, ni criados tenían licencia para verle, solo permitía en la comida, y comunicación a la Reina. Ya reinavan desaciertos, desvaríos y melancolías. Lo hipocon- [f. 20v] dríaco entristecía las almas de los dos verdaderos amantes y assí el Rey hizo este discurso con la Reina.

— El Príncipe enamorado de Isabela, cuya hermosura admira peregrina, olvidando el decoro que se deve, y a su Reino desdize, degenera, amante admira, y puede ser aventure la Corona y Cetro. Esperavan sus vassallos besar la mano por su Reina a la hermosa Clavela, hija del Rey de Dinamarca, y puede ser no admitan esta dama Inglesa y pierda el Reino.

Dio un tristíssimo suspiro. La Reina respondió que los Reyes avían de vencer al hado y la Fortuna, un semblante al bien que al mal, a la vitoria que a perderla; que a Dios, como de los beneficios, se le devían gracias por los rayos.

— Ricardo se ha ido a la Floresta –nombre de la casa donde estava–. Puede ser que su amor no passe a coronarla sin nuestra licencia.

— Fue osadía salir de la Corte, sabremos lo que pretende, y en tanto buen coraçón y Real valor, el Rey de Escocia amenaza alçarle con la parte d'este Reino, que dize le pertenece. Trátese de la resistencia.

— El Príncipe es mancebo, en tanto que no conspira no ay de qué cuidar no tratando de coronar a Isabela, que si lo presumo valor tiene Porcia para quitar la vida a los dos.

Con esto quedaron de acuerdo de prevenir la defensa y dexar a Ricardo, que de las rentas que por Príncipe le devía y pagava el Reino tenía con que no averlos menester. Prosiguió Astolfo:

— El Rey de Escocia es mancebo, los años veinte y dos, belicoso, Armígero, Marcial, todo guerras a sangre y fuego, dormir armado sobre un pedaço de lança, el Frisón ensillado y el freno en el arçón. Como duerme, come en pie lo que los demás Infantes o Cavalleros; no se quita las espuelas; professa las escaramuças y batallas; el genio emprender triunfos y laureles. Cercó en su misma tierra una fuerça de rebeldes, que tal vez pudo más que la defensa el respeto; em- [f. 21r] prende como el Sol dar buelta al mundo; su genio es, poco sossiego, inquietud y sobervia, todo armas, pertrechos, municiones, artillerías, tiendas, y artificios de fuego. Y tiene exemplo, que las inquietudes y temeridades no tienen muy de su parte a la Fortuna, que sí ayuda a los osados, no a los temerarios. Por el deudo que tenemos, deseo no desplegar mis vanderas, no romper las pazes, vivir para morir, que lo que no es bueno para morir, no es bueno para vivir. Estudio como no enojarme, no soltar la ira, que si olvido el parentesco y tomo resolución, si él entrare por mi tierra, yo entraré por la suya y le pondré en peligro tan estrecho, que tema lo que un tiempo su abuelo, y lo que en otro su padre, dé infelize y desastrado fin. El coraçón es brioso y le engaña: sóbrale más gente que dinero. Emprender guerras civiles pudo Roma; tiranos los hijos, la razón le deviera sossegar: no teme sucesso que puede ser a tiempo irremediable; no lo mira. Quie-

ro alistar mis gentes y vanderas, y entrarle talando tierras y frutos, destruyéndole Villas y Ciudades, poniéndole freno, que es limitado su poder, y yo Rey de la gran Bretaña.

Porcia le besó la mano, viéndole prudente, alentado y Marcial. El Rey propuso dexarse ver y comunicar, previniendo elegir Capitanes, alistar Soldados y ardidés para la guerra, y por su General al valiente Roberto, grande Cavallero, a quien armado de todo arnés le podía admitir la quinta Esfera por su Dios Marte<sup>145</sup>, nacido a siempre vencer y triunfar de sus enemigos.

De aver tomado la fuerça de los rebeldes el Rey mancebo de Escocia quedó tan alentado, que con el exemplo de Aquiles y de Julio César<sup>146</sup>, cuyo vitorioso ejército, enseñando a siempre vencer, emprendía conquistar el mundo. No tenía años, experiencias, ni Fortuna de Julio César; engañávase presumiendo sus laureles, aun- [f. 21v] que el ingenio era feroz tratava de passar a Italia, acordáronle que otro Rey determinó lo mismo, y previniendo muchas partes por donde hazer la entrada en Italia, olvidó por dónde avía de ser la salida, y assí fue vencido y preso. Esto determinó escribirle Astolfo a escusar el rompimiento, furia soberbia de solo el boço del mancebo Rey, apercibiéndole que, si no dexava las armas y derramava la gente, le sucedería no lo que al Rey vencido, sino con prenderle quitarle su Reino de Escocia y no dexarle vivir en él.

En la floresta era todo gusto y entretenimiento andar a la imagen de las batallas fatigando los montes, persiguiendo Ricardo con el Conde las fieras, que más lo avían de ser las hermosas, exemplo de aquel Narciso<sup>147</sup> feroz, que por no adorar menor hermosa deidad en su Idea, perdió el Cielo baxando a los abismos a ser demonio. Encontró una mañana, no Isabela, que fuera más hermosa, otros Caçadores que avían acosado y perseguido una Corzilla, que herida traidora a su misma sangre, reveló que deviera escusar la cueva donde acabó de perder la vida. Traíanla recién muerta y tan bella les pareció, que le avían puesto una guirnalda de flores, ya pesarosos de averla muerto. Lástima hizo a Ricardo que los Príncipes con duras entrañas no los avía de aver formado el Cielo, que a diferencia de las fieras y Montañas, hizo al hombre el divino poder del limo de la tierra, dándole vida y alma con mistura, no de risco, sino de blandura también, y con aliento a que el hombre aún no alentasse para quitarla a quien Dios se la dio, que muchos Santos de los desiertos y columnas no le tuvieron para matar una hormiga. Traían el Príncipe, el Conde y los Caçadores venados, jabalíes, perdizes y conejos que no admitió la caça de liebres por dos versos Italianos que leyó y le ofendieron:

[f. 22r] «*non bi maravillate, che natura  
he de la lepre aver semper paura*»<sup>148</sup>.

Al buelo matavan diferentes aves, y con los Halcones y Neblíes<sup>149</sup> las Garças mas en las nubes, donde habita el solitario; todo lo presentavan a la Imagen del Templo de la Flores-

145.- Dios de la guerra. Véase la nota 43.

146.- Cayo Julio César fue un político y un general victorioso del siglo I a. C.

147.- Véase la nota 93.

148.- El autor cita los dos últimos versos de la estancia n. 91 del canto XX del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto: «non vi maravigliate; che natura / è de la lepre aver sempre paura», esto es, no os maravilléis, que es naturaleza de la liebre de tener miedo, L. Ariosto, *Orlando furioso*, ed. de L. Caretti, Torino, Einaudi, 1992, 2 vols., I, p. 593.

149.- Especie de halcón. Véase la nota 95.

ta, que amante cuidadosa quedava en la mayor altura de la bellísima torre en la ventana que mandó hazer al pie de la Cruz y harpón del Chapitel, a no perder de vista en cuanto possible a su Ricardo, y era tal su desvelo y amor que tenía antojo de larga vista, que le presentava a la puerta de la Floresta en la plaça, que la hermoſeava, lo que les passava en los montes, cómo herían las fieras y bolavan las aves. Tan cerca están siempre los que se aman.

A Isabela haziendo lisonja al Príncipe visitavan los señores de la Corte, las damas, criados del Rey y cuantos la querían ver, que licencia les dava por no desesperarle, que le querían vivo. Prevenido el remedio, aunque terribles imaginaciones hazían las consultas fiero y cruel enemigo.

Triste de Ricardo, y de Isabela, que eran a quien assestaván los tiros, ira la mira del Rey y Reina, tanto sentían ver Reina a Isabela, si quien lo era de la hermosura podía de la gran Bretaña y de cuanto alumbrava el Sol y cercava el mar, que no valió no ignorar la belleza. Sabían que estava muy preñada, creían que el parto sería el del Cavallo de Troya<sup>150</sup>, que la abrasaría; ofendidos estavam, causa de que Ricardo no venía a la Corte, ni los escribía.

El ejército se alistó de Infantes y Cavallos, Capitanes y soldados valerosos y bien pagados; el General valiente, assombro podía ser del enemigo. El Rey mancebo de Escocia, de nunca ocioso brío, formó el suyo, hizo muchas levas, cada uno en su tierra con más lucidas Cohortes y Le- [f. 22v] giones que las Romanas, deseando imitar el de Escocia al Scipión Africano<sup>151</sup>, también mancebo y como el Carlos este su nombre, nunca menos ocioso como Scipión, que cuando estava ocioso mirando a Jugurta<sup>152</sup> y a Aníbal Cartaginés<sup>153</sup>, que tantas injurias hizieron a las vanderas del Senado, a los Manípulos de las cuatro letras S. P. Q. R.<sup>154</sup> tantas vitorias adqueridas, triunfos y laureles, sino mirando sus vencimientos y el infausto día de Jugurta muriendo de hambre en el profundo foso de agua con desprecio de los Dioses y de la vida, que es la mayor acción del alma.

— ¡O Júpiter<sup>155</sup> — dixo—, qué fríos están tus baños!

Vistosos, lucidos y pocas vezes vistos alardes, hizieron los dos ejércitos montañas y selvas de plumas; eran las celadas lo resplandeciente de las armas, coseletes de oro gravados con excelencia, cada uno se prometía la vitoria.

Los fines de los Reyes eran diversos: el ejército de Escocia fue marchando la buelta de una gran Ciudad de Bretaña llamada Verturia para sitiaria, presumiendo que rendida lo estarían las demás Villas y lugares de su distrito, que era lo que el mancebo Rey dezía que Astolfo le tenía [u]surpado. Ya plantava su artillería, ya desplegava las tiendas, los gastadores abrían trincheras; ya prevenían hazer torres eminentes a la Ciudad para ver lo más flaco y assestar por aquella parte las culebrinas, y tiros pedreros y los más fuertes tiros que

150.— El caballo de madera, introducido con engaño en Troya por el soldado Sinón. Del vientre del caballo salieron unos soldados griegos para conquistar la ciudad.

151.— Denominado 'Africano', Publio Cornelio Escipión fue un político y valiente general romano (siglos III-II a. C.), conocido por sus victorias contra el cartaginés Aníbal. También guio la expansión romana en el Mediterráneo hacia África y Oriente.

152.— Jugurta fue un militar, Rey de Numidia en el siglo II a. C.

153.— General y político cartaginés (siglos III-II a. C.-).

154.— *Senatus Populus Quirites Romani*, una sigla que engloba a las figuras que representan el poder de la antigua República romana, el Senado y el pueblo romano de los quirites. Posteriormente fue traducida *Senatus Populus Que Romanus*, esto es, Senado y pueblo romano.

155.— Dios del cielo y de la luz. Véase la nota 54.

le avía de plantar. No era la empresa tan fácil, la Ciudad bien reparada, proveída, Soldados viejos a las murallas, prevención de municiones, y tiros de fuego; y para si les entravan la Ciudad, que no podían sino por aquella parte, uno como pedaço de río de pez, y resina ardiendo con tal invención, que no lo pudiendo echar de ver encubierto al entrar por él avían de caer los desdichados atrevidos en aquel lugar, sin remedio de salir por no tener salida, y era fuerça morir abrasados. Y si por otra parte que reconocían algo flaca hizieran tal mina que bastara a bolar [f. 23r] la más fuerte muralla, el paredón prodigioso del Reino de la China que deviera ser maravilla Octava. Estas y otras diestras prevenciones escribió Roberto hiziessen los cercados.

Pues en tanto que Carlos proseguía el intento, que si bien por las Espías entendió el ejército enemigo poderle resistir, y que la vanguardia iba marchando al socorro de los cercados, como la guerra vencedora es ardidés, la retaguarda hizo vanguardia con solo passar la palabra, que bolviessen las caras y a la mayor prisa possible marchó el ejército a los lugares más cercanos de Escocia en los confines de Bretaña.

Ricardo que tuvo noticia del ejército que su padre hacía, y del valeroso General, sin darse por entendido aguardó la ocasión d'este día, que las letras insignes nunca fueron mudas, ni covardes los coraçones Reales; al camino salió al General, encontrándole a pocas millas dexando al Conde con Ricarda, que assí quería el nombre de la confirmación. Llegó armado de todas armas en un feroz cavallo tan sobervio y tan hermoso, que a no pisar la clin<sup>156</sup> tanto besava el suelo, no pisava en el suelo, sino en el aire. Viole el ejército, conoció su señor, que en grande extremo amava; era una mañana al tiempo que salía en el Oriente el Sol, sutileza del Príncipe a que viessen era el Sol que salía. El General le adorava y todos hazían lo mismo. Arrojo Roberto del cavallo en que iba, que ofendido de que el Cavallero le huviesse puesto la cincha tan apretada, la pedaceava en vengança tanto con las manos por la apretura, que más parecía que pisava en la cincha que en la tierra. El Príncipe hizo lo mismo, no los demás, por no desordenar la vanguardia, ni el cuerpo del ejército. Hablaron en secreto y díxole el Príncipe al General que no avía penetrado mejor ocasión para ver a sus padres que irles a servir en aquella guerra, que Isabela avía parido un hijo y una hi- [f. 23v] ja, y alcançando la vitoria sería cierto el perdón. Mucho le agradeció Roberto el discurso; era su primo y deseávale su Rey. Diole el bastón, no le quería, su Soldado se avía de alistar, le dixo; no lo consintió, pues vino en lo que dezía, quedando Ricardo por dueño del bastón y Roberto del ejército y de la empresa. Y prosiguieron el camino.

La parlera<sup>157</sup> Fama llevó de la Floresta a Palacio, sin malicia, el hijo e hija que Isabela avía parido, tan parecidos al Príncipe y a sus padres, como si lo huvieran menester, pareciendo a quien llevó la nueva que serían la paz de sus abuelos, aunque Ricardo no imitava a un Rey de otra ley, que hasta que tuvo successor en la que amava no se casó con ella.

Esto deviera apaciguar los incendios del Rey y de Porcia, sabiendo que tenían dos successors, y de su belleza muchas maravillas. No se lo pudieron persuadir, no los quisieran hijos de la inglesa hallada acaso, no buscada; no saberlo de hasta allí hija del Rey de Dinamarca. Presumieron su Reina y averlos olvidado, temor de ver a Isabela en la cabeça y

156.- «Las cerdas largas y sutiles que en cavallo cría en el cuello. Díxose del nombre latino *crines*, que vale lo mesmo que cabello», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 148v.

157.- «Se llama también el que lleva chismes o cuentos de una parte a otra [...] o el que guarda poco secreto en materia importante», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., V, p. 132.

mano el Cetro y la Corona de la gran Bretaña, no lo dudaban en matrimonio. No querían vivir: el Rey bolvió a su melancolía, no le podían alegrar; si bastara el amor de Porcia, que amorosa y discreta le procurava divertir. La vengança le ofrecía, si la dexava a su corazón, que lo airado y vengativo nacía de causa que obligava a los dos, pues el Rey de Dinamarca Rodolfo, este el nombre, les avía ofrecido a Clavela y su Reino para el Príncipe. Dexó a la Reina y solo fue a su cuarto.

No parecía a Porcia era Astolfo el que la avía amado más Orfeo<sup>158</sup> a Eurídice<sup>159</sup>, pues baxara segunda vez a suspender las penas infernales, sino con dulce voz, con lágrimas y suspiros, que no bolviera la cabeça por no bolverla a su amor. Era grande la melancolía y assí le iba acabando la vida lo hipondríaco, enfermedad común en aquel Rei- [f. 24r] no, y las visiones y fantasmas que le perseguían en los sueños y desvelos.

Una de las tremendas y espantosas que le atormentavan durmiendo y despierto en las oscuras noches, en el silencio de sus tinieblas, era que la muerte le mirava con la guadaña desnuda, y tapándose los ojos y cubriéndose con la ropa la cara, le parecía sentir que se la quitava y descubría. La primera vez que la vio, aunque a poca luz de la que avía en otra sala, llamó aprisa a Claudio, Ayuda de Cámara, que dormía cerca; entró aprisa con una luz y, preguntando qué mandava su Alteza, le dixo mirasse quién andava allí. Buscó por toda la sala y no halló a nadie; hízole traer la cama cerca de la suya, porque estava desvelado y hablarían. Assí lo hizo y no vio más a la muerte.

Otras muchas noches soñava, aunque el sueño poco y menos la comida, espantos de fantasmas y ferocidades de animales disformes, Culebras y Serpientes, dando silvos y aullidos; hombres con espadas desnudas y sangrientas que se matavan unos a otros y le amenazavan, algunos poniendo las espadas a sus pechos, viendo una fuente que manava sangre. Dava gemidos y suspiros en los sueños, que los oía, y temía Claudio, que a las mañanas le contava, preguntando qué era la causa. No respondía a propósito, porque<sup>160</sup> no pareciesse temor que los Reyes a solo Dios y al Pontífice santo deven temer, como señores soberanos, imitando al Monarca no reconociente superior en lo temporal. Ya iba perdiendo Astolfo el sueño, y la vida curávanle sus Médicos de Cámara, el amor y manos de Porcia. Porfiava la enfermedad, faltávale respiración, flatos le perseguían, que hazen morir en pie.

No parece que el Rey y Porcia tuviessen tan terrible deshonor como sentían, ni aver tenido causa para morir Astolfo ignorando a Isabela hija de un Conde Inglés, señor de la más limpia sangre Católica de aquel Reino, Serafín [f. 24v] en belleza y hermosura, amable, discreta y santa, y aviéndoles dado no uno, sino dos nietos, o Estrellas que importara no que fuera Claudia, si Ricardo no la quería, sabiendo las pláticas. Y aviendo visto el retrato que vino a su poder, dixo un poeta:

158.– En la mitología griega, hijo de Apolo y Calíope, era un músico y poeta que, cuando tocaba su lira, todo se calmaba, incluso las fieras más feroces. Se enamoró de una ninfa del bosque, Eurídice, y se casó con ella, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., pp. 370-371.

159.– En la mitología griega, era una ninfa de Tracia. El día de la boda con Orfeo, el pastor Aristeo, también enamorado de ella, intentó violarla. Eurídice logró escapar, pero murió al pisar una serpiente que le mordió. Desde que se enteró de la muerte de su esposa, Orfeo sufrió amargamente, empezó a tocar canciones tristes y decidió rescatarla: bajó al inframundo para buscarla, pero al final saldrá expulsado y sin su amada, *ibidem*.

160.– Conjunción con valor final («para que»).

*«Desdichados son los Reyes  
en las leyes del casar,  
solo amor sabe reinar,  
solo amor sabe hazer leyes».*

Quería el discreto que primero se añudassen los coraçones, que se diessen las manos para el matrimonio los amantes; censos perpetuos y no al quitar, mucho deve mirar el que los funda; tienen terrible engaño. Véndese una heredad o casa por diez mil ducados, que es lo que vale, y dize luego el vendedor tirano que ha de ser la venta cargándole un real o menos de censo perpetuo al año, con derecho de veintena, y tomar por él tanto: el que compra no mira en el real y presume que no ha de vender la casa o heredad y véndese cien veces –dezia– que era el mayor engaño del mundo y en mucho más de la mitad del justo precio. El matrimonio es perpetuo como el censo y padece mayores engaños, aunque se han reparado mucho con los divorcios y nulidades los más, en que la atención no deviera imitar al tiempo.

Isabela digna de un Imperio, que Cielo de belleza y de más lucientes Estrellas era honor del mundo, como Diana del Cielo, que deshonor sentían Astolfo y Porcia. Astolfo murió con espantos, diciendo que le quitassen de allí la muerte y unos hombres crueles y unos gigantes que le atormentaban, haciendo muchas demostraciones de dolor y de temor. Porcia hizo mayor sentimiento del que se podía imaginar, más airado y endurecido el corazón que [f. 25r] antes de la muerte del Rey; por ella trató del Sepulcro y de su vengança. El reino hizo la devida demostración y partieron Correos a dar el parabién a Isabela y a Ricardo, que en semejantes casos los pésames son parabienes.

El ejército de Bretaña fue marchando a toda prisa hasta llegar a las primeras villas y lugares de Escocia; no fue menester plantar artillería, atrinchar, ni assaltar los muros. Eran lugares abiertos y sin defensa, rendidos antes de amenazados, y como al fin entre Christianos Católicos no quitaban las vidas, sino las haciendas, destruyendo los panes y los campos, llantos, miserias, los niños a los pechos de sus madres por escudos. Gemidos y lágrimas escusaban Ricardo y el General cuanto podían a no destruir más lo belicoso de las Legiones y Cohortes. Eran gente feroz, no se lo podían impedir; así fueron entrando otros lugares no muy de prisa por dar lugar al remedio que les dava el mancebo Rey. Las nuevas le llegaron bien presto y lo que le passava en el sitio de aquella Ciudad no muy a propósito, a causa de aver en los cercados muchos Capitanes y Oficiales, que a la voz de la guerra, que es el centro, vinieron.

El Rey no halló lo fácil que presumía la entrada, y los de la Ciudad bien bastecidos, y con la munición y pertrechos de sobra previnieron un famoso ardid. Salían de la gente cercada la más a propósito y valiente y esparcían por muchas partes, como quien las tenía medidas, Tambores y Pífaros sin Soldado ninguno, y solo por dos o tres partes cavallos y arcabuzeros; ponían el campo y ejército enemigo en arma, y como se hallaban divertidos por tan diversos lugares, ya turbados, ya temerosos, ciegos como las noches, no sabían de sí, pues con esto davan los que salían en la parte más flaca sabida por espías, y los que reconocían el ejército mataban a muchos Escoceses, arrojábanles alcancías de fuegos, turbados de forma que no atinaban adónde acudir, trope- [f. 25v] çando en su misma turbación. El alboroto, el ruido, el estruendo de las armas, el prevenir la defensa y la injuria les dava más embaraço, si bien el Capitán que salía prevenía a los soldados diessen en las trin-

cheras a impedir los que las hazían y guardavan, acudiendo al reparo de las otras partes donde los tambores y pífaros tocavan al arma<sup>161</sup> a grande priessa. Era el tropel, y confusión tremenda, la bocherà y el desacierto que los unos se atropellavan a los otros, y dexando muchos muertos y heridos se bolvían a la ciudad sin perder un hombre, entrando por las puertas que el enemigo no podía prevenir. Con esto, Valentino, el Capitán y Cabo de la gente d'èsta encamisada, esparcía en el campo dos o tres soldados vestidos como los demás Escoceses y con las mismas vandas y armas de los que avían muerto, que penetrassen los designios y secretos, prevenciones, sentimientos, seguros de que bolviendo otra noche a la misma facción y turbar el ejército, los recogerían prevenidos, acudiesen a la parte donde sonasse un clarín o trompeta bastarda, haciendo la consonancia que le dio por seña lo que en España el nombre que se da del santo.

Traían con estos ardidés tan divertido al enemigo que el Rey, General, Capitanes y su Consejo de Guerra no sabían de sí. Prevenían los arrojados espías con tal atención lo que avían de saber, que no se les desaparecía designio ni ardid, y viéndolos prevenidos todos sin valer ni el cuidado, ni el secreto. No estava el Rey muy agrado de este modo en el sitio, pues cuando estavam más descuidados bolvían a salir al peligroso cuarto del alva, que el sueño roba como la vida el sentido. Recebían los enemigos daños irreparables, muchos heridos y muertos y recogía Valentino sus espías, y bolví a su ciudad vitorioso y triunfante. Ordenó el Rey una mina acercándola hazia la muralla para bolar cuanta defensa y reparos avía, y tropezando a pocos lances con el estorvo de la contramina se davan por rendidos. Tratavan de assaltar el muro por la parte reconocida más [f. 26r] a propósito, y como las espías no faltavan entre los Escoceses de los que dexava en el campo Valentino, admiravan tal defensa, que parecía cargar allí toda la fuerça de los cercados y espías y muchos de los que no sabían la lengua de los enemigos.

A este tiempo llegaron al Rey las tristes nuevas de la guerra que el de Bretaña hazía en sus tierras y las destrucciones y daños, irreparables peligros, sino de las vidas de las haziendas y honores y acordó viendo el poco fruto del sitio alçarle y caminar a toda prisa a la defensa de las tierras y a escusar los daños del ejército de Bretaña. Embió a toda prisa un Embaxador a Ricardo, pidiéndole bolviesse a su Corte, suspendiendo las armas que él avía alçado el cerco que avía puesto y se bolví a la suya, y no bolvería a entrar en su tierra en ningún tiempo. Esto mismo embió a Valentino con un trompeta y Embaxador, y fue a propósito, porque sabiendo de las espías quería alçar el cerco, le tenía prevenida aquella noche una valiente roziada. La respuesta, con acuerdo de los Capitanes, fue irle a besar la mano Valentino y darle satisfacción con la defensa natural; recibiole con mucho amor encareciendo su valor, y dar por bienes sus daños que le embiavan. Diestro en los ardidés militares que ignorava por no averlos entendido, ni la guerra, ni la paz, dio sus disculpas en nombre de la ciudad; ofreció ser soldado suyo, si dava su Alteza licencia para otros cercos o assaltos. Hízole muchos regalos, dióle ricas joyas, abraçole y quedó Valentino muy en la gracia del Rey que le deseava conocer. Y vienen aquí estos versos:

*«Gran deseo tiene Aquiles  
de ver a Héctor desarmado,*

161.– Tocar al arma «es tocar a prevenirse los soldados y acudir a algún puesto», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., I, p. 392.

*por ver si es hombre robusto,  
o de rostro delicado»<sup>162</sup>.*

Viole fuerte, robusto, valiente, entendido, conoçiole prevenido, astuto, de ingenio sutil y la figura y aspecto Marcial. El Rey alçó el sitio, Valentino le dexó bolver en paz a su tierra, y él a su ciudad.

El Embaxador llegó con su embaxada al Príncipe de [f. 26v] Bretaña y a Roberto, su General. Lo que contenía era lo que deseavan, y teniendo aviso de Valentino cómo se avía alçado el cerco vergonçoso y bolviendo el Rey con mucha gente menos que dexó muerta en el sitio y hecho mucho gasto con pérdida de la hazienda y honor, tuvieron por bien de hazer lo que el Rey pedía; y assí se lo escribieron. Bolvió el Embaxador contento por el que avía de tener quien le embiava; Ricardo con su ejército a Bretaña.

Porcia era lo intratable del mar; como el alma de los zelos; ya se acercava el infausto día de su vengança, como si tuviera de que al fin resolución de perder la Corona y Cetro de aquel Reino porque<sup>163</sup> no viniesse a lograrle Isabela; más vienen a ser en los Anales del tiempo las muertes y venenos que las mugeres han dado a los hombres que de lo contrario, mayores temeridades han emprendido, más Pantasileas<sup>164</sup> ilustran el Templo de la Fama que valerosos Capitanes. ¿Quién, como la cruel Medea<sup>165</sup>, mató a su hermano? ¿Qué Dalida<sup>166</sup> no cortó el cabello al assombro de los Filisteos? Pues dando principio al espantoso atrevimiento a la mayor crueldad que vieron la Ira, la Embidia, o la Vengança o corazón de peñasco más opuesto a las olas del sobervio mar, que de embravecidas no son aguas, sino espumas en que vienen a parar aun las cristalinas de los Cielos y las nacidas en la mayor alteza. ¿Cómo Belona sangrienta no estorvas la ira d'èsta Reina para los crueles Sacerdotes del Templo tuyo que no perdonan sangrientos las propias vidas sacrificadas a tu Deidad, Marte airado, guadaña de la muerte<sup>167</sup>? ¿Qué mar de sangre puede acreditar la fiereza de tu corazón, si Porcia te usurpa el Laurel sangriento de la tremenda osadía no

162.– Estos versos son una reformulación de los vv. 12-16 del romance *Treguas entre griegos y troyanos. Muerte de Héctor y amores de Aquiles con la linda Policena* de Luis Hurtado, poeta del siglo XVI: «Con Aquiles ha encontrado, / el cual tenía gran deseo / de a Héctor ver desarmado, / por ver si es hombre robusto, / o de gesto mesurado», A. Durán (ed.), *Romance-ro general o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán*, ed. cit., I, p. 317.

163.– Conjunción con valor final («para que»).

164.– El autor hace referencia a Pantasilea, reina amazona en la mitología griega que, antes de que Aquiles la matara con una lanza, se distinguió por muchas hazañas.

165.– En la mitología griega, maga que aprendió a practicar la hechicería junto con su tía Circe. Cuando Jasón y los argonautas llegaron a Cólquida para buscar el vellocino de oro, ella se enamoró de Jasón, quien le prometió fidelidad y se sirvió de sus poderes mágicos para conseguir el vellocino. También en otras ocasiones Medea lo ayudó con su magia, pero, al enamorarse Jasón de la hija del rey Creonte y al prometerle matrimonio, Medea mató a su rival y abandonó a Jasón en Corinto. Tras pasar por distintos lugares, llegó a Atenas donde consiguió casarse con el rey Egeo, que tuvo que abandonar tras haberse descubierto que Medea intentó envenenar a Teseo, el hijo secreto de Egeo. Finalmente, la hechicera huyó a Italia, pasó por Tesalia y de allí a Asia donde se casó una vez más con un rey y, después de volver a Cólquida, se murió y vivió eternamente en los Campos Elíseos donde, dicen, se casó con Aquiles, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 329.

166.– El autor se refiere a Dalila, mujer filistea que logró que Sansón le revelase el secreto de su fuerza, que perdió al cortarle ella su cabello.

167.– Véase la nota 43 sobre Belona y Marte.

presumida, ni del tirano de Sicilia, de Sila y Mario<sup>168</sup>, en arroyos las calles de los hijos de su madre Roma, ni executadas del fiero Aníbal Cartaginés<sup>169</sup> las ensangrentadas vitorias? Que Alecto, Tesifón o Méjera<sup>170</sup>, furias infernales, cortarán el hilo de oro intempestivo de la vida [f. 27r] más amable, inventen nuevos los tormentos de aquel Reino del espanto, que nuevos los merece, la más atrevida y nueva maldad que ensangrentó la Fortuna y vieron los mortales.

Buscó Porcia a Pierres, Mauricio, Marcio y Leandro, cuatro criados y confidentes suyos de quien se fiava, por los beneficios y mercedes recibidas y los oficios y premios que les ofreció. Acudieron a ver lo que les mandava, que viendo la Reina viuda y con el amor del indicio, aviéndoles dicho lo que avían de hazer, y que le importava la vida, y era cosa que no avían de contradizeir, ni dificultar, aunque el caso grave; ofrecieron a Porcia poner en ejecución cuanto les mandava. Dio a cada uno muchas joyas y dineros que, para ser muy ricos, sin los premios que esperavan, eran suficientes. Dioles cartas de creencia para quantas justicias avía en su Reino, mandando los encaminassen y diessen todo lo que pidiessen hasta llegar a dar una embaxada, que llevavan el Rey de Dinamarca muy importante a su servicio, y bien de Bretaña. Previnieron el viaje y criados; dioles cédulas para divertir a sus Grandes y Señores, y a la Corte de la embaxada que llevavan al Rey. Porcia embió a llamar antes que partieran los Embaxadores al Conde don Enrique a la Floresta donde le dexó Ricardo con Isabela, mandole que viniese luego con sus criados, y con ostentación, que le quería dar parte de las cosas tocantes al bien de Ricardo en tanto que venía y del Reino. Dexó sola con criadas, meninas y pajezillos a Isabela.

Ciego pintan al Amor, y los Poetas ni Filósofos de toda la antigüedad no penetraron el secreto; solo el Filósofo Ganimedes<sup>171</sup> lo escudriñó en un librito manuscrito, Reliquia enguardada por maravilla, de más que palabras misterios. Este nombre fue de la Confirmación, por imitar al Águila de Júpiter en ver sin ofensa cara a cara sin ceño [f. 27v] los Religiosos divinos rayos del resplandeciente Sol, y averle penetrado los átomos, excelencia de averlos codiciado por siempre nuevos. Era el Ganimedes perdido por novedades, que lo común y sabido no le agradava, excelencia y virtud propia del Doctor Don Frey Lope Félix de Vega Carpio, Cavallero del Hábito de San Juan, que en el número sin número de Comedias y Autos Sacramentales que ha escrito, sin las obras sueltas que no le tienen,

168.– Lucio Cornelio Sila Félix y Cayo Mario fueron dos líderes militares romanos, pertenecientes respectivamente a las dos facciones del senado de los optimates y populares, que se enfrentaron durante la primera guerra civil de la República romana por el liderazgo de la guerra contra Mitridates VI, que había invadido unos territorios romanos.

169.– General y político cartaginés (siglos III-II a. C.).

170.– En la mitología griega, Alecto, Tisífone y Mégera son tres hermanas vengadoras; se les conocen como las tres Erinias o Euménides, diosas infernales del castigo y de la venganza: la primera encargada de los delitos morales, la segunda de los asesinatos y la tercera de la infidelidad conyugal. Véase la nota 124 sobre las furias infernales.

171.– En la mitología griega, Ganimedes, hijo del Rey Tros y de Calíroeo, fue raptado por Zeus que se enamoró de él y lo convirtió en su amante: «fingen los poetas aver sido un muchacho hermosísimo, hijo de Troya, Rey de Troya, del cual tomó el nombre y, andando a caza en el monte Ida, fue arrebatado de un águila y llevado al cielo para que sirviese de page a copa a Júpiter, repudiada Hebe, hija de Juno, que hazía antes este oficio [...] Esta corteza encierra en sí una gran filosofía, porque los astrólogos forman d'ella el signo de Acuario, y en sentido más levantado, según la doctrina de los platónicos, significa el hombre espiritual y contemplativo, el ánima del varón prudente y justo, cuya hermosura parece a los ojos de Dios tan bien, que la lleva para sí, y trasportada en éxtasi de divinos pensamientos, parece averla arrebatado en espíritu y desamparado su cuerpo, que por aquel rato queda como insensible. Y esta doctrina no solo es de éthnicos, pero muy recibida entre católicos, y experimentada por los regalos que Dios ha hecho y haze a siervos suyos, verdaderos Ganimedes», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 25v.

apenas se conocerá parentesco en las traças varias, nuevas y peregrinas, aunque en la sutileza y felicidad de Versos y Conceptos sean todas de su pluma de oro. La Primavera fue tan amada de Zéfiro<sup>172</sup> por siempre nueva, y Endimión<sup>173</sup> a la Luna por nueva tantas veces. Llamaban a Ganímedes el Dios de los Átomos del sol, de quien lo tomó Fernán Méndez Pinto en su Historia bien trágica del Oriente<sup>174</sup>, que como la antigüedad y los Romanos davan a cada acción un Dios a que no huviesse desacierto y la assistiesse, a Ganímedes le adoravan por el Dios de los Átomos del Sol, por suficiente para todas las cosas y avérselos penetrado. Este, pues, Filósofo sutil dize, entre otros milagros suyos, que pintar al Dios de Amor ciego no fue porque ha de ser ciego el Amante de la Dama, sino que amando a la bellísima Siquis<sup>175</sup> como a los que aman, se permite llorar de amor –que de amor lloró el más divino y verdadero amante, si bien de amor Divino– dificultando la Donzella perder el nombre, aunque si madre, fuera el hijo de un dios. Lloró tanto que vino a estar casi ciego y, después de averla bebido el aliento y ensangrentado la saeta de oro más preciosa del aljava, acabó de perder la vista llorando por averla perdido, si la culpa era de Siquis. Y a dissimular el defeto, dize Ganímedes, que se puso la venda, de que no necessita, siendo infusa ciencia del Amor por ser Dios, si esta fue la causa de ser ciego el Amor.

También escribe que la razón de ser el oro tan adorado de cuantos nacieron y les han de suceder hasta la fin [f. 28r] del mundo es que los primeros que hizieron Simulacros o Estatuas a los dioses de la Antigüedad, como Nino al Ídolo de Bel o Bahal su padre<sup>176</sup>, y Sirófanes, Egipciano riquísimo, a su hijo también Sirófanes<sup>177</sup>, y prosiguiendo los de Júpiter, Juno<sup>178</sup>, y los demás Dioses y Diosas los formaron del más lucido y resplandeciente oro de aquello que el Sol miró atento y amoroso. Y así los que pretendieron ser nobles

172.– En la mitología griega, Céfitro era el dios de un viento del oeste, portador de la primavera, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 518.

173.– Hermoso pastor de Caria. Véase la nota 140.

174.– Fernán Mendes Pinto fue un explorador portugués del siglo XVI y uno de los mejores representantes de la literatura de viajes europea. Experto en asuntos de Extremo Oriente, formó parte de la primera expedición portuguesa que llegó a Japón. El autor alude probablemente a la obra *Peregrinação*, que fue traducida al castellano por Francisco de Herrera Maldonado con el título de *Historia oriental de las peregrinaciones de Fernán Méndez Pinto, portugués, adonde se escriben muchas y muy estrañas cosas que vio y oyó en los Reinos de la China, Tartaria, Sornao, que vulgarmente se llama Siam, Calamiñam, Peguu, Martavan, y otros muchos de aquellas partes orientales, de que en nustras de Occidente ay muy poca o ninguna noticia*, Madrid, Tomas Iunti, 1620.

175.– Se alude al mito de Eros (Cupido) y Psique, diosa griega muy hermosa. Afrodita (Venus), celosa de ella, envió a su hijo Eros para que le lanzase una flecha y se enamorase del hombre más horrible. Sin embargo, Amor se enamoró de ella, se la llevó a su palacio prohibiéndole que indagase sobre su identidad. Al no poder explicarles a sus hermanas, que estaban de visita en el palacio, cómo era su amado, se dejó convencer por ellas y, mientras él dormía, se acercó con una lámpara para verlo. Amor se despertó con una gota de aceite hirviendo y la abandonó. Psique lo buscó por mares y tierras rogando a Afrodita que le ayudase a recuperar su amor, pero ella aprovechó para vengarse. Finalmente, los dos enamorados se reencontraron y, con el permiso de Zeus (Júpiter) y Afrodita, se casaron haciendo inmortal a Psique y tuvieron una hija, Hedoné (Voluptas), A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 34-35.

176.– El autor menciona a Nino, monarca del imperio de los asirios, quien introdujo la idolatría, ya que hizo construir una estatua y un templo para rendir homenaje a su padre Bel o Bahal. De hecho, se le considera a Nino el primer idolatra y al padre el primer ídolo.

177.– En el origen de la idolatría, nombra al soberano egipcio Sirófanes que, al perder a su hijo, colocó una estatua de él en su casa con el intento de conservarlo.

178.– Equivalente a la Hera griega, en la mitología romana Juno era la diosa de la fertilidad, del matrimonio, protectora de la pureza de las doncellas y de la castidad de las esposas. Fue hermana y esposa de Júpiter con el que tuvo a Marte, Vulcano y Lucina, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 264.

Poetas, con ser el Dios Apolo, y las Musas que bailan al dulce son de su lira Deidades, lo consiguieron, haziéndoles estatuas, no de bronzes, porfiros, alabastros o jaspes, sino del oro más puro y quilatoso. ¿Quién dixera que un Dios y tan discretas Musas iluminadas admitieran los que llaman agradecimientos? La disculpa es que dar títulos de Poetas discretos, que está en solo alentar sus plumas para honores y esplendores suyos y de sus familias, no es ofensa de aquellos divinos, que nacen despacio de siglo a siglo laureados sin las Estatuas o Simulacros de oro que se dieron a los Dioses y a las Musas, solo devidas a los divinos ingenios.

En esto de llorar por sus amores se imitaban Ricardo, en ausencia de Isabela, y la Dama en la de su Príncipe. Tan triste estava Isabela, que no se podía consolar: sueños terribles y temerosos la traían inquieta, que si Christiana dava poco crédito a lo que dan mucho los que no son de la Iglesia, eran tan feroces que padecía tormento. Soñó diferentes noches cosa prodigiosa, o proseguir un sueño o soñarle una tras otra noche que el mar Océano llegava a besar y lavar los muros de su Floresta, sangre lo cerúleo, y que avía llegado mar en través derrotada la nave de más flámulas, gallardetes y vanderolas, que vieron ni las tormentas, ni las calmas de quien lo tomara a no sueño en la jornada de Ingalaterra, también infelize la que llamaron la Rata de Príncipes y Cavalleros aventureros de riqueza [f. 28v] y valor inmenso, si el más Néstor<sup>179</sup> era menor de edad, sin que escapasse en la tormentosa Fortuna que tuvo ni una vanderola, ni una cinta. Esta es hazaña de la Fortuna, esta del Hado. Bien dixo un lindo ingenio d'esta Diosa infausta:

«que borracha favorece»<sup>180</sup>.

Soñava la infelize Isabela, en la ausencia, que la nave traía la popa y prora de oro matizada de ricos y peregrinos relieves y bordaduras. El Alva riéndose de los que davan crédito ni al Amor, ni a la Fortuna por ciegos, a la Aurora por sus perlas<sup>181</sup>, siendo lágrimas al día, si le sucedía la noche a la luz, si las tinieblas. Proseguía en pintura del pinzel divino, aun-

179.— En la mitología griega, hijo de Neleo y Cloris, Néstor fue rey de Pilos, después de haberse salvado de la ira homicida de Heracles, quien mató a a todos sus hermanos. Se le conoce también por haber sido uno de los argonautas, por haber participado muy joven en la lucha contra los centauros y en la caza del jabalí de Calidón, *ibid.*, pp. 354-355.

180.— El autor alude probablemente a Miguel de Cervantes y al capítulo LXVI de la segunda parte del *Quijote*, donde leemos: «Oyendo lo cual Sancho, dijo: —Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estava alegre, ahora que soy escudero de a pie no estoy triste, porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer *borracha* y antojadiza, y sobre todo ciega, y así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza» [la cursiva es mía], M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha. Edición conmemorativa IV centenario Cervantes*, ed. cit., p. 1054. En la edición, dirigida por Francisco Rico y publicada en la página del Centro Virtual Cervantes, el estudioso atribuye la definición de la Fortuna al hecho de que probablemente Cervantes —pero podría haberlo hecho también Juan de Piña— lo leyera en la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía y, especialmente, de Antonio de Torquemada, que a su vez seguía a Mexía, en su *Jardín de flores curiosas*: «...tantos y tan diversos nombres como los antiguos le pusieron, llamándola *ciega*, desatinada, varia, mudable, inconstante, cruel, *antojadiza*, traidora, fementida». Falta tan sólo *borracha*, que puede ser, en boca del escudero, una versión «aplebeyada» de los precedentes adjetivos». Además, Francisco Rico afirma que el término «borracha» es usado aquí como sinónimo de 'loca'; piénsese, por ejemplo, en *La hora de todos* de Francisco de Quevedo, donde Júpiter se dirige a la diosa Fortuna diciendo: «Borracha, tus locuras, tus disparates y maldades son tales que...», M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de F. Rico, en línea: <<https://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte2/cap66/default.htm#np4n>> [consultada el 20/06/2020].

181.— Imagen que representa uno de los *topoi* de la poesía del siglo XVI: la metamorfosis del agua —en este caso de las lágrimas— en perlas, al entrar en contacto con el rostro femenino. Véase P. Manero Sorolla, *Imágenes petrarquistas en la lírica española del Renacimiento. Repertorio*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1990, pp. 472-474.

que no podía imitar el de aquel Cavallero muy ilustre de su por el dichosa Patria, Sevilla, don Juan de Jáuregui<sup>182</sup>, a cuyo pinzel entre otras maravillas, si milagros, el de la tabla de Júdic y Olofernes<sup>183</sup>, y su retrato imitó el cálamo de oro sino el aliento de Talía<sup>184</sup>, gloriosa de averla sabido merecer. Proseguía la Historia robando Paris<sup>185</sup> a la bellissima Elena<sup>186</sup>; el incendio de la abrasada Troya mirava al traidor Sinón<sup>187</sup> engañando a los piadosos Troyanos; a Policena<sup>188</sup>, más que el Sol hermosa, degollada y sangrienta en en Templo; y al cruel Pirro, hijo de Aquiles, con el cuchillo agudo y sangriento del homicidio; luego al enamorado Paris quitando la vida al traidor Aquiles, cuyas Griegas alevosías la quitaron al Héctor<sup>189</sup> sin ellas invencible, y también por averle llevado muerto atado a la pomposa madeja de las cerdas de su cavallo feroz arrastrado por el campo, triunfo mentiroso y de las astucias de Ulises<sup>190</sup>, más que de los valores del Héctor fuerte. Reparando Isabela en que Policena muerta y sangrienta, si bella y hermosa, más era el vivo retrato de Isabela que de Policena. Soñava también que, muerta y enterrada, la avía sacado del sepulcro el verdadero esposo de su belleza que avía de tener. Era un Rey [f. 29r] coronado que la desenterró, y poniéndole el Cetro y Corona en la cabeça y mano, avía hecho en la muerte lo que no posible en la vida, que se avía casado con Policena coronada por su Reina y Señora. Proseguían los sueños a temerosas fantasmas, terremotos, assolamientos y destrucciones; mirava sepulcros cercados de Pinos y funestos Cipreses, de Mirtos, y Murtas, y lúgubres aves infelizes y nocturnas. Despertó a la mañana a los que pueden creer en sueños casi profecías dando voces; no le cabía el corazón en el pecho, la blanca mano le puso porque<sup>191</sup> no desamparasse el alma. Traían tan inquieto estos sueños el corazón de Isabela que se dava por muerta.

Pierres, Marcio, Mauricio y Leandro, si no el Sinón de Troya y el Bellido del venablo<sup>192</sup>, los de la Reina Porcia de la gran Bretaña, amanecieron en la Floresta dando muchos golpes a las puertas. Respondieron las criadas y preguntando quién los dava. Dixeron que

182.– Se trata del mismo poeta y pintor que firmó la segunda aprobación de esta edición. Véase la nota 37.

183.– Según un episodio bíblico, muy a menudo representado en el arte, Judith decapita con su espada a Holofernes.

184.– Entre las nueve musas, Talía era la musa que inspiraba la comedia.

185.– En la mitología griega, fue un príncipe troyano, segundo hijo del Rey Príamo y de Hécuba. Hizo que Helena, casada con Menelao, se enamorara de él con la ayuda de la diosa Afrodita; la raptó y escaparon a Troya, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 385-387.

186.– Es un personaje de la mitología griega que representa la belleza femenina. Fue raptada por Paris al que la diosa Afrodita había prometido el amor de Helena, mientras su esposo Menelao había tenido que viajar a Creta por un funeral. Durante su ausencia, los amantes huyeron de Esparta originando la guerra de Troya, *ibid.*, pp. 196-198.

187.– En la mitología griega, Sinón era un soldado, considerado traidor por haber introducido con engaño en Troya el caballo de madera del que salieron, escondidos en el vientre, los soldados griegos para conquistar la ciudad, *ibid.*, p. 456.

188.– En la mitología griega, era una princesa, hija de Hécuba y Príamo, Reyes de Troya. Juan de Piña hace referencia a su vida y a los amores entre Policena y Aquiles que, volviendo de la batalla, mató a su hermano Troilo, cuya muerte fue vengada por el padre: Aquiles fue matado por Paris. Ante la tumba del padre, el hijo de Aquiles, Pirro, degolló a Policena, *ibid.*, p. 406.

189.– En la mitología griega, era un príncipe troyano, primogénito del Rey Príamo y Hécuba, hermano de Paris y Cassandra. Es el símbolo del valiente que no combate por odio, sino para cumplir su obligación hacia la patria. Murió en una batalla matado por Aquiles, *ibid.*, p. 227.

190.– Héroe de la mitología griega. Véase la nota 97.

191.– Conjunción con valor final («para que»).

192.– Se alude a Bellido Dolfos, un noble legendario, que, durante un encuentro con Sancho II para mostrarle una vía de acceso a la ciudad de Zamora, heredada por la hermana infanta doña Urraca, lo mató con un venablo.

soldados del ejército de Bretaña, que traían cartas a su Alteza del Príncipe vitorioso de sus enemigos. Mandó Isabela abrir cuantas puertas y ventanas avía en la Floresta, que lo mismo mandó para otras que le avía embiado Ricardo ocho días antes. Vistiose aprisa a lograr las buenas nuevas; embió a una donzella por una rosa blanca de oro y seda que se ponía en el tocado, y fuele traída una muy encarnada. Pidió el espejo para no tener que enmendar; cayósele de las manos, hizose muchos pedaços, que por suyo, como el de la naturaleza, que se le quebró, se pudieran hazer los que llaman diamantes, siendo pedaços del espejo de la naturaleza, o de Isabela. La toca, y cuanto se puso, todo se lo dieron al revés. Mas como la bellísima cara no necesitava de artificio, pudo escusar el espejo y la rosa. ¿Qué más espejo, en que se mirasse el Cielo como en el mar, que Isabela? ¿Qué más rosa en que admirasse Flora el Fénix de las flores? Entraron, y como iban dexando las puertas, las iban [f. 29v] cerrando con las llaves que tomaron a las Donzellas, sin que huviesse otras guardas en la Floresta más que las del hierro de las llaves. Turbáronse Donzellas, Dueñas y criadas, que ya acudían al sentimiento de cerrarlas y guardarlas. Entraron en la sala grande del estrado de Isabela, adonde avía de salir, y mandó que la aguardassen. Allí se detuvieron y sentaron; entraron llorando sus mugeres, diciendo lo que avía pasado. Dióle a Isabela un desmayo frío: elada quedó, ampo de la nieve imitava. Bolvió a la mayor desdicha, al caso tremendo y portentoso, a la mayor crueldad que vieron la injuria y la vengança. Viendo a los que enseñaron ardides de vengar las que tienen por injurias, aunque no lo sean las Deidades. ¿Cómo se ha de executar el homicidio en la inocencia de una señora amante? ¿Con las stratagemas que han de surtir efeto las traiciones? ¿Cómo se han de levantar sediciones y cismas en las Monarquías? Por temerarios facinerosos, a quien<sup>193</sup> los sucessos felizes, si alevosos, dieron título de heroicos y sabios, coronadas de Laureles eternos las mal ensangrentadas lisonjas assasinas.

No tenía el Autor ánimo de proseguir esta segunda parte de los casos prodigiosos, ya que no de la Cueva encantada, porque escribir y llorar no es para la piedad ensangrentar las armas, y las manos los hombres en la inocente crueles y pagados, de quien no se pagó el Cielo, solo un Turco Hospazo, y el que mirava de Tarpeya<sup>194</sup> a Roma cómo se ardía. Los que sacrificavan a los Dioses hombres en vez de animales, Sila y Mario beviendo más

193.– Si bien Rafael Lapesa afirma que, en el Siglo de Oro, el relativo 'quien' empezó a tomar forma distintiva para el plural, el texto muestra que en la obra de Juan de Piña aún se registra el uso etimológicamente invariable que procede del singular *quem*, R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Editorial Gredos, 2012, p. 336.

194.– El autor alude implícitamente a Nerón y al romance popular «Mira Nero de Tarpeya» que tuvo una larga tradición literaria no solo en España y se basa en un ejemplo de destrucción de la república por un malo gobernante como Nerón. El romance aparece recogido por primera vez en el primer acto de *La Celestina*, cuando Sempronio toma el laúd y elige el *incipit* de este cantarcillo para cantarle a Calisto la canción más triste que conozca. La extrema popularidad de este romance hizo que el texto viajase a lo largo de los siglos XVI y XVII tanto de forma oral como escrita y que el famoso emperador romano Nerón se convirtiese en un anónimo marinero debido a una transformación paronomásica de «mira Nero» en «marinero», por ejemplo, en la novela ejemplar *Rinconete y Cortadillo* (1613) de Miguel de Cervantes. Los versos han sido interpretados y citados de una manera u otra en una gran cantidad de textos que han sido rastreados por Erna Berndt Kelley y Paloma Díaz Mas. Para más detalles remito a sus trabajos: E. Berndt Kelley, «Popularidad del romance «Mira Nero de Tarpeya»», en *Estudios dedicados a James Homer Herriott*, Madison, University of Wisconsin, 1966, pp. 117-26; P. Díaz Mas, «Sobre la fortuna del romance «Mira Nero de Tarpeya»», en J. L. Melena (ed.), *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1985, 2 vols., I, pp. 795- 98.

sangre que derramaron, Julio César con la cabeza de Pompeyo<sup>195</sup> por no avérsela cortado lo pueden tolerar.

Bolvió en su acuerdo, salió de su Oriente como el Sol, aunque turbada, disimulando el temor, y con hermoso y grave semblante les dixo fuessen bien venidos, y cómo quedava el Príncipe su señor. No le respondieron a propó- [f. 30r] sito.

Conoció que no eran cartas de Ricardo y bolvió a dezirles:

— Señores, vengáis en paz.

El Pierres, alma de los otros, y de aquel caso inaudito, le dixo si los conocía, pues hablava de aquella manera. Respondió que no, sí el alma. Y a este tiempo cayó desmayada. Las criadas, Meninas y pagezillos, que la servían, començaron a llorar dando grandes y lamentables voces, gemidos y suspiros. No avía hombre en la Floresta que Porcia lo previno, y a la verdad no le avía, que los cuatro eran demonios. Ya quisieran no aver emprendido la más inhumana acción de la crueldad. Bolvió en sí Isabela, y hallando sin amparo su casa y su vida, la dio por perdida. Preguntoles a lo que venían, si lo pudiera escusar, que ya se lo avía dicho el corazón. Leandro era Religioso, y para executar la fiereza de Porcia, Pierres le dixo a la triste y desdichada Isabela assí:

— La Reina de la gran Bretaña no quiere que vuestra Alteza lo sea; no permite que Ricardo la ponga en la cabeza y mano el Cetro y la Corona d'este Reino, y nos manda quitemos a vuestra Alteza la vida.

Levantose y fuesse para Pierres, a él y a los demás con lágrimas, pidiéndoles, dobladas las rodillas, bañado el suelo de las que parecían de sangre, que por amor de la Passión de Dios y de la Virgen santíssima María, no tratassen de la mayor ofensa que les podían hazer, mirassen que no tenía culpa de que el Príncipe la amasse, que no huviera Príncipe, ni Rey en el mundo, que no lo tuviera a buena Fortuna amarle como a Ricardo. Respondieron avía de morir. Eran tantas las voces y lágrimas de Isabela y sus mugeres y niños que alborotaron la Fortaleza, mas en un desierto sin vezindad aun los ecos mal guardados mendigava la Diosa. Todos por el suelo rogavan, importunavan a los traidores crueles no matassen a su señora y tomassen los tesoros y riquezas que allí avía. No respondían más de que avía de morir [f. 30v] y muy aprisa. Tomó Isabela en los braços sus dos tiernos Infantes, que imitava a la que no tenían aquellos Tigres fieros sin piedad. Una Menina quedó desmayada, los temerosos pajezillos morían de ver las ya desnudas espadas. Bolvió Isabela a pedirles se doliessen de aquellos dos Ángeles de su guarda que avían de heredar aquel Reino y podrían algún tiempo hazerles mucho bien. Faraones endurecidos proseguían. Bolvió a dezirles Isabela temiessen la vengança del Príncipe, que aún no estavam seguros en el fin de la tierra, en lo no descubierto, en el más remoto clima. Que avía de morir, le dezían, que assí lo mandava la Reina para que no le sucediesse. Triste llorava; los cabellos de oro, prisión de tantas almas, arrancava; la bellíssima cara bañava en sangre.

— Hijos míos —dezía—, sin madre. Adiós, almas mías, que no devieran aver nacido los que tienen tan desdichada madre. Rogad a Dios, hijos de mis entrañas, perdone mis pecados, que graves y gravísimos los mira la señora Reina Porcia en aver amado a Ricardo su hijo que no puede acusarme de otros delitos.

195.— Se alude a la muerte de Pompeyo, político y general romano, que derrotado por el suegro Julio César, fue asesinado por los consejeros y su cabeza fue entregada a César, quien no aprobó este suceso.

Prisa le davan a que se confessasse con Leandro, a quien para este efeto le traían. Respondió que ya estava confessada por no tener que confessar más de lo que avía dicho. La Fortaleza atronavan las que ya quedavan para dar voces, que las demás estavan en el umbral de la muerte desmayadas, sino muertas.

— ¡O fiereza inhumana! ¡O cruel Fortuna! ¡O tormenta borrascosa en tan pocos años! ¡Qué sangrienta oposición eclipsó el claro Sol, quitando la luz al día, que el del cielo se cubrió de negras y densas nubes por no mirar lo que en tantos siglos no pudieron imaginar la ira, ni la vengança? ¡Ay, mis hijos! —dezia Isabela—. Señor, ¿cómo permitís tal alevosía y traición? ¿Cómo pueden estos crueles verdugos ensangrentar las manos en quien no los ha ofendido?

Ya faltava a la sin ventura Inglesa fuerças y aliento aun para sus lamentos de muerte. Tan intempestiva y sin causa apresuravan confessasse [f. 31r] o que la matarían sin confesión. Pues con sus dos hijos en los brazos Isabela, y Ricardo rogando a Dios los hiziesse más dichosos que a sus padres, desviándose los demás, se confessó con más lágrimas que palabras y quejas. Absolviola Leandro, y quitándole a pura fuerça los hijos de los braços y echando fuera de la sala a cuantos en ella avía, el fiero Pierres le puso una vanda en los que avía dividido el Sol en dos, en las Estrellas de mayores luces, en los que alegravan el Cielo y el día, en los que solo devieran apagar sus luces, y los incendios de las almas, por ser de basilisco<sup>196</sup>, si de hermoso veneno.

Ya no tenía ánimo para llorar Isabela, si oyendo que lloravan sus hijos y la demás gente de su casa, quedó casi muerta, de manera que ya no hazía sentimiento de que le quitassen la vida; poco tenía que hazer ni la espada, ni la muerte. Ya se dava por sin vida; los sentidos ya no lo eran. ¿Quién puede tener ánimo, corazón o alma tan en sí? ¿Qué pluma tan atrevida no escribirá con lágrimas sangrientas del dueño en vez de la negra tinta? Pues, encomendándose mucho a Dios y a Nuestra Señora, y diziendo «¡Ricardo, hijos, Jesús, Dios mío!», el traidor de Pierres, más cruel que los Cocodrilos de Egipto y la Hiena<sup>197</sup>, que engaña con la voz humana, más que los fieros Leones de Albania y los Tigres, al hurto de los hijos segó la garganta a Isabela. Cayó en el suelo degollada y sangrienta. Ayudado de los también crueles Marcio y Mauricio en el estrado la dexaron muerta, bañado en sangre como avía visto la desdichada Isabela a la bellísima Policena degollada en el Templo.

Aquí se cumplió quanto la Fortuna y los Hados avían enunciado y pronosticado. Aquí se vieron verificados los sueños, la Palomilla y Corcilla y los demás agüeros tristes, no creídos, sí temidos y executados por las fieras Parcas y atrevidamente. No creían aquellos crueles tiranos, dudavan si estava muerta Isabela, con tal belleza y hermosura la miravan que no lo [f. 31v] creían viendo a la muerte tan hermosa, más parecía rosa fresca que triste cadáver. Baxáronla a enterrar a la Real Capilla de la Floresta, cuyo retablo, ornamentos y lo demás que tenía era como se devía al dueño, y fue tan fúnebre este día que dos Capellanes que avía dexado Ricardo avían ido el día antes a caça de javalíes y otras fieras y avían

196.— «Una especie de serpiente, de la cual haze mención Plinio, lib. 8, cap. 21. Críase en los desiertos de África, tiene en la cabeza cierta crestilla con tres puntas en forma de diadema y algunas manchas blancas sembradas por el cuerpo; no es mayor que un palmo, con su silvo ahuyenta las demás serpientes y con su vista y resuello mata. Llamose régulo, o por la diadema que tiene en la cabeça, o por la excelencia de su veneno e imperio que tiene en todas las demás serpientes ponçoñosas», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 87r.

197.— «Animal fiero y cruel, que finge la voz del hombre imitándola y deprende los nombres de los pastores en el monte, y llamándolos a lo escondido los haze pedaços y se los come», *ibid.*, f. 53v.

de venir aquella noche, que los Hados para las desdichas previenen los estorvos. Enterráronla vestida como estaba en la bóveda de la Capilla, quitando la piedra de la bóveda, menos dura que los coraçones de los fieros homicidas<sup>198</sup>.

Con esto y las llaves baxaron a la puerta de la Floresta. Leandro bolvió a la Corte a dar cuenta a la Reina. Pierres, Marcio y Mauricio bolaron al Rey de Dinamarca con las cartas que llevaban de la Reina, diciendo lo que avía hecho por no aver querido Ricardo casar con la hermosa Clavela, teniendo aún esperança la Reina de que, muerta Isabela, fuesse possible el casamiento. ¿Quién sino tal ira presumiera tal desatino? Caminavan a toda prisa que bolavan, no en las alas del dulce pensamiento, sino en las del temor. Cada uno dezía al otro que moría de miedo porque iban mirando a Isabela difunta cómo la avían dexado enterrada, y no osavan alçar la vista al Cielo de temor de la maldad, ni a la tierra del que les ponía Isabela muerta. Y en siendo de noche cada árbol o peña les hacía temblar, y se davan por muertos de temor; temían ya la justicia Divina, imitando a Caín<sup>199</sup>, si bien era consuelo que el Rey los avía de amparar y la Reina defender.

Leandro llegó a la Corte, y diziendo a la Reina que estaba allí, le mandó entrar. ¡O fiereza de muger más inexorable que la muerte, si parece permitió a Isabela que su muerte pareciesse vida, y Porcia que su vida fuesse muerte! Pues lo era desde el punto que vio lo que mandavan. Leandro le dio cuenta del suceso y de cuanto avía passado. Grande gusto y contento recibió, y dándole nuevas joyas y dineros, le despachó en seguimiento de los demás que iban al Rey de Dinamarca, dándole cartas de su mano como a los [f. 32r] demás que no eran para Secretaría, que solo el alma lo es en los prodigios y portentos.

La Reina despachó al punto antes que bolasse la fama al Conde con carta para el Príncipe; mandole fuesse con sus criados adonde le hallasse con el ejército, que importava mucho obedecer y partir luego. La carta dezía assí: «No puse duda en la vitoria siendo V. A. General en el ejército de Bretaña, triunfante viene del Escocés. El Rey, padre de V. A., murió; yo quedo en mi Real Monasterio con las Monjas. Dizen que la señora Isabela está muy a punto de muerte; vaya muy apriessa a la Floresta. Hallándola viva, puede V. A. venirse a la Corte, legitimar los hijos y coronarse ambos por Reyes d'este su Reino de la gran Bretaña. Guarde Dios a V. Alteza muchos años. La Reina Porcia».

Para imitar al viento partir el Conde con la carta de la Reina, la fue a tomar, cayose en el suelo, alçola y bolviósele a caer, tomola y despidiose de Porcia, besando la mano y la carta, fue a encontrar el ejército que ya estaba en Bretaña. La Reina previno sus damas y las criadas que la servían, y juntando joyas, riquezas y dineros de su tesoro, prevenida la Abadesa de su Monasterio Real de la Orden de señor san Francisco, las llevó con el menor escándalo que pudo. Y hallándose en el Convento bien cerradas las puertas y en su poder las llaves, mandó llamar a los Senadores de su Corte, todos a su devoción por averlos elegido, obligados a servir a su Alteza por tan grande bien y merced. El Sol es en quien residen luzes y rayos, mirando enriquece minas de oro y plata, diamantes y preciosas perlas y piedras finas, sin quien los elementos, el orbe y la fábrica del mundo, y la máquina y

198.- El alcázar real o simplemente Floresta, tal y como lo solían llamar, antes descrito por el autor como un *locus amoenus* (ff. 14v-15r), se había transformado para Isabela en un *locus horridus*.

199.- Según el Génesis, Caín, hijo de Adán y Eva, mató a su hermano y Dios lo castigó: «—Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató», Génesis, 4,8.

armonía celestial viera el fin. Pues decía un divino ingenio del Sol que no avía de abrasar las piedras en su exaltación porque, cayendo como su Faetón<sup>200</sup> a ser posible, las hallasse más piadosas que Anajarte<sup>201</sup>. Valiente razón de Estado imitó un Príncipe con este exemplo dueño de la voluntad del Emperador de Alemania, eligiendo cuantos de su Consejo lo fueron en [f. 32v] su tiempo. Enfadose la Fortuna, era el Sol de aquel Imperio, imitó a Faetón en la caída y halló las piedras en la dureza con solo el nombre. La Reina les hizo este razonamiento con más valor que prudencia, con más ira que razón.

— Sabéis — dixo Porcia —, lo que el Rey mi señor, que Dios tiene, y yo os avemos estimado con premios, honores y beneficios, siendo todos elegidos por mí. Obligación tenéis, fío de vuestra nobleza mi desvelo y el cuidado en que estoy.

Levantáronse de los asientos de aquella Consulta y, doblando las rodillas con mucho amor y humildad, prometieron a su Alteza de morir en su servicio. Gracias les dio y, con ademán gallardo y poca pena del homicidio, les dixo así:

— Ricardo, Príncipe de Bretaña, a pesar mío y del Rey, se enamoró de Isabela, una Dama de Inglaterra, cuando a Clavela, Princesa de Dinamarca, se la ofrecía su padre. No hizo caso de los suyos, retiróse a la Floresta, tuvo dos hijos, fue causa de la muerte del Rey. Su desorden y vengança de la muerte de Astolfo precipitó mi ira. Mandela matar. Esto se ha executado, ya está hecho.

Eláronse, temieron; dioles cuenta de la carta que escribió a Ricardo, el remedio que avía por no ensangrentar más las manos, dixo, era bolver por su honor y vida, coronar a Ricardo y no estar de su parte mirando que no se avía puesto pena a la ingratitud. Bolvieron a doblar las rodillas con grande obediencia, suplicando a su Alteza creyese no faltarian en su servicio como devían, procurando hazer pazes con el Príncipe y encaminar el buen sucesso. Con esto la Reina se fue, quedando los Senadores agradecidos de aver sido servida su Alteza en darles cuenta de caso tan grave; assombro, admiravan la crueldad.

La noche de aquel infausto día, que noche devió de ser, faltándole rayos y luces del Sol hermoso de Isabela, vinieron de la caça Reimundo y Patricio sus Capellanes. Ya avían acudido muchas personas de aquellos campos y de la Corte, que de ordinario iban a servir y regalar a [f. 33r] Isabela, y más en ausencia del Príncipe; y eran tantos los gritos, voces, alaridos, llantos, lágrimas y maldiciones a los traidores, crueles, alevosos, que llegavan al cielo y aun cubierto de nuves, a no ver tan horrible maldad, no los pudieron estorvar, penetrando hasta el Empirio.

Fueron las nuevas a la Reina, no nuevas en su ira, que excedió a la de Alecto y las demás Furias infernales<sup>202</sup>; no quedó vassallo, ni Cortesano que no lo entendiese por desacierto y aunque su Reina Porcia, y estar en lugar sagrado, si el Príncipe fuera su hijo en la crueldad, no hallará difícil — a no ser su madre — romper el Convento Real y quitar del mundo la enemiga del género humano, que no hiziera la muerte sin Porcia tal injuria al cielo, y solo aguardavan resolución de Ricardo para abrasar el Monasterio y el mundo. El Senado a la devoción de la Reina, por cuyo mandado governavan en tanto que el Príncipe, quietavan el vulgar en quien tal vez se tocan más quilates que en el oro, animal de muchas

200.— Véase la nota 71.

201.— Según el mito de Ifis y Anajarte, que narra una historia de amor desgraciado por causa de la frialdad de Anajarte, esta última fue castigada y convertida en piedra, símbolo de su alma.

202.— Se refiere a las tres hermanas vengadoras: Alecto, Tisífone y Mégera. Véase la nota 170.

cabeças tiene por nombre. Mas ya siente, como si no lo fuera, que el dolor de la muerte de Isabela hizo tiro en los coraçones que ensangrentó, poniendo la mira a sangre y fuego de la otra parte de la vengança.

Uno del Senado, porque<sup>203</sup> no faltase uno, defraudó el secreto de lo que la Reina les avía comunicado y escribió los designios de Porcia a Ricardo, violando lo sagrado de imposible presumir. En esto ha triunfado la Sala de S. Marcos de cuantas naciones mira y alumbrá el Sol, que no siendo el mentido tesoro de Venecia tesoro, no se ha revelado, ni otro secreto ninguno de cuanto se ha propuesto. Y cayendo en el error de infiel al Senado, lo sintió de manera que, vergonçoso de sí mismo, perdió la joya más preciosa y desesperado vino a morir, guardando el secreto de su muerte y no el que deviera para escusarla.

Marchava el ejército por descansar y lograr la vitoria; Ricardo y Roberto, deudos y Capitanes valerosos, hazían [f. 33v] memoria de la guerra, y como los ardidés y prevençiones divirtiendo al Rey avían sino muy a propósito, que más la industria que lo Marcial dava las vitorias. La noche primera fue para Ricardo peligrosa, soñó este sueño: que la bellíssima Isabela degollada y muerta se le aparecía vestida con un rico vestido de tabi<sup>204</sup> de oro y negro, que se ponía Ricardo ausente, no con la rosa que bañava el jazmín en la cara hermosa al amanecer, cuyo favor invocavan las aves, el Alva, el Aurora, las flores, pensiles Hibleos<sup>205</sup>, la infancia del amor, el Sol de Oriente, y la bella diosa Venus<sup>206</sup>, admirando mayor hermosura en Isabela. La nieve era en su presencia divina Etíope, las flores yervas, viendo la rosa con el blanco jazmín y los claveles con las açucenas, viola sí muerta, hermosa, que no desamó Venus al muerto Adonis<sup>207</sup>, ni el Sol a su Jacinto<sup>208</sup>. Locuras han hecho amantes con difuntas desenterrándolas, venciendo al temor el amor y obligaçión. Mirava a Isabela dando muchos gemidos con tristes lamentos, llenando los aires de quexas y la casa de lágrimas. Dezíale: «O mi Ricardo, señor y bien mío, nuestros hijos te encomiendo, muero por averte amado. La Reina, tu madre, cruel verdugo de mi vida, me la quitó porque<sup>209</sup> pusieses el Cetro y la Corona de Bretaña en más bien afortunadas sienés. Muero contenta por averte amado y voy a descansar, premio con averte visto de la dichosa muerte, que solo mi alma pedía este bien a los crueles homicidas».

Ricardo, osando dar voces en la oscura noche, assombró los aires a gritos, diziendo con voz triste y lastimosa:

— ¡Isabela, Isabela, Reina y señora mía, imagen desdichada de mi Isabela!

Los cabellos se le erizaron, la voz ya al desmayo dezía:

— Aguarda, aguarda, assombro de mi Isabela, no te huyas.

203.– Conjunción con valor final («para que»).

204.– Tipo de tela. Véase la nota 52.

205.– Jardines colgantes de Hibla, «monte y ciudad de la Sicilia antigua, famosos por su miel», Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, en línea. Para la definición de pénsil, véase la nota 115.

206.– Diosa de la primavera, del amor y de la belleza. Véase la nota 55.

207.– Se refiere al momento en que Adonis murió destrozado por un jabalí; Venus siguió amándole y de la sangre del dios nació la flor anémoma, mientras que las gotas de sangre de Venus, llena de lágrimas, se convirtieron en flores llamadas adonis, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 12.

208.– Véase la nota 116.

209.– Conjunción con valor final («para que»).

Tres veces procuró enlaçarle los braços a la degollada garganta, tres veces la Imagen [f. 34r] cogida en abraço estrecho y dulce huyó de sus manos igual a los ligeros vientos, y muy semejante al Dios del Sueño con alas. En esto desapareció Isabela y despertó Ricardo, escribió en la memoria lo que avía visto, poniendo la hora fatal, a ver si dezía infausta con alguna del trágico pronóstico, más curioso que Católico. Turbado, afligido y triste despertó con un frío sudor que manava del cuerpo y del alma. Este discurso hizo sin dar mucho crédito al sueño, si bien, como era propia desdicha, le temió verdadero, que su padre murió de verle tan igual amante de Isabela; conocía la fiereza del corazón de Porcia su madre, y que en todo el tiempo que estuvo en la Floresta no le escribió un papel, ni embió un escudo<sup>210</sup>. Consolábase no dando crédito al sueño, si tenía por cierta la crueldad de la Reina Porcia.

A este tiempo llegó el Conde, consuelo que avía menester Ricardo a no dar fin a la vida; mucho le abraçó, mil parabienes le dio de la venida. Roberto también le dio cuenta de lo sucedido de la carta de la Reina a Ricardo; solos quedaron a leerla, si primero le dixo cómo avía embiado por él y sus criados a la Floresta, y el poco lugar que le dio de ver a Guillermo, su primo, ni a su familia. Abrió bien temeroso el Príncipe la carta, tembló turbado, y leída más de dos veces, se dio por muerto, que leyendo si hallava viva a Isabela fuesse a coronarse con ella, legitimando sus hijos. Lloró esta liberalidad, no la admitió, piedad de su enemiga madre, contole el sueño al Conde, procuró divertirle, y dexando a Roberto con el ejército sin dilatar el viage un punto, dándole cuenta de la enfermedad y peligro de Isabela partieron a la Floresta, de allí cuarenta millas, y Roberto a la Corte, si algunas antes avía de embiar a cada soldado de presidio a el que tenía ya su casa; el que no, que ya estaban pagados y con lo que avían saqueado no iban pobres.

[f. 34v] No se podía consolar Ricardo; triste iba el Conde. Avían de navegar un braço de mar por el camino que torcieron, desviándose del ejército, y al dar velas al viento de la más gruesa nave surtida en el puerto, si más les avía parecido escollo. Vieron sobre la cabeça de Ricardo una espessa nube negra, trayendo escuridad y lluvia; alterose el agua con las tinieblas, luego los airados vientos rebuelven el mar, sus cristales espumas, [c]respo, borrascoso, y levántanse grandes olas. Oyeron en el aire voces y gemidos de aullidos y tristes agüeros. Turbose el mar y el viento, andavan proejando perdidos en las aguas tenebrosas, ya la gavia en las Estrellas, ya en el abismo, tocando la quilla el arena. El ciego Piloto niega determinar por el Cielo, escurecido el Norte, si era noche o día tales tinieblas; mar fiero y tempestuoso navegavan. Reconocieron al Alva cerca el puerto rotas las velas, y crugiendo la nave de la quilla al tope, Ricardo animava los marineros y gente mareante: llegaron a tierra, desembarcaron, dioles muchos dineros y dexándolos con la nave rompida y el mar sobervio, las olas en las nuves, prosiguieron el viage fértil de vianda, y lo demás que criados de Ricardo y del Conde cuidavan de su regalo, si con la tristeza y melancolía del Príncipe nadie se podía consolar.

Esperanças del Conde animavan al Príncipe de que vería en su Oriente al Sol hermoso de Isabela, no temiese moría el Sol al Ocaso, que no era cierto, sino fabuloso, y lo mismo el sueño, pues bolví el Sol con sus luzes, subiendo por la escala Oriental de Ormuz<sup>211</sup> a su eclíptica.

210.- «Es moneda de oro, y dýxose assý por estar en el esculpido el escudo y armas del Rey. Cuéntanse de diferentes valores; especialmente en Roma adonde ay diferencia de escudos: escudos de oro; escudos de oro, en oro; escudos de la estampa», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 249v.

211.- Antigua ciudad en la isla y estrecho de Hormuz.

— Si yo no conociera a la Reina —dezía el Príncipe—, creyera que el Sol que adoro, si anoheciera al Ocaso de mi sueño, y desvelos amaneciera en su Oriente; si descomponen la grandeza, enturbia el semblante y haze rueda de navajas la ira y guadaña de la muerte. La vengança de la Reina no ay tigre fiero, rayos ardientes, ni los que sacrifican hombres [f. 35r] a los Dioses que assí tremendos descomponga la razón y la yerre esclava. La mayor acción de los mortales viene a ser el desprecio de la vida; esta despreciava más que alguna vez la Reina. Si el Rey le hazía el más leve desprecio, temeraria emprendía y cruelíssima executava, que ya nacieron algunos a mal afortunados por sus acciones fieras y sobervias. Quiera Dios, Conde, halle con vida a Isabela, seré el más bien afortunado de los siglos y el que ha logrado la mayor vitoria de triunfos y eternos laureles. ¿Quién se puede consolar de lo que revela el alma, qué sustancia divina pronostica célica<sup>212</sup> previene a no precipitarla, no darle sin desesperado con escusar el golpe feroz de la nueva de súbito, que tantas infelizes intempestivas muertes ha defraudado a la vida? ¿Quién podrá?

— E a señor Ricardo demos alivio al corazón —dezía el Conde—. Mire vuestra Alteza que desdize si los Reyes habitan esfera superior.

— O mi Pedro —respondió—, que la fortuna y el amor apagan o encienden las passiones del alma en los Reyes, como en los esclavos. ¿De qué sirven Tiaras, Cetros, Coronas, Togas y vestidos Reales? ¿De qué sirven, si la saeta enervada del aljava de aquel ciego Dios<sup>213</sup> haze tan mortal la llaga de la herida en el mayor Príncipe, como en el más inferior vassallo? Assí le penetra el alma al Dios Apolo<sup>214</sup> la saeta de oro amante, como a Daphne la de plomo de aborrecer<sup>215</sup>; juzgar el monte Olimpo<sup>216</sup> y el más profundo valle con una misma acción no parece de Amor con vista, sino Amor ciego, y no Dios. Con terribles gemidos y suspiros encendía los vientos, abrasados cometas imitavan.

A este tiempo, tres millas antes de la Floresta encontraron a Raimundo, uno de los Capellanes de Isabela, que iba en demanda del Príncipe y, en conociéndole, se arrojó al suelo, cubierto de luto, lágrimas y llan- [f. 35v] tos le dixerón lo que no pudo el Sacerdote. El Príncipe no tuvo qué preguntarle; apeáronse todos, ayudaron al triste lamento, nada escudriñó, que ni podía preguntar, ni Raimundo responder. Sin color vieron a Ricardo, de la vida miravan el fin.

— ¡O Conde amigo —dezía—, o madre cruel, quién huviera imitado a la bívora naciendo, o quién fuera al nacer el que avía de morir! ¿Qué hizo la desdichada Angélica hermosura, amar a tu hijo y darte dos Ángeles no de menor belleza que los del Cielo que te asisten? Los Ángeles no eran demonios, si demonios deven de parecer a la ira los que se aborrecen.

No podía responder el Conde bañado en lágrimas de tristeza y duelo; muerta Isabela, sobrina y alma suya; el más infelize successo, el más oscuro y sangriento eclipse del Sol avía de suceder —dezía— por sol más hermoso.

212.— «Que tiene propiedades del cielo», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., II, p. 261.

213.— Cupido o Amor. Véase la nota 47.

214.— Véase la nota 87.

215.— Aquí se alude al mito de Apolo y Dafne a los que Eros disparó respectivamente una flecha de oro y otra de plomo; el resultado fue que Apolo se enamoró de Dafne, mientras esta lo aborreció.

216.— Hogar de los dioses. Véase la nota 105.

— ¡O fortuna, o hado fiero, cómo se cumplieron cuantos agüeros pronosticó el no merecer el mundo el mayor tesoro!

Sin alma parecía aver quedado Ricardo y, a no acabarle de quitar la vida, enjugando lágrimas y alentando consuelos, le hizo subir a cavallo, y a los demás, y caminaron. El Sol se puso, no entre el oro y plata y hermosura de los celages, incendios, maravillas y nuves doradas, que densas, negras y oscuras entristecieron al Ocaso, por quien se pudo dezir «Ocaso triste». Comunicaron el Príncipe y el Conde lo que devían prevenir aviéndoles referido el Capellán, con más lágrimas y gemidos que letras las palabras, la muerte de Isabela. Como estava en la Floresta la mayor parte de la Corte y de los Senadores aguardando a darle el pésame del caso lamentable y desastrado, y acordaron convenía disponer la razón de Estado. No estava el Príncipe para discursos. Este hizo el Conde.

— Ricardo, señor mío, no llamo a vuestra Alteza Rey porque tiene, aunque difunta, con quien dividir la Corona. Conviene, si ama a Isabela en la muerte como en la vida, imite al ena- [f. 36r] morado Orfeo por Eurídice<sup>217</sup>, si menos hermosa, moderar el sentimiento, enjugar lágrimas y semblante dissimular. El amor no ha de ser del furioso Orlando a matar los hombres, defraudar la tierra de las raíces antiguas del árbol de Alcides<sup>218</sup> o de la encina consagrada a los Dioses. El roble de Marte, el laurel de Apolo desdiga el alma de las manos, el corazón de la espada blanda, que dentro de la vaina corta. Imite, Vuestra Alteza, al Sátiro<sup>219</sup> que enfría y quema con un mismo aliento; llore lágrimas de sangre lo interior, y en la vista reconozcan los enemigos alegría, admiren no el sentimiento que pensaron, que la vengança tiene vuestra Alteza segura, igual, si fuera possible, al delito horrendo y atroz.

Agradecido le remitió la satisfacción y serenando el no darse a entender, si es lo más difícil de la vida penetrar el corazón humano, el lince más sutil.

Llegaron a la Floresta, salieron recibéndole a echarse a los pies del ya Rey los Príncipes y señores de la Corte, y cuantos criados quedaron de su padre y los que del Senado le traían embaxada de la Reina Porcia, doblando las rodillas le llegavan a besar la mano. Respondió con semblante amoroso, no triste, el contento que tenía de ver el amor con que le recibían, que venía muy cansado de la guerra y assí dexava para otros días oír a todos y hazerles muchos bienes como su padre. Quedaron contentos y agradecidos. Ricardo fue a su capilla, donde hizo oración, y luego a su cuarto los Príncipes, señores y Senadores. Quedaron acomodados los más de Palacio; los otros fueron a lugares y caserías que avía muy cercanos.

Ricardo y el Conde solos, que imitando a Jonatás y David<sup>220</sup> revojava lágrimas el vaso en que las lloravan, dudaron las almas cuál amava o cuál llorava más. Agradeciole el Conde lo sereno y alegre con que avía engañado, principio grande, esperança en que los filos de la espada sangrienta de la ira verterían más y menos inocente sangre, que la corva guadaña de la muerte.

217.- La muerte subitánea de Isabela recuerda a aquella de Eurídice. Véase la nota 159.

218.- Se alude probablemente al álamo de Alcides (Hércules). También Luis de Góngora alude al álamo, como árbol de Alcides, en la primera estrofa de su soneto *Suspiros tristes, lágrimas cansadas*: «Suspiros tristes, lágrimas cansadas, / que lanza el corazón, los ojos llueven, / los troncos bañan y las ramas mueven / de estas ramas a Alcides consagradas», P. C. Rojo Alique, *Catálogo bibliográfico de manuscritos e impresos del siglo XVII con poesía de Góngora*, ed. cit. <<https://www.upf.edu/todogongora/documentos/catalogo.html>> [consultado el 24/06/2020].

219.- Monstruo biforme. Véase la nota 85.

220.- Se alude a Jonatás, el hijo de Saúl, y a su amigo David, a quien protegió contra su padre. Se toma como ejemplo para destacar la fuerte amistad entre Ricardo y el Conde.

[f. 36v] Ricardo hizo traer sus hijos, amas y criadas que servían a Isabela, adquirieron licencia el alma, y el Conde, para no dissimular, abraçó a Ricardo, y a Isabela procuró entrassen en su corazón, donde verían viva, y no muerta, a su triste y difunta madre. Lloró con ellos y con los que la servían; regavan de lágrimas lo que se vio de la inocente sangre del Sol que adorava, que nunca más sangriento de eclipsado se vio el sol. Supo cómo la avían embalsamado, puesto en un ataúd de terciopelo, la clavaçón de oro y en una caja Real y riquíssima, semejante a la del Rey Astolfo, que la Reina cuidó de Isabela en muerte, como de su muerte en su vida. Muchos bienes les ofreció. El Conde previno con los criados lo que les tocava: cubrieron y cenaron solos; hizo, que bien preciso era, sossegar a Ricardo y a toda la gente.

Amaneció el funesto día, no vio la mañana con pies de rosa, no el Alva risueña, no cándida el Aurora con perlas, no lágrimas, triste y pardo el Sol, cubierto de nuves negras, no como solía de resplandecientes luzes y rayos de oro en Isabela. No se dexó ver Ricardo, fingiendo indisposición; sirviéronle no los oficios, sino las criadas: cuatro Ángeles de guarda le assistían, ya se dio por Rey, los de Isabela siéndolo no pudieron de paz en el matrimonio. Quería baxar en el silencio de la noche oscura, como dixo un poeta<sup>221</sup>, no como Eneas al infierno, sino a la bóveda de su capilla, donde estava Isabela que era Cielo, si Cielo es donde están los Mártires Inocentes. No lo permitió el Conde, que no le quería ver morir tan aprisa, si dava gracias Ricardo al tirano que adivino parecía, que imitando al Profeta con el niño para que le resucitasse, igualar el cuerpo muerto con el vivo, por quien logró la vengança la muerte más cruel que la tiranía pudo inventar. Esta quisie- [f. 37r] ra Ricardo en abraço estrecho con el difunto cuerpo de Isabela, que solo el amor verdadero ama en vida y en muerte, y no la teme en muerte, ni en vida.

Al segundo día se levantó, admitió pésames de la muerte del Rey su padre y de Isabela sentimientos y tristes semblantes; solo en esto discreta la lisonja, que lo es aumentar la tristeza al triste. A los Príncipes y señores hizo alegre acogimiento, mucho el amor y los ofrecimientos; encargoles disponer el viage para la Corte y su coronación, que jurado estava por Príncipe muchos años avía teniendo pocos, y dezía el alma que lo mismo avía de prevenir con su Ricardo. Grandes mercedes les hizo, dioles oficios en Palacio, llaves de su Cámara, conforme a la grandeza y a su Almirante el de Mayordomo mayor y al Condestable el de Camarero mayor. Llegó a besarle la mano con el Conde Guillermo su primo; aquí no pudo más el Rey, lágrimas de Guillermo le dieron el pésame de las dos muertes, y si no lágrimas amagos, y como por vedriera le respondieron las de Ricardo. La mano le dio más que a besar; díxole que solo pudo oírlo:

— Amigo, tú serás mi consuelo y parte de mi alma.

221.— El autor alude al poeta Virgilio y, concretamente, al momento en que, en la *Eneida*, Eneas y la Sibila penetran en la oscuridad y en las tinieblas del Averno: «Dioses a quienes cumple el gobierno de las almas y sombras calladas / y Caos y Flegetonte, mudos lugares de la inmensa noche: / pueda yo repetir lo que sé, pueda por vuestro numen / abrir secretos sepultados en la caligine del fondo de la tierra. / Iban oscuros por las sombras bajo la noche solitaria / y por las moradas vacías de Dite y los reinos inanes: / como el camino bajo una luz maligna que se adentra en los bosques / con una luna incierta, cuando ocultó Júpiter el cielo / con sombra y a las cosas robó su color la negra noche», Virgilio, *Eneida*, intr. y trad. de R. Fontán Barreiro, Madrid, Alianza Editorial, 1990, Libro 6, vv. 264-272, p. 84.

E hízole de su Cámara, y dióle llave de las tres bueltas, su Cavallerizo mayor y Ayo de Ricardo. A Rosela, su muger, Camarera mayor y Aya de Isabela. Indicio dio a los presentes de grande amor, no de grande flaqueza; con esto se dio fin a la Audiencia, que hazer mercedes los Reyes al coronar la cabeça con la mano pródiga del cetro es valiente razón de Estado para hazer eterno su Imperio.

El día siguiente, que no parecía de luz sino la oscura noche de las tinieblas a Ricardo, mandó viniessen a dar la embaxada de la Reina Porcia su madre los Embaxadores Claudio y Otón, y a solas recibidos con amor, admirados del poco sentimiento de la muerte de Isabela, presumiendo [f. 37v] acción de la Fortuna o de la muerte aver navegado tan aprisa el río del Olvido, le dieron embaxada de la Reina su madre, pidiéndole con mucho pesar que tenía perdonasse el primer movimiento, que como el alvedrío dexó Dios al dueño –que lo avía llorado, sin esperança de consuelo– y pedía a su Alteza, pues le hazía voluntariosa dexación del Reino de la gran Bretaña, se fuesse a coronar y la perdonasse, que deseándole Reina la Princesa de Dinamarca, y teniéndolo tratado pudo esto, y la penosa muerte del Rey su padre, emprender la mayor crueldad de humana determinación, que confessava alevosía tirana, si le pedía disculpasse los zelos de tanto amor, que zelos pudieron solos caer en la mayor culpa, en el mayor delito. Y estava dispuesta a quanto fuesse la voluntad de su Alteza; tal arrepentimiento influyen las temeridades, lo precipitado, la ira, lo no prudente. Entrañas tenía Porcia del risco más a las nuves de las almenas que amenazan al Sol. ¡Qué roca del mar pudo igualar su fiereza! Esta es imagen de la vengança.

Aquí Ricardo, si bien le enternecieron las palabras y ofrecimientos de la Reina, al fin madre, sin poder resistir el llanto se valió del artificio sutil que debía observar en la materia de Estado y corazón de la vengança, acordándose de la muerte acerba de Isabela y de su amor para que las lágrimas no corriessen a hilos bañando la tierra, que a ser possible segunda vez diera gritos al Cielo como de la sangre de la primera imagen de la muerte.

Sereno el semblante y casi risueña la cara, respondió a los Embaxadores, cuando temían horror de la respuesta, que era hijo humilde de la señora Reina Porcia. A la muerte de Isabela, aquella dama de Ingalaterra avía dado la causa olvidando a sus<sup>222</sup> padres, y siendo ocasión de la muerte del Rey Astolfo su señor, que, si no pareciera ingratitud, le diera gracias por libre de precisa [f. 38r] obligación que tenía a la dama por madre de sus dos hijos; que a su Alteza no solo tenía perdonada, sino que le pedía perdón de ingratitud y locura amorosa de la infancia; que suplicava a su Alteza saliesse del Convento, bolviesse a su Palacio, governasse el Reino de quien era Reina, que allí la estaría sirviendo como el menor esclavo mandado errar y quisiera serlo del tiempo a no faltarle; que su Alteza dispusiesse a su voluntad del Reino y de su persona que era su hijo obediente. Con esto dio fin, sí principio a la vengança. Prevenía su coronación y mendigava la aceptación del Reino. Cuando los Dioses de la antigüedad no tuvieran más que dezir, que penetravan el más oculto pensamiento del alma, el de la menor idea, merecieron la colocación, erigirles Templos y Altares, que es la mayor alevosía de la vida. Escuche el que da embaxada sin doblez, ni malicia, respuesta, no de lo que tiene abrasado el corazón, sino de lo que parece respiración y aliento.

Hincaron la rodilla, muchas gracias le dieron; besáronle la mano: rentas les dio, mercedes les hizo. Contentos y obligados salieron de la Audiencia y fueron a dar a la Reina

222.– su] sus.

respuesta que deseaban. Carta les dio Ricardo en esta conformidad. Consultó al alma si la tinta sería de veneno, acción de la madre Roma, y ofendióse de que sino de Roma era su madre Porcia. Dos cosas decía un discreto Cortesano eran infamia de la vida y del honor, que como en la Sala de san Marcos de Venecia era imposible saberse los votos por el único secreto sagrado. Teniendo Camilo, ciudadano, cierta pretensión y aviendo ofrecido a Fabio Senador le favoreciesse, y prometido, saliendo con la pretensión, una rica y preciosa joya de diamantes, siendo Fabio el único contraditor que tuvo, fueron los demás senadores en su favor; salió con el oficio que pretendía [f. 38v] sin aver hecho ofrecimiento a otro, y creyendo como Fabio lo decía a Camilo, avía sido el amparo suyo, y quien le avía dado el oficio le dio la joya.

Para el primer día se previno la jornada a la Corte y cuanto se devió hazer en orden al recibir con palio al Rey, y con la grandeza debida a los Reyes de la gran Bretaña, a los hijos, amas y criadas, Damas, dueñas y donzellas de Isabela mandó llamar por Nortes o Luzeros de aquel Sol, dexando los Capellanes, criados y personas que fueron menester en el Palacio, Capilla y jardines, sin dar a presumir dolor de no llevar la difunta, de quien solo Ricardo cuidava. Todo prevenido para el día immediato alegravan los días a Ricardo, porque avía entre día y día una noche, y tantas noches como días adorava el Norte por ser los días casi noches y las regiones donde no avía más luz que los ampos de la nieve, donde los días eran noches. Embidiava los Príncipes que hazían noche los días; tanto deseava las tinieblas por imitar en lograr sus escuridades a Isabela cubierta con el manto de la noche, aunque en vida de más luzientes Estrellas. Esto se ordenó dexando sossegar la gente; y estando solos Ricardo y el Conde, tomando una hacha encendida después de las dos, mandó le guiasse a la bóveda de la Real capilla, donde estava su Isabela. Lo mismo deseava el Conde y assí le guio: quitaron la piedra de la entrada y fueron, a diferencia de los que suben passos que baxar no esperan, baxando passos que no esperan bolver a subir. Llegaron adonde estava en una mesa de jaspe Indiano sobre un pie de alabastro el ataúd, y caxa, riquíssima urna, o Mauseolo<sup>223</sup> de la bellíssima Isabela, tan olorosa con el mucho bálsamo, preciosos unguentos y aromas, que le pesó a Ricardo no tener disculpa de llegar sin lo odorífero, a pesar del temor y de la muerte, y a besar la mano a la belleza mayor y más amada de cuantas lo fueron en todos los siglos, ni podía verse en los futuros.

[f. 39r] De un sudor frío se cubrió el Conde, fuente imitava, de aver dado lugar a Ricardo emprendiesse la mayor osadía, el temerario atrevimiento, que al igual de su amor aventuró la vida, dexarla sin vengança y a Porcia con el Reino. Desmayose Ricardo sobre el ataúd de Isabela, el que no temió las enemigas valas, el que fatigava los montes y perseguía las fieras, el que sin huellas hazía novedad a los bosques y selvas, el que cuerpo a cuerpo matava temidos Leones, fieros Tigres y soberbios Osos; que diferente coraçón tienen los amantes para la ferocidad de los enemigos que para la dulçura de lo que aman.

El aliento faltava al Conde, maldezía su fortuna y la ignorancia. Ricardo bolvió como si fuera de la otra vida, hablava con Isabela, y fingiendo que le respondía replicava imitando lo

223.– Según el banco de datos *Corpus Diacrónico del Español* (CORDE), el término ‘mausoleo’ es coetáneo a ‘mauseolo’; ambos ocurren a partir del siglo XV, si bien ‘mauseolo’ documentalmente aparece con más de medio siglo de anterioridad en la obra de Juan de Mena. Según Joan Corominas, el término ‘mauseolo’ es una confusión temprana de ‘mausoleo’ debida a la semejanza de numerosos cultismos como ‘aureola’, ‘nucleolo’, etc. y fue imitado por varios autores del siglo XVII como Lope de Vega o Calderón de la Barca, J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980, 6 vols., III, p. 890.

mismo que Apolo fingía, ya Daphne laurel. Quitó la tapa a la caja, sentía olores, como de los jardines del Alva, quitó al ataúd la cubierta, entre palabra y palabra vertía muchas lágrimas.

— ¡O mi Isabela, bien mío y señora mía, alma de la que toda era alma! —llamava en el sepulcro.

— ¿Cómo estoy vivo —dezia—, si la vida no la sacrifico a tu deidad, es en tanto que llega el día de la vengança? Yo te prometo, Isabela.

Esto dezía regando con dulces, turbias y tiernas lágrimas de vivo fuego la belleza de Isabela que muerta la tenía, cuya hermosura no defraudó la muerte en quien triunfante se admiró vida. Las siempre blancas y bellas manos le besó y regó de lágrimas muchas veces, por la herida de la garganta brotó hirviendo la sangre como si en aquel punto se la hubieran cortado; no que le juzgasse por su homicida, indicio de los Bártulos y Baldos<sup>224</sup>, si bien avía sido la causa de su muerte, sino dándole quejas para que vengasse el agravio, la mayor crueldad en que imitó a la sangre el inocente Abel<sup>225</sup>, también Isabela inocente. En este punto puso la mira el Doctor don Juan de Quiñones, Alcalde de la Casa y Corte de su Magestad, juntando de la materia lo acendrado, lo sutil, lo demás de peregrina inteligencia, en que muestra sutilezas de su peregrino ingenio y de cuantas esperiencias han manifestado las heridas brotando la fresca sangre ya sin el alma, en presencia de los homicidas. Francés era en las paces Ricardo, dióle la mano de su esposo, cumpliendo de su parte con lo que pudo, que sino en la vida no la podría fraudar, ni faltar en la muerte. El Conde llorava que no fuessen Isabela y Ricardo de los amantes que cubría una piedra, gloriosos del último aliento, a un mismo instante pudiera dezir Ricardo lo que el Poeta Español, no en la risa del Alva, sino en lágrimas de dolor, por otra muerte intempestiva y desdichada:

*«Quedaos en santa paz, huessos elados,  
cuya alma generosa el Cielo habite,  
de tan bello Español un tiempo honrados,  
que no ay embidia que a llorar no incite:  
no como merecistes sepultados,  
mas como la desdicha lo permite,  
aun piedra no tenéis, porque no huviera  
piedra, que donde estáis de piedra fuera»<sup>226</sup>.*

Bolvió el Conde a cubrir el ataúd y la caja, sin horror de aver visto el cuerpo que lograva el alma de Ricardo, sacole por fuerça, que sino por el rastro de la sangre, pudiera de las lágrimas, que presumiendo eran de sangre no se atrevió a mirarlas. El Conde llevo a su

224.— El autor alude a Bártolo de Sassoferrato y a su discípulo Baldo de Ubaldis, juristas italianos del siglo XIV que fueron muy relevantes a nivel europeo en la historia del Derecho.

225.— Hijo de Adán y Eva, hermano de Caín. Véase la nota 199.

226.— El autor cita los versos de la octava 87, con una ligera variación en el primer y cuarto verso («Quedad en santa paz, huessos elados, [...] Y no ay embidia que a llorar incite»), de una elegía que Lope de Vega dedicó a la muerte de don Diego de Toledo, hermano del duque de Alba, protector del poeta. La elegía se publicó anónima y con el título de *Octavas a la desgraciada y lastimosa muerte de don Diego de Toledo, hermano de duque de Alba* y fue incluida en la *Segunda parte del Romancero general y flor de diversa poesía*, publicada en Valladolid en 1605. El texto fue inicialmente atribuido a Pedro de Medina por José María de Cossio en su obra *Los toros en la poesía castellana* (1931) hasta que Joaquín de Entrambasaguas y Peña encontró nuevos indicios que le permitieron comprobar y revelar que la composición era de Lope de Vega. Para más detalles sobre esta atribución remito a J. de Entrambasaguas y Peña, *Elegía de Lope de Vega a la muerte de Don Diego de Toledo*, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1933.

cuarto, desnudole y acostose don Pedro bien cerca; no le osava perder de vista, que a los locos de amor no sería fuera de propósito tenerlos atados.

Los Embaxadores dieron la respuesta de su embaxada y carta de Ricardo a la Reina su madre. Abriola no temerosa, por averle dicho lo que respondió la humil- [f. 40r] dad y amor que mostrava a su Alteza; leyola y no quedó desagradada, fiava en su disculpa y en el tiempo el mejor maestro, que no solo desaparece las venganças, sino las Provincias tragadas del mar, dexando las ruinas y apenas señales de las Troyas abrasadas. Muchas gracias les dio, mercedes les hizo, assegurávanle temores, cuidados y desvelos, si bien el alma de Porcia, que pronostica de infusa ciencia divino espíritu, no le assegurava lo que los Embaxadores, diziéndole el alma los afanes, los retiros a las entrañas en que se avía de retraer, temiendo la guadaña de la muerte al no desmayo último. Dio cuenta de lo que Ricardo les<sup>227</sup> escribía a sus damas y las más animando flaqueza de su ser, que no tenían pocos rezelos de las ferocidades que le miravan precisas, por el inmenso amor de Isabela, muerta sin causa. Quitándole dos hijos de los pechos y dándole muerte tan cruel, dudavan discretas verdadera la carta, y con no ser las que agraviaron, temían lo que no la Reina, siendo quien deviera temer, sino es que como el ofendido dibuja en los mármoles el que agravia en el agua o en el polvo.

Diversos pareceres avía en la Corte de los grandes Príncipes y señores que las humildades de Ricardo eran fingidas con su madre; imposible dexar sin vengança la injuria. Otros, que se contentaría con dexarle su madre el Reino sin estorvo y podría casarse con la Princesa de Dinamarca y adquirir otro segundo Reino; y fuera el desprecio locura, miravan algunos exemplos de los consuelos de los inmediatos sucesores en Reinos y Estados, sin acordarse de los homicidas que no se devieran olvidar cumpliendo con el Estado y con el difunto. Dixo un Poeta:

[f. 40v] «*que lo que pide el que muere,  
obliga con mucha fuerça*»<sup>228</sup>.

Ricardo fue recibido con el palio, estoque desnudo, el cetro y corona de oro en la fuente de oro también, que de lágrimas pudieran dar las lloradas por su Alteza, en más copiosas fuentes y venas, baxeza no averlas llorado. Embidiava las alas y venda de Cupido, no el amor en que le excedía, sino en que llorando amante ausente de Siquis<sup>229</sup> desesperadas lágrimas, lo encubría con la venda, y en los amagos de condutos bolava por no darlas a entender subíalas al Cielo, que de aquí glossan, que las lágrimas penetran los Cielos. Y dezía un Culto Crítico que, cuando llovía, muy menudo eran lágrimas de los amantes, que las lloravan muy a menudo. Prevenido el demás Real aparato, fue recibido con la ostentación y grandeza devida a un mancebo Rey, más amado que el día, el palio de tela de oro riquísima, con más bordaduras que hilos y con más cifras de su nombre que relieves. Los grandes Príncipes, señores, criados y cuantos habitavan la insigne Corte alegres y conten-

227.- le] les.

228.- El autor cita las palabras de Floris y en concreto dos versos del tercer acto de la comedia *La bella Aurora* de Lope de Vega: «Solo un bien quiero pedirte, / que en la muerte me concedas, / y hasme de dar la palabra / de cumplir lo que prometas, / que lo que pide el que muere, / obliga con mucha fuerça», L. de Vega, *Veinte y una parte verdadera de las comedias del Fénix de España Frei Lope Félix de Vega Carpio, del Ábito de San Juan Procurador Fiscal de la Cámara Apostólica, sacada de sus originales*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1635, f. 25r.

229.- Se alude al mito de Eros y Psique. Véase la nota 175.

tos, sin uno de otra opinión. Bien al contrario de cierto Príncipe extranjero que apoyando en su Reino un tiempo Angélico más opiniones que familias, estando en la Corte del más poderoso Rey viendo unas fiestas Reales y la inmensidad de sus vassallos, admirado de averlo sabido, preguntó al señor más cercano:

— ¿Y todos los que veo son de una opinión?

Respondióle que de sola una; admiróse y deviera más de la que tenía, desengañado, que la opinión de nacer y morir pertenece a los brutos y no a los hombres. Hecha la acción, Ricardo llegó a Palacio, moderadas las fiestas por la recién muerte de su padre y de Isabela.

Larga, pródiga mano, airosa y liberal del Rey, esparcía gracias y mercedes; era versado en la antigüedad, sentía [f. 41r] que no se dio nombre de Dios a quien no lo merecía por su liberalidad, sutileza o ingenio, y que Marte y los demás Dioses, con más acciones de hombres que de las deidades, pudieron enflaquecer la ira y la embidia. Si también advertía que alentar las Musas a los Poetas avía sido por averlas invocado, dando a la fama sus excelencias divinas, que admiraban lisonjas al Alva, el Aurora, la mañana y el Sol, adquiriendo con sus peregrinas alabanças, triunfos y laureles que por esto el Aurora dio a las Musas para los cálamos de oro el aljófar, las perlas y su hora, gratíssima a los alientos, revelaciones, el Alva, la risa a la salva de las aves y la mañana, luzes y resplandores, y que no les podía faltar la mañana el Sol, viendo que la mayor belleza en las pinturas de las Ninfas y Diosas era el último encarecimiento, hermosas como el Sol, dividido en sus dos Estrellas el oro de la madeja de sus rayos y otros divinos pensamientos. Por esto el Sol, agradeciendo lo encarecido glorioso, no los iluminava con sequedades, desprecios y desdenes, sino Mecenas atento no solo al furor divino, que al menor amago de hallarse impresso enriquecía los dueños de los versos o de las prosas con las ideas y revelaciones en el oro y plata de sus colores, y tenía tan hecha la mano a enriquecer, que solo porque el mar le servía de espejo cristalino, engendrava con él focas, ballenas, delfines y los de plata signos celestes, los corales y perlas en los cerros, montes y montañas, minas riquísimas de plata, oro, diamantes y preciosas piedras por los primeros que logravan y esparcían a los valles, prados y jardines sus luzes y resplandores.

Ufano estava el Sol de altramantar al Ocaso, bordar hermoseando Cielos y nuves de peregrinos<sup>230</sup> celages, y luzes de oro, nieve y grana, prenda ilustre y divina del amanecer, con no menor belleza en su Oriente claro, con peregrinas riquezas a solo hazer a los dos mundos beneficios en demostración de su amor y de agradecer. Y assí parecía a Ricardo que los Príncipes [f. 41v] a quien<sup>231</sup> los Escritores, ingenios y divinos Poetas avían eternizado, en sus elevaciones y desvelos imitavan al Sol, eran buenos para Soles. Esto dirá el Autor del Cavallero de la Casa de su Magestad en el Reino de Portugal, Nuño Díaz Méndez de Brito<sup>232</sup>, hijo del grande doctor Héctor Méndez Brito, adquirido este renombre por su valor y mano pródiga, que la ha tenido y tiene, imitando a su padre, Mecenas mío, dándome mucho más de lo que costavan las impresiones de los dos libros dirigidos a su valor, nobleza y alma generosa: de las *Varias fortunas*, *Casos prodigiosos* y *Cueva encantada*,

230.– peregrinos] peregrinos.

231.– Quienes. Véase el uso del relativo en el Siglo de Oro, R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, ed. cit., p. 336.

232.– Se trata del mismo Nuño Díaz Méndez Brito, que el autor cita al principio de la dedicatoria, a quien dirigió algunas de sus obras, como *Varias fortunas* y los *Casos prodigiosos* y *cueva encantada*. También iba a dedicarle esta edición, pero, al fallecer Nuño antes de la impresión, tuvo que dedicarla al hermano Francisco Díaz Méndez de Brito. Véase la nota 38.

siempre yo corto en sus alabanças, si lo menos devido a mi obligación será proseguirlas y dirigirle otros libros que presto daré a la Imprenta. Príncipe le hallo para mí y más que Príncipe en las acciones Reales, sirviendo a su Magestad en el proveimiento de su Palacio y socorros a millones de Italia y Flandes.

La ira y la vengança hazen en los vivos las heridas, como la muerte en los muertos, que no se cierran ni pueden sanar, inventó la Reina por martirizar al aborrecido Príncipe un modo nuevo de injuria, más de las furias del infierno<sup>233</sup>, que de las blancas y hermosas manos de Porcia, dexándole en la sala donde le avían de poner la cama estos cuadros de pinturas bien al fresco, que frescos estavam como su enojo, imitando a su airado corazón.

Un retrato de Isabela, que de muchos que avía en la Floresta lisonjas a Ricardo llevaron criados a Porcia algunos, rara belleza admiró inmensa la ira, pues no apagó el incendio del alma. Del infierno imitaba el rigor que abrasa y no consume; ¿quién sino el Narciso feroz, sobervio Ángel de luz, demonio en las oscuras tinieblas podía persuadir a que tan rara, divina y celestial hermosura se pudiese ofender? ¿Quién se atreviera a ensangrentar sin eclipse el Sol del Cielo? ¿Qué fiera de Liguria o león hambriento quitara el alma a la vida, sino Porcia más airada y cruel<sup>234</sup> que las fieras y los elementos?

[f. 42r] Seguía a este cuadro otro, en que la desdichada Isabela estava muerta degollada, como en el Templo la Troyana Policena<sup>235</sup>, si más hermosa, bañada en su inocente sangre, y anduvo tan artífice el pintor que muerta no lo parecía en la belleza, a quien tuvo respeto la muerte, y no Porcia, más inexorable que la muerte y el mar.

Dezía una Dama discreta como bellísima que, siendo la muerte tan cruel por aborrecida del género humano, presumía averle hecho horror la muerte acerba de Isabela y no averse mirado en su hermosa cara, tanto devía de parecer viva y no muerta.

Otro cuadro seguía a los dos, en que estaban las figuras de la risa, enigma de Porcia para el que seguía al tercero, imitando caracteres de Egipto; su peregrino entendimiento ofreciéndole ideas feroces embidiava no ser el que las aguas puras y cristalinas, tocadas con la vara, las convirtió en sangre, deseando ya lo que el César Romano, que como le temiessen, no le hacía horror que todos le quisiesen mal.

Seguía el cuarto retrato de Ricardo en el día que se avía de Coronar debaxo del Palio, teniendo a su lado a Isabela muerta; riquísimo el vestido y tocado, con la Corona de oro en la cabeça y el Cetro en la mano; a los pies los dos niños, Isabela y Ricardo, y una letra que dezía «Legítimos». D'esta manera hazía burla de su hijo, dando vengança a su corazón, si la inteligencia divina, a pesar del alvedrío, pronostica y revela. El quinto cuadro contenía casarse el Rey con una Dama en extremo parecida a Isabela<sup>236</sup>.

El Rey de Dinamarca recibió a Marcio, Mauricio, Pierres y Leandro vista la carta de la Reina con mucho contento, si no de aver sabido la muerte de Isabela, ya sin esperança de que podía ser Clavela Reina de la gran Bretaña. Mandolos aposentar y regalar, de que besando su mano quedaron agradecidos, y el dar a su Alteza cuenta del suceso para otros días. Hizo sentimiento del grave y atroz delito de obligarle materia de Estado, que Rei-

233.- Véase la nota 124.

234.- crnel] cruel.

235.- Policena fue degollada por Pirro, hijo de Aquiles. Véase la nota 188.

236.- La descripción de los retratos representa otro ejemplo de un típico ejercicio de *ekphrasis*.

na era su hija, a no quemarlos vi- [f. 42v] vos, por aver emprendido la mayor atrocidad que vieron el tiempo y la fortuna, y sabiendo Clavela el funesto caso, no permitió que la viesse ninguno de los Embaxadores, y escudriñava cómo sin degenerar, ni violar ley de la embaxada, les pudiera quitar las vidas. Remitiolo a los anales del tiempo que contra ellos comenzó la indignación y la vengança que devía proseguir la verdad, darle fin la ofensa, el Cielo y el amor, que publicasse la fama sangrienta por todo el Orbe.

Esto adquieren los traidores, imitadores de Caín<sup>237</sup>; huyen temerosos de la justicia divina desvelos, cuidados y assombros les hazen temblar. No se fían de los cómplices, veneno presumen la comida, codician la noche, aborrecen la luz y la vida. Viéndose vistos y no bien vistos tratavan de lo aleve, abominavan la traición, culpavan al cruel Pierres, codicioso que no tuvieran los demás lo resuelto, mano y ánimo de quitar la vida a quien no merecía la muerte. ¿Qué adulterio le acusaron? ¿Qué carearse, entregando la fortaleza a los enemigos? ¿Qué Reina Juana hallaron a Isabela, haziendo guadaña de la muerte la banda de seda y oro, quitando la vida a su marido Rey? ¿Qué Dalida<sup>238</sup>, cortando el cabello al que las cabeças a los Filisteos? Si no, ¿quién diera el alma por la vida de Ricardo, su Príncipe y señor? De todo dieron cuenta a la Reina Porcia, contenta de seguros en otro Reino, cuidando mucho de sus vidas; y assí lo escribía embiándoles dineros y cartas de agradecimiento al Rey.

Ricardo tenía por alma al Conde, consuelo y descanso, amigo tan fiel, atento al semblante no perdía de vista a don Pedro. Vieron los retratos, nuevo llanto regava el suelo, si contentos de ver, aunque en sombra y por injuria, coronada a Isabela. Cuidava Ricardo de la dama no conocida, que ya amava por tan parecida a la difunta. El Conde respondió que sería nueva injuria de la Reina, que no avía de qué cuidar, si bien penetró malicia de Porcia, y que tenía dueño el retrato y le conocía el Conde.

Mirando escritorios curiosos de que Porcia le embió [f. 43r] las llaves, halló lo que más podía desear: una estampa de la firma de dos que luego que murió Astolfo hizo en láminas de oro y deviola de olvidar yendo al Monasterio. Aquí dixo al Conde:

— Hallé el remedio de la vengança.

Y comunicado con el amigo, se lo pareció y acordaron que Ricardo visitasse luego a su madre, que importava. Y con esto se dieron por bien afortunados para lo emprendido.

Llegó el día de visitar a la Reina, aviéndola escrito muchos papeles obedientes y amorosos, y embiádola tantos regalos y curiosidades que se admirava y se lo agradecía. Fuela a ver con ostentación y grande acompañamiento; fue muy bien recibido de su madre y de todas las Ángelas. Tan hermosas Monjas le besaron la mano, como las que oy admira la belleza en el Convento de la Madalena d'esta Corte, donde ay más Ángeles que Monjas, si muy Angélica la que tiene el nombre de doña Antonia de los Ángeles. Porcia a fuer de Francia dio paz a Ricardo, que, si él se la diera, fuera más a propósito, porque ya la avía vendido: ¡terrible pensar contra quien le engendró y le parió Rey! Disculpa la de un amante Macías<sup>239</sup>, tan orate de amor, que diziéndole mal su madre de la dama que servía, respondió con desesperación que ni ella, ni dos hermanas suyas, que sabían hablar apenas cuando en-

237.— Hijo de Adán y Eva, hermano de Abel. Véase la nota 199.

238.— Véase la nota 166.

239.— Poeta gallego del siglo xv. Véase la nota 110.

traron en un Convento Real, no eran tan honradas, aviendo sido la dama primero de otros. Repartió entre las Monjas dineros y curiosidades que mandó llevar al Conde.

Quedaron solos; Ricardo le besó la mano doblada la rodilla, humilde y obediente a cuanto su Alteza mandasse, pidiéndole no se acordasse de darle satisfacción de la muerte de la Inglesa, que ya se la dieron los Embaxadores, y se corría de aver dado causa del enojo a su Alteza, perdonasse pocos años y algunos hechizos, que siendo suyo el alvedrío no lo fue a la primera luz que la miró.

— Pues yo —dixo Porcia—, suplico a V. Alteza me haga este favor, pues le doy un Reino libre, de perdonar los que dieron la muerte a [f. 43v] Isabela; que tuve la culpa y vassallos obedecieron lo que su Reina les mandó en que le haría grande lisonja y bien.

Respondió alentado, retirando lágrimas —que brotava el alma— con semblante amoroso, que no se acordava de ninguno, por lo que su Alteza dezía, y no poder resucitar a Isabela, que viesse lo que mandava, y vería cómo la sabía servir y obedecer.

Respondió agradecida, que los dexasse por algún tiempo vivir en Dinamarca y, cuando lo tuviesse por bien, les mandaría volver a la Corte.

Assí lo prometió Ricardo y le aseguró que, de su pedimiento, ni en su Corte, ni en Dinamarca, ni en otra parte del mundo no les avía de ser hecha ofensa, de que le dava su fe y palabra Real. Dio a entender a su madre no estava muy agradao ya de la Inglesa por aver presumido la Corona de Reina de la gran Bretaña en su cabeça, que más por obligación que amor la assistía, viéndola madre de los dos nietos de su Alteza.

En esto quedaron: Porcia muy agradecida y Ricardo muy falso bolvió a Palacio, aviendo hecho muchos favores y mercedes a las Damas de su madre y las demás criadas que la servían. Todas le besaron la mano muy amorosas y contentas de que, hechas las paces, bolvería Porcia a Palacio o se casaría el Rey, que, si bien los Alcáçares Reales eran Monasterios, tenían terrenos. Porcia escribió por la posta a Pierres y sus compañeros lo que avía passado, de que tuvo respuesta, y del Rey a quien lo escribió, quedando agradecidos al cuidado de la Reina, jamás bien vistos de los Cortesanos que grangeavan con larguezas y socorros que la Reina les hazía.

Passava el tiempo Ricardo, persuadía a su madre bolviesse a Palacio, governasse el Reino, que estava obediente a sus pies que besava. La respuesta era que, en viendo libres a Pierres y los demás, lo haría. Ricardo, que su Alteza les mandasse venir, y lo demás que fuesse gusto suyo. D'esto iba dándoles cuenta y no estaban con resolución, si a pocos lances no lo tendría por difícil bolver a la Corte.

[f. 44r] Ya se acercava la vengança de la infelice muerte del Fénix de la hermosura, imitava a la que enamoró Narciso<sup>240</sup>, a Luzbel<sup>241</sup>, no en la soberbia que pudiera la mayor belleza, sino en aver sido la rara hermosura de Isabela, amándola Ricardo, causa de su perdición y muerte en flor, sino en averle llevado a las penas eternas con la tercera parte de las Estrellas, que espíritus Angélicos lo mismo se devieron de persuadir Elenas<sup>242</sup>, Cleo-

240.— Véase la nota 93.

241.— Lucifer en la mitología romana, Héspero en la griega, es la personificación del lucero vespertino. Fue raptado por Afrodita que lo convirtió en un astro por su belleza. En la tradición cristiana Lucifer representa al ángel caído, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 225, p. 316.

242.— Véase la nota 186.

patras<sup>243</sup>, Fabias<sup>244</sup>, Lucrecias<sup>245</sup> y otras infelices hermosuras, imitaron en la poca fortuna a Isabela y a Luzbel, peligro y hado que estorvaran, a no aver nacido tan hermosas. El mayordomo de Dios con el pincel divino quedó aún al bosquejo con tal admiración que, viendo pintura celestial en la belleza peregrina de Isabela, de elevada perdió la memoria y el pincel. Hurtaron los colores de la tabla en que los avía tenido el Sol para sus rayos, reflexos y luzes, y bordar el Oriente; el Cielo para sus celajes y nuves. La Diosa Iris<sup>246</sup> enriquecía su arco y, como naturaleza perdió el pincel y la estampa en su idea, no hizo otra Isabela, y assí no se ha parecido ninguna a la mayor maravilla que por única no logró el mundo su igual.

Acercávase la vengança, se buelve a dezir por la digressión, a no pecar. Entraron a consultarla Ricardo y el Conde al cuarto de los cuadros por no averle cuadrado otro lugar más a propósito que si la vista en la degollada Isabela, que sentencia podían dar dos tan verdaderos amantes, si tal vez la ferocidad animosa del Rey mirava, que d'esto sirven los exemplos sangrientos, a Nerón el de Tarpeya<sup>247</sup>, más cruel con la que le avía parido, el que diziéndole el defensor mirasse los dolores que le costó en su parto. Respondió al fin Nerón lo que dizen estos dos versos:

*«si al nacer le di pesar,  
cobrado estava el plazer».*

De los bivoreznos, que a la primera luz quitan la vida [f. 44v] a quien se la dio; no atendía a la trágica Historia, sino al incendio que le abrasava el corazón de la segada garganta de Isabela, y como la memoria es enfermedad y le ponía a la vista raros exemplos de hijos ingratos, que no puede aver causa que los obligue, sano la potencia a no hazer discursos aun indignos de los brutos animales, que también ay brutos que no lo son. No pecó Ricardo en el homicidio y, llegando al caso por no segunda digresión, acordaron escribir a Pierres y sus compañeros, que al punto que recibiesen la carta que avía de ir con la firma de la Reina, hecha con la estampa, se acercassen veinte leguas de la Corte a la ciudad de Tursia, donde los estarían aguardando criados suyos para ordenar lo que se avía de hazer en su destierro, que ya Ricardo los avía perdonado y que Guillermo y el Conde con la gente de su casa sin otra fuessen a la misma ciudad a aguardarlos y a cumplir lo acordado.

Para esto advirtió el Conde una gran sutileza darle las cartas de parte de la Reina al mismo correo que las solía llevar, que bien pagado y estando la Reina en el Convento, que

243.- «Reina de Aegipto, hija de Ptolomaeo Auleta. Hermana y muger del último Ptolomeo, valerosa pero impúdica. Fue amada de Julio Caesar, de quien tubo un hijo dicho Caesarión. Después la tubo por muger Marco Antonio desechando la propia que era hermana de Augusto, el cual sentido de esto movió guerra contra él, y haviéndole vencido le forçó a que él mismo se matase, e imitándole en esto Cleopatra, por no verse en poder de su enemigo, que avía de triunfar de ella, se dejó picar de un áspid y así murió», S. de Covarrubias Orozco, *Suplemento al Tesoro de la lengua castellana de don Sebastián de Covarrubias compuesto por el mismo como lo refiere en la voz Covarrubias y lo repite en otras*, f. 103r, consultado en línea en la página web del *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* (NTLLE).

244.- Es probable que Juan de Piña aluda a Fabia Ceionia, una mujer noble del siglo II, que fue prometida en matrimonio con el emperador Marco Aurelio, pero a la muerte del padre de ella, Elio César, fue anulado el compromiso.

245.- Véase la nota 107.

246.- En la mitología griega, hija de Taumante y de la ninfa Electra, Iris fue mensajera de los dioses y personificaba el arcoíris, símbolo de unión entre el Olimpo y la tierra tras la tormenta, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 291.

247.- Emperador del Imperio romano (54-68). Véase la nota 194.

siempre se las daban criados suyos sin rezelo, no avía de prevenir lo imposible de adivinar. No le dexaron bolver las espaldas traidoras, siempre partió al punto Guillermo, y el Conde su primo, con la misma prisa y prevención. La sutileza del ingenio de Ricardo previno que el Conde, en nombre de sus dos sobrinos, le pidiese justicia de la muerte de su madre para cumplir la palabra que dio a Porcia, si el de las razones de Estado solo previene lo importante al gusto, vengança y hacienda del Príncipe. Con esto partieron a la ciudad de Tursia donde la guarda cuidadosa aguardava.

El intento de que la Reina bolviessse a Palacio proseguía Ricardo, y de que su Alteza tratasse el casamiento de su hija con el Rey de Dinamarca, estimando mucho la belleza de Clavela, cuyo retrato embiaron a Porcia los Embaxadores, por el amparo que teniendo efeto se prometían. Las damas alegres de bolver a Palacio tenían tan presente la [f. 45r] esperança que desaparecía el nombre y, como avía passado tiempo, fuente de que nació el río del Olvido, se bañavan en él, y lo mismo la Reina no se acordando de la muerte de Isabela.

Ricardo governava el Reino con providencia; no le sacavan los Reinos cercanos el oro, la plata, ni las riquezas con invenciones, ni poderío. Tenía sus presidios fuertes, guardados, bien artillados y adelantados, y pagas de sueldos; no pretendían los Capitanes, soldados, ni la demás gente de mar y tierra que servía en la milicia porque bien o mal ver sus papeles y el despacho se vieron a un tiempo, y no se pudo agraviar de mal despacho ningún soldado o, porque aviendo en la Corte muchos y pobres, no era a propósito, si bien les hazía mercedes, dava honores y oficios, bolvían a servir contentos, que seguros los premios más soldados tenía que avía menester. De sus mares era dueño, limpios de enemigos; aquella región fértil de marineros y artilleros cosa importante: las naves y galeras no permitían más de los que avían de pelear, nacían y morían en ellas, no temían las calmas y tormentas del cespó y sobervio mar, ingenios y prevenciones de Bretaña, tales industrias, ardidés, artificios y tropelías, fuegos, incendios, destruidores de los enemigos produzía el arte. Con esto llevavan ingenieros y algunos que de la otra parte de la Matemática hazían pactos y tenían familiares, y sabían hazer una confección de diversas cosas ocultas de secretos peregrinos, con que esparcida en un ejército le desaloxavan y echada en una galera o nave quitava la vida a muchos tan eficaz el pestífero olor. Defendían sus mares y estaban defendidas las tierras, escusando con la gente de la mar los ejércitos de la tierra, logravan en paz sossiegos, vitorias y riquezas. Reinó de aquel siglo el temido en el orbe y, enseñado a siempre vencer, no tenían enemigo que se atreviesse a echar nave, galera, ni otra fusta [f. 45v] en la mar, ni arbolar vandra.

— O fieros basiliscos<sup>248</sup>, no apacible como Isabela —dezía Ricardo—, que verla y matarla con la vista, efeto de su veneno, yo os juro, tiranos, crueles, que si los hados me son propicios que serán vuestros castigos de horror y exemplo en el mundo, que si el veneno enhila al coraçón, la triaca le modifica. Ay en mi Reino —dezía—, una yerva venenosa, y nace otra muy cerca d'ella que es el Ándito para el que la come. Mandó un cavallero Bretón cortar la cara a una dama, el matante tuvo duelo a su rara belleza y hermosura, y cortola a una criada. Supo el efeto y tuvo a buena fortuna el desacierto; llevó a la criada a su casa, hízola curar. Apenas viera un linxe la cicatriz, enriqueciola y fue su privança hasta el día de la muerte, era su gobierno y consejero, tenía la llave maestra de su casa y voluntad.

248.— Una especie de serpiente. Véase la nota 196.

¿Qué os parece, Conde amigo? Bien pudieran estos viles hombres vassallos míos herir una criada y no quitar el alma de su Príncipe en la vida de Isabela; crimen de lesa Magestad cometieron, sabida es la pena por las leyes.

Y como vio que estava assolas, corrióse y passó al cuarto de sus hijos, que al del Alva passava a todas horas.

Pierres y los compañeros, contentos de las buenas esperanças que les dava la Reina, y como el tiempo avía dado bueltas, aunque tropeçando en su misma ligereza, poco se acordavan de la ofensa hecha al Príncipe, que sabe la providencia cegar como el amor, y que pierda la memoria quien la tiene de la ofensa a no impedir la justicia divina. No han temido los tiranos la saeta que les quitó la vida. Cuando llegó a su posada el correo de la Reina con sus cartas, una para el Rey, dándole cuenta del perdón que les avía prometido Ricardo, y grandes agradecimientos a su Alteza por la merced y favor que les avía hecho, la mano le besaron. Contento mostró el Rey del buen successo y de no ver más en su Reino gente que avía emprendido [f. 46r] la más cruel hazaña, despidiéronse de los que comunicavan, y los acudían amigos. El Rey les dio algunas joyas devidas a la embaxada, si no a traición, y carta para la Reina. Caminaron a toda prisa a la Ciudad de Tursia donde avían de ir a parar, y era verdad que allí avía de parar la rueda de la fortuna. El correo bolvió de la Corte con la carta del Rey y suyas para la Reina, dándole muchas gracias y cuenta de lo passado hasta allí. Previno el Rey que las tomasse el que le avía despachado que estava de su parte el hado; llegaron a la Ciudad donde estavam el Conde y Guillermo con gente bastante, prisiones y prevención y con cartas del Rey para las justicias y demás ministros de los lugares del viage, en que mandava obedeciessen al Conde como a su persona Real y cumplieren lo que ordenasse, y con firmas en blanco por si quería hazer mercedes o dar oficio.

Fueron la noche que llegaron Pierres, Marcio y Mauricio a su posada inocentes del caso, sino de la muerte de Isabela, y a los tres y los criados que traían los prendieron el Conde y Guillermo con los suyos. Embió el Conde a llamar la justicia de aquella Ciudad, mostrole la carta del Rey, obedeciole y sabiendo el caso previno con presteza lo que fue menester para caminar luego, que assí lo pidió el Conde. Dióle perpetuo el oficio que usava por tres años de Justicia mayor para él y sus decendientes, dio título de Alguazil mayor de la Ciudad al dueño de la posada donde fueron presos, que como se tratava de hazer justicia el Conde hazía justicias. Diéronse por muertos viéndose presos y diziendo al Conde avía sido traición. Les respondió que solo con traición se avían de prender los traidores y no les consintió hablar más, sino en que Pierres le dixesse dónde estava Leandro, el que avía confessado a Isabela. Respondió que de la Corte de Dinamarca se avía ido sin saber adónde y no lo avían podido inquirir.

[f. 46v] Corriase el aire de aver perdido el nombre, no pudiendo alcançar a Guillermo, con tal velocidad bolava a dar la buena nueva al Rey de la prisión dichosa de los tres que se imaginaron de Triumvirato en Bretaña, como en el de la madre Roma. En breve tiempo llegó a los pies de Ricardo, pudo escusar la carta del Conde, que la buena y alegre nueva se la dixo la cara de Guillermo, que los semblantes no han podido desdezir contentos o penas del corazón. Los braços apretaron a Guillermo, en el alma pareció le quería, para que dicesse la misma gloriosa nueva a Isabela y de cómo avía llegado el día de la vengança.

La prisión se esparció en la Corte, llegó a la Reina Porcia, que para las desdichas no ay puerta cerrada, no ay rexas, ni vidrieras; desmayose turbada, temió:

— ¡O fortuna, y cómo hazes producir desatinos a la piedad! ¡O cómo imitas al demonio, persuades a los desaciertos y desapareces a los remedios!

Bolvió en sí, que ya la lloraban cuantas damas y criadas la servían, embió a llamar a Ricardo. Al punto fue a ver lo que mandava muy obediente y humilde, ya iba sin luto. Hasta allí notable admiró a Porcia la mudança, vesole su mano, y preguntando si era verdad la prisión de los que mataron a Isabela, respondió que presos estaban y el día siguiente estarían en la Corte, y no en la vida. Llorava la Reina y díxole:

— Es la palabra que me dio V. Alteza essa, ¿cómo no la ha cumplido?

Dixo: — Señora, yo la cumplí, esto no se ha hecho de mi pedimiento, sino de los hijos de Isabela.

— No quiero argüir con V. Alteza —respondió Porcia—, llegó el día del suplicio. ¿Qué piensa hazer de mí?

— Servir a V. Alteza —dixo Ricardo—, y serle muy obediente, llevarla a Palacio y serle esclavo.

— Será como lo prometido —replicó llorando.

— El successo no era bien quedasse tan enorme sin castigo, que se ofendiera el cielo, y V. Alteza, que lo mandó se deviera ofender imaginando corazón de una Reina que desapareció la piedad y ensangrentó las manos de nieve.

[f. 47r] Quedó la Reina a que ordenasse lo que fuese su gusto. Dixo que de todo daría cuenta a su Alteza y fuese.

Llegaron el Conde y los presos, al punto los hizo confessar y ordenar la sentencia para el día siguiente. Los grandes Señores, Príncipes, Cavalleros y la plebe los condenaron a la más cruel sentencia que se les pudiera dar y, para obligarlos a mayor sentimiento, puso en público el retrato de Isabela y luego el cuadro donde estava muerta y degollada. Todos pidieron al Rey ordenasse la sentencia el Senado de manera que no muriessen luego, sino que dilatando las muertes penassen.

Los modos de castigo que se ofrecieron al Rey después de averles tomado sus confesiones a los reos, que la información se hizo cuando el delito y sustanciado el proceso, fueron estos. Que un carnizero se ofrecía a descuartizar vivos a los desdichados, prometiendo estarían mucho tiempo en aquel tormento, reservándoles vigor y aliento para que estando desollados pudiesen sufrir el castigo. Si por muy carnizero que fuese no pudiera imitar a Pierres, dudava la fortuna si temería los tormentos eternos menos que los temporales. Valerio, inventor de las cisternas nunca imaginadas, propuso hazer un artificio en forma de obelisco que estuviesse lo de arriba abaxo, el cual enseñó a uno de los Senadores, y estava hecho de tal<sup>249</sup> suerte que, poniendo un cuerpo dentro hazia abaxo con el propio peso, se iba como en prensa, apretando y oprimiendo cuando el obelisco se iba ensangostando, de tal forma que las espaldas se juntavan con los talones con dolores lentamente crueles, sin que el cuerpo perdiesse de sus fuerças, porque en término de cuatro horas las podía restaurar y bolver a padecer de nuevo el mismo tormento. Los más violentos no son los más crueles; quien los padece no puede durar mucho tiempo. El [f. 47v] mismo dolor adormece los sentidos, las penas más dilatadas y lentas son más ásperas y severas. En qué se avía de executar tenía librado el consuelo el Príncipe, que las venganças sossiegan y se logran en la esperança del fin en que ponen la mira, muerte sería la duda.

249.- ral] tal.

A maldad tan grave y horrible no se podía hallar exemplo en los Anales del tiempo, ni la fortuna estremadamente severa. Al fin tomó resolución el Senado que dio la sentencia que se executasse en esta manera: que Pierres, Mauricio y Marcio fuessen castigados igualmente por delincuentes en el más horrible y detestable assasino. Siendo llevados a la plaza mayor en un carro a cada uno, y sobre un tablado muy ancho y dilatado fuessen atenaceados en los pechos, brazos y piernas, y a Pierres en la mano derecha, que degolló a Isabela, fuese abrasada con fuego de azufre; y en las partes del cuerpo donde fuessen atenaceados se les echasse plomo derretido, azeite hirviendo y pez ardiendo, cera y azufre abrasando todo junto. Y en padeciendo estos martirios fuessen sus cuerpos atado cada uno a cuatro potros y despedaçados d'ellos, y sus cuerpos abrasados en el fuego y convertidos en cenizas arrojadas a los vientos; sus bienes confiscados y sus padres, hermanos y parientes desterrados al punto del Reino y que nunca más se pudiesen llamar de su apellido; sus casas derribadas y sembradas de sal, con padrones donde se escribiesse la causa de su delito por eterna maldición y exemplo a la posteridad. Todo esto se executó como en la sentencia se contenía, con la solemnidad y aparatos de la justicia y de la lisonja que requería el caso, que llegando a noticia de la Reina Porcia perdió el juicio y comenzó a hazer fieras locuras y a dar voces diciendo a su hijo muchas injurias.

D'esta sentencia, que la fama llevó a todas las partes del orbe, tomó algún Francés curioso traslado, de que se va- [f. 48r] lió Pedro Mateo, Historiador de aquel Reino y Coronista del Rey Christianíssimo Enrique Cuarto, para el processo hecho en el año passado de mil y seiscientos y diez, en veinte y siete del mes de Junio, por el Parlamento de la Corte de París, contra Francisco Rabaellac, Escrivano de la Ciudad de Angulesme, que de propio motu, sin consejo, parecer, favor, ni ayuda mató con un cuchillo de dos puñaladas al Rey Enrique Cuarto, instigado de diversos designios que llamava revelaciones. Avía sido Religioso y espulso de su compañía por componer algunos escritos y meditaciones sobre los juizios de Dios, y avía sido otra vez preso por assasino.

Como las altas esferas no regulan sus movimientos, como los inferiores, Ricardo quiso dar vida al cuadro en que estava Isabela coronada por Reina de la gran Bretaña y, por no dilatar la ya entendida historia prodigiosa, suficiente causa para legitimar sus hijos, como lo dezía la inscripción<sup>250</sup> con la pompa, ostentación y Magestad devida al amor de Ricardo, hizo desenterrar a Isabela y en la forma que pudo se casó con ella, poniéndola como si estuviera viva debaxo del palio al entrar en la Corte acompañada del Rey, de los Grandes y toda su Corte. Y llevada so el dosel, en el lugar donde se coronaron los Reyes, sus predecesores, le puso en la cabeça y mano la corona de oro y cetro, con lo cual sus hijos quedaron legítimos, aptos para la sucesión del Reino, alegres y contentos los vassallos, si no se vertieron tantas lágrimas en las bodas de Hipodamía<sup>251</sup>, ni en las demás a que assistió el Himeneo<sup>252</sup>. Lleváronla a su Capilla Real, Mauseolo insigne, y por la vida del tiempo inmortal.

Porcia bolvió en sí, ordenó su vida y alma, reconoció merecedora de terrible abominación y perseguida de las visiones de Astolfo y de traer a la vista de día y de noche [f. 48v]

250.- inscrepción] inscripción.

251.- Se alude a las bodas entre Hipodamía y Pirítoo, rey de los lápitas. Durante la boda, en la que estaban también los centauros, éstos raptaron a la esposa y provocaron la guerra entre centauros y lápitas que, gracias a la intervención de Pirítoo y del amigo Teseo, acabó con la derrota de los primeros, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 289.

252.- Dios de las ceremonias nupciales. Véase la nota 50.

a Isabela degollada, que es lo que dixo un Rabino de David, también Rey, que vía siempre delante de sí al dichoso Urías<sup>253</sup> en aver muerto sin saber que fuesse desdichado, muerto y alanceado causa de grande horror, pena, y tormento. Murió Porcia; su ataúd igualó al de Isabela en la bóveda de su capilla, que los hados y la fortuna pudieron con su muerte juntarla en la muerte con quien no en la vida. Ricardo y el Reino hizieron las fúnebres honras y devidos sentimientos.

El Conde don Pedro Enríquez, satisfecho como el Rey de la vengança al igual de los delitos, estando a solas con Ricardo, le dixo:

— Señor mío, el cielo ordena cómo se apaguen las penas de V. Alteza, y en quanto es possible resucitar a Isabela, aya de saber V. Alteza, la dama que está en el quinto cuadro de Palacio, es Mauricia mi sobrina, su hermana. Escurecí quién era cuando la vi; estava en mi casa con mis criados, y deudos. Yo la he socorrido y embiado más de los que puede aver avido menester. El Rey de Ingalaterra sabiendo el estado en que estava su hermana Isabela, mandó que estuviesse con la Reina y sus hijas en Palacio por de la sangre Real. Lo que resta dirá V. Alteza.

— Diré, Conde, que estuve tan divertido con Isabela, que perdí la memoria de todas las cosas. Yo os dava más de lo que aviades menester, y tal vez os di intento de que no se casasse Mauricia hasta buscarle yo otro como yo. Estos prodigios vienen a ser, disponed cómo ir por ella con la grandeza y Real ceremonia devida a lo que ha de ser, si más dichosa Reina de la gran Bretaña, que su hermana Isabela, que solo en esto, como lo dize el retrato que no avía visto, no le es parecido. Luego al punto se prevenga, escribiré al Pontífice Romano el sucesso para la dispensación que no será difícil, siéndole yo el más obediente Rey, y al de Ingalaterra, que salga de su Palacio Mauricia como sangre suya.

El Conde y Guillermo dieron parte a los grandes [f. 49r] Príncipes y Señores de lo que el Rey acordó. Era amado, morían por lo que imaginava; la tragedia mendigava aliento, la voluntad de los Reyes imita en lo veloz rayos y cometas, no se deve impossible a lo que mandan y ordenan que en el gusto de los Reyes más imita el arte a lo que se aparece que a lo que se haze. El coraçón del ingrato no pronostica, no es profético, si desdize el alma, sustancia divina, Angélico espíritu, como reconoce dos de la guarda del Rey, no peca en ofensa desleal, ni en la idea, ni en la inteligencia. Disponiendo la partida le besaron la mano por el favor. El Arçobispo de aquella Ciudad se encargó de la costa y gasto; que la renta era mucha y mayor la santidad. Toda la dava de limosna y tal vez la devieran pedir los Reyes a la defensa de sus vassallos. En aviéndose entendido el assunto de la fábula o de la comedia, no permite el vulgar se dilate el fin. Lo mismo codicia en la historia.

La jornada se hizo, fue traída Mauricia del Palacio del Rey de Ingalaterra. El Rey, la Reina y sus hijas la hizieron muchos favores y dieron ricas joyas, y a los Embaxadores hizieron grande estimación del Conde y sentimiento de la pérdida de tal vassallo si lo tuvieron a buena fortuna, que fuesse el ombro, si no del cielo, Atlante del Reino de la gran Bretaña. A la raya del Reino salió Ricardo al recebimiento de su esposa, que humilde le besó la mano. Pareciole aver resucitado Isabela porque era la misma, y lo que tenía menos era un año de edad, rara belleza y hermosura la suya. Llevola a la Corte con la dispensación del Pontífice, que otras se han visto del parentesco, coronola por su Reina. Dilatava

253.- Se refiere a Urías, el hitita del *Antiguo Testamento*: esposo de Betsabé y valiente del rey David que, al enamorarse de su esposa, decidió mandarlo a una batalla donde murió, *Segundo libro de Samuel*, 11, 3-4; 15-17.

Mauricia el sentimiento y lágrimas por la difunta para asolas, y por no obligar las de Ricardo; a sus dos sobrinos puso en el alma por hijos. El Conde don Pedro Enríquez era el aliento del Rey que parecía, no le tenía sin el suyo; disponía de todas las acciones de Ricardo y del Reino, que [f. 49v] buena satisfacción tenía de su amor y voluntad y del valor de su sangre generosa, de que no desdezían el ingenio sutil, la providencia, prudencia y la paciencia espera de las importunaciones y pretensiones. El segundo d'este primero lugar ocupava Guillermo su primo, que fuera culpa no obrar con entendimiento si faltara a su sangre. Assí lo dizen estos dos versos:

*«quien a su sangre no ayuda,  
enemigo es de su sangre».*

Adorava Ricardo a Mauricia que le puso el nombre también de su hermana, por no diferencia en otra cosa. Las damas y las criadas de Porcia la servían con mucho amor, que al amor imitava la Reina, la mano pródiga les hizo largas mercedes, que dineros y joyas dexó Porcia en el Monesterio para disponer y quedarle riquezas y preciosas joyas. Tuvieron hijos y felizes hados, fortunas, vitorias, sucessos, triunfos y quanto pudieron desear sucedieron en su Reino y en sus buenas andanças por muchos siglos. Aquí dio fin el caso prodigioso de Isabela, si dilatado no va solo sucessos diversos le dieron lugar, que los casos lastimosos no deven morir tan apriesa por no sufocarlos. A las vallas heridas se da lugar en el furor y a las trágicas historias algún alivio a no precipitarlas.

En aquel tiempo el reino de la gran Bretaña y el de Escocia tenían diferentes y contrarios Reyes. A Roberto, General de la guerra, aviendo derramado el ejército, como dize la historia del señor Rey don Juan el Segundo de los suyos y de los contrarios, hizo Ricardo honoríficas mercedes por su deudo y su valor, Capitán General de su guarda y Reino, perpetuó mucha renta de por vida, mucha perpetua que no le hizieron servicio que no premiasse y assí no tuvo criado, ni vassallo que no le amasse y sirviesse.

Lo que se pudo saber de Leandro fugitivo, Confessor de Isabela, fue que, aviéndole huido a Francia y sabido el terrible castigo de sus compañeros, tomó un laço y con él [f. 50r] en la garganta se ahorcó imitando a Judas desesperando de la misericordia de Dios; tal desdicha influye un delito horrendo. Una vez pecó Judas y otra Leandro y fue tremendo el fin, como el de la trágica historia de Isabela.

Del mancebo Romano, que traía la pretina fuera de su lugar, no penetraron el misterio, ni los Augures que adivinavan por agüeros de las voces o graznidos de las aves, ni los Aurúspices<sup>254</sup> por el buelo, ni los aurúspices por las entrañas de los animales en el sacrificio. Era Julio César Príncipe de la juventud, el que traía la pretina por los pechos, el misterio ser de tan herviente corazón, que temeroso de que rompíesse las del ardiente cuerpo hasta la vena cava y abriese camino al alma, haziéndole algún rezquizio para salir, que los espíritus por cualquiera salen, ponía la pretina a la defensa del corazón, cosa que no le pudieron adivinar. Los vandos de Julio César y Pompeyo notorios los hizo la fama en el orbe, el fin escuro de César hazerse dueño y señor del Imperio Romano, vestir la Toga en paz y en guerra y coronar la cabeça del triunfante laurel; no era el mismo el de Pompeyo, fundávalo en que defendía la patria y seguía al Senado, Religiones divinas y leyes Romanas, como si bolver

254.- Auspices] Aurúspices.

César astuto, sagaz y engañoso las armas contra la patria lo permitiera Júpiter<sup>255</sup> sin ofensa. Pues siguiendo casos prodigiosos no parece ninguno más admirable que aviendo sujetado el famoso Julio César el mundo coronado de laurel ingrato al Dios con tantos triunfos de vitorias maravillas de su divino ingenio, sabido el pronóstico de que le avían de matar en el Senado uno de los días de las calendas de Março, por no decaer de la grandeza del Imperio y que los hados sin él no le quitassen la vida imitando a Sila, a Mario, Belisario, a Marco Antonio<sup>256</sup> y a los otros quexosos de en más baxa fortuna desistió del pronóstico y defensa, padeciendo la tremenda muerte en el Senado de tantas heridas infelices. Por la primera de su misma sangre César emprendió [f. 50v] conquistar el Imperio, aviendo aprendido estudiando de intento las ciencias que contenienen sus Comentarios científicos, peleando de día con la espada cortadora, escribiendo de noche con la bien cortada pluma, con tan dulce veneno se hizo dueño de las voluntades de la mayor parte de Roma. De las letras pasó a las armas; fueron César y Pompeyo los dos más famosos Capitanes del mundo y los que le pusieron en medio en aquella única y sangrienta batalla de los Campos Ematios vencedores. César fue tan ingenioso que excedió en los ardides, invenciones, dulces sobornos y eficaces venenos a los discursos, defensas y reparos de la poca fortuna de Pompeyo. Con esto se llega al caso prodigioso, que teniendo el defensor de la Patria en su ejército cohortes y legiones, soldados más excelentes y de más valor que los de César de más vivos y sutiles ingenios, eran de César tan ardientes las traças y modos que se aparecían de su parte las voluntades grangeadas de Príncipes, Cónsules y Senadores y en las astucias Marciales las de Marte y Belona sangrientas<sup>257</sup>. Con esto su ejército vencedor, enseñado a siempre vencer, triunfava de que vinieron a estar los soldados de su ejército tan ricos, poderosos y bien afortunados, que despreciando letras, armas y virtudes de Pompeyo y sus Capitanes y soldados, César los dexava y traía siempre vencidos temerosos, sin averles valido industria, valor, ni otro remedio humano. Llegó lo fatal peregrinando Pompeyo fugitivo el mundo, dio fin a su vida en Egipto muerto por Achillas<sup>258</sup> y sepultado por Codro<sup>259</sup>: la cabeça le cortó de que hizo presente a César. Llorola si ay quien diga que fue por no averla cortado su vengança. Usó César con prudencia d'èsta vitoria, perdonando y no haziendo estragos en ofensa de los vencidos, que bastava no averles sido propicios los hados y la fortuna, si en aquel siglo no perdonaron los Dioses a los que no imitaron a Julio César, ni a los que en el Senado [f. 51r] le dieron injusta muerte dos ejércitos, uno del Turco y otro del Persiano, mortales enemigos de oposición Marcial, por cual observa con más Religión la seta de sus ritos y ceremonias, se buscaron por mar y por tierra, y en la tierra y el mar fue vencido el Turco, muertos Genízaros y Baxaes destroçadas avanguardias en las escaramuças y las retaguardias mal fugitivas en los alcances, puestas sus medias Lunas que adoran, que puestas

255.- Dios del cielo y de la luz. Véase la nota 54.

256.- El autor hace referencia a cuatro personalidades muy fuertes en ámbito militar y político.

257.- Véase la nota 43 sobre Belona y Marte.

258.- Hermano de Cleopatra, Achillas fue un general egipcio que mató a Pompeyo mientras este se había fugado a Egipto para buscar ayudas y volver a luchar contra César.

259.- «Codro, el temor con la piedad venciendo, / el tronco helado de Pompeyo espera, / que, impelido del mar, a la ribera / sacó en los brazos y lloró diciendo: / -No está soberbio túmulo pidiendo / el gran Pompeyo aquí, Fortuna fiera, / ni que en la llama funeral postrera / suba aroma oriental el sol cubriendo», L. de Vega, *Rimas*, ed. de R. García González, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003, CXVI, vv. 1-8. Edición digital consultable en <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcmw2r9>>.

las vieron quedando sin luz más ignorantes que los Egipcios fueron los primeros que adoraron el Sol y Luna, como los Caldeos el fuego.

Sucedió en esta guerra esto admirable. Los Turcos a fuer de los Capitanes de Roma y el vencedor Aníbal<sup>260</sup>, de cuyas virtudes y vicios dudó lo vitorioso la Fortuna, el día de la batalla campal echaron los Elefantes que traían los Turcos a dar temor y desbaratar la avanguardia Persiana. Lograron espantar, atropellar y matar muchos soldados y como las esperiencias y ardidés en la guerra conceden las vitorias, un Capitán persiano con otros fueron aprisa con lanças tan cerca de los Elefantes, que clavadas en algunos por lo menos fuerte, quedaron heridos, y como en parte son temerosos sin quien los gobierna, bolvieron huyendo los heridos y los no ensangrentados a la querencia, como dizen de los toros, por la puerta que entraron en las plaças, desbaratan la avanguardia Turca que tuvo por segura la vitoria y los atemorizan y desconciertan, hiriendo, atropellando y matando, de que se turbaron con assombro y descompusieron de forma, que reconocido por los Persianos el daño que avían hecho los Elefantes en los Turcos vengando el desconcierto se travó cruel y prodigiosa batalla en que murieron tres mil Persianos y más de ocho mil Turcos y Genízaros. Apenas la sangre y cuerpos muertos sin ella les dexavan proseguir el alcance, la noche lo impidió. Los muertos fueron muchos, los despojos y cautivos no pocos; huyeron los Turcos vencidos y desordenados.

[f. 51v] En el mar la batalla Naval también fue muy reñida; las naves de Persia escogidas y reforçadas como galeras, mucha y luzida gente y artillería las enriquecía, poniendo lisongero Neptuno<sup>261</sup>, glorioso el ombro a sus quillas y sus luzes y rayos el Sol en los reflexos de las armas. No parezca se escribe la historia, sino solo el prodigio. Vencieron los Persianos, echando a fondo las unas naves y abrasando las otras, que dispuesta la fortuna y los hados a proseguir un día la vitoria, no deve el Capitán desdezir el alcance, pues rendida la Real de la Armada Turca, la entraron los Persianos y fueron tantos los muertos que dudaron hallar a quien preguntar. Solo tenía vida un Genízaro tan a los umbrales de la muerte que a tener tantas lenguas como heridas; muchas respuestas les pudiera dar: quiso responder y con el último aliento que iba previniendo salió el alma indigna por sustancia divina de aver animado cuerpo que la embió al infierno.

Hallaron mucha riqueza, doblas<sup>262</sup> Turcas, escudos<sup>263</sup>, doblones<sup>264</sup> de oro y reales<sup>265</sup> de aocho<sup>266</sup> Españoles, que como ellos passan en todas partes, joyas de oro y diamantes,

260.- General y político cartaginés (siglos III-II a. C.).

261.- En la mitología romana, hijo de Saturno y Ops y hermano de Júpiter y Plutón, fue el dios de todas las aguas; también conocido como Poseidón en la mitología griega, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 355-356.

262.- «Los escudos de a dos, término usado en los Tribunales supremos, como apelar con las mil y quinientas doblas, que es tanto como depositarlas, para que se repartan entre los juezes, si el apelante no sale con su intención, revocando la sentencia dada en la precedente y última sentencia», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 119r [219r].

263.- Moneda de oro. Véase la nota 210.

264.- «Escudo de a dos, doblón de dos caras, de los de los Reyes Católicos D. Fernando y D. Isabel contrahechos en el cinco de oros de los naipes», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 119v [219v].

265.- «Moneda de plata que vale treinta y cuatro maravedís, por tener las armas reales, *ibid.*, f. 155v.

266.- «Ocho», A. Ulloa Castañón, *Diccionario enciclopédico de la lengua española...*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1853-1855, 2 vols., I, p. 184.

mercaderías, armas y municiones. Aquí llega el prodigio. Halló el General de Persia una caja muy grande, dos varas de largo, una y una cuarta de ancho, tan rica de terciopelo verde, la clavazón de oro tan cerrada y clavada que no pudo el aire, aunque porfiava ver lo que avía dentro, moviéndola era el peso terrible. Quisiera Otomán, este el nombre del Generalpreciado decendiente de la casa Otomana, renegado de su seta, observante de la Persiana, azérrimo enemigo de lo Turquesco, abrirla y pareciole que haría al Soldán su señor rica lisonja, presumiendo si tantas riquezas no enseñadas serían Indias las que avía en la caja. Con su Teniente le embió la nave fértil de flámulas, vanderolas y gallardetes, dorada la popa y proa con historias vitoriosas y triunfantes. Llegó a Persia, vio la carta [f. 52r] del General el Soldán, y aunque los Príncipes no deven desaparecer el semblante en la próspera como en la adversa fortuna, pareció aver llegado a desdezir alegrándose con las riquezas que podían venir en aquella caja tan rica y tan cerrada. Hizo Semíramis<sup>267</sup> un Mauseolo Babilonio de la mayor maravilla de aquel siglo, y en la fachada o frontispicio dexó inscripciones de las inmensas riquezas que encerrava con su cuerpo. Un Rey conquistador de aquella portentosa Ciudad vencida, sediento de mayor tesoro que el saqueado, acudió al sepulcro, rompió las puertas y, llegando a la que se persuadió tenía el mayor del mundo, donde estava la urna en que ya sus cenizas rompiendo el mármol que tuvo por cierto encerrava la mina de oro, plata, diamantes y piedras preciosas, halló unos renglones escritos con letras de oro que dezían: «A ti, el más codicioso de los hombres, el cielo maldiga tu alma, tu sed y tu codicia que no puedes hallar en este sepulcro más que los güessos de Semíramis». Buscó los tesoros, no los avía, corriose y al punto se fue de Babilonia. No sucedió assí al Soldán, que aviendo recogido la caja en su retrete dexando sossegar toda la gente de su Palacio y a solas él y Hazen Repeche su Secretario, que llevó con qué decerrajarla, pronosticando diversos los sucessos, la abrió y llegando a ver codiciosos aquellas preciosas piedras, perlas y diamantes, oro y plata, vieron a un tiempo –jo fortuna, o codicia!– podrido un cuerpo muerto, ricamente vestido, con un papel en que estava escrito: «Mustafá Baxá del Turco murió apestado en esta jornada». Y fue tan terrible, penetrante y eficaz el pestífero olor, que abundante salió del corrompido cuerpo y de la hediondez; inficionado el aire esparció tal veneno que el Soldán y su Secretario se cayeron muertos. Tenía Armelina Sultana, muger del Soldán, la maestra de todas las puertas; y viendo que no salían a la hora de la cena, zelosa abrió la sala donde avía entrado y, sin dar un passo, bolvió atrás inficionada del hedor y aire corrompido. [f. 52v] Llamó gente, entendido que estavam muertos los dos y ser la causa el Turco difunto, previniendo remedios sacaron al Soldán y al Secretario a un jardín y al cielo descubierto embalsamados con aromas y aguas odoríferas; pudieron disponer los cuerpos para enterrarlos y quemar el de Mustafá. Bien fuera de las últimas casas, que no fue poco esfuerço el que ossaron para llevar el corrompido cuerpo, temeridad averlo emprendido, acción la del Soldán indigna, que pudiera mandar abrir la caja al Secretario, pues no devía el quinto al Rey, ni avía de ossar desaparecerle una joya.

Los agoreros y hechizeros, de que es fértil aquel Reino, echaron suertes, alçaron figuras sobre la muerte penosa del Soldán, Hamete Abraín su nombre, y los más familiares del pacto con el demonio convinieron en que, aviendo tomado al Turco el Persiano una

267.– Según leyendas griegas, fue esposa del rey Ninus de Asiria donde gobernó a la muerte de este. Se le conoce por haber encargado la construcción de un mausoleo a Ninus, de ciudades y edificios, palacios y jardines en Babilonia.

fuerça muy importante a la raya de Persia, poniendo muchos Capitanes y soldados de presidio, morían de hambre, no los embiava el socorro que les avía ofrecido la causa; que aviéndoles consignado catorze mil doblas de oro para los bastimentos de cada mes, en la mejor situación y renta más segura y cercana a la fuerça, no tuvo efeto libradas a lo que pudiera valerse de otra parte, si menos precisa la necesidad.

Sucedió –este el prodigio– ser el hambre tan desapiadada que ni quedó cavallo, ni otro animal vivo sin comerle, y de los soldados eran muchos los muertos. Vino la extrema desdicha hambrienta a tan riguroso lance que el Castellano de la fuerça dava a cada soldado un poco de pan de lo que tassado ivan dilatando y otro poco de sal, y con esto salían al campo a pacer la yerva los hombres, como los animales, y a buscar hasta lo profundo de las raíces que se podían comer. En tal estrecho puso faltar providencia a la mayor y más desapiadada necesidad. Resultó que muchos de los Persianos se passaron a los Turcos, dándole [f. 53r] aviso de lo que no avía en el Presidio, cercáronle por mar y tierra ingeniosas trincheras, fabricaron acercando a las murallas secretas minas que apressuraron, pues viendo sobre la fuerça otras mayores. Assaltos de día y de noche, sin dexar reposar los soldados hambrientos. Acudió a socorrerlos el Soldán y fue tal el contento y alegría de verse ya socorridos y con bastimentos que despreciaron el cerco de los Turcos y salieron a ellos de la fuerça las naves Persianas. Por la mar les dispararon tantos tiros de artillería, pedreros y culebrinas y tan apriesa que tuvieron por bien alçar el cerco, dexando muchos las vidas y los despojos. Muchos cautivos que echaron vivos en el mar para escarmiento y exemplo en estos peligros y conflictos pone el descuido sin providencia las fuerças mal proveídas, menor inconveniente no ganarlas que ganadas perderlas.

Este castigo, dezían los augures y hechizeros, avía embiado Alá al Soldán por aver dexado sin provisión el Presidio, que no viene a ser providencia remediar el daño, sino escusarle, si las más vezes se quiere remediar y es impossible; viene a perder un Rey la fuerça, y la opinión y el atreverse a sus armas, que si vencedoras, es la mayor injuria y desdicha. Avían de dar veneno a un soldado Romano, y comió dos limones muy agrios primero, y maravillado el César de la resistencia viéndole vivo se lo preguntó; dixo la verdad y perdonole el delito, librose obrando con entendimiento. El Sol antes que salga en el Oriente previene el crepúsculo, el Alva, el Aurora, la salva de las aves y por divina de las calandrias y ruiseñores, el relámpago, el trueno, los rayos, lo amenazante a los olimpos y altivos capiteles, el mar con las cabrillas, las tormentas. Hasta los animalejos más viles huyen de la casa que se ha de caer; no anidan los paxarillos en el árbol que se ha de secar. La muerte previene con las enfermedades y los descuidos, por no prevenidos perecen en el mar entre las olas, en la [f. 53v] tierra entre las fortunas.

La Condesa de Peñalva, que si Peña en la dureza más fiera a los incendios del amor que las tigres Ircanas y Albanos leones, más dura que los riscos y montañas a las quejas desdichadas de los amantes, sentidas bien de sus valles, si mal guardadas de sus ecos, como dixo un Poeta<sup>268</sup>, la más inexorable que el mar, cuando temerosas las Estrellas de sus crespas, blancas y espumosas olas, desde el Cielo amenazan los abismos. Más que a la peña

268.– El autor alude al poeta Luis de Góngora y a los vv. 3-4 «sentidos bien de sus valles, / guardadas mal de sus ecos!» de la primera estrofa de la lírica *Al nacimiento de Cristo Nuestro Señor*, P. C. Rojo Alique, *Catálogo bibliográfico de manuscritos e impresos del siglo XVII con poesía de Góngora*, ed. cit., <<https://www.upf.edu/todogongora/documentos/catalogo.html>> [consultado el 04/07/2020].

imitava al Alva la bellísima Laura; luz de sus Orbes esperaban el Alva risueña, la cándida Aurora y la mañana al divisar el rocío y la risa de los labios de coral. Engaño padecían las aves a las salvas a las luzes de aquellos primeros esplendores que al salir de su esfera o Palacio no dudaron ni las aves, ni los hombres, que amanecía dulce y hermoso el veneno que arrojaban las Estrellas, Basilisco imitava en el mirar. La Luna y el Sol se escondieron tal vez, viendo Luna y Sol más luciente en Laura. Cupido<sup>269</sup> corrido y vergonçoso fue desalado a su padre Vulcano<sup>270</sup> de aver embotado en el pecho de acero y diamante de la Condesa de Peñalva<sup>271</sup> las flechas de oro. Tal dureza reconoció en el alma de peña como el nombre. Píadoso el Dios más que con Venus<sup>272</sup>, madre del Amor, fabricó una bolante saeta, tan delgada la punta del harpón y del mismo diamante de la túnica y celada del Marte de la quinta sangrienta Esfera, que le aseguró, acertando el tiro, herir con ardiente llaga el pecho, ya en vano belicoso contra el amor. Contento besó al Dios forjador<sup>273</sup> la mano, que templó la punta del diamante, que de su vengança avía de ser la vitoria y el triunfo<sup>274</sup>; y queriendo que Laura ofendiese más la deidad que despreciava a mayor estrago, a más penetrante herida; no a Peñalva, a Chipre se fue, y provando el veneno de la saeta, por no más desprecios de la Condesa que tiró a una rebelde tirana como a la Diosa Venus su madre, hiriéndola en el corazón, aparecida la belleza del mancebo Adonis, por quien al punto començó desvelos y amorosos cuidados, [f. 54r] aseguró a Laura<sup>275</sup> esclava en el carro de su triunfo.

El Condado de Laura era en Alemania; Carlos, Príncipe de Polonia, enamorado de su rara belleza y hermosura que esparció con trompa de oro la fama en el Orbe a penetrar secretos, que la rara hermosura padece peligros y naufragios, si los mayores del Océano son las calmas, y a escusar leyes del Himeneo en los Príncipes capitulantes o retratos o relaciones; que vivir y morir con la grandeza, y no con la elección el infelice, solo puede imitar la fortuna de los tormentos del infierno.

Previno a su madre y vassallos iba a tratar de secreto, que el Emperador de Alemania le ayudasse en la guerra contra los Tártaros por averle tomado ciertos navíos que le traían de las Indias con oro, plata y mercaderías, en trueco de cosas diferentes que avía embiado, que no era novedad por aver tenido el mismo entretenimiento sus antecesores, y dexando a Faustina, su madre, Reina de Polonia, que por muerte de Sigismundo, su marido, le gobernava; tal obediencia la tenía. Partió de secreto con dos criados, si bien con muchas joyas y dineros, a ver el Fénix de la hermosura, el milagro de naturaleza no ignorado de la bella Laura. Era discreta en extremo como hermosa; Carlos, mancebo gallardo, tan sabio y entendido que pudiera sin el Cetro y Corona adquirirle por su ciencia, y entre lo que avía observado salió Príncipe excelente en lo secretario, que pudiera escusar este Arte en su casa, por no dezir oficio, que Aristóteles y el Cornelio Tácito<sup>276</sup> le tuvieron por lo muy

269.– Dios del amor. Véase la nota 47.

270.– En la mitología romana, dios del fuego, identificado con el dios griego Hefesto, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 510.

271.– Pañalva] Peñalva.

272.– Diosa de la primavera, del amor y de la belleza. Véase la nota 55.

273.– Con la expresión «dios forjador» se alude al dios Vulcano por su habilidad en forjar en el fuego.

274.– trin] triunfo.

275.– Luara] Laura.

276.– Cornelio Tácito fue un historiador romano de los siglos I-II.

difícil del más valiente ingenio; por de Esfera superior admiraban el merecedor del título; decía él más a propósito de ser Zoilo, que a penas avía dado el nombre a uno de muchos que le tenían, que Secretario de un Príncipe lo avía de ser el merecedor de imitar las quintas essencias, si bien que el siglo tiene tal denuedo contra el saber, que para cada mérito nace un ceño crespo, hosco y sin decoro.

Dexémosle en el viaje y buelvan los discursos [f. 54v] prodigiosos –que más prodigio que dezirlo así– a Laura entrando en el jardín de su Palacio, dando vida y aliento, como el Zéfiro<sup>277</sup> a la Primavera. Mirava a Clicie, flor del Sol, que siguiendo su eclíptica el amante no le perdía de vista haziendo el movimiento, imitando al que hazía por su cuarta Esfera. Ofendió a Laura Clicie, tan enamorada de quien no avía parado el curso a premiar su amor y cuidado, que si Dafne era menos bella, y despreció ingrata al Sol, con ser el Dios Apolo, no deviera estimar siendo Ninfa más hermosa que Dafne, a quien no estava atento a su amor y quexas.

A Narciso<sup>278</sup> en flor, Rey del amor propio, dio su aliento la Condesa, pareciendo a su hermosura que le avía de imitar amante de sí misma; no hizo mucho, que Luzbel<sup>279</sup>, Narciso, ni Laura no hallaron mayores bellezas que las linsonjas de sus espejos. Solo temió que, si Luzbel al infierno y Narciso en flor, estava más cerca de seguir a Luzbel con la tercera parte de las Estrellas que a Narciso que no tuvo de su parte más que su opinión y vanidad.

Los Claveles le desagradaron, si bien los avía mirado en sus labios y deshojados sobre el jazmín en su cara de nieve y rosa por la brevedad de la breve tiranía de su Imperio. Nacen en un día, mueren en otro –decía–; imitan relámpagos y cometas, que, si de luces divinas tienen por assumpto morir al nacer, puede ser soberbia de que no logre lo mortal su belleza, sino en el Empirio de las flores. Y esta sola disculpa influye en los claveles que, por no celebrados más que para los labios y mexillas de la hermosura, siendo tan bellísima, y no por la mayor maravilla en flor, mueren tan por la posta. Áyax convertido en flor no agradó a la Condesa, que aviendo peleado con Ulises sobre las armas del Griego Aquiles, por vencido, deviendo ser el vencedor, a no de por medio astucias del contrario, bolviesse la desnuda espada contra su pecho para ser convertido en [f. 55r] flor. Agradárase Laura de verle robusta encina, monte, risco o montaña que imitara en la muerte la braveza de tan fuerte Capitán en la vida.

Las maravillas, aunque de oro listadas, hizo quitar del jardín en que duran del Aries, también de oro, hasta los peces de plata, por siempre en las coronas de los que niños o vírgenes mueren, imitando en la infancia a los del signo del florido Mayo que ofendían a la Condesa por fúnebres para los ataúdes y sepulcros, como los cipreses en quien<sup>280</sup> anidan tristes y noturnas aves de agüeros infelices. También porque no quería Laura en su jardín tantas maravillas, diziéndole el cristal, no lisongero, que la Condesa de Peñalva era la maravilla de las maravillas y, si otava, más que las siete maravillosa.

La rosa le agradava por Fénix de las flores como la Condesa de la hermosura, y más por verla cercada o coronada de espinas; agradle, que en tan rara belleza puso el Cielo

277.– Portador de la primavera. Véase la nota 172.

278.– Véase la nota 93.

279.– Lucifer. Véase la nota 241.

280.– Quienes. Véase el uso del relativo en el Siglo de Oro, R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, ed. cit., p. 336.

tal defensa en que la hallara queriéndola cortar, no siendo de la parca mano rústica del villano atrevido, que con el alma de oro, ¿quién sino un Dios la deviera lograr? Y pareció a Laura que las lágrimas, perlas del rozío de la mañana en que imitaba al Aurora y pudiera embidiar el Sur, tal hermosura divina vio entre el nácar y alma de oro las lloraba, por averla llegado a cortar grossera mano que no la podía merecer, temió la fábula Historia.

Solo reparó Laura en la rosa, qué le parecía y en qué, imitando su espinosa belleza, si podían los hados y la fortuna embidiosa lo que no el Cielo con el alvedrío, solo esclavo de la voluntad<sup>281</sup>, que la cortasse grossera villana mano.

— Si no lo temo —dixo la Condesa—, siendo mío mi alvedrío, lo que no ha podido el amor no lo teme el Alma. De la Condesa Laura.

El jacinto en flor le agradó, si por más precioso en piedra que en flor, viendo que imitaba a la dureza de su alma contra el amor.

[f. 55v] A su Palacio bolvió la Condesa, contenta de ver que su alma vivía libre en la prisión de su cuerpo. Despreciava el oro de los grillos y cadenas de los amantes, si también al ave Fénix, infelice por sin igual, que nacer y no a propagar injuria de naturaleza y aun maldición. Llorolo Hebreo, corriose Laura de aver formado idea atrevida en no imitarla Fénix, y tal vez se ofendía de no lograr las dulçuras del amor. Gigantes las presumía, disculpa Diosas y Ninfas que amaron no solo Deidades, sino soldados y pastores; libros de amores le avían quitado tal vez el sueño, desvelados pensamientos le infundían, mas en llegando a los zelos arrojaba o cerrava los libros, tan feroces los avía imaginado.

Carlos llegó a la Peñalva limpio, y curioso el vestido de camino sin la riqueza de los que tenía, preguntó a un page, nombre que dio el mar a uno de sus pescados<sup>282</sup> por Lucio, mayordomo de la Condesa; prevención del caso pensado, salía de una sala y díxole qué mandava. Respondió Carlos era Español, avía venido a Alemania llamado de un Barón deudo suyo; hallole muerto y robada la hazienda, bolvíase a la Corte, avíale faltado alguna comodidad para el viage, y sabiendo la grandeza de la señora Condesa, si faltara algún criado en cuyo lugar la pudiera servir, sería en tal ocasión buena su fortuna. Viole airoso, mancebo, discreto al parecer, y respondió buscava un gentilhombre para su Excelencia por averse ido el que faltava y le recibiría en su servicio. Besole las manos y prosiguió; venía en su compañía Bertuno, que avía de ser page del Barón y deseava poderle acomodar. También le dixo Lucio le recibiría; mucho se lo agradeció Carlos y assí quedaron de acuerdo fuesse a la posada y mandó que León, el otro criado, se bolviesse a Polonia y llevasse a la Reina la carta que le dio diziendo passava a ver el Emperador, que no le [f. 56r] dio indicio a León de quedarse en la ciudad de Peñalva. Tanto sintió dexar a su señor que imitava león furioso embravecido de su voluntad en los campos Africanos, herido el pecho con graves heridas de los monteros, que mueve en contra las enemigas armas y se embravece erizando el vedijoso cuello, haziendo sin temor rajas el venablo que le clavaron y brama con la sangrienta boca. Tales fierezas hazía en la primera jornada, por no averle llevado al Imperio, que deseava ver al Emperador, que no fue consuelo darle mucho dinero.

Conjuró Carlos a Bertuno con pena de la vida, si no callasse el secreto que le prometió. Previno para el siguiente día vestido negro, limpio y costoso; fue a servir a la Condesa.

281.– volunrad] voluntad.

282.– El autor se refiere al pagel, «un pescado conocido en la ribera de Valencia», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 129v.

Pues como el amor con la saeta del diamante, que esmaltó de oro, huviere herido de sangrienta llaga a Carlos por la Condesa Laura, el día de la vengança de Cupido llegó y con la misma saeta enervada atravesó el corazón de la dama que bien sabía no aver en Peñalva por quién, sino por Carlos, le abrasaría el incendio amoroso.

Dio cuenta Lucio a Laura de los dos criados que avía recibido, contento de que su Excelencia se agradaría del gentilhombre. Jepte, viniendo vitorioso Capitán del pueblo de Dios, le ofreció en sacrificio la primera cosa que de su casa le saliese a recibir; fue su hija la primera, sacrificola, lloró dos meses su virginidad, si menos tiempo se ha llorado en otro siglo. Pudiera Laura al contrario ofrecer a la primer cosa que viesse la vida en sacrificio, que la primera que vio fue Carlos y como el ciego Dios avía ensangrentado la herida y el antídoto del veneno avía de ser aquel mancebo, se bolvió a Chipre, donde por dicha en pena del homicidio le picó la abeja [f. 56v] de que hizo tan airados sentimientos y llorosas quejas con su madre. Vio Laura a Carlos recibido para servirla de gentilhombre, agradole no desdezir al oficio.

— ¿Cómo os llamáis? —le preguntó deseando el ingenio como la belleza.

Dobló la rodilla con mucha humildad, con la mano hizo amago de que la desdoblasse, que de allí se tomó el recibir en su servicio las señoras gentileshombres que lo sean, que los escuderos Néstores, por no curiosos, tal vez discretas los despreciaron. De dónde era le bolvió a preguntar. Carlos se turbó viendo la hermosura de Laura mayor que su fama. No acertava a dar la respuesta:

— Dezilde —dixo al mayordomo— de qué se turba.

La pregunta deseava Carlos. Respondió de no aver visto tan rara belleza en la Corte de España —donde nació—, como la que admiro en vuestra Excelencia, digna de ser adorada.

Y Laura: — Lisonjero como Español parecéis; si fuéades de los escuderos ancianos de otro siglo, estas preguntas se escusaran, mas como ya van los d'este luzeros de las sillas, donde van los Soles y deven dar luz de lo que se ignora, conviene ver si la pueden dar, que allá en vuestra España dizen avía un grande Cavallero, que hasta los lacayos avían de ser de buen talle y no muy necios.

— Assí es —dixo Carlos—. A tiempo recibe vuestra Excelencia en su servicio criado, cuya vida necessitava de su amparo y le será esclavo.

Mandó a Lucio, que devido por estrangero y de buen parecer le diesse ración, y a Bertuno y aposentos cerca de Palacio, como a los demás, y fuese Laura a su cuarto. No creyera Carlos que avía en el mundo dama tan bella y hermosa; pareciole aver visto la primavera entre sus anuncios y cuantas flores y maravillas le engendra blando y amante el Zéfiro esposo. Temer devieran el Alva y la cándida Aurora más hermosa risa y más ardientes luces. Los Poetas la devieran invocar por su Talía<sup>283</sup> en la hora que juzgaran suya la belleza de la cara, nieve y grana; la sangre de los labios y perlas iguales del Sur, en la mañana [f. 57r] más alva, en ella misma fuera mejor dezir, la nieve de las manos hermosas, las Estrellas cuyas luzes escurecían las del Sol; el mirar para dar o quitar la vida. En el ademán, donaire y gracias más imitava a la que las dio a la Diosa, si bien no le hazían falta el talle tan prendido, que de allí lo tomaron las damas Españolas, tan peligroso estrecho Caribdis y Scila<sup>284</sup>, que

283.— Véase la nota 184.

284.— Véase la nota 58.

el Dios Cupido si le presumiera en Siquis<sup>285</sup>, fuera Dios en la providencia, no temiendo verla desnuda, sino vestida en los passos haciendo injurias al aire, mas le admiraban de un airoso General al son del tambor y pífaro. Y aviendo visto que en las huellas por el pavimento de ladrillos y aguas de olores, que sus pequeños pies, así lo dezían las pisadas, fueron enriqueciendo, avían nacido flores, maravillas y claveles no le pareció milagro; tantos puso el Cielo en la rara belleza y hermosura, no ya Condesa Laura, sino Diosa, madre del Amor enamorado, esclavo, vencido, temeroso de no merecerla quedó el Príncipe.

La Condesa mirava su belleza, deidad, desdeñes y desprecios le agradecía la Diosa Diana<sup>286</sup>, porque si no en las selvas, ni en los montes, en su Palacio lo parecía. Avía leído muchos Historiadores y Poetas, y era tan divino su ingenio que a las escuridades que por respuestas dio Aristóteles a Filipo<sup>287</sup>, Rey de Macedonia, siendo Maestro del Magno Alexandro, dio la verdadera sutil inteligencia. Dudávala aquel Príncipe de la Filosofía, ofendiose el Macedón de aver sacado a luz lo enseñado a su hijo; fue la respuesta, que iba tan secreto que nadie lo podía penetrar, no sabía lo que el Cielo avía de influir en el ingenio de Laura; engañose como en los años de la generación, causa de la muerte del Filósofo, que por aver ignorado los últimos en que se podía propagar el mundo, esta pena le costó la vida te- [f. 57v] miendo que ya la opinión como a Homero no acertar la enemiga de los pescadores.

Dava la Condesa a los más peregrinos sueños sutiles interpretaciones, y a los suyos, como si no lo fueran, aunque duda la Filosofía que no tengan confusas imágenes y falsas apariciones precisa la falencia, que solo en una deidad aviendo quien lo inquiriese saben de cierto los Filósofos y Teólogos que no la pudo aver, porque en el desvelo, ni en el sueño no pudo desdezir, a diferencia de lo humano, lo que fue humano y divino.

No creyó el Persiano, dezía la Condesa, ser hombre como en la ciega antigüedad sus vassallos lisonjeros le llamaban Dios hasta que, peleando valiente Marte, una desengañadora saeta bolante le hirió; el dolor y la sangre le dixeron que era hombre y no Dios. Si Alexandro aunque sin herida no admitió el nombre de Dios, sino de hombre en que no avía mucho que dudar, si bien, aunque avía muchos Dioses, sabían que no lo eran.

Como Laura tan estudiosa –no sé si a propósito para la belleza– se acordava aver visto en Tertuliano<sup>288</sup> que los que entravan triunfando en Roma iban rodeados de mil incendios de altivez, arrogancia y vanidad; la muchedumbre de los cautivos mudos pregoneros, las vandadas de los cavallos y despojos, las carrozas de elefantes o leones, los balcones de las Alvas y Auroras, con más esplendores de Estrellas que las del Cielo. Y reparando el Senado en el grave peligro del triunfador le ponían a su lado un Romano que le fuesse diciendo al oído «*Hominem memento te*»<sup>289</sup>, y que Epicteto llamava al hombre fábula de la fortuna, leyó en Séneca<sup>290</sup>, que a la suma de nuestra vida, nacer y morir, juntó el Sabio la

285.– Véase la nota 175.

286.– Diosa de la caza. Véase la nota 103.

287.– Filipo II, rey de Macedonia (siglo IV a. C.), padre de Alejandro Magno y Filipo III, que, primero Alejandro y después el hermano, le sucedieron al trono.

288.– Teólogo y escritor que vivió en la segunda mitad del siglo II y la primera del III.

289.– Todo ello recuerda la costumbre de la Antigua Roma, cuando al desfilar alguien victorioso por las calles de la ciudad, siempre iba acompañado, por ejemplo, por algún siervo, encargado de recordarle la condición del ser humano, privado de inmortalidad. En realidad, la expresión completa es *Hominem te esse memento*, que significa ‘recuerda que eres un hombre’, para indicar las limitaciones de la naturaleza humana.

290.– Séneca fue un filósofo, orador y político romano del siglo I.

sazón del nacer con la del morir, por ningunas más vezinas y porque tal vez la sazón del morir previene la del nacer, que se juntan las [f. 58r] cenizas del Ocaso de la muerte con el Oriente de la vida, y que el nacer y morir tenía dos sepulturas, la cuna y el sepulcro.

Ya eran impertinencias en Laura de que sirve la lección d'estas melancolías. Aquí encendió el alma de la Condesa la llaga que la saeta enervada del ofendido Cupido penetró el corazón; moría por amar, no avía en su Estado a quien, no Príncipes a propósito, ni Reyes sabido su desdén, y las acciones más de Diana con el arco y aljava que de las mansas palomas de Venus; más deseava imitar a Minerva<sup>291</sup> armada con el escudo de cristal al pecho que a Juno piadosa con el avecilla, engaño del Dios Júpiter lascivo.

No le desagradara Carlos, sí el Príncipe de Polonia, el Palatino, o alguno de los Electores del Imperio con la persona de Carlos. El nombre le agradava, el airoso ademán Español, el asejo y el ingenio, que vestido de luzes y sutiles pensamientos no desdize de Corona y Cetro. Desvelos y tristezas la quitavan el sueño; quisiera preguntar más a Carlos si el sagrado honor y novedad dieran licencia. No presumió desdezir a pena de la vida. Áspides de Cleopatra<sup>292</sup>, laureles de Lucrecia<sup>293</sup>, brasas de Porcia eran espejos; si luego se le aparecían las Ebadnes<sup>294</sup>, Elenas<sup>295</sup>, abrasadas Troyas, la Diosa Venus, la que baxava del Cielo al monte Latmio, que más imitava el de las Francesas lises de oro en las pazes; más que segundas causas de las Estrellas y más encendidas y abrasantes que las de Porcia abrasavan los amorosos pensamientos de Laura y aborrecía la Fénix por no amante, como la palma a Dafne ingrata despreciando a Febo. Resolución: amar con el decoro a que diessen lugar la fortuna y el amor.

Salía como el Sol en el carro de oro en su carroza de oro y plata de quien pudiera Prometeo<sup>296</sup> hurtar el fuego [f. 58v] de más hermoso y resplandeciente Sol para dar ánima a su hombre en amagos del primero limo y de más bello paraíso, si después de Carlos en Peñalva salía en la silla de riquíssima tela de oro fresca, bordada con relieves de cifras y secretos pensamientos, revelados a solo su amor, que a no averla perdido el Ángel más hermoso, no dudara el día que lo era; porque Secretario, Mayordomo, Contador, Cavallerizo y Gentileshombres no podían faltar, todos lo eran si Carlos excedía a todos. Vedrieras llevaba la silla a malicia del arte del amor, como el de los pintores que retratan dama hermosa, dilatando a no quitar la mira del coral el más valiente golpe del pincel de las sombras o de las Estrellas; por el espejo en que le mirava ponía la suya en Carlos, que no muy al desvío se acercava y tuvo dicha en passar los rayos del Sol por las vedrieras, que ya le huvieran fulminado sin que la Embidia formasse lo tremendo. Al descuido Carlos

291.- En la mitología romana, Minerva fue la diosa de las artes y la protectora de los artesanos. Posteriormente fue identificada con la diosa Atenea de la mitología griega, pero sin las connotaciones guerreras de esta última, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 338-340.

292.- Se refiere al hecho de que Cleopatra se dejó picar por un áspid. Véase la nota 243.

293.- Véase la nota 107.

294.- En la mitología griega, Evadne era la esposa de Capaneo, fulminado por un rayo de Júpiter en el asedio de Tebas. El fuerte amor por su esposo hizo que se dejara abrasar en la pira de Capaneo, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 234.

295.- Véase la nota 186.

296.- En la mitología griega, Prometeo robó el fuego a los dioses para darlo a los hombres, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 416-418.

presumió aver cogido en el hurto lo venenoso del basilisco<sup>297</sup> que adorava, no perdía la esperança en la transformación.

Dio Laura en hazer muchas mercedes a los criados, fingiendo que tratava el Palatino de codiciar más que su Estado el Condado y Condesa de Peñalva en Himeneo<sup>298</sup>, solo por hazer mercedes a Carlos y Bertuno, que de poca edad le ocupava, sirviéndose mucho de su cuidado y le traía con muy curiosos y ricos vestidos, que presumía como el amor dexar sano el vestido y passar a inquirirle el alma, passando por el mar Bermejo, milagroso a la tierra de promisión de Carlos; tales desatinos iba traçando. Dezía un discreto bien crítico que los Poetas no devían pintar, que pincel es la pluma, tan enamoradas las Damas que en su decoro venían a desdezir; y halló unos versillos del sutil Ovidio en su *Arte amandi* contenían de semejante pregunta la respuesta. Fue declarar con un lugar [f. 59r] de la Poesía otro, como el Pastor Endimión<sup>299</sup> se atreviera a ser amante de la blanca Luna, hermana del Sol, mirada con tantas luzes y Estrellas, si no en las obscuridades de la noche; que a ser de día no se pudiera atrever el que ingrata aborreció Dafne, que Júpiter hermano era de Juno como de la Luna el Sol.

De melancolía de no poderse declarar moría y de amor la Condesa. O fortuna, de qué sirven triunfos, lauros y Coronas, Palacios, grandezas, Estados y Señoríos, si fabrica Vulcano ofendido el Cupido, hijo de Venus, la saeta aguda, enervada del mismo diamante de la túnica y zelada de aquel Dios batallador, las galas, lo apenas osado mirar, matar con el semblante; de qué sirve en llegando la hora fatal del incendio el fuego que abrasa y no consume el cuerpo, sino el alma que a espíritu y sustancia divina padece a lo infernal. Ya fue última resolución, que si Carlos no fuese de los que crio Dios con el hombre en el sexto día, que fueron las bestias, a diferencia de en el primero la luz; en el segundo el Cielo; en el tercero la tierra, vistiéndola de plantas, yervas y flores; el cuarto el Sol, Luna y Estrellas; el quinto peces del mar y aves del aire, y porque en ninguno de los días se avían visto tantas bestialidades como en el sexto, deseava que no imitasse Carlos a las bestias.

No sabía cómo dar remedio a sus passiones y desvelos, ya le faltava el sueño, ya en las viandas no hallava lo dulce que solía. Celia, Camarera de la Condesa y hermosa dama, llorava con Laura de verla tan otra; no la conocía. Juntas las avían criado el Conde y la Condesa, una era el alma en el amor, y por lo menos ya quería tratar de entretenerse.

No le fueron a Laura estorvos estos pensamientos, que mujer governava su Estado, embidiosa de las que [f. 59v] se quedavan con las hijas, embiando los niños a sus padres a los Reinos de donde venían a serlo, imitando a las leonas que, en siendo madres, no dan segunda causa con que lo puedan ser, que las Amazonas siempre fueron de valeroso pecho, el otro demasía.

Tenía sus Presidios y fronteras gobernadas con la excelente razón de Estado, bien proveídas, pagados los contentos soldados, deseosos de mostrar en servicio de la Condesa esfuerço, denuedo y valor como triunfantes<sup>300</sup> en las guerras que se le ofrecieron.

297.– Una especie de serpiente. Véase la nota 196.

298.– Boda o casamiento, de Himeneo, Dios de las ceremonias nupciales. Véase la nota 50.

299.– Hermoso pastor de Caria. Véase la nota 140.

300.– rriunfantes] triunfantes.

A Carlos dava licencia Laura le sirviesse Bertuno por aver venido en su compañía y aver entendido tenía su aposento ya en Palacio, a diferencia de los otros criados, galas y vestidos y parecer a la Condesa para oficio más cercano a su persona del que tenía, mandó a Celia ordenasse que también le sirviessen dos esclavos, dándose por entendidos cuantos criados a Laura, que Carlos era Cavallero Español principal y por avérsele muerto en Alemania el Barón tío suyo y hallarse desacomodado se avía querido valer de su amparo.

Carlos cuidava de que la Reina su madre no hiziesse diligencia si tardava el consuelo, que con el Emperador no se podía negociar muy aprissa. Hablaba a solas con Bertuno, dormía en sus aposentos, sabía d'él preguntas que la Condesa le hazía para saber quién era y cómo le avía dicho encargándole el secreto que Carlos de Salcedo, este su nombre, era Cavallero muy principal de la Corte del Rey de España, de la ilustríssima familia de los Salcedos, elidos y escogidos por el monarca Español para sus Chancillerías, Consejos Reales y el de su Cámara, los que de peregrinos y sutiles ingenios trataron de escurecer Romanos Emperadores, Bártulos y Baldos<sup>301</sup>, sin que los Héroe valientes poblaron los [f. 60r] templos de la Fama de enemigas vanderas y despojos y de empresas vitoriosas y admirables fortunas, triunfos y eternos laureles en su ilustríssima Casa. Prosiguió cómo eran muy ricos y que aquel señor de Alemania, tío suyo, le avía embiado a llamar para dexarle por su heredero, que tenía poca salud y, aviendo tardado en el viage, era muerto cuando llegó y le avían los criados robado la hazienda y la poca que le avían dexado se la dio Carlos a una prima suya Monja y se bolvió a España, y por hallarse con menos posibilidad de la que presumió, passando por la tierra de su Excelencia, avía deseado mucho quedar en su servicio. A Hamete y Zelín<sup>302</sup>, esclavos Turcos que le servían, les dio muchos dineros y vestidos, que sabido por la Condesa, estava muy agradada y más de saber que Carlos de Salcedo era Cavallero tan principal.

Ya se iba precipitando Laura a solas con Celia; escribió este papel a Carlos de que le avía de tener respuesta: «Señor Carlos, avéis de fingir Príncipe de Polonia que dizen tiene el mismo nombre, que servís a Celia de burlas y a la Condesa de Peñalva de veras, que el Palatino fingido Embaxador viene a ver a Laura enamorado de su belleza, que os da zelos con aquel Príncipe y vós a la Condesa con su Camarera. Laura ha de fingir que os ama y quiere mucho, y que vós la amáis y aborrecéis a Celia; no dize que la llegáis a aborrecer, que supone averla tenido amor. Todas son mentiras; si alguna hallareis verdadera, el Secretario de la Condesa está ausente. Quiere, esto es lo verdadero, la serváis en este oficio, presumiendo que los entendidos escriben como hablan. Responderéis y mirad lo que sueña la nueva ocupación».

[f. 60v] Este papel escribió Laura la causa, tristezas y desvelos a que avía hecho estos versos:

301.– Juristas italianos del siglo XIV. Véase la nota 224.

302.– Es probable, si bien se trata solo de una hipótesis, que Juan de Piña haya elegido los dos nombres a partir del v. 16 «hija de Zelín Hamete» de un romance morisco *Ensíllenme el potro rucio*, atribuido equivocadamente a Lope de Vega, aunque retomado por este último. Como demuestra José Luis Pérez López, el romance se debe a Pedro Liñán de Riaza en el ms. 973 de la Real Biblioteca de Palacio de Madrid. Para leer el texto a partir de la versión manuscrita y para más detalles sobre su transmisión y su autoría, remito a J. L. Pérez López, «El romance morisco *Ensíllenme el potro rucio* atribuido a Liñán, y su parodia», *Revista de Filología Española*, XCII, 1 (2012), pp. 101-116.

O fiera melancolía,  
como en mi alma se engendran  
ilusiones y fantasmas,  
basiliscos y culebras.

O noche oscura, tal vez  
día por Luna y Estrellas,  
como siempre mis desdichas  
sombras y assombros desvelan.

O noche, el miedo y temor  
airados me representan  
mares de sangre, en que miran  
mis prodigiosas ideas.

Exércitos enemigos,  
las caxas y las trompetas,  
que alientan y desafían  
a las batallas sangrientas.

Tantas sobervias heridas  
que duda el alma la puerta,  
adonde la muerte aguarda  
los que el fuego al aire buela.

Es posible, vil fortuna,  
que permitan las Estrellas  
tantas penas a mi alma;  
esta es divina influencia.

La cama en que Reina el sueño,  
en vez de cama galera,  
mis pensamientos cuidados  
de espías y centinelas.

Si duermo, o si velo, miro  
soldados, pólvora y cuerda,  
que si les pregunto, da  
un arcabuz la respuesta.

El tiro de la cruxía  
un mosquete, una escopeta,  
con bocas de hierro y fuego,  
pólvora y balas por lenguas.

Que a un solo pequeño oído  
en lisonjas aconsejan  
centellas de pedernales,  
brasas de encendidas cuerdas.

La muerte puesta en el punto  
la mira, que siempre acierta  
entre rayo, sangre y humo,  
vida o batería en tierra.

*Si águila o lince miran  
la llama que el fuego engendra,  
primero mata la muerte  
que el eco de la respuesta.*

*Si el mar sobervio y salado  
por olas a las que buelan  
a matar del Cielo el fuego,  
y a cristales sobre Esferas.*

*Mar que no obliga, ni ablanda  
las quejas, ni las riquezas,  
las dulçuras de los ríos,  
ni el canto de las Sirenas.*

Celia mandó llamar a su cuarto a Carlos; llegó cortés, humilde, amoroso, lisongero:

— ¿Qué manda V. Señoría? —preguntó.

[f. 61r] Dixo las tristezas y melancolías de la Condesa y cuánto la devía servir, que a no morirse deseava entretener sus desvelos. Y lo agradecido por su excelencia fue que, preguntándole con cuál de los dos criados haría esta tropelía, porque le dixo que con el señor Carlos de Salzedo, le dio una sortija que le mostró de un rico diamante, que el honor deseava escusar la rosa y nieve en la cara, que ya devía de tener hecha la elección. Dióle el papel, besole, no quitava de la boca la nema, por si acaso al poner la Condesa la oblea la tocaron sus labios; así lo dixo a Celia, y que amava mucho a su señoría, dióle gracias de los dos clavos y que podía disponer de tres. Prosiguió<sup>303</sup> Carlos la rara belleza, peregrina hermosura de su excelencia divino ingenio, que viéndola el amor no tendrían vida ni el amor, ni las flores, ni lo serían; tal milagro hizo el cielo en su señora, acreedora de cuanto mirava, y que ya tenía perdida la esperança de volver a España, que su España, su patria, era su amor. Y pues su cuarto, el del alva, no dudava estar en el cielo.

— Yo —dixo Celia—, no sabré responder a tantas delgadezas, señor Carlos. Direlo a mi señora; la Condesa responderá.

— Y yo al papel —replicó el galán.

Y con reverencias de amantes se dio fin a la primera sesión o dieta. Laura, invención de amor, ayó la plática traça estar en parte a propósito; no sabía de si de gozo y alegría. A la oblea de la nema, que en la cerradura llevó el papel, sucedió lo que revelava a Carlos; advertencia fue el alma, que sabe lo que ha de suceder, y gloria hallar digno amante, que sin consonancia y armonía, que se oiga a diferencia de la que mueve la inteligencia en los Orbes, que no quedaría vida si la oyese: desdicha de los hados.

— Amar quiero fingir —prosiguió<sup>304</sup> la Condesa a Carlos, Príncipe de Polonia. Carlos también disculpa averme engañado, que los desengaños no se hizieron para los triunfos del amor, que no fuera tan poderoso, si los huviera; que más vidas han dado a la muer- [f. 61v] te ignorantes desengañadores que los más crueles enemigos que los rayos del cielo y tormentas del mar.

303.- prosigio] prosiguió.

304.- prosigio] prosiguió.

El que no temió en pocos años batallas de poder a poder con el Turco, investigador como los Tártaros de su Reino, saetas venenosas como las armas de los Japonés<sup>305</sup>, que la primera sangre que vierten sus heridas da fin con el veneno a la vida no poderosa tremenda artillería. Tenía sin aliento el color pálido, temblando temeroso abrir Carlos el papel de la Condesa, vio la cerradura sin armas, que no avía echado el sello; no la quiso romper, que no se rompen los papeles de los amigos, ni de los amores. Tocó la oblea fresca con los labios, presumiendo que así la enriqueció Laura, abrió, no el libro de siete sellos, sino papel que ninguno tenía. Hallole sin firma, no le puso duda adversa fortuna, que no firman los primeros embates las palomillas noveles, no lo admiran por mal agüero los Caimanes amantes. Leyole por el fin, que es adonde dizen aquello de la gloria, tropezó con lo secretario, que dulce afán, previniendo lo que suena la obligación, que era el secreto, lo sabio y solícito deve influir. Prosiguió<sup>306</sup> admirando a Carlos la invención y lo fingido, si más porfiava el amor que la invención; herida le mirava el alma, que por las vidrieras de la silla se la miró traidora a su excelencia, que una cosa es ver y otra mirar. Atento advirtió lo que contenía y respondió así: «Tanto pienso fingir y obedecer lo que V. Alteza manda, que siendo como soy Príncipe de Polonia, a la Deidad amada que ha de ser Reina de aquel Polaco Reino se deve e[l] título que yo tengo; y así le doy a V. Alteza que sirva a Celia de burlas fingido se está, y a mi señora la Condesa de veras. Ya está dicho, que el Palatino transformado Embaxador la viene a ver enamorado de su belleza. No hiziera mucho, yo le pienso fingir, y no el Palatino, sino el Emperador de Alemania, que para V. Alteza es leve premio el Palatinato<sup>307</sup>, y no era bien dar a un Príncipe de Polonia zelos el dueño; darlos yo a V. Alteza con su Camarera a mí me importara fingirlos por obedecer. Las aguas de las fuentes y ríos dan zelos las velozes a las no presurosas; el Tigris rayó al Eufrates perezoso, si todas por llegar primero al Océano. Fingir Celia que ama a Carlos, mándeselo V. Alteza, callándole que Carlos es el Príncipe de Polonia porque<sup>308</sup> no dexede fingir que la señora Laura engañe diziendo que me ama y quiere mucho. Esto deve llorar el alma y no V. Alteza, si fingiendo me manda que la ame. En aborrecer a Celia no hará mucho quien no la ha llegado a amar, que los Príncipes amantes no siempre desdizen en lo desigual, que todas han de ser mentiras y que algunas hallare verdades. Las verdades verá V. Alteza en mi amor; en las mentiras no tendré culpa. Por el oficio de Secretario besaré la mano a V. Alteza, que el oficio es muy a propósito para mi secreto, y a serlo de los secretos del alma, solo es bien fiarlos del enamorado Príncipe de Polonia, que encubriendo la grandeza, como el Sol con la nube crespaa no dexarse mirar, se finge Español y cuanto ha inventado a no ser conocido hasta merecer, sirviendo a V. Alteza, que cesse lo fingido y dé principio a lo verdadero. El Príncipe de Polonia».

Carlos dio el papel a la Camarera haziéndole caediço; ambos acudieron a tomarle y el Príncipe le manoseó, diziendo dava principio a la invención y a ser su galán, y diola una joya muy curiosa: era una Diana caçando en los montes y selvas, matando las fieras con tales

305.- Japoneses, pero, como queda documentado en el banco de datos del *Corpus diacrónico del español* (CORDE), hasta finales del siglo XIX el número de este gentilicio aparece de forma invariable.

306.- prosigio] prosiguió.

307.- La forma más común es 'Palatinado.' El CORDE registra solo dos casos en la obra *Ocios* (1650-1660) del Conde de Rebolledo (Bernardino de Rebolledo).

308.- Conjunción con valor final («para que»).

relieves y esmaltes que más parecía del Príncipe de Polonia que de Carlos de Salzedo. Sirviendo echó de ver Celia, que comenzava a fingir, pues joya tan rica no era para la Camarera, sino el tributo que río Tigris comenzava a pagar al Océano de la belleza y hermosura.

— ¡Adiós! —dixo Celia—, desconsolada voy; no quisiera a Carlos tan observante de las burlas de la Condesa.

Corrida se fue, despreciada del ga- [f. 62v] lán, que no eran sus pocos años hermosa y muchas gracias para amarla de burlas; así lo dio a entender a Carlos, y que otros caballeros avía en Peñalva que no avían merecido el semblante apacible. Desdeñosa y agraviada se fue; no parece que iba cumpliendo lo que Laura le avía mandado, de que no quisiese a Carlos, porque no avía de aver cosa verdadera en la traça que dava, que solo era para entretener sus desvelos y melancolías.

En tanto Laura se abrasava en zelos de averle dado a Celia indicio de sus imaginaciones y que el papel le huviesse de dar de su mano a Carlos, que temía con él, mano y voluntad amando lo que Laura, que es alta razón de estado amar, aunque sea como avía de ser aquí fingido, lo que ama el Príncipe y no quisiera la fortuna huviera Anales, Eras, ni Historias de Reinos, Imperios y Monarquías viendo a la madre Roma, que sugetó el mundo y que no hubo después nación que no la hollasse por más humilde que la tierra, ni próspera fortuna sin la adversa. De embidiosa deseava Laura papel de Carlos, que el primero descubre el talento y el ingenio y avía de penetrar el del fingido Príncipe.

Triste amava despreciada Celia, viendo a Laura menos burladora de lo que dibuxava, temía dar en el más terrible desatino, quiriendo a un criado, que lo podría ser del Español que figurava y sin otra seguridad. La Condesa de Peñalva se destruía y ocasionava la fortuna para quitarla el Estado, el inmediato señor también elector en el Imperio, que el sucesso infelice con una criada no venía a influir horror en los Reinos comarcanos y, con saberse morir de pena, se dava fin a la vida y a la fábula.

Dio el papel a Laura, tomole, abriole muy aprisa, leyó la respuesta, no cabía de gozo, haziendo misterio de lo discreto fingido y del nuevo título de Princesa de Polonia, mas viendo la joya que le dio Celia, sin dezir Carlos [f. 63r] que se la diesse, la riqueza y hermosura no dezía ser fingido Príncipe, que es fácil creer lo que se desea, ensangrentando inconvenientes y a no destruir su fama Laura con Carlos por si fuesse cierta la Corona y Cetro en su cabeça y mano del Reino de Polonia y a que siendo verdad no infamasse liviandades ciegas y la despreciasse. Usó de una sutileza de su divino ingenio dezirle sabía que era su Alteza el Príncipe de Polonia, si bien convenía escurecerlo a los criados hasta tratar de las conveniencias. Esto contenía papel que le escribió: la respuesta, que determinar su Alteza todo burla, era fuerça no dar crédito al acuerdo. Tomava resolución de entretener a la señora Condesa Laura hasta verla sin melancolías y tristezas, y al punto bolver a Polonia que a la Reina su madre avían engañado, diziendo que iba a suplicar al Emperador le ayudasse en la guerra que intentava contra los Tártaros y, viendo ausencia tan larga, embiaría sus cavalleros y criados a buscarle, que avía ido sin ellos a escurecer a los enemigos del viage y pretensión. Esta máquina solo era engañando a la Reina por no morir sin ver a la señora Condesa de Peñalva y viesse bien su Alteza lo que debía a su amor, pues en forma de esclavo estava entre los demás criados que la servían.

Recibió Laura el papel y hazía misterio del peregrino ingenio de Carlos si la invención y traça estava con el don de persuadir tan celestial; que iba presumiendo ser el Príncipe

de Polonia, y con averle dicho sabía que lo era, estava disculpada decayendo; y si fuesse Carlos, daría por disculpa averla engañado con ser el que dezían –los Príncipes para las Damas son los que aman–, de que se han agraviado muchos Príncipes. La opinión de Pitágoras temeraria quiso el último fin hallar a quien amar en esta vida. Embió a mandar con Bertuno a Carlos llevase tinta, pluma y papel, pues era Secretario para escribir; al punto lo [f. 63v] cumplió. Entró al cuarto de Laura, recibiole discreta y amorosa, doblada la rodilla no se levantava aviéndoselo mandado; con esto llegó sobre un bufete de plata, y relieves de oro y cifras en que avía puesto el adereço más de rendir que de escribir, y retirada la Camarera y abrasada el alma de zelos, le fue ordenando lo que avía de escribir.

— Dezid —le dixo.

— *Esta noche, Embaxador,  
a la fuente del jazmín  
venid solo, que el jardín  
guarda sin venda al amor:  
el Sol, imán de su flor,  
ha de hazer la noche día,  
no ama el que no porfía,  
seguro podéis venir,  
que él os sale a recibir,  
y amor en el alma mía.*

El ingenio de Carlos no parava en los ardidés de las armas, que bien sabía invocar las Polacas Musas divinas en cualquier Región. Respondiendo fue en verso a Laura, la cual preguntó:

— ¿Qué dize el último verso?

Carlos: *Y amor en el alma mía.*

Laura: *Que hará sol la noche...*

Carlos: *...día.*

Laura: *Mi concepto era diverso.*

Carlos, erraste el papel. No le pongas la cubierta, muestra. (*Aparte*)<sup>309</sup> Turbado no acierta a leer lo que está en él. ¡Muestra!

Carlos se le da; tomole Laura y leyéndole dezía assí:

309.- Tenemos aquí un ejemplo de intervención digresiva del personaje Laura, que señalamos con la didascalia (*Aparte*), siendo un pasaje que refleja formalmente un guion teatral por la indicación de los nombres al principio de cada parlamento.

Laura: No vengáis, Embaxador,  
a la fuente del jazmín  
esta noche, porque fin  
trágico promete amor;  
ay en Peñalva un traidor,  
que la noche como el día  
a amar o a morir porfía,  
ya no tenéis que venir,

[f. 64r] que él os sale a recibir,  
porque os vio en el alma mía.

Laura: Carlos, ¡buena es la traición!,  
¿con zelos tienes desvelos  
del Palatino los zelos?

Carlos: Sí, señora, zelos son,  
si al Príncipe he de fingir,  
y le tengo de imitar,  
cómo yo pudiera amar  
sin zelos, o sin morir,  
dar zelos que estén en duda,  
si son mentira o verdad,  
bien puede la voluntad,  
que en duda amor no se muda:  
pero, ¿cómo ha de vivir,  
o amor cruel inhumano,  
el que escribe de su mano  
sentencia para morir?

Laura: Pues, si eres Carlos fingido,  
¿qué te importa que yo ame  
al Palatino y le llame,  
si ya es Carlos mi marido?  
El nombre de Embaxador  
encubre por el secreto,  
que como galán discreto  
sabe encubrir nuestro amor.

Carlos: Pues la capa, espada y daga  
vayan y el sombrero al suelo,  
este engaño haze el cielo,  
esto es bien que un Ángel haga.  
Pese al amor, ya no mío,  
ya no ay Carlos que esperar,  
que en las leyes del amar,  
nunca es dueño el albedrío.  
Es nacer y morir junto,  
secreto de algún Planeta,  
que un abrasado cometa  
nace y muere a un mismo punto.  
El Príncipe llegué a ser,  
y en comenzando a vivir  
nací, comencé a morir,  
muero; Carlos vuelvo a ser.  
Notables son mis desvelos,  
adora al Embaxador,  
no vio tal incendio amor,  
zelos Carlos, Laura zelos.  
Ya no tengo que esperar,  
que solo el morir me agrada.

Laura: La capa, daga y espada,  
y el sombrero ha de tomar.

Carlos: Tómolos, y luego morir.

Laura: Menos desesperación,  
que no puede el corazón  
sufrir, fingir y mentir.

Carlos: Pues la fuente del jardín  
que amor la guarda sin venda.

Laura: Tiene amor, vende en su tienda,  
zelos y flores en fin,  
y el trocar me las razones  
fue buena invención, ¿fue justo?

Carlos: Al alma, al amor, al gusto,  
muy déviles guardas pones.

Ya Laura se ofendía de tanto fingir y dixo a Carlos:

— Bien sabe, V. Alteza, tratar de las burlas amorosas, grande ofen- [f. 64v] sa del amor.

— Yo —respondió—, no digo cosa que no sea de veras, que fuera injuria al cielo amar a V. Alteza de burlas.

— Señor Príncipe —replicó—, no ay Palatino Rey, ni Emperador para la Condesa de Peñalva, solo ama a V. Alteza, cierta estoy de ser el Príncipe de Polonia, ya he sabido la ausencia de su Reino por ver a Laura, que no es quien se podía aventurar al sagrado ho-

nor. Un correo embió a Polonia que supiese de secreto de V. Alteza; la respuesta fue que avía ido a Alemania y bolvería con brevedad. Aquí tiene el señor Príncipe de Polonia a la Condesa de Peñalva a su servicio; disponga V. Alteza de lo que manda y determina, que ya veo no puede hazer ausencia larga, ni conviene a mi honor, si ya mis criados y Peñalva tendrán embidia sangrienta de aver estado aquí este breve tiempo, aunque con el nuevo oficio de Secretario.

Respondió: — No dirá, V. Alteza, que hago mal el papel del Príncipe de Polonia.

— Todo se deve a la ciencia de los ingenios Españoles, y más los divinos de la insigne Madrid saben fingir como amar; aora sale V. Alteza mendigando ser Príncipe, pues obedezco fingiendo.

Con esto se dio fin, y Celia principio a creer, que era Carlos de Salzedo. Áspides, brasas y espinas pisava Laura temiendo, si los hados limitassen con fiereza que Carlos no fuese el Príncipe de Polonia. Aviendo influido en su alma la opinión de Pitágoras, si era el Príncipe triunfaría de la mayor vitoria que el ingrato laurel avía coronado y enriquecido; si no lo era, llorava el deshonor y el amor; y como fuera cierto ser Carlos de Salzedo de aquella ilustríssima familia española de quien dezía ser el menor de sus Héroes Capitanes de famosas hazañas y eternas memorias y de los que avían ilustrado la Jurisprudencia, no avía de reparar en hazerle Conde de Peñalva, premio limitado a sus altos merecimientos, que si el cielo piadoso le hubiera formado en su idea con su propia imaginación, no más a propósito resolución fue de la [f. 65r] Condesa amar y morir amando con el exemplo de Cleopatra, de quien dixo un verso:

*«viví amando, muero amada».*

Buena seguridad penetrava en el alma de Carlos, que animava en la Condesa, si bien le deviera imitar el mayor Príncipe. Con éstos desvelos se durmió gloriosa de que soñava de noche cuanto meditava de día, a diferencia de las que no sueñan poca fortuna. La Astrología lo desmaya. Admirado, se le desaparecía al Príncipe imaginar la viveza del ingenio de la Condesa y saber el que la avía hecho sabidora de quién era, que no creyó el Mercurio. Conjuró a Bertuno, hallole inocente, llegó a pensar lo que Laura, que por si fuese él Príncipe no ensangrentasse la opinión si no lo era para disculpar, y agradose. Esto tiene el amor que venga a engendrar la disculpa de lo amado, antes que emprenda a nacer el deshonor.

León, el criado del Príncipe, que viendo le embiava, difirió la partida en secreto hasta saber el que fingía la novedad; llegó a Polonia y dio la carta a la Reina y por algunos días no se le descubrió. En tanto se prevenían y aprestavan armas, municiones, peltrechos y bastimentos para la jornada contra los Tártaros, que no se descuidavan, hasta que, viendo la falta que Carlos hazía y que yendo en persona estava la juventud Polaca ardiendo en furia y braveza, los cavallos en los Alardes al son de las caxas, y trompetas bufando sobervios y espumosos, y desempedrando de noche lo que pisando ofendían, dio cuenta a la Reina de cómo el Príncipe fingiendo iva a Alemania, fue a Peñalva enamorado de la Condesa, la primera hermosura que dio el cielo a la tierra por el mayor milagro y maravilla. Tanto se la encareció que ya imitava la Reina al Príncipe en amarla, no hizo sentimiento, ni airada se precipitó, mirava sin Princesas, ni Infantas los comarcanos Reinos; deseava a Laura, de quien [f. 65v] avía tenido la misma noticia y assí le escribió esta carta: «Si la Corona del Reino de Polonia fuera del Imperio de Alemania, para servir a V. Alteza no tuviera que de-

sear por ser en quien vive la hermosura en cifra, espejo de cristal por donde estudia el arte admirar con designios soberanos, copiando perfecciones, sirviéndole de línea el semblante de V. Alteza Sol moderno, que décimo en el claro Senado de las nueve Musas con Magestad preside venerada de las Gracias por la Reina de sus maravillas y por única peregrina belleza en el Orbe. El Príncipe, mi hijo, menos enamorado que yo, está en casa de V. Alteza sirviendo de gentil hombre por Carlos de España; la guerra de los Tártaros se apresura menos peligrosa que la del amor. V. Alteza le saque de entre sus criados y sirva de lo que es cerca de su persona; y al punto que ésta reciba y a Carlos por su esposo, que si menos de lo que V. Alteza merece, según lo que dize la fama, no puede hallar quién más la adore. Partan de Peñalva a coronarse que ya les hize renunciación del Reino: cincuenta Cavalleros embió que vengan sirviendo a V. Alteza, que yo haré lo mismo en Polonia. La Reina».

En esta conformidad escribió al Príncipe. León y los Cavalleros, con la prevención y aparato Real que convenía, partieron a Peñalva.

Laura guiava sus pensamientos, ya por la razón de Estado hacía servir a Carlos con sus mayores regalos, no se ofendía de la embidia y murmuración. Linsonjas eran a su Alteza, solo a fin de que Carlos entendiese le tenía por el Príncipe de Polonia y no por Carlos Español, si a la verdad, como no faltase Carlos no temía, ni amava más la corona de oro de laurel, riquísimo era el Estado de Laura y qué mayor riqueza que su hermosura. Dudava un discreto el Theseo<sup>310</sup>, que diese la muerte del Minotauro en el laberinto del amor, que el hilo de Ariadna más enreda que [f. 66r] libra la voluntad que ama, presa en los grillos de oro, y el alma se desaparecen con el último aliento, el alma del cuerpo, y la voluntad del alma, tal veneno hermoso esparce la belleza tirana, esclavo el albedrío del menor amago. Solo ay el remedio de las Sirenas encantar hasta que desnudo el amante, como la verdad y el amor buelan a otra Región, que Ulises<sup>311</sup> atado al mástil de la nave, no le codiciaron por sus astucias Griegas, si pudieran las de Penélope<sup>312</sup>, su muger, imán de tantos Príncipes. Bien aya Homero, que la dio renombre de la casta Penélope, a diferencia de los Archilocos, que a las más castas Penélopes han hecho Laidas y Floras<sup>313</sup>. Los incen-

310.- En la mitología griega, fue rey de Atenas. El autor alude al momento en que Ariadna, enamorada de él, le puso ayudarle a derrotar al monstruo Minotauro con cuerpo de hombre y cabeza de toro, a cambio de convertirse en su esposa y volver juntos a Atenas. Ella le dio un ovillo de hilo que fue atado en las puertas del laberinto; Theseo entró, mató al Minotauro y, gracias al hilo, salió del laberinto y embarcó para Atenas, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 475-478.

311.- Héroe de la mitología griega. Véase la nota 97.

312.- Personaje de la *Odisea* de Homero, fue esposa de Ulises, el rey de Ítaca. Esperó veinte años para su regreso de la Guerra de Troya y, para rechazar nuevos pretendientes, dijo que aceptaría un nuevo esposo en el momento en que hubiese acabado de tejer un sudario para el suegro. Sin embargo, para prolongar la espera, deshacía por la noche lo que tejía durante el día, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., p. 394.

313.- Se trata de dos mujeres prostitutas que suelen aparecer junto con una tercera, Lamia. Las tres aparecen en las *Epístolas familiares* (1539, LXIII) de Fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, como ejemplos, no de santas, sino de prostitutas, si bien, como señala Francisco Rico en una nota explicativa del *Quijote*, el autor tenía fama de inventarse historias y presentarlas como reales. Los tres nombres se citan también en el prólogo de la primera parte del *Quijote*, donde un amigo anónimo, dialogando con el propio Cervantes, le da sugerencias para el prólogo de su obra: «Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de coro; si de mujeres ramera, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará a Medea; si de encantadores y hechiceras, Homero tiene a Calipso y Virgilio a Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará a sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandro», M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha. Edición conmemorativa IV centenario Cervantes*, ed. cit., p. 12.

dios y precipicios, las flamantes llamas, ardientes los preludios y anuncios de la hermosa primavera, los ardores juveniles templó Laura, desmintiendo el fuego en humo y las flores en yelo con presumir a Carlos Príncipe de Polonia, temiendo el desdoro y desprecio que, cierto el pronóstico, le pudiera costar la vida no bolviendo con Laura a Polonia; si con tal ingenio, que no le dio lugar a desdezir del amor, y siendo Carlos y no el Príncipe<sup>314</sup> creyesse lo mismo, si estos discursos no dezían con lo amante para quién se hizieron los desatinos y no los discursos.

Celia moría de zelos viendo a Carlos tan Secretario, que Laura perdía ya por carta de más, tantas escribía, presumía ser Príncipe de Polonia. Vino a querer la propia desdicha, deseando que fuera Carlos el hombre más pobre del mundo, si la Condesa deseava lo que Celia; era discreta, y de los zelos hizo este discurso la Camarera:

— Imitan los zelos a las frutas de las cinco infames abrasadas Ciudades, que poniéndoles la mano se buelven ceniza, reliquias del fuego del ciego, si fuego no del cielo, sino del infierno, abrasa en los zelos. ¡O pensiones de la memoria y voluntad, poderosos enemigos del enten- [f. 66v] dimiento, fantasmas, portentos y assombros de los ya desvanecidos sentidos, iras de los albedríos, desvelos del que fulmina el juicio, discursos cuyas ideas se desaparecen como el humo! La pena de Prometeo, de cuyas entrañas se alimentan el águila o el buitre voraz, que nacen a la noche y perecen como la noche a la mañana, no se la dieron los Dioses por aver hurtado el fuego al carro del Sol, sino por el robo para dar ánima a su hombre en amago del primero que se formó, que no era acción de hombre, sino de Dios, de que tuvieron zelos. Las lágrimas de la Aurora zelos también, llorando desprecios del Sol amante de la Ninfa gloriosamente fugitiva de la más ingrata, y que aun en árbol adorava su ingratitud aviéndole hecho de sus laureles para los triunfos, y coronas de las vitorias y Césares Romanos.

A noticia de Laura llegó este discurso de los zelos de Celia hallándolo en un papel entre otros suyos, y fue, que zelosa de la Condesa, hizo que un Poeta se le embiasse; que las damas que fingen esta facultad, no sus Musas las agenas las alientan, de que vienen a ser alentadas, y no de las Musas. Ya delirava Celia, tanto amava a Carlos, y como no menos la Condesa, no procurava triaca del veneno, mejor se lo diera que lo derramara. Enfureciöse, enloqueció, atáronla, que si a todos los que aman zelosos los atassen, no sería desacierto, sí faltarían cuerdas y cordeles.

Murió la Camarera; pena dio a Carlos sin aver tenido culpa la Condesa. Raro exemplo fue del mundo la sabiduría infusa, en duda la salvación, el más hermoso y discreto Ángel en el infierno, un pecado llorado tantos años de día, y de noche regando el estrado de lágrimas, donde algún día de contentos, caso prodigioso.

León y los cincuenta cavalleros de la Reina de Polonia llegaron cerca de Peñalva; alborotose la Condesa, alguna traición temía, hizo llamar su guarda, y a Carlos que la defendies- [f. 67r] se. Avía estado el día de antes León con el Príncipe, dióle su carta y vio la que traía a la Condesa y ordenole viniessen todos y no excediessen de lo que les mandava. Tomó la carta de su madre y escribió otra que fingía ser del príncipe de Polonia que dezía assí: «V. Excelencia tiene en su servicio un cavallero Español que llaman Carlos de Salzedo. De quien le conoce tuve noticia que es de sangre generosa; también de aver fingido

314.- Prncipe] Príncipe.

que era yo, tomando el mismo nombre de Carlos Príncipe de Polonia. Aunque lo fuera, avía hecho V. Excelencia mucho en servirse d'él, que a tan rara belleza, y a la señora Laura Condesa de Peñalva, no los Príncipes, los Reyes, los Emperadores deven servir que a ser el mayor Monarca del mundo hiziera lo que Carlos. Guarde Dios a V. Excelencia. El Príncipe de Polonia».

León dio esta carta a la Condesa; entró Carlos de quien no hizo caso León, mandóse-la leer, quedó admirada Laura, que no presumió engaño, en que fuese el Príncipe, si en parte gozosa el alma de querer la propia desdicha como Celia; parecióle defraudava su amor amando al Príncipe a quien no lo fuera quería que lo fuese. Pintura de su pincel le codiciava, no quería ni el dibujo, el bosquejo, ni el retrato, ni de Apeles<sup>315</sup>, ni de la imaginación, de su propia idea y mano le quería. Despreciava del Sol los colores, no de sus luzes, de las suyas quería las que ponía en las estrellas del retrato. Ya le pesara que Carlos fuera el Príncipe, solo pretendía defender el sagrado honor por si lo era, que a solas quería dezir a Carlos cuánto más que al Príncipe de Polonia le estimava, y fingiendo lo era se lo dezía el alma, donde animava en el silencio de las escuridades, huyen- [f. 67v] do de más testigos que su alma y voluntad. Mandó regalar a León, dixo respondería luego y quedó a solas con Carlos. Sintió no averle dicho el alma que no fuese el Príncipe, y podía ser engaño y tropelía de su ingenio sutil si lo era. Retiró el sentimiento dissimulando; que ay quien encubre del alma lo posible.

— ¿Qué ay señor Carlos, señor Príncipe de Polonia? Presumo que quien me dixo lo era, V. Alteza, que no me engañó; todos avemos de fingir, aunque sepamos el desengaño.

— No dirá, V. Alteza —respondió—, que no he cumplido lo que me manda, y cuán bien fingí ser el Príncipe.

— Pues señor Carlos, Celia murió de amores —prosiguió<sup>316</sup> entre sí, que a no serlo, poca necesidad tenía de escribir aquel papel—, certificose que era el Príncipe.

Y a no darle zelos dixo: — Señor Carlos, v. m. es homicida de mi Camarera, las burlas de mis desvelos y melancolías le costaron la vida. V. m. se buelva a España, yo le daré con que no vaya pobre y aquí demos fin a las burlas, a las veras y a la sutileza de los ingenios. Tengo cartas del Emperador; quiere casarme con su hijo, el Rey de Ungría. Mañana puede v. m. partirse a España, llévese a Bertuno y siempre hallará en mí por lo que ha fingido lo que huviere menester, que la grandeza imita al Sol, no padece, aunque se eclipse.

Mucho gustó Carlos del fin de la fábula introduzida a engañar el tiempo que produze los engaños, y dándose por Carlos, y no por el Príncipe, se fue a su cuarto: o lo que penetran los zelos, ya los tenía el Príncipe de Carlos, y ser viveza del ingenio de la Condesa cuanto fingía, y fingir darse por entendida no ser el Príncipe, sabiendo que lo era. No quiso proseguir en estos assombros, ni darle ocasión a la Condesa para prevenir mayores incendios que deseava apagar.

[f. 68r] Los cincuenta cavalleros de la Reina pidieron licencia a la Condesa para dar la carta y embaxada que le traían; diola, no temió ya precipicio, sino mar bonança. Diéron-sela, leyola, que no la dio al Secretario, mas viendo que los cavalleros ni miravan, ni hazían caso de Carlos, que fue la orden que les dio, se turbó y no sabía lo que avía de creer.

315.— Véase la nota 60.

316.— prosigio] prosiguió.

Carlos vio dudosa a Laura, perplexa la admiró con tan rara belleza que fuera traición y alevosía no despenarla, allegó doblando la rodilla, pidió la mano a su Alteza, y a Carlos todos sus cavalleros, y aviendo nombrado por sus nombres a cada uno y preguntando por la salud de la Reina, en la respuesta el gozo y alegría de ver su amante Príncipe, ya Rey, conoció Laura que lo era. Mandoles besar la mano a su Reina, así lo hizieron. Satisfecha Laura del amor del Príncipe, ya Reina de Polonia, efetuado el Himeneo<sup>317</sup>, partieron a su Reino donde fue recibida Laura con Magestad Real y aparato peregrino. El Príncipe fue a la guerra de los Tártaros, tuvo sucessos vitoriosos; vencidos los enemigos, bolvió triunfante y rico de heroicos despojos. Su fortuna fue muy felice, con hijos sucessores por muchos siglos en aquel Reino. Y aquí dio fin este successo también prodigioso y peregrino.

Avía en Alemania una mujer casada también con Alemán; tenía necesidad soldado más pagado d'ella que del sueldo. No pudo acudir a lo necessario, si bien lo que podía dava a una moçuela vezina. Ausentose por dos meses; fue por Embaxador a Alemania un Negro cavallero muy principal del Reino de Etiopia, acertó a posar frontero de la casa de Teodora, este el nombre de la Dama, don Francisco el del Embaxador. Era muy hermosa en extremo, Ángel parecía; el Etíope la enamoró con lo vezino, regalos y dineros, terribles enemigos [f. 68v] del honor. Visitávala de día y de noche hasta el alva, Alva era Teodora, si la noche don Francisco que en viendo la luz de tan bellísima aurora desaparecía. Madre la hizo el negro; bolvió el soldado y, como partió desde la cama de Teodora, no miró en las dos faltas que ya tenía su muger; muchos las desean nueve y no lo han podido conseguir. Parió a su tiempo un niño con extremo blanco, sin tomar del padre ni un cabello; una hija tuvo después de su marido Teodora, casola. Aviendo estado desde cuatro años en un Monesterio de Monjas, sacándola d'él para el tálamo, su marido la llevó a una casa de recreación, que era noble y rico, y sin que pudiesse aver sospecha, ni otro hombre de quien temer adulterio.

La dama Leoncia parió un niño negro, atezado; deviera matar a su muger, sabía ser impossible avérsele antojado negro, ni blanco. Acudió a su madre y contole el successo, mas ya muerto su marido le declaró la verdad para satisfazerle que su hija no tenía la culpa, sino ella, y que aviendo admirado parir niño tan blanco, siendo tan negro el padre. Acudiendo a preguntarle a un médico de la Cámara del Emperador, que era Español, su nombre el Doctor Leonardo, imitador del Valles<sup>318</sup> y del Valle, honores de España y del mundo, llamados los divinos en Alemania, y en toda Italia y en cuantas Regiones del Orbe fueron conocidos por sus libros y soberanos ingenios, le avía dicho no ser muy difícil, que semejantes misterios avían escrito Galeno, Avicena, Hipócrates y otros Autores<sup>319</sup>: sí podía estar cierta, que teniendo alguna hija pariría aviendo concebido de hombre blanco hijo negro, que esto es lo que llamavan en la medicina el salto de naturaleza. El yerno fue satisfecho, el niño se murió, de que el padre quedó muy contento, quiso y amó mucho su muger, aviéndole di- [f. 69r] cho lo que le avía passado con Teodora y cómo ella avía teni-

317.- Boda o casamiento, de Himeneo, dios de las ceremonias nupciales. Véase la nota 50.

318.- Francisco Valles (1524-1592) fue médico de Cámara del rey Felipe II.

319.- El autor menciona a unos célebres expertos de medicina procedentes de épocas distintas: Galeno fue un médico griego del siglo II, Avicena era un médico persiano del siglo X e Hipócrates fue un médico de la antigua Grecia de los siglos V-IV a. C.

do la culpa, diciendo lo que le avía sucedido con el Embaxador por librar a su hija del caso en que no tenía culpa, y cuando la tuviera hiziera lo mismo. Esto es ser madre.

Al exemplo de Teodora se dirá otro bien caso prodigioso: iva yo con tres o cuatro amigos, esta es la gloria de la mayor maravilla de lo estrondoso de la antigüedad, el uno de tan divino, celestial y florido ingenio, que a faltar sus flores, lo fueran las que ilustran la bellísima primavera en los pensiles Hibleos y paraísos. Vimos, o monstruosidades del único pincel, un moçuelo airoso de hasta doze años, poco afortunado en lo çambo y juanetines, que dixo un Poeta más blanco que las obstinadas nieves de la sierra Granadina, ya cristales de roca del diluvio a esta parte, por no exhaladas, ni desechas, más albo que los ampos de los Alpes, más fugitivos de los valles que las nuves del Cielo; el cabello por quien las damas de Jerusalén a ser en aquel siglo despreciaran los de Absalón, por más excessivos precios lo comprarán si no fuera tan crespo, ensortijado y frisado, rebuelto en sí mismo el copete, guedejas y tufos tan apretados y espesos, que a poder reventaran de oprimidos; la frente de bruñida plata; las cejas pueblos en Francia, sí reñidas de no muy juntas; los párpados pródigos a defender los rayos y luzes del Sol de los ojos temerosos por casi ciegos como los de puro blancos ofendidos de sus resplandores procuravan negar la entrada, como en los montes y selvas los frondosos, altivos y espesos árboles; la cara de nieve y rosa, las que en el campo de la cara han hecho tantos agravios, le hizieron el mayor; eran muy chatas, las ventanas abiertas, los labios groseros de gruesos y mal formados. Estas dos ofensas tenía el moçuelo y los dientes blanquísimos de negro en los que hollavan también poca fortuna. Vino llamado, alegre, contento, ri- [f. 69v] sueño, ladino y cortés; examinándole los padres, dixo que eran un negro y una negra muy atezados, esclavos de un Cavallero, que aviéndole visto al punto que nació, por rara maravilla de dos vezes esclavo le libró, siendo su padrino y dando libertad al moçuelo y a sus padres, si bien eran Christianos y casados. Mucho nos admiró el sucesso, si más al sutil burlando dixo uno:

— Creyera yo averse antojado a la negra algún Alemán de blanco.

Y preguntando al moçuelo cómo lo avía llevado su padre, ya cuando se lo pudo preguntar, respondió que su madre era discreta y le avía satisfecho con que blancas parían negros y negras blancos, y si no mulatillos, si bien dezía estava su padre tan gozoso que no mirava más de tener un hijo tan blanco, siendo él y su madre tan negros y que pensava serían assí los demás hijos. No quitava la mira del blanco, agradávanle otros moçuelos, ninguno negro, que de fantasía no los devía de preciar. Admiró tal maravilla, prodigio que no desdize.

Consultava yo la Medicina y la Filosofía, penetrando el secreto del moçuelo blanco, hijo de negros, que desagrada mucho a Galeno, Avicena, Platón, Aristóteles y los Filósofos, honor de la antigüedad, no ver desentrañados sus desvelos, si Aristóteles desconfiava de ser entendido, como no lo fuera el divino Agustín, si no le huvieran declarado otros Santos. Ay un Médico en Madrid tan sabio y discreto que, curando una donzella, Alva Aurora, y de ingenio divino, el día que afirmó se podía levantar la enterraron. El Médico ignorante es la guadaña de la muerte y pagándole cada día no le castigan, homicida cruel; quita la justicia la vida a quien hurta y no a quien quita la vida a pura ignorancia. Las abejas quitan la vida al çángano; bien ayan las abejas que producen panal lo que veneno la

araña, y al fin araña. Maravilla del Torquato Tasso<sup>320</sup> no de- [f. 70r] xarse<sup>321</sup> penetrar de las Musas Italianas del Marino<sup>322</sup> con su *Lira*, ni de los otros ingenios peregrinos. Hallé el apoyo del secreto de naturaleza, que vagando por lo prodigioso libre no dexen de iluminar las ciencias; de algo avía de servir acreedor el tiempo a la vida y al sueño, que a no de aliento por descanso hubiera triunfado el fin.

Pretendí probar, presumo averlo conseguido, si la virtud o fuerça de la imaginación haze que del parto no sea semejante el hijo que nace a los padres, sino a lo que se imagina.

Lo que acostumbra a impedir la semejança del parto a que no sea conforme a sus padres es ser un acto de la imaginación, de que suele suceder semejança de cosa estraña, con la cual no tiene vezindad, ni conocimiento, ni la virtud de lo que produce la generación se puede estender a semejante efecto, supuesto que ni el padre, ni la madre, reciben de otros cosa alguna. La razón de dudar los que repruevan esta opinión es porque como la acción de la potencia imaginaria y de la generativa no son precisas de una misma potencia, sino de diferentes, y aunque tal vez pueden unirse y juntarse, no son de un mismo grado e igualdad, ni coinciden en una misma parte, porque la acción imaginaria reina y cohabita en la potencia sensitiva como en su línea y Esfera, y está en el cerebro<sup>323</sup>, de suerte que el engendrar toca y pertenece a la potencia generativa que tiene su asiento y morada en los instrumentos de la generación. Pues, como aora mire a diferentes potencias y en un mismo supuesto a diferentes grados, estas dos potencias no pueden tener en sí igualdad ni semejança, con lo cual la potencia generativa coopera según la proporción de la imaginación, ni el efeto o movimiento recibe mudança, ni variedad. Y si se dixere que es bastante equivalente la [f. 70v] unión y proporción de la potencia, supuesto que es una misma en las sensitivas y lo mismo en la vejetativa, en esta conformidad se presume que basta para que el apetito se mueva del objeto cognocitivo y arraigado en la misma potencia, aunque las tales potencias estén en lugares diferentes, pero, dexando lo que ay en contrario, se dizze que la acción de la imaginación es errante. Pero la generación es una acción que passa de un sugeto a otro y no se sigue por buena consecuencia, que en este acto se puedan dar la mano una potencia a otra. Y concluyendo se aprueba esta opinión, que puede acontecer que por el muy vehemente y eficaz acto de la imaginación el parto no se asemeje a los padres, sino a la cosa imaginada.

Pruévase con el lugar del Génesis en las varas de Jacob<sup>324</sup>. Quitó las cortezas a las varas para que las ovejas de Laván, mirando en la corriente del agua blancura varios colores y

320.- Torquato Tasso (1544-1595) fue un célebre poeta italiano, autor, entre otras obras del poema épico titulado *Jerusalén liberada* (1581) en consonancia con las preocupaciones del ser humano durante la Contrarreforma, por sus *Rimas* y el drama pastoril *Amintas*.

321.- bexarse] dexarse.

322.- Giambattista Marino (1569-1625) fue un poeta italiano que desarrolló un estilo basado en un uso exagerado de conceptos (figuras, signos, etc.), cargados de una gran sapiencia retórica. En *La Lira* (1614) utiliza distintas formas métricas para celebrar casos amorosos y aspectos mundanos.

323.- «Comúnmente llamamos cerebro el cogote [...] deduciéndole de su origen *cerebrum*, vale el meollo de la cabeça, los sesos», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 184r.

324.- Ballestilla, antiguo instrumento para medir la altura de los astros, asociado al patriarca bíblico Jacob: «9. Y dijo Jacob: Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, Jehová, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien; 10. menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos», *Génesis*, 32, 9-10.

desnudo candor, parando en las colores que tenían en los bevederos, aquello possible de las imágenes hiziesse concebir los corderos que nacían a propósito del ingenio de Jacob, causa de ser muy rico, si dezía un Zoilo admirava; que siendo el sagrado amante de Raquel huviessse desollado, aunque fuessen las<sup>325</sup> varas para enriquecer, que pudiera mejor vestidas, aunque le disculpava diziendo que, si fue tener con qué servir la belleza de la hermosísima Raquel, dava las varas por vestidas y no por desnudas, por descortezadas y no por desolladas<sup>326</sup>. En estas hizo raras maravillas Jacob, como en las de Egipto Moisés. Todo tiene misterio.

Por esto de la profunda imaginación, dize san Isidoro que a las mugeres no estériles se prohíba el mirar rostros de monstruos y fieros animales, monos, búfalos y otros semejantes para que, ofreciéndoseles a la vista semejantes aspectos y semblantes, no engendren cosa parecida a lo que vieron; que es tal la naturaleza de las mujeres que [f. 71r] aquello que miraren o imaginaren en el punto de la concepción, se verá producente lo semejante en el parto a lo que imaginan, porque en ella la potencia generativa passa las formas intrínsecas a lo interior de los senos de la generación para la propia calidad.

Plinio y Galeno describen la Historia de un hombre muy rico y muy feo que deseava un hijo hermoso; hizo pintar un niño hermosísimo en una tabla suficiente, púsola frontero de la cama de su cuarto. Era discreto y honesto, su muger sutil y bien entendida; leyolo en Avicena, Galeno y otros Médicos y Filósofos en que tenía parte. Estos descuidos no le parecieran mal que deseava hijos, aunque fuessen feos, a no perder la hazienda riquísima que tenía su marido.

En Quintiliano la oración ingeniosa que hizo en alabança de una Matrona Romana que, siendo muy blanca y hermosa, casada con un Romano blanquísimo, parió un niño muy negro, fue acusada de su marido.

Hipócrates dize que cierta muger fea, siendo también feo su marido, tuvo sospecha de adulterio porque avía parido un niño hermosísimo desemejante a sus padres y a cuantos en su linage y decendencia avía; y queriéndola castigar, se apareció como en el testimonio de Susana, si no Daniel, un famoso Médico sutil, ingenioso, Filósofo, Astrólogo o diestro Endimión<sup>327</sup> en el movimiento de la Luna, que lo ignorante d'esto desmerece. Previno la duda y dificultad, avisando que vieran si acaso en el aposento donde dormía esta muger avía alguna imagen o pintura parecida a lo que parió: hallose, como el Médico avía pronosticado, de la misma rara belleza y hermosura. La muger fue libre y quedó en su misma buena fama y honor, satisfecho y nuevo amante su marido. Con esto, y no en contra la Medicina y Filosofía, se satisfaze al parto del negro y del blanco de lo que obra la vehemente imaginación.

325.- la] las.

326.- Es evidente la alusión al relato bíblico de las tretas de Jacob y de Labán relacionadas con las ovejas (*Génesis*, 30, 25-43) y, en particular, al siguiente pasaje: «37. Tomó luego Jacob varas verdes de álamo, de avellano y de castaño, y descortezó en ellas mondaduras blancas, descubriendo así lo blanco de las varas. 38. Y puso las varas que había mondado delante del ganado, en los canales de los abrevaderos del agua donde venían a beber las ovejas, las cuales procreaban cuando venían a beber. 39. Así concebían las ovejas delante de las varas; y parían borregos listados, pintados y salpicados de diversos colores», *Génesis*, 30, 37-39.

327.- Hermoso pastor de Caria. Véase la nota 140.

[f. 71v] San Gerónimo<sup>328</sup> afirma de otra muger muy blanca que parió un hijo negro, que al tiempo de la concepción vio la imagen de un niño negro y Pereira en la exposición de aquel lugar del *Génesis*, tomo cuarto, disputación tercera y cuarta, Balesio, Ludovico Merla y otros concuerdan en lo que está dicho de la imaginación vehemente.

Leyó el feo lo referido a su muger, no le desagradó por lo que deseava; lo que imaginó le sucedió, parió un niño semejante a la pintura, no la acusó el feo, porque dio la traça y no debía temer el adulterio, aunque más fácil hazen otros estas maravillas. No pareció dilatar el discurso, ni cansar con los lugares, imitando a los graves Predicadores que los escusan.

Caso prodigioso fue el de un Príncipe de Italia; tenía en su Palacio una leonera con dos ferocísimos león y leona. Albano era el coronado fiero animal, que de región más remota en Roma tiravan carros en los triunfos de las vitorias de sus heroicos y gloriosos Capitanes, que de leones y otras fieras se vio ilustrado y temido el Circo.

Criose en otra Provincia un mancebo ardiente, belicoso, Marcial, inquieto, no constante; era perseguidor en la caça de fieras y tal vez tuvo dicha de matar cuerpo a cuerpo un tigre, un oso, un león que le dieron algunas heridas. Era el ademán gallardo, lo airoso del Español, aunque nacido en Escocia. Passó a Italia soldado, temido y esforçado; tuvo noticia de los leones de aquel Príncipe, fuele a visitar, que ya la tenía de su valor y en la conversación trataron de los leones de su leonera, cláusula precisa de su casa y Estado, que pone horror saber, que en los Palacios Reales ay leoneras.

Encareciole Filiberto, este el nombre, la braveza y ferocidad de su león Albano; desprecia el Ludovico encareciendo los que avía muerto y que le diesse licencia y vería cómo le matava el león, sin más armas que dos dagas desnudas. Admirase Fili- [f. 72r] berto y afeole la determinación, haziendo sentimiento de que huviesse de permitir aventurar la vida y fama de soldado valeroso, peleando con animal tan feroz, ofendiose, desprecio hizo del león, assegurando que avía muerto otros con su braveza y las dos dagas, que él siempre traía.

Tal fue la importunación que vino en ver tan rara maravilla: aprestose el Cavallero, y Filiberto, los criados y cuantas personas avía en su Palacio fueron a ver la desigualdad y portentosa batalla con sus dos dagas desnudas, sin otras<sup>329</sup> armas. Baxó a la parte donde salían los leones de la leonera, y aviendo aguardado un cuarto de su hora fatal, con bien ademán gallardo y satisfacción, el leonero alçó el rastillo; salió el Albano con denuedo y presencia Real, los passos graves, espaciosos, miró al contrario, desprecie y pareció que le dava lugar para que se bolviesse. Ludovico no temió, el corazón era generoso; el león bolvió la cabeça a otra parte y cuando prevenido el mancebo le aguardava con sus dagas desnudas en las dos manos, fiado en su valor y destreza, el león dio un salto tan veloz que al primero y segundo no iguala el viento; que agarrando al combatiente por la cabeça, sin que pudiesse prevenir el triste la defensa, en un solo punto con la boca espantosa y sangrientas uñas se la hizo pedaços, y sin dexarle una sola gota de sangre, le chupó cuanta en el cuerpo tenía. Las voces y alaridos de Filiberto y los demás fueron tan terribles y de tal turbación que no supieron cómo favorecerle, ni era possible. Muerto sin sangre quedó aquel desdichado atrevido. El león, llamado del obedecido leonero, bolvió a su estancia vitorioso y triunfante. Filiberto le hizo sacar de la palestra infelice y enterrar con mucho

328.- San Generónimo] San Gerónimo.

329.- ottas] otras.

honor, dando con la noticia pena a toda la ciudad. Este fue el caso bien prodigioso, que no deve lo humano pelear, ni con lo bruto, ni con lo divino.

[f. 72v] En la Persia, Tartaria y otras regiones donde se tiene por fiesta y entretenimiento ir a caça de leones, van no solo uno, por cuadrillas Cavalleros y caçadores diestros y en cavallos enseñados a no huir de los leones; gruessas lanças y venablos les tiran, que tal vez recogen y hazen pedaços entre sus fuertes temidas uñas; y tienen tal instinto que no al enemigo más cercano, sino al que los avía ofendido en otras peleas, dando terribles, y no imaginados saltos, acometían a quitarles la vida. Este fin tuvo este atrevido imprudente Cavallero, tropeçando en su mismo desacuerdo y temeridad. No sé cuál fue más bruto, Ludovico o el león.

Avía en el Reino de Ungría una famosa riquíssima ciudad, el Puerto del mar cerca, bellíssima en extremo y, más que bella y rica, fuerte: las murallas, castillos, muros y barbancas, las torres, cubos y fortaleza admirables, inexpugnables e invencibles; el trato caudaloso, la fábrica hermosa, muchos los mercaderes, grande el comercio, poderosa la contratación, inmenso el feudo, aprovechamientos y las que llaman gavelas<sup>330</sup> en Italia para el Rey, obedecido y servido con alto respeto y amor. Dieron en armar muchos y fuertes navíos, y en ser ladrones cosarios y Piratas, y a bueltas de los robos no se perdonavan algunos de mercaderes del mismo Reino. Los vassallos estaban querellosos y sin hazien- das, y aunque algunas les hizo bolver no todas las que les avían tomado. Ya sus escuadras eran temidas y otros cosarios los acompañavan. Emprendían difíciles empresas, lograron vitorias contra los Turcos matando muchos; robados los navíos los echavan a pique<sup>331</sup> y quemavan algunos, con menos las artillerías y peltrechos, municiones y bastimentos. En gran manera se enriquecieron, y como ivan ensanchando su poderío, tratando de negar la obediencia al Rey, proveyeron de cuanto trigo, cevada, pescados y carnes, viandas y regalos avía me- [f. 73r] nester su populosa ciudad. Los campos eran muchos y se regavan con facilidad, y aguas puras y cristalinas de un río, sin aver menester cisternas, poços, algi- bes, ni las llovidas aguas del Cielo. Pues viéndose muy prósperos rebelados contra el Rey, cerraron las puertas viendo que avía juntado muchos infantes y cavallos para sujetarlos, batirlos y darles assaltos.

Llevava el Rey, viendo robada gran parte de su Reino, petardos, artificios de fuego, soldados valerosos y diestros Capitanes. Formó el cerco haziendo trincheras, cegando el profundo foso que tenía, haziendo puentes, plantando la artillería, por diversas partes batiendo las murallas y fortaleza; sí era tanta la que tenían que no les hazían mella, ni cui- davan los cercados de temer ni los tiros, ni los assaltos. Repartían postas para los cuartos y a los más diestros y fuertes a los del Alva, a la modorra; y como ya defendían las vidas y las haciendas, hijos, mugeres y damas, rompidas las pazes, sin esperança de treguas ni suspensión de armas, disparavan mucha artillería y no hazían poco daño, aunque no pu-

330.- «El derecho impuesto en las haciendas o mercaderías. El italiano usa d'este término y tomolo del francés. [...] Pedro Gregorio Tolosano, *Syntagmate iuris*, prima parte, libro 3, capítulo 3, número 9, folio 69 dize ser género de tributo particular, aunque los nombres de los tributos estén ya confundidos unos con otros. Y particularmente era el que se echava sobre las haciendas, tassando lo que podía valer la de cada uno y en proporción le señalavan la gabela y ni más ni menos las mercaderías», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 20v.

331.- «Vale lo mismo que fondo; y assí se dice 'irse a pique el navío', 'echarle a pique', Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., V, p. 281.

dieron prevenir la defensa que tenían los del sitio en peñas y cuevas, y fuertes trincheras artificiosas, con que no los ofendían los cercados como presumieron.

Con las riquezas y bastimentos despreciaban al Rey y a su ejército, que fue su destrucción por despreciar a su Rey y Señor natural. Era mancebo brioso, tan bien disparava el arcabuz, como ponía fuego a la pieza; y era la ciencia en esta parte de manera que no le igualava ni artífice al assestarla, ni artillero con el fuego al fogón. Ponía la mira y si no acertava tal vez hazía el tiro por alto, cosa para el Rey de notable gusto, que no quería que huviesse acción en su Marcial corazón que no fuesse altiva. Los cercados se reían, tan seguros y alentados se hallavan: tenían muchas fiestas, eran de diferentes viciosas opiniones, lascivias que en esto para cuanto varían. Hazían juntas, combites, [f. 73v] festines de muchas horas, saraos y entretenimientos diferentes y preciosos: los vinos dulces y de varios colores y adobos, aguas de essencias y todo género de regalos que muchos avían prevenido; la pesca del río les ayudava y no les faltava sino solo Dios, de que tenían el menor cuidado, más Ateístas que de otras naciones.

Entró el Rey bien Católico en su Consejo de Estado y Guerra, que no dava poco cuidado aver emprendido el cerco. Ya no podía bolver atrás, costava mucho el no poder desdezir y, si a costa de la vida, tomó por empresa lo que se dize de morir o vencer. Previno a su Consejo, assí en lo tocante al cerco como en otras cosas precisas del Reino, a estorvar el socorro que invocavan de los Tártaros, a quien<sup>332</sup> avían prometido la obediencia, que mirassen lo que determinavan, que luego se avía de poner en execución. Ofendíanle al mancebo Rey dilaciones, perezas y poca disposición; mirava lo que se dezía perdiendo el tiempo, el deshonor de lo que no era rayo y el desesperar los vassallos sin el amparo, el no verse con brevedad socorridos, el no poder valerse defendiendo las fuerças, perder lo ganado, que era fuerte desdoro y desacierto indigno del Cetro y Corona. Hazía sentimiento de las acciones acertadas de los enemigos por el descuido y menosprecio de las suyas, dándoles causa de perder el temor y doblar osadías y atrevimientos; y en lo que estuvo de ojos baxos y corazón atento, como dize el Ariosto, que perdió el juicio viendo que el Príncipe que le favorecía y tenía en su casa dio una Pascua de Navidad, dozientos escudos<sup>333</sup> a un truhán y ciento al divino ingenio del Tasso, honor de su Italia y del mundo fue, que si ordenassen socorrer la parte por donde el Turco investigava entrar en Ungría, fuesse cometa, que de acordarlo a salir en campaña lo avían de imitar. Y porque los Tártaros, a quien<sup>334</sup> avían los cercados ofrecido la obediencia y embiado sus navíos, venían con poderosa [f. 74r] armada. Estando en el Consejo, donde su voto era el mejor, se acordó que la entrada del Puerto, por donde avía de venir el socorro de Tartaria, se cegasse echando a pique navíos viejos, que los ardidés que dan vitoria sin sangre son de los excelentes Capitanes, que sangrientas vitorias no son dignas de palma, ni laurel.

Venía poderosa la armada del socorro, haziendo los cercados salvas con muchas disparadas piezas, voces y fiestas; hallaron los enemigos el estorvo, bolvieron atrás, que aviendo tenido noticia del inconveniente, que no faltan en las guerras espías aviendo dineros, ni aun en los Consejos, donde dezía un valiente Cavallero, Embaxador de España en Inga-

332.– Quienes. Véase, para el uso del relativo en el Siglo de Oro, R. Lapesa, *Historia de la lengua española*, ed. cit., p. 336.

333.– Moneda de oro. Véase la nota 210.

334.– Quienes. *Vid. supra*.

laterra, que tenía pagado hasta el aire, y los semblantes traían muchos artificios de fuego. Passaron a una isla, porfiaron, dispararon la artillería, travaron por parte d'ella la guerra que pudieron; la prevención fue tan feroz y atrevida que, muriendo algunos Tártaros, bolvieron menos.

Imposibilitados de porfiar y los cercados de ser socorridos, intentaron el último remedio: pedir paces al Rey; que si el corazón Real pedían tales condiciones, que no pudo venir con ellas –traça era de los cercados entretener el tiempo, como si algún momento se huviera entretenido sin violencia– para irse muriendo y que la vitoria y triunfo del Rey fuesse no glorioso, ni triunfante. Passava el tiempo y trató de vencerlos por hambre; esto aviendo passado más de dos años, que ya se presumía ivan muriendo, de no tan orgullosos y sobervios. No salían humos como solían, tal vez abrían las puertas y salían a dezir injurias al Real. Uno de los soldados salió un día y se passó al ejército, tan débil, tan flaco y sin color, sin poder dar un passo, que más parecía muerto. Apacible, piadoso Príncipe le amparó el Rey, sin que regalos y viandas en la tienda de su Alférez mayor pudiesen darle un día de vi- [f. 74v] da; contó al Rey lo que passava en la ciudad.

A este tiempo oyeron un espantoso ruido dentro d'ella, y que se bolaron por el aire, que vio todo el Real, muchos hombres, tablas y otras cosas que se reconocieron, no lexos el ejército de los que ya no se defendían; y dando cuenta a Rodulfo, nombre del soldado, dixo que algunos de los cosarios de otras naciones, que codiciaron la escuadra de los Úngaros, estavam tan desesperados que avían determinado de bolarse, cosa muy fácil para ellos, y sería averlo puesto en execución. Dio cuenta al Rey de que entraría la ciudad dentro de pocos días, porque ni bastimentos, ni municiones, ni cosa viva, ni muerta avían quedado en la ciudad. Los cavallos, y los perros y otros animalejos que avían muerto poco a poco, los avían vendido a tan excesivos precios que una cabeça de un lebrél, que fue el último que mataron, se avía vendido en más de cuatrocientos reales<sup>335</sup>; y avía sido tanta la prissa de la pesca en el río que passava por la ciudad, que la avían agotado y no la avía. Y queriendo proseguir, le confessó un Religioso aprissa, viendo que se moría, llegando con la absolución el último aliento.

Dentro de dos días los cercados abrieron las puertas; y temiendo engaño del soldado o de la ciudad, reparó el Rey en alguna traición que es el Aquiles de los ardides. En orden se puso el ejército, y con el valor y osadía del Rey y de los Úngaros valerosos, entraron la ciudad, no hallaron a la puerta cuerpo de guardia, ni armas. Doblada estava por aquella parte la puerta, que rompida la primavera una noche con un petardo, hallaron la segunda de hierro; acudieron a defenderla al ruido y no prosiguieron. No hallaron en la calle mayor, este el nombre de la primera en aquella ciudad, una persona, hasta que assomado a una ventana un viejo venerable, pidió a los soldados por amor de Dios un poco de pan y les arrojó muchas monedas de oro. Admiró un hombre [f. 75r] de la otra vida, que visto por el Rey y su Consejo y los Capitanes, cuidaron de no aver trato, ni estorvo, mandó darle aprissa lo que pedía, y recoger de las casas la gente que hallassen viva y la llevassen a la plaça de armas. Paró en ocho o diez soldados y pocas menos mugeres, sin poder hablar de hambre: hízolas dar de comer regalos y conservas por darles vida, y que muriessen confessados, que d'esto cuidan los Católicos y no de que se pierdan. Del más alentado supieron

335.– Moneda de plata. Véase la nota 265.

el Rey y los demás que avía sido tanta el hambre que se avían comido cuantos cavallos y perros avía hasta aver quedado sin una onça<sup>336</sup> de cosa que se pudiesse comer; y llorava diziendo que vio muchas vezes al marido darle a su muger e hijos la porción que le avían repartido y caerse muerto, y a muchas mugeres remediadas con algún poco de pan, que desde la mano a la boca –este sí que es el peligro– se avían quedado muertas antes de llegarlo a los labios, y otras por dar lo que les avían dado a sus hijos.

Muchos cuerpos enterraron en tanto que pudieron, los demás quedaron en las casas y donde los cogía la muerte; y era el mal olor de los cuerpos apestados tan terrible que se retiró fuera de la ciudad el Rey y los de su Consejo y gran parte del ejército que no lo pudieron sufrir. Otros más valientes quedaron a limpiar la ciudad y enterrar los muertos que, de más de cuatro mil personas que avía en ella al cerrar las puertas, hallaron al abrirlas<sup>337</sup> catorce o diez y seis personas de que no vinieron a quedar dos. A estas preguntó el Rey por los niños y muchachos, no aviendo hallado uno entre los muertos. No respondieron a esta pregunta; lo presumido fue que se los avían comido, sin que fuese menester el juicio de Salomón<sup>338</sup>.

El Rey hizo dismantelar la ciudad por la parte de la mar, cegado el Puerto [f. 75v] to, que era la que atendía al socorro, y dexola fortalecida por la tierra. Este fin tuvo la ciudad, que imitó en parte a las fulminadas. Cuantos bienes tenían a que el Rey no los gozasse consumieron; en tanto que el Puerto no se cegó gastaron el dinero y riquezas entrando y saliendo con sus navíos a la provisión hasta darles fin. Este tuvieron los cercados, que contra el Cielo no vale defensa humana. El Rey glorioso de la porfía y aver acabado empresa tan dudosa, tuvo muchos parabienes de diferentes Príncipes, pagó soldados y oficiales; a los Consejeros y Señores que le ayudaron hizo muchas mercedes. No sé si esta acción le animó y engañó para otras más difíciles, que no siempre ayuda a los osados la Fortuna.

Grandes victorias, triunfos y laureles admiraron el Orbe de Aníbal Cartaginés, el mancebo Cipión, Julio César y el gran Pompeyo, que censuró la Embidia surcar con solo un dedo, y no con toda la mano, la cabeça. Los Héctores, los Aquiles y los otros Césares Romanos y Capitanes gloriosos, hijos de la madre Roma, tuvieron, siendo los más osados del mundo, menos de su parte la Fortuna, engañados de que los avía de ayudar de lo que presumieron. El Aníbal Cartaginés que passó las temidas nieves de los Alpes en el mes de Febrero, a pesar de las agudas saetas del Sagitario, el que en la Pulia, sabiendo que Egneyo Fulvio Pretor<sup>339</sup> se regía floxamente con su ejército, se le desbarató matando gran cantidad de Romanos, el que mató con el suyo vencedor toda la gente del ejército de Marco Centenio<sup>340</sup>, el que colmó los Templos de la Fama de enemigos despojos y eternos laureles, desdorando y avergonçando las Águilas del Imperio y sus valientes y valerosos Pretores, Cónsules y Capitanes. Tenía mortal ira contra el pue- [f. 76r] blo Romano, deseava be-

336.– «Peso y medida, del latino *uncia*. En castellano repartimos la libra en deziséis onças, aunque los antiguos la repartían en doze, y oy día es la libra de más y menos onças», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 126r.

337.– Abrirlas, forma de uso corriente en la época.

338.– Según la *Biblia*, fue el tercer rey de Israel (siglo X a. C.), dotado de una gran sabiduría.

339.– Político y militar romano del siglo III a. C. Fue también pretor, cónsul y censor durante la República y combatió victorioso contra los cartagineses.

340.– Centurión romano; batalló sin éxito contra Aníbal que desbarató todo el ejército rival.

ber más sangre de la que derramasen los de aquel Imperio; assombro y horror les puso enceladas con ardides y valientes desvelos, mató legiones, cohortes y Cónsules Romanos, Marcelo muerto y Quinto Crispilio herido, tomó el anillo y sello de Marcelo, y echándole a tan estrondosa celada y vitoria, la causa de la ira dixo al Rey Antíoco, teniéndole por sospechoso en trato con los romanos:

— O Antíoco, cuando mi padre Amílcar hazía sacrificio a los Dioses, siendo yo muy niño me llevó al Altar, cuya Ara estava roziada de la sangre de las víctimas, y yo con las manos bañadas en la más herviente, puestas sobre el Altar me hizo jurar que nunca avía de ser amigo del pueblo Romano y no lo puedo dexar de cumplir, que assí lo prometí a mi padre y a los Dioses.

Pues este valeroso Capitán, teniéndole de huésped en su Palacio el Rey Prusia de Bitinia, de quien ya muy infelice y viejo por treinta años de batallas se quiso valer, sintiendo que le quería entregar a Flaminio, Embaxador de Roma, aunque avía hecho siete salidas ocultas, viendo que la guarda del Rey le avía cercado la casa y acudiendo a un postigo secreto que halló también cercado, tomó el veneno prevenido para el día infausto; infelice y hora fatal con que se quitó la vida, porque<sup>341</sup> no triunfasse de sus triunfos Roma, avergonçando al Rey y diziendo que de tanta ancianidad no sería apresurar la vida de Aníbal, triunfo digno de aquel Romano Imperio. Dúdase d'este valeroso Capitán si fue más maravilloso en las adversidades que en las prosperidades. De la próspera y adversa Fortuna, el mancebo Cipión, a quien se repartió la conquista de España, fue vencido, y de una fiera lançada en la batalla última cayó muerto antes de llegar a la tierra; tanto vino a temer Roma la braveza de lo Marcial y los ingenios Españoles.

[f. 76v] Héctor<sup>342</sup>, muerto de las traiciones de Aquiles, de la fiereza Griega en vengança de tan injusta muerte le aborreció la Fortuna por no osado y la Fama no le admitió en su Templo.

Julio César en el Senado, y Pompeyo en Egipto, cortada la cabeça, que lo fue de Roma el valiente que pasó también las nieves de los Alpes en el invierno, el fin que tuvo fue morir en el assalto de la sagrada ciudad.

D'esto viene a sacar lo prodigioso, que no fueron muy bien afortunados en los fines los exércitos atrevidos a las nieves de los Alpes de tan valerosos Capitanes, que pocas vezes el arte vence a naturaleza, y començar las empresas con peligros indubitables y antes de las buenas fortunas ver fulminadas las abanguardias. Casos prodigiosos amenaza el progreso, mucho sería no ser temerario el fin.

La Gentilidad, la Antigüedad observaron, lo que no en otros siglos. Entre los triunfos y eternos laureles de la madre Roma, morían de assombros, espantos y prodigios, horrores desalentavan los discursos, causa tuvieron no de poco fundamento, antes de la ley de Gracia en señales y portentos del Cielo y de la tierra. El remedio que admiravan por único era con las divinas, que llamavan respuestas de los oráculos, aplacando las iras de los Dioses confessavan culpas del pueblo y procurávanlas evitar. Y pues el assunto es de *Casos Prodigiosos* y los libros, fieles amigos y consejeros, que la censura previene aprovación en los que tratan de las utilidades de las Repúblicas, Reinos, Imperios y Monarquías, lo pre-

341.- Conjunción con valor final («para que»).

342.- Véase la nota 189.

ciso, tocante al gobierno político, trato, comercio y conservación, cómo se ha de formar un ejército, plantar y retirar la artillería, los ardidés, desalojar a los enemigos, triunfar de las no sangrientas vitorias, premiar lo Marcial, escusar lo vicioso en la paz, como no lo puntual en la guerra, cómo se ha de [f. 77r] pedir y conceder las treguas y suspensión de las armas, cómo las pazes no sean vergonçosas o temerarias, penetrar si el enemigo las previene a sanear lo mal parado, no ignorar los designios, ni lo más oculto; libros que enseñen la carta del marear, conocer el Norte y si ventea, si ay mucho mar, conocer los vientos y temporales por el cielo y las aguas, Focas y Delfines, los escollos, baxíos, playas peligrosas, tormentas y bonanças apacibles, puertos seguros, tumbos y alturas, grados y navegaciones, que solo d'esto se avía de tratar. También el que escribe la razón de Estado Católica, que lo es assegurar el Príncipe, si poderoso, los mares, a ser dueño y señor de las tierras, escusar exércitos siendo possible en sitiar lo más fuerte y defendido; que estos libros son a propósito y se deven adorar, que lo no útil, ni menesteroso, ¿de qué sirve?

Pues abreviando el discurso de las señales que vieron y temieron los Romanos, no puede ofender, ni dañar para exemplo, que conociendo eran castigos de los Dioses por culpas y pecados del pueblo, y que tenían por cierto, como en la destrucción de Troya, que, cuando davan lugar a la ruina, desamparavan los Dioses, Templos, casas y campos que habitavan y guardavan, los aplacaron con gratos y píos sacrificios de víctimas, holocaustos, enciensos, secretos y sagrados humos, viendo los prodigiosos portentos en las Gentilidades<sup>343</sup>; en los Católicos Reinos también se devían hazer al menor amago de las señales del cielo sacrificios divinos a Dios todo poderoso, aplacando la ira por los pecados del pueblo. Algo se dirá con brevedad, procurando que deleite y enseñe a los que no nacieron de ciencia infusa, ni admiraron generales de las insignes Universidades y Escuelas; si a más de dos que las ilustraron, dezía un curioso avía preguntado el nombre de la tela o cendal en que llevavan los Romanos en sus exércitos y triunfos aquellas cuatro letras en sus lanças altas, S. P. Q. R.<sup>344</sup>, y no le avían [f. 77v] sabido dezir que su nombre era MANÍPULO. Dizen sus historias que, en la ciudad de los Beyos, avían caído piedras del cielo. Otras malas señales se publicaron y se aplacaron con sacrificios, y mandar que veinte y siete donzellas de nueve en nueve anduviessen por la ciudad cantando versos del Poeta Livio, que avían de aprender en el Templo de Júpiter a la Reina Juno<sup>345</sup>. El Monte Aventino fue tocado de rayo; los Sacerdotes Aurúspices pronosticaron pertenecer a las dueñas y le ofrecieron cantidad de dineros de sus dotes y diez varones, dos blancas y hermosas vacas, y las estatuas de Cipres fueron puestas en el Templo y se aplacaron los Dioses.

En la ciudad de Terracina<sup>346</sup>, en el Templo de Júpiter<sup>347</sup>, cayeron dos rayos del cielo, y los de Sutrio estaban muy espantados porque, en el Templo de aquel Dios, cayeron en las puertas dos sierpes espantosas, que, brivando las lenguas y silvando a un tiempo, era tremendo el horror que ponían, y bolando se desaparecieron.

343.- Gentilidad] Gentilidades.

344.- Véase nota 154.

345.- Véase la nota 178.

346.- Terracina, «ciudad de la prefectura de Roma, sobre el golfo del mismo nombre, a 100 km. SE de Roma, con 6.000 hab.», E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, París, Garnier Hermanos, 1895, 2 vols., II, p. 864.

347.- Dios del cielo y de la luz. Véase la nota 54.

De Antrio vino triste nueva, que los segadores vieron las espigas del trigo sangrientas y no se atrevían a segarlas porque bañaban hozes, manos, gavillas y campos en caliente sangre, y las cañas cortadas de lo segado eran sangrientos arroyos que corrían.

En la ciudad de Ceré<sup>348</sup> avía nacido un animal de cerda con dos cabeças y un cordero macho y hembra. En Alva vieron dos Soles; y en Frexellas la noche pareció día, prodigio portentoso<sup>349</sup> aver perdido la noche su nombre.

En el Campo Romano habló un buey, los Cónsules por mandamiento del Senado aplacaron estos prodigios y señales con sacrificios mayores y tuvieron un día de suplicación a los Dioses. Lo que más admiración puso, fue que, en el Templo de Vesta, se murió el fuego, y fue por ellos castigada la Virgen que aquella noche le tenía a su cargo. Hizieron los Ro- [f. 78r] manos, aunque fue negligencia humana, grandes sacrificios en el Templo de la Diosa divina.

En Roma se vieron dos Soles en diferentes partes del cielo, y que de Oriente hasta Poniente avía parecido una hacha encendida a manera de Estrella. Y en Tarracina y Anagnina<sup>350</sup> las puertas de las dos ciudades, y en muchos lugares los muros avían sido tocados de rayos del cielo y abrasados atrechos. Y que en Lanuvio<sup>351</sup>, en el Templo de Juno, se oyó un grande ruido con quebrantamiento espantoso; y por esto, y aver caído piedras del cielo, hizieron sacrificio de nueve días.

En los Lucanos fue visto arder el cielo; y en Priverno todo un día sereno se vio el Sol muy colorado; en diferentes lugares partos de animales monstruosos.

En los Sabinos nació un niño, imposible de conocer si era niño o niña, y otro de la misma forma por Emafroditas<sup>352</sup>.

En Frusino<sup>353</sup> nació un cordero con cabeça del que se dize arriba nació con dos; y en Sinuesa<sup>354</sup> otro como el de las dos, con cabeça de hombre; en los Lucanos un cavallo con cinco pies. Los sacrificios de las donzellas se hizieron llevando un presente a la Reina Juno, el canto compuso Publio Licinio Tegula<sup>355</sup>.

En este tiempo juzgaron el Senado, y del pueblo los Padres Conscriptos, que el mejor varón de toda la Ciudad de Roma era Publio Scipión, hijo de aquel que avía sido muerto

348.- «Ciudad de la antigua Etruria, al O. de Veies, capital de los Cerites, fundada por los Petašgos, con el nombre de Agilla. Los cerites tenían una marina floreciente. En excavaciones recientes se han descubierto varias necrópolis etruscas en las cercanías, una notable sepultura del siglo VII o del VIII, antes de J. C., y muchas joyas, obras de arte, etc.», E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, ed. cit., I, p. 569.

349.- [protentoso] portentoso.

350.- [Agnania] Anagnina. Anagni, un municipio del Lacio, cerca de Frosinone.

351.- «Ciudad del Lacio, a 20 km. S. de Roma en la vía Apia», E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, ed. cit., II, p. 171.

352.- El banco de datos *Corpus Diacrónico del Español (CORDE)* registra solo un caso del término 'emafrodita' en el *Entremés de la loa de Juan Rana* (1664) de Agustín Moreto: «¡Que yo mismo no sopiese / nunca que era emafrodita!», A. Moreto, «Entremés de la loa de Juan Rana», en H. E. Bergman (ed.), *Ramillete de entremeses y bailes: nuevamente recogido de los antiguos poetas de España. Siglo XVII*, Madrid, Castalia, 1984, p. 439.

353.- Frusinone, Frosinone, «capital de la legación de su nombre, con 6.000 hab., sit. a 131 2 leguas E. S. E. de Roma», A. Ulloa Castañón, *Diccionario enciclopédico de la lengua española...*, ed. cit., I, p. 1048.

354.- «Ciudad de Italia a orillas del mar Tirreno, en el nuevo Lacio. Sus aguas termales eran muy estimadas en la antigüedad. Sus ruinas se encuentran cerca de la aldea llamada Rocca di Mondragone», E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, ed. cit., II, p. 784.

355.- Poeta latino del siglo II a. C. que compuso un himno a Juno.

en España mancebo, para recibir la Diosa madre de los Dioses<sup>356</sup> que traían a Roma. Llegó a la boca del río Tíber con las dueñas, los Sacerdotes la sacaron de la Nao<sup>357</sup> y la entregaron a Scipión y él a las dueñas; la principal fue Claudia Quinta<sup>358</sup>, que hizo más esclarecida la castidad por el servicio hecho a la Diosa.

En Roma asombró una terrible tempestad, un viento feroz derribó muchos Templos, y casas y las estatuas [f. 78v] de metal en el Capitolio<sup>359</sup>, quitó y llevó la puerta del Templo de la Luna, que estaba en el Monte Aventino, y la fijó en las paredes del Templo de Ceres; derribó otras estatuas con las columnas donde estaban en el cerco grande, y chapiteles de los Templos. En Reata nació un mulo con tres pies; y en Formias y Cayeta<sup>360</sup> el Templo de Apolo fue tocado de rayo del cielo; hizieron sacrificios mayores.

En la tierra de Anagnia fue vista en el cielo una hacha de fuego encendida y una vaca habló, por ello fue a costa pública sustentada. En Minturno<sup>361</sup> se mostró un resplandor en el cielo, tan encendido como si todo el cielo se abrasara con vivas llamas. En la tierra de Reate<sup>362</sup> llovió piedras; en la de Cuma<sup>363</sup>, en la fortaleza la imagen de Apolo derramó lágrimas tres días y tres noches, imitando a los que pedían misericordia. ¿Quién sino Apolo hiziera esta divina maravilla? En Roma, en el Templo de la Fortuna, vieron muchas personas una serpiente con muy lenguas crines, y en el patio del Templo nació una Palma de sí misma y llovió sangre en un día muy claro; una lança que Tito Marcio Figulo compró, para que un hijo suyo fuese a la guerra, se vio cercada de llamas de fuego. De todos estos portentos hizieron sacrificios mayores para aplacar los Dioses.

Otros grandes sucessos se pudieran escribir; no parece a propósito si bastan para exemplos que deven temer los que en sus tierras y ciudades vieren casos prodigiosos. También porque el Autor los tiene para no mendigar que no le agrada lo que no de su misma novedad, si bien deven luzir los desvelos y dar noticia de la que se tiene de graves Autores, y que en pequeño volumen se halle con la historia la fábula, essencias de lo sutil, la razón de Estado, el gobierno en la paz, los ardidés en las guerras, batallas, sitios y lo demás que contiene de entretenimiento, lo Moral y virtudes de los Príncipes, que ya la diva muere tan [f. 79r] achacosa tropeçando en el ceño del tiempo, las tierras y los mal seguros mares, tempestuo-

356.- Se hace referencia a la diosa Cibeles, conocida como la Gran Madre de los dioses, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 133-135.

357.- «Del nombre latino *navis*, baxel grande de alto borde», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 119v.

358.- Matrona romana del siglo III a. C. El autor alude al momento en que la diosa Cibeles fue traída a Roma: el barco quedó encallado en el río Tíber, pero, gracias a los rezos de la matrona, la diosa lo liberó, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 133-135.

359.- «Era un Templo de Júpiter, en el Collado dicho Tarpeyo y tomó el nombre de una cabeça humana que hallaron abriendo las çanjas del dicho Templo: avíase llamado hasta allí Arx Tarpeya, del nombre de una Virgen Vestal que, aviéndola muerto los Sabinos en aquel lugar, fue sepultada en el mesmo», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., ff. 134r-v.

360.- «Nodriz de Enea, dio su nombre a un promontorio de Italia, y también al puerto y a la ciudad, conocida hoy por el de Gaeta», E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, ed. cit., I, p. 461.

361.- «Ciudad de Lacio, donde se ocultó Mario arrojado de Roma por Sila. Hoy Trajetta», *ibid.*, II, p. 316.

362.- «Ciudad de Italia en el país de los Sabinos, que se supone anterior a la guerra de Troya. Hoy se llama Rieti», A. Ulloa Castañón, *Diccionario enciclopédico de la lengua española...*, ed. cit., II, p. 970.

363.- «Fortaleza en el reino de Nápoles, levantada en el mismo lugar donde estuvo situada la antigua Cumas», E. Zerolo, M. de Toro y Gómez, E. Isaza, *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*, ed. cit., I, p. 733.

sos y de tales peligros y borrascas que no le daña algún alivio curioso a que no desespere admirando saetas de los enemigos, de que se dudan tantas aljavas y tanto veneno.

Con esto se irá dando fin a la segunda parte, que deviera principio. Enfadábase mucho un Príncipe de un raro ingenio en opinión, que siendo su Coronista, llevando sus gages, mercedes, ayudas de costa, honores y veneración, esperando los Anales y heroicas hazañas de las vitorias en sus escritos, dando assombro y embidia a las naciones estrangeras, murió sin aver puesto la Cruz en el exordio.

El divino Apeles<sup>364</sup> tenía un discípulo, dibujava y no desmerecían bosquejos, ni tablas, valiente afición a la pintura le influyó su estrella. Ofreciose retratar un Príncipe aquel pincel peregrino, hizo el retrato con tan rara admiración y excelencia que dudava el alma lo que animava. Apeles embió al Príncipe, con Julio su aprendiz, el retrato lisonja de la vida con un papel en que dezía averle copiado del suyo, porque se rompió. Mandole dar una rica joya y fue mayor que el premio la opinión. Pintava ya otras copias de los originales, pensamientos y sutilezas de Apeles, que si no le hurtó lo divino prohejó en los amagos, desprecie presumiendo que ya era Apeles. El tiempo le desengañó<sup>365</sup>; que los retratos no imitavan a los dueños y los colores no parecía como en los de Apeles a los hermosos de los rayos del Sol.

Por caso también prodigioso y nuevo se dize del Filósofo Rebufo, discípulo de Séneca<sup>366</sup>, lo que admirava enfadoso en los Romanos y eran sus enfados. De los que escrivían cartas de su letra o con su firma, presumiendo que no se avían de perder o comunicar, pues no avía más de un César, que hizo quemar las que sus enemigos escrivían a Pompeyo las legiones y armas del Senado a la mira para la batalla, donde viera tantas injurias y secretos revelados, que padeciera sangrienta la juventud Romana, Senadores, Cónsules y las familias Augustas<sup>367</sup>. De los que se pudieron persuadir, que a los ceños altivos del Monte Livano se atreviesen los rayos de Júpiter y que no dexava cenizas frías, hayas, pobos, encinas y robles por no cedros.

Desagradole que Nerón<sup>368</sup> quitasse la vida a Séneca, el mayor Filósofo moral del mundo, sin dexarle una gota de sangre, que bastara quitarle vida a la Madre Roma, digna de la inmortalidad como sus libros divinos. Ofendiose de los que pensavan que faltava una embidia al menor misterio y un semblante risueño al mayor daño, y dezía una cosa admirable, que si los Dioses no librarian a los laureles de los rayos, que Júpiter fabricara Vulcano muchos que fulminaran las merecidas coronas de los más verdes laureles.

Enfadose mucho el Filósofo de los Pretores Romanos, que teniendo grandes premios, no morían en pie y de que no imitavan al Sol, girando por su Eclíptica, y que siendo su oficio alumbrar como Soles, escurecían como tinieblas habitando más tiempo en el Ocaso que en el Oriente.

Dezía que Cicerón era poco bien afortunado, en que siendo su elegancia la Reina del Orbe, le vio admirar con oraciones y sutilezas, oyéndolas buena parte del vulgar, ofensa que no fueran Cicerones todos los oyentes. A este propósito ay dos versos del dueño:

364.- Véase la nota 60.

365.- deengaño] desengañó.

366.- Intelectual y político romano. Véase la nota 290.

367.- Se utiliza el término como tratamiento de respeto y veneración por los emperadores romanos y sus mujeres, Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, en línea.

368.- Emperador del Imperio romano (54-68).

«que los versos de Velardo,  
no son para echar a bestias».

Ofendíase mucho de Claudia, Matrona Romana, Mauricia su Camarera bien más discreta y hermosa que- [f. 80r] riala bien, en secreto y a solas le hacía favores y mercedes, y en público la desconocía y ofendía con injurias a que no presumiessen los Romanos tenía parte en su voluntad imperiosa. Enfadose Mauricia, aborreció su deidad, no la sirvió. Dexola y fuese a Francia por no sufrir desigualdades, que los desdichados que las tienen, o no avían de aver nacido o no los avía de colocar la fortuna en trono que pudiesen mandar.

Lo desigual queda a los tiempos, a los años, a los elementos, a lo tempestuoso, y calmas temidas, al mar, a los hados y estrellas que influyen diversas, y a los que trepan a valiente prosperidad, desapareciendo el semblante Camaleón, por quien dixo un Poeta imitando a Marcial<sup>369</sup>:

«El paxarillo que sin pluma al día,  
no haze salva al Alva, ni a la Aurora,  
ya solitario célico porfia  
en las nuves con alas que el Sol dora.  
Desdora el nido, que adorar solía,  
Fenicio en los cristales se enamora,  
a los cambiantes de su luz atentos  
los átomos del Sol, los elementos»<sup>370</sup>.

Bien tolerava el Filósofo que tuviese lo desigual un Príncipe, un Señor, un Grande que podían vivir sin más luces que de sus esplendores, si perdía la paciencia en ver desigual a Tersites<sup>371</sup>, el más vil Griego dando semblantes crespo, hosco, erizado, arrugada la frente, amenazante la vista recogida para los tiros, grave sin tener dependencia de su aljava más que la fiera necesidad, último aliento de la infelice vida que le abrasó Júpiter, fulminado con ardiente rayo, viéndole presumir podía imitar las deidades.

[f. 80v] Ofendiose Rebufo de ver a Faustina Romana a quien diera el Senado —a ser tan rica— el Templo que a Flora, llamada la Diosa Venus<sup>372</sup>, por no averla excedido en belleza; y era el enfado que, vendiendo sus retratos de un mismo pincel y colores a los del Senado, Ciudadanos y de esfera bien inferior, llevaba al Príncipe de los Senadores de plata y<sup>373</sup> de oro un talento no le teniendo para conocer, que la misma hermosura que le fería gozava la vista de algún Ciudadano por el justo precio, dexando pobre al Senador, no siendo el más amado infelice, en que pe[c]hava<sup>374</sup> ciego, no el valor de la pintura, ni el amor de Faustina, sino la tiránica industria de Flora, ançuelo más Indiano que la belleza peregrina de Venus.

369.- Se trata del poeta español Marco Valerio Marcial (40-104) que tuvo mucho prestigio en Roma y que cultivó principalmente el género poético del epigrama.

370.- El texto se inserta también en el f. 25v de otra obra de Juan de Piña, *Epítome de la primera parte de las fábulas de la Antigüedad, con una glossa en cada una y la de Endimión y la Luna sin Epítome*, Madrid, Imprenta del Reino, 1636. En lo referido a los versos leemos «Assí lo dizen estos versos de las novelas de don Juan Bernardo».

371.- En la mitología griega, fue un guerrero aqueo. En el canto II de la *Iliada*, Homero lo describe cojo, feo y con los hombros curvados, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 474-475.

372.- Diosa de la primavera, del amor y de la belleza. Véase la nota 55.

373.- v] y.

374.- «Pagar o contribuir la pecha u pecho», «se tomaba en lo antiguo por lo mismo que pagar absolutamente», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., V, p. 176.

En invencible honor de España y del mundo, D. Pedro Enríquez, Conde de Fuentes, Governador de Milán, con las armas del Monarca Español hizo temblar el Orbe, por quien logran sossiego las nieves no pisada[s] de los Alpes, las costas del sagrado mar sin galera o nave de enemigos; las Islas obedientes a su Magestad, su verdadero Señor y Rey, aisladas sin osadía, temiendo lo feroz de aquel glorioso Capitán, felicidades y triunfos de su prudencia, valor y fortaleza. Mandó fabricar el fuerte, que llamó de Fuentes, dándole su mismo nombre de inmortal horror de los enemigos y defensa de aquel Reino. Pues embarcándose en el lago de la ciudad de Como o de Coma<sup>375</sup>, pocas millas de Milán, a ver su fábrica, fortaleza y hermosura, hallava el no obediente lago airado, tormentoso y mal seguro, crespas las blancas espumosas olas, presumiendo bolver la soberbia segunda vez a las estrellas, de donde amenazaban los abismos, en sierras y montañas de cristal. Sentía que siempre le admirava en contra a deshazer la embarcación; como dizen los Indios, no le podían quietar ni la destreça de los Marineros Palinuros, ni el tesón de la porfía; y aunque ofendido el Conde, viéndole ya famoso por el fuerte navega- [f. 81r] do, otros días con remos de plata y velas de lamas y brocados, proras y popas de oro, flámulas, vanderolas y gallardetes de diversos colores de oro y seda, y que no podía ablandar la dureza ingrata del lago fiero, logrando ya el fuerte valientes<sup>376</sup> Soldados<sup>377</sup> y Capitanes heroicos a defenderle de los enemigo[s]. De villano salobre le injuriava, y como el intrépido Rey del poderoso ejército que escureció el día con saetas, si ninguna ofendió el Sol, y airado con el mar furioso inobediente, le mandó açotar y echarle cadenas sin prender a Neptuno. El Conde le imitó en parte, dando el cómitre<sup>378</sup> Calabrés de una reforçada galera la misma pena de açores y cadenas al ferocíssimo lago; y como las injurias ofenden hasta el más vil y rudo animal, y tal vez algunos de los elementos se han visto presos y encarcelados que en el precepto que obedecen los mares y los lagos en sus menudas arenas parece temen el castigo, vio el Conde aver hecho sentimiento lo salobre de la otra parte del suplicio quedando navegable y obediente. Nobleza de ilustre ingenio y entendimiento en el hombre obrar de voluntad lo que deve hazer por fuerça, si ay alguno que aun a pena de la vida en el río del Olvido sin cisne que buele su nombre, quiere más morir imitando al lago antes del castigo que no después de castigado al hombre.

El famoso Cordovés<sup>379</sup>, Maestro de Nerón, el mayor Filósofo moral de los siglos, a quien el árbol de aquel nombre imita en lo prudente y sangriento, el que deviera adorar por Dios con más razón la Madre Roma que al Dios Júpiter con sus lascivias a quien era devido más altivo Templo, que el no de impresiones peregrinas. Olimpo en los siete libros de *Beneficiis*<sup>380</sup> arguye: si un hijo se le puede hazer mayor a su padre, ¿qué averle dado el ser, y el discípulo a su Maestro, qué averle enseñado? Y dezía un discreto que los cinco

375.- Se utilizaban ambos nombres para indicar la ciudad lombarda: «coma, villa del Ducado de Milán», F. Sobrino, *Diccionario nuevo de las lenguas española y francesa*, Bruselas, Francisco Foppens, 1705, p. 100.

376.- valicntes] valientes.

377.- Saldados] Soldados.

378.- «Cierta ministro que hay en las galeras, a cuyo cargo está el castigo y rigor usado con remeros y forzados. [...] Antiguamente eran capitanes de las galeras», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., II, p. 438.

379.- El autor alude a Séneca, tutor de Nerón.

380.- *De Beneficiis* (54-64) es un tratado de Séneca, que consta de siete libros y se basa en el concepto de *beneficium*, esto es, como acto de generosidad sin interés.

primeros años del Imperio del cruel sangriento Nerón ni fueron sangrientos, ni crueles, piadosos, proporcionados a las leyes, a la razón y al derecho de las gentes, dava Roma las gracias d'estas divinas maravillas a Séneca su Maestro.

[f. 81v] Desvanecieron a Nerón la corona de verde laurel, riquezas y vicios que nacen y mueren a un mismo espirar; atropelló costrumbres, leyes y amigos y cuantos preceptos Religiosos avía observado en los Templos de los Dioses. Quitó la vida a su Maestro y a su madre, cuya muerte disculpó con tener cobrado el plazer, si al morir le dio pesar, como está dicho, en que se vio la crueldad y tiranía de Nerón con su Maestro y madre. Presumía el discreto, que si el Filósofo no muriera con ella, deviera escribir con la sangre de sus venas sin que murió, poniendo horror al mundo de tan fiero monstruo, la retratación de cuanto a la parte de los hijos avía escrito y filosofado en sus libros de *Beneficiis*, con experiencia de la más tremenda crueldad imperiosa, que no imitaron animales fieras, ni los alimentados de la humana generación. Si bien, que como no lo ignoró Séneca, no se pueden aun imaginar de todos los beneficios que han hecho, ni hizieren a sus padres de Abel al último Isaac, que amaguen, igualando a ser instrumentos de averles Dios infundido las almas inmortales, sustancia divina en los cuerpos no divinos, sino humanos.

Flamante y prodigiosa octava maravilla D. Ana Manrique de la insigne ínclita ciudad de Granada, en quien parecía averse anticipado la gracia a la naturaleza; esposa de Cavallero de la misma nobleza, muy ilustre, que D. Ana, señora de celestial ingenio y rara belleza, imitavan lo entendido y la hermosura armonía célica<sup>381</sup>. Previno el amor de su verdadero amante empañarle los espejos, como en las sacristías a los Sacerdotes, a que enamorada viéndose en los cristalinos más Alva y Aurora que las del Cielo, no enlutasse el mundo muriendo Narcisa, por quien pudo dezir él de otro siglo:

«que no puede ser llamada  
discreta por no hermosa,  
ni hermosa por no avisada»<sup>382</sup>.

Los Ángeles y Serafines, si espíritus celestes, porque avían de ignorar, no imitava a Granada D. Ana en la nevada sierra, que la madeja de oro, prisión de tantas almas, como he- [f. 82r] bras en crespos y hermosos rizos admiravan al amor; hermoso peligro le fuera a ser de su imperio, de que solo fue dueño el Himeneo, si peligro más temido de los ingenios y sutilezas que para los navegantes en los mares Sirtes, Scila y Caribdis<sup>383</sup>.

381.- «Que tiene propiedades del cielo», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., II, p. 261.

382.- Con la expresión «él de otro siglo», el autor alude a Jorge de Montemayor del siglo XVI, ya que los versos que siguen, si bien ligeramente modificado el primero («pues ni pudo ser llamada») proceden de su obra *La Diana* y, concretamente, del segundo libro, cuando Dórida toca su harpa y canta un poema que cuenta la despedida entre Sireno y Diana (vv. 17-20). Según Juan Montero, «el pasaje parece tener como trasfondo usos eufemísticos y chistosos en los que llamar a una dama discreta o avisada era tanto como motejarla de fea», J. de Montemayor, *La Diana*, ed. de J. Montero, Barcelona, Crítica, 1996, p. 77.

383.- Simbolizan unos peligros (véanse las notas 57 y 58). También Miguel de Cervantes, en el capítulo XXXVII de la primera parte, las menciona como sinónimos de dificultades al hablar de los trabajos del estudiante y de cómo el mayor es la pobreza: «Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa [...]. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas *Sirtes* y por estas *Scilas* y *Caribdis* [la cursiva es mía], como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y

No fue tan temida Esfinx<sup>384</sup> de los Tebanos, habitava el monte Cifeo, decendía saliendo a los caminantes, proponíales enigmas escurísimas; a los que no las absolvían los despeçava. Monstruo era Esfinx y dióle un oráculo, preguntado su fin, que lo sería cuando alguno esplicasse sus enigmas. La que fue tropieço a los no bien afortunados dezía:

«¿Cuál es el animal de dos pies, que anda con tres y cuatro pies?».

No hubo hombre que la adivinasse, con ser el preguntado. Los Tebanos, viendo el destroço de aquel monstruo, quitando tantas vidas –que bien hizo ignorantes–, prometieron al que se la quitasse a Esfinx por muger la sucessora de aquel Reino. OEdipo<sup>385</sup> le acertó la enigma por revelación de Minerva<sup>386</sup> y llevó a Esfinx presa a Tebas.

Doña Ana Manrique dize en algo con esta fábula; monstruo de hermosura y sabiduría no decendía del Monte Cifeo, sino del Monte santo de Granada, no a los caminos, sino a las almas; las enigmas y preguntas que hazía a los más discretos, como no eran OEdipos, ninguno sin revelación de Minerva las pudo acertar, y quedavan tan desagradados que más quisieran despeçados Tebanos que corridos Granadinos.

Parecerá este encomio afectado por no dar alguno crédito a que una Dama tan aurora aya adquirido peregrina sabiduría, cierto que solo se dirá de sus estudios lo menos de sus desvelos, si bien no desacredita en las Ninfas lo divino. Testigos los libros de Mugeres ilustres, veneradas con la verdad, triunfos y laureles en el Templo de la Fama.

En muy bellos y tiernos años aprendió la Gramática y Retórica, en poco más que él del noviciado bolava con su divino ingenio, admirando al Maestro que leía en el Estudio a los principiantes en aquella ciudad, que lo fue suyo, y como si estu- [f. 82v] viera en las Aulas, dezía el Maestro se avía corrido D. Ana de la primera de Remínimus, ofendida su velocidad del nombre, a que dio principio en la siguiente de los Mínimus, y pareció al maestro que lo eran con la sutileza de la Dama los más peregrinos estudiantes de aquella orden, que en Menores todos lo eran con D. Aña, y en Medianos, muy medianos todos, entre los mayores fue el mayor y más superior ingenio el suyo. En cuanto Esfinx admirava en la Retórica monstruo enseñando al Maestro más figuras que él le avía enseñado, y más que esparcieron sus inventores Quintiliano y Bartolomeo, aunque Aristóteles fue el primero

damascos, premio justamente merecido de su virtud», M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. Edición conmemorativa IV centenario Cervantes, ed. cit., pp. 393-394.

384.– «Lat. *Sphinx*, fue un monstruo cerca de la ciudad de Tebas, cuya cabeça, cuello y pechos eran de donzella, el cuerpo de perro, con alas de ave, voz humana, uñas de león y cola de dragón. Esta dizen se ponía sobre un peñasco alto, cerca del camino real y passagero, y a todos los que por allí passavan, les proponía un enigma y, no les respondiéndolo a él, ni declarándosele, los despeçava con las uñas y el que es cosa y cosa era este: ¿Cuál será el animal que a la mañana anda en cuatro pies y a medio día en dos y a la tarde en tres? Acertó a passar Edipo y declaróselo diciendo ser el hombre que cuando niño anda a gatas los pies y las manos por la tierra y, cuando hombre, en los dos pies y cuando viejo se ayuda del báculo, que le sirve en lugar de tercero pie. Tomó aquel monstruo tan grande corage de que Edipo huviesse acertado que al punto se arrojó del peñasco abaxo y se hizo pedaços. [...] Alberto Magno y otros autores dizen que la Esfinge es un animal de especie de monas, cabellos largos con dos tetas grandes a los pechos, con una cola larga que tira en la colora negra. Son disciplinables y serán como los gatos pauses, que traen de Indias, aunque mayores de cuerpo», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 261r.

385.– Se hace referencia al mito de Edipo, hijo de Layo y Yocasta: según la profecía que Layo había recibido del oráculo, Edipo mató sin saberlo a su padre como castigo de los dioses porque este había violado a un joven. Al encontrar a la Esfinge y responder correctamente al acertijo, el monstruo se suicidó, Edipo fue nombrado rey de Tebas por haber salvado la ciudad y se casó con Yocasta, su madre, viuda de Layo. Para más detalles véase, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitología universale*, ed. cit., pp. 187-189.

386.– Véase la nota 291.

que escribió los preceptos de la Retórica, después Tisia, tras Ímaco, Calcedonio, Teodoro, Bizancio, Maestros d'este Arte, su principio en Athenas, después en Roma, donde fue el primer Orador del mundo Marco Tulio Cicerón; infinitos los que prosiguieron.

Aprendió las Artes para los argumentos peligrosos a los concluidos, y siendo peregrino el ingenio, dio en la Astrología por curiosa, y parecerle que en no revelar, desdezía diosa de la juventud coronada de flores, a quien Júpiter no desposseyera del oficio para darle a Ganimedes<sup>387</sup>. Estudió esta facultad en S. Isidoro, Josefo Hebreo, Plinio, Luciano, Diodoro Sículo, Virgilio, Lucano y los demás codiciadores de imitar a los Dioses en saber lo futuro.

Estudió las Matemáticas que los Astros en su nacimiento le influyeron ciencia y sabiduría en la Aritmética, una de las cuatro Artes; apareciósele con facilidad las que en Griego quieren disciplinas demostrativas, esencia que trata de números y de sus passiones y ser principio de todas las ciencias por tener todas necesidad de la Aritmética, ella por sí sola se comunica sin necesidad de otra ninguna. Aprendió en la Geometría ser un Arte, que contempla las formas o figuras de la cantidad continua inmóvil, como es la tierra, y es lo mismo que ciencia o arte que muestra medir la tierra y otras cosas.

El estudio de la Astronomía desveló más a D. Ana, porque también trata de la Región ethérea y se define assí.

[f. 83r] Astronomía es ciencia que trata de los movimientos de los Cielos y del orto y ocaso de los Planetas y Estrellas. Astrología es juicio sacado de los efetos que se causan en los cuerpos inferiores mediante las alteraciones que los Cielos y estrellas influyen con sus movimientos. Declara que sean polos del mundo, ossa mayor y menor, y polos del Zodiaco los círculos que se imaginan en la esfera material. Trata del Orizonte del meridiano y su línea; de la Equinocial; del círculo del Zodiaco, línea eclíptica, círculos que dizen coluros; de los trópicos, círculos de los polos, nadir, zénit, o punto vertical o polo de Orizonte. Dize lo que es emisferio, puntos de los Equinocios y de los dos solsticios; qué es parte del Norte y del Sur, y parte alta y baxa del mundo; qué es espira, altura de Polo y de Sol, y en qué difiere altura de Polo de latitud; qué es círculo paralelo y de qué sirve y qué es almicanarad, longitud y latitud, o largura o anchura del mundo, que es vertical o acimud, que es aux del Sol y *oppositum auxis*<sup>388</sup>, latitud y declinación y longitud de Estrella o Planeta, Arcodiurno y Nocturno y Arcosemediurno y Seminocturno; qué sea crepúsculo, la definición y división del mundo y de su forma y principio y singularidad; qué es lo que se dize Región Ethérea, en qué se declara la naturaleza de los Cielos y de lo que presumieron los antiguos para provar que eran *ab eterno*<sup>389</sup> y de cómo son onze los Cielos, y cómo se pudo penetrar ser los Cielos muchos; qué Cielo está sobre cuál, el que es mayor y menor, y cómo se mueven unos dentro de otros y ser redondos: Luna, Sol, Saturno, Mercurio, Mars, Venus, Júpiter. Dízese cómo se mueven los Cielos alrededor de la Región elementar y quién los mueve, si causan con su movimiento sonido o ruido, o música de los Orbes, qué se componen del grueso o casco de cada uno de los ocho Cielos primeros, del color de los Cielos y cómo lo azul que vemos no es cielo. Por esto dixo un Poeta infelice que era

387.– Véase la nota 171.

388.– Se trata de una fórmula astronómica que corresponde al artículo 27, «Dize que es aux del sol y *oppositum auxis*», del *Tratado de cosas de astronomía y cosmografía y philosophía natural* de Juan Pérez de Moya. Véase J. Pérez de Moya, *Tratado de cosas de astronomía y cosmografía y philosophía natural*, Alcalá, Juan Gracián, 1573, p. 23.

389.– Desde tiempos inmemoriales.

engaño azul del onzeno Cielo, [f. 83v] que se dize Empirio, del primer móvil, del noveno aqueo o cristalino, del octavo y sus movimientos, la forma y materia de las Estrellas y por qué de día no se ven, el número de Estrellas de que los Astrólogos tienen cuenta, la causa de ser tantas y de qué sirven, de su movimiento y del color que los Astrólogos asignan a los Planetas, unas fixas y otras errantes; cómo se conoce cuál es Planeta y cuál no, y por qué resplandecen más de invierno que de verano; la causa de ser tantas las Estrellas y de qué sirven, de su grandeza. Muestra poner el Aranea<sup>390</sup> del Astrolabio sobre una lámina a cualquiera hora para por ella entender los sitios y lugares que los Signos y Estrellas tienen a tal hora. Regla para conocer algunas Estrellas y saber cuándo salen y llegan al meridiano o se ponen; lo que trata del Orto y Ocaso de los Signos, Estrellas y Planetas; de los días caniculares y cómo y cuándo se causan, y lo que duran; del séptimo Cielo, donde está el planeta Saturno; del sexto Cielo, donde está Júpiter; del quinto, donde está la Estrella o Planeta que dizen Marte; del cuarto en que alumbra el Sol y los Orbes, de qué se compone este cuarto Cielo, qué sea epiciclo y cómo se mueven los Planetas en él y los varios movimientos que se consideran en el Sol cuando entra en los Signos y saber en qué grado de Signo anda en todo tiempo, el lugar en que anda su declinación, el día del mes que corre y los principios de los cuatro tiempos del año y otras curiosidades. Trata cómo el Sol en todo el año a todos los del mundo igual tiempo que alumbra, se esconde, y cómo en el día artificial el Sol sale y se pone por diferentes partes del Horizonte y a diferente tiempo a todos los habitantes del mundo. La altura y meridiano del Sol sobre el Horizonte y lo más que puede elevar al medio día sobre él. Regla para saber los grados que el Sol ha andado de su espira, o buelta que da cada día a cualquiera hora y para saber la declinación del Sol; del tercero Cielo de la Estrella o Planeta, que dizen Venus, y del segundo, en que está Mercurio; del primero de los Orbes del Cielo de la Luna; de la forma corpulenta de la Luna y su claridad, y de su propio movimiento en cuatro partes semejantes a los cuatro tiempos y saber en qué Signo anda; de los eclipses de Luna y Sol y de sus cantidades. Muestra saber la cantidad de dígitos que se eclipsara el Sol y cuándo avrá los eclipses, cómo se han de ver y qué gentes los ven primero; del eclipse milagroso del Sol que aconteció en la muerte de nuestro Señor y Salvador Jesú Christo.

La señora doña Ana Manrique ha dado ocasión con aver estudiado esta ciencia de Astronomía por tantas maravillas, secretos y sutilezas a un breve compendio de lo que contiene. No parece que pueda enfadar lo veloz, que no ofenden ver los cometas por lo acelerado luciente de sus resplandores, que no está el siglo para libros no reducidos a epítomes, los tiempos no risueños fuerzan semblantes tristes, no para leer tal avenida de cuerpos de libros, que en uno están muchos. Al fin la Dama se deleitó en la Astronomía, devió de ser por la influencia de las Estrellas y lo que la admira el mundo célica.

Estudió, esto será aprisa, lo tocante a la Región elemental en que se tocan diferentes cosas de Filosofía natural y Cosmografía. La Región elemental por causa de las partes que la componen está sujeta a continua alteración; es en sí generable y corruptible, y no permaneciendo en un ser, se muda, variándose en continua generación, corrupción y mudança. Sus principios llaman elemento o materia primera de los cuales todas las cosas d'ellas se componen, y ellos de ninguna son compuestos. Por esto se llama Región elemen-

390.- «Voz anatómica. Es aquella túnica transparente y sutilísima que hay en los ojos, la cual encierra el humor cristalino», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., I, p. 369.

tar o lo que consta de los elementos, o principios, los cuales, mezclados entre sí en muy diversas proporciones, se engendran y corrompen todas las especies de mixtos, cuantos vemos en esto, que dentro de la superficie cóncava del Cielo de la Luna se contiene.

Estudió las cosas tocantes a la Horologigrafía, quiere dezir de la descripción, fábrica y uso de algunos relojes Solares y Occidentales como verticales. De los relojes, que dizen Solares, unos son Orientales y [f. 84v] otros verticales: reloj Oriental dizen al que se haze sobre alguna superficie plana, como en el suelo o en otra parte que sea paralela con el Horizonte; reloj Vertical dizen al que se haze en alguna pared, o muro o parte alta, de manera que la superficie plana do tal reloj se fabricare, caiga perpendicularmente sobre el Horizonte. El primero reloj hizo Milesio, discípulo de Thales, a los Lacedemonios<sup>391</sup>.

En lo que mayor desvelo puso la Dama fue en penetrar las escuridades y profundas maravillas de Aristóteles, que al Español pertenece penetrar, pensar, imaginar, maquinare, inventar y a las otras naciones imitar. Deleitole su opinión cerca del bien, su autoridad cerca de los errores y de la voluntad de los preceptos morales, y de la inmortalidad de la ánima, del hábito y de la verdad, y cerca de Dios y del ánima, de sus sentencias y de su muerte; y en lo que estudió con mayor alteza y atención fue en los *Meteoros* de aquel Príncipe de la Filosofía<sup>392</sup> y *Metamorfóseos*<sup>393</sup> del Ovidio sutil, que sabía de memoria. Versada con extremo en los Poetas Latinos, cuya inteligencia no le fue difícil por lo que logra de la inteligencia, que mueve la celeste máquina de no oída armonía.

Bolviendo al peligro hermoso y científico de la Dama, diré en él que se vio uno de los más lúcidos ingenios de la más que Nápoles bella Madrid, los esplendores de sus lucientes Estrellas y peregrina sabiduría de D. Ana ocuparon la fama que esparció en cuanto habita y enriquece; fue el Cavallero estudioso, el Aristóteles de Salamanca, Catedrático de prima en leyes y en otras facultades. Solicitó para oírla al dueño de la casa del Sol, que Sol hermoso es D. Ana, precisa la ausencia de Granada a pretensión de un mayorazgo en que deve suceder con veinte mil ducados de renta. Tiene dos sentencias de vista y revista de la Chancillería de aquella ciudad en su favor. La parte contraria apeló con las mil y quinientas; no fue possible bolver al pleito las espaldas, si cara a cara suelen desconocer al dueño y esto tienen de traidores los pleitos, [f. 85r] si tal vez muestran dos caras, solo no traidoras en las imágenes de los Príncipes batidas en oro. Solicitó, pues, el Catedrático al deudo de doña Ana que le favoreciesse. Le suplicó, no temiendo el basilisco<sup>394</sup> de la hermosura, que no podía desear más dichoso morir si merecía verle; y si preguntado como de la Esphinx, ignorando que daría Tebano en perpetua obligación a la muerte, que la espada del ingenio y dulçura de la lengua quitan la vida con suavidad, no poco difícil tuvo licencia. Entró

391.– Espartanos, de Lacedemonia: «una ciudad clasicísima del Peloponeso, dicha por otro nombre Sparta, gobernada antiguamente por las leyes de Licurgo. Aquí tubo su corte Menelao, destruyola Paris cuando robó a Helena. Tomó este nombre de Lacedemó, hijo de Semele en tiempo de Moisés», S. de Covarrubias Orozco, *Suplemento al Tesoro de la lengua castellana de don Sebastián de Covarrubias compuesto por el mismo como lo refiere en la voz Covarrubias y lo repite en otras*, f. 264v, consultado en línea en la página web del *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* (NTLLE).

392.– Hacia 340 a. C., Aristoteles escribió cuatro libros de no muy larga extensión, con el título *Meteorología* o *Meteorológicos*. La obra describe algunos procesos atmosféricos relacionados con los cuatro elementos básicos (tierra, agua, fuego, aire) y el tiempo.

393.– *Metamorfosis*, obra maestra del poeta Ovidio; se trata de un poema en quince libros sobre las transformaciones de algunas divinidades desde el origen del mundo hasta la ascunción de César entre los astros.

394.– Una especie de serpiente. Véase la nota 196.

por una y otra sala tan ricamente aderezadas, unas de pinturas del pincel divino del muy ilustre Cavallero don Juan de Jáuregui<sup>395</sup>, otras de las telas preciosas de la China a quien no se atrevió el calor. Vio a la dama en su estrado que, con dezir suyo, es el último encarecimiento porque la renta sin el mayorazgo del pleito era poca, menos la cortesía, dezía ser del hermoso peligro. Las criadas que solo allí lo parecían, señoras en otro Alcázar, al desvío por no merecedoras de más cercanía.

Don Joseph, este el nombre del Cavallero, cuidó aver entrado en el Templo de aquella Diosa que imitava de la juventud; admirele belleza peregrina, sin igual el donaire, la gentil persona que a ser Gentil no le faltara Templo con Aras y Altares, a quien con más voluntad y amor que a las otras Diosas se ofrecieran en sacrificios cuantos la merecieran adorar. Temió la osadía y sobervia y no pareció heroico el triunfo de la dama, dándose al punto por esclavo en el carro D. Joseph. Embarazado le halló doña Ana al tomar la silla que le mandó dar, vio turbado y presumiéndole Poeta en la osadía. Divina musa la adoró D. Joseph en la hora de aquella bellísima Aurora. Cobrose y dio principio doña Ana sobre el embaraço, con tantas sutilezas y peregrinas maravillas, con tal donaire y dulçura que la admiró mayor que su fama. Este sí que es el hermoso peligro; que los amantes no amados de las damas tienen disculpas en lo más o menos bien afortunados, en ser Midas o mendigos; mas hallarse vencido de una dama un peregrino ingenio, admiración de las Escuelas, es el mayor peligro, dege- [f. 85v] nerando de los estudios, disculpa sola ser vencido de la sutileza.

De todo cuanto doña Ana sabía, tenía en la memoria, y todo cuanto don Joseph avía estudiado fugitivo de la suya; dezía que avía tenido tanta atención a la hermosura de doña Ana que olvidó lo Escolástico y se dio por vencido en lo curioso y elegante. Admirole cómo sabía los *Meteoros* de Aristóteles y cuántos conceptos avía penetrado de los Poetas Italianos y Latinos, traducidos algunos, y *Epigramas* del sutil Marcial Español. Venerava las escuridades<sup>396</sup> de Cornelio Tácito<sup>397</sup> y de Justo Lipsio<sup>398</sup>, que de lo común y ordinario hazía vil desprecio, y alegó, como si fuera el insigne don Francisco de la Cueva<sup>399</sup>, de inmortal memoria, un lugar de la *Poética* de Aristóteles que pudiera otro al igual del mismo Bártulo Español<sup>400</sup>.

En el exemplo de Eschilo y Eurípides<sup>401</sup>, en un mismo verso jambo<sup>402</sup> que cada uno d'ellos hizo, porque aviendo el uno usado un solo nombre de lengua no vulgar en lugar de otro propio, pareció tan hermoso quanto el otro feo y baxo; porque en el *Filotectes*<sup>403</sup> Eschilo habló d'esta manera:

*«una loba cruel como la carne de mi pie».*

395.- Poeta y pintor de los siglos XVI-XVII. Véase la nota 37.

396.- Obscuridades, «se toma también por la confusión del estilo o falta de explicación en lo que se escribe o habla», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., V, p. 9.

397.- Cornelio Tácito fue un historiador romano de los siglos I-II.

398.- Justo Lipsio (1547-1606) fue un humanista flamenco.

399.- Abogado, dramaturgo y poeta (siglos XV- XVI).

400.- Véase la nota 224.

401.- Dramaturgos griegos, respectivamente de los siglos VI-V a. C. y del siglo V a. C.

402.- También yambo, «pie del verso latino, que consta de una sílaba breve y otra larga», Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, ed. cit., VI, p. 542.

403.- Título de una tragedia griega del siglo V del dramaturgo Esquilo.

Mas Eurípides, en lugar de comer, dixo:

«*triunfa de mi carne*».

También dize que, cuando los Poetas evitan los nombres propios, van huyendo del hablar plebeyo.

Doña Ana Manrique admirava de nuevo a D. Joseph con lo más acendrado de Lucio Aneo Séneca en los siete libros de la divina *Providencia*, la *Vida bienaventurada*, el de la *Tranquilidad del ánimo*, el de la *Constancia del Sabio*, de la *Brevedad de la vida*, de *Consolación* y el de la *Pobreza*<sup>404</sup>. Prevenido que no le quería cansar, si deseava D. Joseph muchos estorvos a dilatar los golpes de aquel pincel divino, assí pintava con la elocuencia de Cicerón y sus elegancias lo que amagava. Dezía estar agradecida a Séneca, presumiese que los Dioses miravan con soberano gozo, cuando aquel varón acérrimo vengador de sí, el grande Catón heroico, honor de [f. 86r] la madre Roma, estava cuidando de la agena salud y disponiendo la huida de los otros, prosiguiendo sus estudios hasta la última noche. Y cuando arrimó la punta de la espada en aquel santo pecho y esparciendo sus entrañas, sacó con su propia mano aquella puríssima alma, indigna de ser manchada con hierro y aver creído Séneca que, no sin causa, fue la herida poco cierta y eficaz, porque no fuera suficiente espectáculo para los Dioses ver sola una vez en este trance el valor y sabiduría de Catón y averle llamado única imagen de las virtudes como a Julio César, Príncipe de la juventud.

De Canio Julio<sup>405</sup>, admirava D. Ana que Cayo, Falaris<sup>406</sup> cruel, teniéndole preso le dixo: «para que no te lisongees con vana esperança he mandado te lleven al suplicio». Fue Canio varón grande, a cuya estimación no dañó aver nacido en el siglo que Séneca desprecia-va la vida y al tirano, en cuyo desprecio estava jugando al axedrez cuando le sacaron con otros Condenados diziendo al executor mirasse, que ganava un tanto al contrario, para que después de muerto no dixesse le avía perdido. Lloravan sus amigos por la pérdida de tal varón y díxoles: «¿De qué estáis tristes? Vosotros andáis investigando si las almas son inmortales y yo lo sabré aora». Y hasta el último trance de su muerte no desistió de inquirir la verdad y disputar de la muerte como solía y que pretendía averiguar si en aquel su velocíssimo instante sentía el alma salir del cuerpo.

Don Joseph estava atento a la dulçura de lo elegante, más que a la Historia, con ser tan dulce no respondía ni replicava, disculpa tener tan a la mira, tan a la vista el enemigo y el peligro pendiente de la voz del más blanco cisne y de los amagos y ademanos de la Diosa, florida primavera que avía juntado un ejército de gracias y maravillas para admirar y enamorar, aunque no a este fin. Enmudecía don Joseph presumiendo que, a no tener dueño

404.– El autor cita algunos *Diálogos* de Séneca.

405.– Literato y filósofo romano del siglo I.

406.– «Tirano crudelíssimo de Agrigento que entre otros géneros de tormentos tuvo un toro de metal fabricado por Perilo, dentro del cual el que era atormentado, dando gritos parecía imitar los bramidos del toro; y el primero que lo experimentó fue el Perilo en pago de aver presentado al tirano este nuevo género de tormento. Y el mismo Phalaris al cabo murió en él porque el pueblo no pudiendo sufrir su gran crueldad le acometió y metiéndole vino dentro del toro experimentó la pena que a otros avía dado, S. de Covarrubias Orozco, *Suplemento al Tesoro de la lengua castellana de don Sebastián de Covarrubias compuesto por el mismo como lo refiere en la voz Covarrubias y lo repite en otras*, f. 183r; consultado en línea en la página web del *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española (NTLLE)*.

doña Ana, pudiera despreciar como Daphne, más cruel, si más hermosa, al Dios Apolo<sup>407</sup>, tan rara y peregrina belleza le dio el Cielo.

Díxole: — Señor don Joseph, no es bien dar v. m. en no responder a los argu- [f. 86v] mentos, castigando el osar de la soberbia que le engañó, presumiendo que soy ignorante.

Solo esto respondió D. Joseph, aviendo oído a doña Ana muchas injurias, veneno dulce, no en vaso de oro, sino de perlas y claveles, perdonando lo airado por tan sangrientos los labios:

— Mi señora doña Ana, v. m. ha imitado a Cayo César<sup>408</sup> en picar a todos con alguna nota. En esto le desdize v. m., que siendo él materia dispuesta para la risa, tal era su pálida fealdad que dava indicios de locura, teniendo los torcidos ojos escondidos debaxo de la arrugada frente, con suma deformidad de una cabeça sin cabellos y otros defectos que tenía. Veo en v. m. la risa del Alva nacarada<sup>409</sup>, la belleza de la Aurora con la túnica de bordado aljófar, el color de la hermosa cara de rosa y jazmín, el clavel que madruga sediento o desmayado a beber el aliento de los Cielos o a robar el jugo a la mañana. Las Estrellas estuvieron bien escondidas para no dar tan presto fin al mundo, jacintos, y luceros y Soles embidiosos. La muerte y el amor, aunque seguros de la arrugada frente, que no se le atrevió línea, surco, ni amago y las hebras de oro en los también como el dueño peligros hermosos en crespos rizos. Yo he perdido la memoria; así lo hiziera el Tigris con peregrina maravilla, si viera a v. m. elados se quedarán los demás ríos, homicidas las fuentes quitarán la más hermosa vida, Narcisa de mi señora doña Ana.

— No más, señor don Joseph, —le respondió—, que vendrá el dueño de mi voluntad y de mi alma. No me diga v. m. dulçuras, lisonjas para el examen de aver oído mis ignorancias, que estoy en Palacio, donde ni se escuchan, ni agradecen; aun la muerte no tiene aquí esperança, tanto lo duda. En el jardín que se dexa ver por aquel balcón no ay yerva, hoja, flor, ni fruto verde, por color de la esperança. El árbol cinamomo y el del amor amo por sin fruto y no verde su flor; aborrezco palmas y laureles por insignias de vitorias y triunfos agenos. Desdichada fue Dafne, transformada en aquel de que se coronan los vencedores, no lo aviendo sido de su voluntad el Dios Apolo, y porque le pintan su amante coronado de aquel siempre [f. 87r] verde laurel, infamando la Ninfa de que pudo averla merecido antes de parecer ingrata. No quiero —y es verdad— dilatar las fábulas, ni las Historias; solo que v. m. entienda que no me olvido de quanto Séneca escribió, ni del libro de la *Constancia del sabio*, en el capítulo XVIII en la hoja 235 y quiero dezir lo que me desagrade de Cayo César, que v. m. ha citado, que teniendo faltas inmensas triunfava preciado de atrevido y descortés con sus padres, abuelos y con todos los estados, y solo he de referir a v. m. lo que fue causa de su muerte. Tenía por íntimo amigo a Asiático Valerio<sup>410</sup>, varón feroz y que apenas sufría agenos agravios de quien dixo en alta voz en un combite y una conversación pública cuál era su muger en cierta cosa que no devo dezir, aunque lo dize el Filósofo. ¡O

407.— Sobre Dafne y Apolo, véase la nota 215.

408.— Cayo Julio César. Véase la nota 146.

409.— Brillante, referido al color o al brillo del nácar, que es la «concha dentro de la cual se crían las perlas o margaritas», S. de Covarrubias Orozco, *Thesoro de la lengua castellana o española*, ed. cit., f. 119r.

410.— Político, militar y cónsul romano del siglo I a. C., fue considerado uno de los principales promotores de la muerte de Calígula, que lo había ofendido durante un banquete, porque su objetivo era aspirar al trono imperial. También fue acusado de ser el amante de Popea, madre de Popea Sabina, y de haber cometido actos de corrupción en ámbito militar.

santos Dioses —dize—, que esto oiga un varón y sepa un Príncipe ofender un amigo íntimo contando su adulterio y su fastidio! De Cherea<sup>411</sup>, Tribuno de los soldados, se decía que por ser el tono de la voz lánguido y débil se hacía sospechoso. A este, siempre que le pedía el nombre, le dava César unas veces el de Venus y otras el de Príapo<sup>412</sup>, notándole de afeminado, siendo él cargado de galas y joyas en los vestidos y calzados, el inventor de las novedades. Forçole con esto a disponer con el hierro no llegar más a pedirle el nombre. Este Cherea fue el primero que levantó la mano sangrienta entre los conjurados, derribándole la media cerviz de una fiera cuchillada, llegando luego infinitas espadas a vengar las públicas y particulares injurias, que le dieron veinte y tres heridas; pero el que primero le mostró ser fuerte varón, fue el que no se lo parecía, y siendo Cayo tan amigo de dezir injurias, era impaciente en sufrirlas, juzgándolo todo por injuria. No refiero las demás.

— No prosiga v. m., mi señora D. Ana, afloxe al arco la cuerda, que me persuado en los Generales de Salamanca oyendo liciones de oposición, que siendo el que nunca osó temer en las Cátedras<sup>413</sup> a los opositores más temidos críticos, siendo el rotulado en los mismos Generales, vencedor aplaudido por [f. 87v] toda la Universidad, triunfos y Coronas de aquel árbol de la ingrata Ninfa, adquiridos gloriosamente célicos, pondré con la frente coronada a sus pies de v. m.; más admiro de lo que presumí, quisiera ser la boladora Fama esparciendo maravillas y excelencias de su divino ingenio en todo el Orbe, aunque ya lo abrá publicado bolando de gente en gente hasta el más remoto clima.

— V. m. vaya con Dios, señor don Joseph, —dixo doña Ana—, que bien castigada va la osadía de quererme oír sin ser llamado, ni escogido. Perdone averle cansado con tan largos discursos.

Con mucho agradecimiento y humildad se despidió don Joseph, presumiendo que amanecía en la risa del Alva que mirava en su Cielo, con ser la mayor injuria, que la risa fue de lo que el Cavallero no presumió.

Dudava proseguir esta segunda parte de *Casos prodigiosos*, si agradan novedades no del vulgar, con aversepreciado aquel divino ingenio del Marino dar por suya la Fábula de Píramo y Tisbe, hurtada sin menos una sílaba del Español Boscán que la dio al mundo tomada del Griego. Testigo soy de averle dicho uno de los Nuncios de su Santidad al Poeta Español, hablando en el Marino de su *Lira* y demás obras excelentes, estas palabras: «A V. Señoría, signore mio, le a rubato il nostro Marino tuto le suyo divino conceti»<sup>414</sup>.

Respondió con su humildad, si pudiera en sobervia con la del Narciso feroz, Ángel sin ella. Y aviendo escudriñado la *Lira* y otros libros suyos, no se pudieron desaparecer los

411.— Político y militar romano del siglo I.

412.— Considerado la contraparte grotesca de Eros, símbolo del amor como sentimiento. En la mitología griega, fue un dios menor de la fertilidad, pero también protector de todo lo relacionado con la vida agrícola, como animales, vegetación, productos de la huerta, etc. Suele representarse como un viejo barbudo, casi desnudo para mostrar su enorme miembro viril en erección, y con una hoz en la mano para proteger huertas y viñedos, A. Morelli, *Dei e miti. Enciclopedia di mitologia universale*, ed. cit., p. 415.

413.— Cátedras.

414.— La lengua de la frase presenta rasgos tanto del italiano como del español; la expresión correcta en italiano sería la siguiente: «A vostra signoria, signore mio, le ha rubato il nostro Marino tutto il suo divino concetto», para indicar que el autor italiano le robó la idea al escritor español. Es muy común la idea de que Marino fuese acusado por haber ‘robado’ de obras de otros escritores, pero él, a diferencia de los humanistas que imitaban a los autores clásicos, extraía de los modelos y valores clásicos una variedad de situaciones y figuras que adaptaba a un nuevo contexto literario, caracterizado por varios juegos retóricos.

hurtos, no solo de los conceptos, sino también de las almas y sutiles imaginaciones de su único, divino y celestial ingenio, procurado empañar de alientos diversos y siempre cristalino espejo, a cuyas luces y resplandores las Musas para alentar más hermosas trençan madejas de oro y adornan rizos de peregrina belleza.

También dudava esta segunda parte, no presumiendo igualar a la primera, aviendo parecido a quien lo pudo comprehendere que la fábula de Madama Blanca de Valois y D. Juan Bernardo<sup>415</sup> con- [f. 88r] tenía argumento de rara sutileza, a la cual, y la de Teágenes y Clariquea<sup>416</sup>, dezía aver puesto solo atento el oído.

Perplexo estava yo en esto de bolver atrás, que como no para los soldados fuertes y Capitanes heroicos, no para los Ícaros<sup>417</sup> y Faetones<sup>418</sup> cortaron las alas a un mosquito; y una hormiga le llevaba sobre sí, tropezó cayendo el mosquito en un mal passo, y al caer, dando una valiente voz, dixo que avía caído como Faetón, por quien dize Séneca que el Sol, su padre, escureció el día temeroso de averle entregado el carro de oro; y le respondió tenía osadía de averse puesto donde el mismo Sol tenía miedo, que era de pusilánimes emprender las cosas menos difíciles, si lo arduo y peligroso era la eclíptica y camino de la Virtud. Otra hormiga con alas bolava sobre ellas a otro mosquito con sola una despreciando Olimpos y nuves. El Sol les abrasó las alas; cayeron ambos. Llegando al suelo, hecha pedaços la cabeça del mosquito, dixo la hormiga que mucho antes de la media región le avían rompido la cabeça al mosquito los más sutiles átomos del Sol. Las que lo oyeron, replicaron que más cerca sería de la tierra que del Cielo.

La digresión –perdone el curioso– han dilatado hormigas y mosquitos, de que no se despreció la antigüedad en libros de intento. Lo que me dio aliento a proseguir fue imitar en lo possible a un divino ingenio de España<sup>419</sup>, hijo de la insigne Madrid, cuya librería peregrina, curiosa y rica los Clásicos, Escolásticos, Filósofos, Historiadores, Teólogos y Autores de letras humanas y Poetas divinos se hallan sin imitación. Dio principio a curiosidades y sutilezas en escritos valientes, demostración de su ciencia y sabiduría, con elegancia y erudición pocas vezes vista. Passó d'esta floreciente a ocupar la Fama con trompa de oro en todo el Orbe, escribiendo la divina Historia de Jerusalén en prosa, con el estado en que al presente los enemigos de la Fe oprimen santos Religiosos<sup>420</sup> de aquella sagrada ciudad de tan altos misterios y celestiales maravillas de nuestra redención, para gloria y honor de su ingenio y del mundo que enriquece.

415.– Se trata de los protagonistas de *Casos prodigiosos y cueva encantada*: don Juan encuentra a un caballero francés llamado don Carlos, detrás del que descubriremos solo después que se esconde en realidad madama Blanca de Valois, la mujer por la que don Juan se quedará en París.

416.– Protagonistas de la novela *Etiópicas* de Heliodoro, cuya traducción española por Fernando de Mena en 1587, después de la anónima de 1554, hizo que la pareja poblase la literatura de los siglos XVI-XVII: para citar algún ejemplo, piénsese en las referencias a los personajes o a Heliodoro que hace Lope de Vega en *Las fortunas de Diana* o en *Las novelas a Marcia Leonarda*, la pieza teatral *Los hijos de la fortuna*, *Teágenes y Clariquea* de Juan Pérez de Montalbán o la comedia que lleva el mismo título de Calderón de la Barca (1664), etc.

417.– Véase la nota 70.

418.– Véase la nota 71.

419.– Si bien se trata solo de una hipótesis, el autor podría referirse a Lope de Vega, íntimo amigo suyo, y a su obra *Jerusalén conquistada* (1609) que, a pesar de que sea una epopeya, los cantos tienen extensos argumentos en prosa.

420.– [Religiosos] Religiosos. El banco de datos *Corpus Diacrónico del Español (CORDE)* registra solo un caso del término 'religioso', procedente de una obra anónima del siglo XIV, de ahí que no pueda considerarse una forma muy común en la época, sino un posible error.

[f. 88v] Pues a este exemplo, si de menos bien cortada pluma, impressa esta segunda parte, proseguirá *Historia de algún Rey glorioso de España*<sup>421</sup>, o Santo o batallador, que de batalladores y Santos enriquece, iluminando muchos esta Monarquía, que no degeneran pintando retratos sutiles pinceles, no desmerecen los valientes golpes – como en las batallas – de las Estrellas o de las sombras que se imitan la Historia del Rey don Juan el Segundo y otras de sus predecesores y que sucedieron en el Reino, con palabras sí eficaces y hermosas de aquellos tiempos están escritas. La lengua Española se fue mejorando y en ellas las Historias hasta nuestros siglos. No desdize la sutileza del lenguaje formando escuadrones de infantes y cavallos, escaramuças, assaltos, batallas campales de poder a poder, vencimientos, vitorias, laureles y triunfos de memorias eternas que no por esto faltará de su lugar la verdad, ni lo preciso de las Historias, muchas antiguas, cuerpos sin almas. ¿Qué importa que se prosiga a las que oy tenemos, con almas y cuerpos que agraden, enamoren y admiren el assunto como lo dispuesto? Sutilezas y vivezas del ingenio, ¿a quién pueden ofender? Quien presumiera que a los divinos ilustres Poetas Castellanos de los passados siglos podía aver en estos quien los excediera, pues han llegado los de oro en que ay en tierna edad ingenios de tales esplendores y luces que los han excedido, pudiendo enseñar las Artes y Ciencias a sus Maestros.

Lo mismo se puede ver y dezir de las Historias, que no se desprecian joyas y diamantes. ¿Qué cisne canoro ofende? ¿Qué Lira de Apolo dissuena? ¿Qué dulce instrumento no eleva? Los graznidos palustres y voces brutas desacordadas, ¿quién las puede esperar? Con esto se da fin a la segunda parte de los *Casos Prodigiosos*, para dar principio a la *Historia del Santo Rey*, que fue adorado de sus vassallos, temido de sus enemigos. Y colocada con

decoro será codiciada la verdad, gloriosa entre lucentes  
perlas y fondosos diamantes, a pesar del ceño  
de la Embidia y de la ignorancia.

FIN.

421.– El autor expresa la intención de dedicarse a la redacción de una *Historia del algún rey glorioso de España*, más adelante citada como *Historia del santo rey*, que hasta el día de hoy desconocemos porque evidentemente no llegó a la imprenta.

